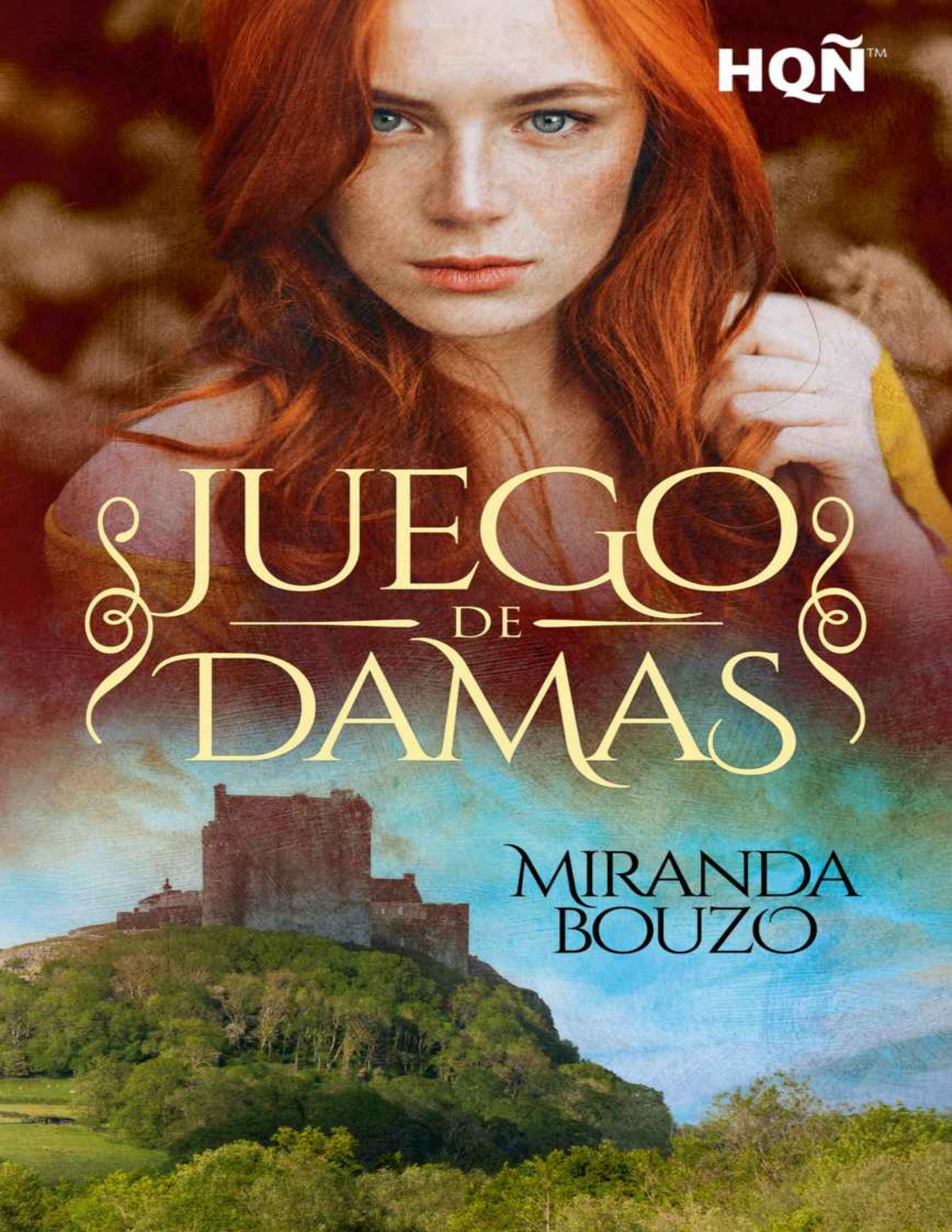

HQÑ™
JUEGO DE DAMAS
MIRANDA BOUZO

Portadilla

JUEGO DE DAMAS

MIRANDA BOUZO

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2025 Silvia Fernández Barranco
© 2025, Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Juego de damas, n.º 437 - diciembre 2025

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Ibérica S. A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 9791370009694

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Cita
Prólogo
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV

Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Capítulo XXVIII
Capítulo XXIX
Capítulo XXX
Capítulo XXXI
Capítulo XXXII
Capítulo XXXIII
Capítulo XXXIV
Capítulo XXXV
Capítulo XXXVI
Capítulo XXXVII
Epílogo
Nota de la autora
Si te ha gustado este libro…

Dedicatoria

Para vosotros, porque siempre estáis ahí.

Cita

«Nunca sabré si hay algo más grande que el ser humano; si es así, se olvidó de todos nosotros».

Prólogo

La reina observó otra vez a la joven Amandine de Tours cruzar el patio de la abadía de Fontevrault. En lugar de atravesar el camino central enlosado, siempre tomaba uno de los caminos laterales con timidez. Se perdía entre los arcos de piedra, apuntados al cielo, con su rostro unas veces en sombra y otras iluminado, los contemplaba con verdadera admiración. Tocaba las frías bases de las columnas y los adornos de flores que se dibujaban en el ojival, apreciaba la sencillez y la hermosura del tallado. Sonreía al dibujar con los dedos lo que los escultores habían tardado años en crear, como si supiera del arte del deseo de los hombres por inmortalizar la belleza. Salía al patio por el arco principal de los cuatro que conformaban una cruz. La mayoría de los abastecedores de la abadía entraban por la puerta lateral, cerca de las cocinas; Leonor pidió para Amandine, hacía tiempo, dispensa de entrar por el patio principal para admirar la talla de la santa junto a la fuente central. Leonor sabía que la niña admiraba la escultura, la perfección frágil del rostro y sus vestiduras en piedra delineadas con tanto esmero que parecían moverse con el viento. Se inclinaba ante ella a modo de saludo, sin embargo, Amandine no era en exceso devota, no al menos como lo eran la mayoría de los aldeanos. No estaba cegada por la religión. Eso, en cierta manera, reconfortaba el corazón de la reina, ella misma jamás fue partidaria del fervor religioso, ni siquiera cuando fue la esposa del rey de Francia, el más fiel seguidor de la fe en Europa. Amandine siempre fue una niña encantadora a la que pocas cosas se le podían negar; con su sonrisa cándida y sus ojos del color de un día tormentoso, se había ganado a Leonor y a las monjas. Su pelo ondulado, del color del otoño rojizo, tenía un extraño lustre para una muchachilla de taberna. Una vez a la semana, Amandine iba desde la ciudad de Tours a traer los *rillettes*, el delicioso paté que Leonor y

sus damas adoraban untar en las calientes hogazas de pan de la madre Claire. Uno de los pocos privilegios que se le permitía a Leonor. Hacían tal prodigio de la cocina de las sobras en la misma taberna de Rue Colbert, a la orilla del Loira, donde Amandine trabajaba desde niña. En más de una ocasión, Leonor había intentado persuadir a la abadesa de que debía dedicarse un espacio de sus santos fogones a cocinar tal delicia. La abadesa siempre respondía que aquel manjar del Loira debía de ser pecado, ya que invitaba a la gula. Una y otra vez invocaba su priora la regla de san Benito, «mesura», decía, como si a los buenos cristianos no se les permitiera ser felices con la comida. Si la abadesa supiera que bajo aquellas delicias, en dos cestas, entraba en la abadía la correspondencia de Leonor, la niña y ella serían acusadas de traición. Y ella se quedaría sin sus *rillettes.* Los miércoles, un mensajero al que tenían prohibido hablar con Amandine dejaba aquellas cartas en la taberna en que vivía la muchacha, bajo las balas de pienso del establo. Amandine las recogía, las escondía entre las cestas de comida y el jueves se las entregaba a Leonor en la abadía. Demasiado peligroso, pero la muchacha hasta ahora lo había hecho muy bien, nadie sospechaba de ellas.

Amandine tropezó, con la carretilla que cargaba desde Tours, con las piedras salientes del suelo de la galería que daba al claustro. Hacía un largo camino cada semana, primero en carreta y, al llegar a Chalonnes Sur Loire, tenía que recorrer a pie el resto del camino hasta la abadía; siempre llegaba con los pies destrozados a causa de las botas melladas. Leonor hizo ademán de levantarse de su butacón cerca de la ventana para ayudar a la muchacha, pero, al momento, Amandine se recompuso, ignoró sus rodillas magulladas y siguió adelante. La reina se regañó a sí misma, demasiado mayor, demasiado aburrida, demasiado hastiada por permanecer allí encerrada, tanto que reparaba en una tonta caída. La joven era resuelta, tenía espíritu aquitano, lo que llenó de orgullo secreto su anciano corazón. Volvió a retomar su libro de juglarías, la única lectura que atraía su mente en los últimos tiempos, y dejó que de nuevo Amandine se acercara a traer sus cartas, dejara su carga, recibiera su dinero por la comida y se marchara una vez más.

Estuvo tentada de arrojar el libro lejos, levantó la mirada con anticipación, ansiaba que Amandine se aproximara ya, y deseó gritarle que se apresurase. La paciencia nunca fue una de sus virtudes. La niña entonces vio que observaba su camino, y con una amplia sonrisa dejó la carretilla para ir a saludarla, siempre se apoyaba en el antepecho de su ventana con timidez. El hecho de que la ventana estuviera abierta significaba que podía entregar las cartas. Pobre incauta, pensó Leonor, poco sabía que, en otro tiempo, cien guardias hubieran ensartado sus lanzas antes de preguntar a una campesina por qué se acercaba a la gran duquesa de Aquitania y monarca de Inglaterra. La reina contuvo el aliento al verla tan cerca, su pelo castaño rojizo, sus ojos azules, la línea de su mandíbula y, sobre todo, aquella inteligencia y astucia tras su mirada. Siempre supo de los orígenes de Amandine, a quién pertenecían su lucidez y corazón valiente, porque a pesar de que él ni siquiera lo reconocería, aquella niña era el vivo retrato de su hijo Ricardo, Corazón de León, el más querido de sus ocho vástagos.

—Majestad, me alegra veros tan bien, la última vez me dijeron que estabais enferma. No pude haceros entrega de todo —aludió Amandine a la última vez que estuvo allí. La ventana había permanecido cerrada y, al preguntar, una de sus doncellas le dijo que la reina no se encontraba bien.

Leonor intentó que su rostro pareciese indiferente a la pequeña. Un resfriado había sido el culpable de que las monjas insistieran una y otra vez en que cerrase las ventanas. No desobedeció, temerosa de que descubrieran a Amandine en su misión.

—Enferma, dicen. Solo de aburrimiento.

—Pero tenéis libros, ¿cómo podéis aburriros?

—Porque estoy presa, Amandine, y mis damas son tediosas, solo me dejan vestir vestidos oscuros y salir para orar; si no, me encerrarán de nuevo en la torre —replicó Leonor con una amplia sonrisa.

Amandine le devolvió las risas, ese carácter que todo el mundo temía en la reina, a la muchacha le causaba gracia desde hacía años. Leonor se percató de que había crecido, que sus rasgos se suavizaban, al igual que su cintura, y sus senos apretaban el

desastroso vestido que llevaba. Era culpa suya, había querido ver a Amandine como una niña, cuando ya era una mujer.

—Ven conmigo a jugar a las damas y al ajedrez, he malgastado mi tiempo en enseñarte para que ya no acudas nunca a pasar tiempo con esta anciana.

Amandine frunció el ceño.

—No sois vieja, y sabéis que mi padrastro ya no me deja venir tanto, dice que me llenáis la cabeza de gorriones.

—De pájaros.

—Eso he dicho.

—Es un cabeza hueca, terco e ignorante, algún día iré a verlo. Dile que son órdenes de tu reina y debes venir a pasar un día entero conmigo como antes. ¿Qué será de tus clases de latín? ¿Y las matemáticas? ¿La astronomía? Te convertirás en una campesina ignorante, Amandine.

—Gastón me necesita en la taberna, se hace mayor. Dice que no sois nuestra reina, hace mucho que ya no sois la esposa del rey de Francia, ahora estáis casada con Enrique de Inglaterra y no tenéis autoridad sobre él. Cuenta que os encerró por poner a sus hijos en contra de él, que solo queríais el trono para vuestro hijo Ricardo.

—Tu padrastro es un lelo, no tiene la menor idea. Dime que no te pega ni te hace servir cerveza a los viajeros.

—Tengo un techo, comida y el calor de una chimenea, no puedo quejarme. ¿Cómo creéis que me gano la vida, majestad?

Leonor negó con la cabeza, disgustada; le gustaba estar con Amandine, disfrutar de la gloriosa juventud y la frescura de su carácter. Con tan solo ocho años, la niña que fue entró un día en la abadía, ella se hallaba entre sus damas, de eso hacía ya diez años, y en el mismo instante que vio su rostro supo quién era. Despidió a Anne con un encargo en las cocinas, era la dama que más tiempo llevaba con ella y podía reconocer los rasgos de la familia del ducado. En cuanto encontraron a la pequeña, había pedido que le llevaran a la bastarda de su hijo con la excusa de probar las delicias del Loira; esperaba a un ser asustado, delgado y carente de encanto, en su lugar apareció una niña bien educada, de rasgos aquitanos claros, ojos límpidos y tan hermosa como lo fue su padre

de niño. Ricardo siempre había procurado no tener descendencia y no ser como su padre, que había dejado los condados de Anjou y Aquitania llenos de vástagos no reconocidos. La madre de Amandine había sido casi su primer amor, una de sus doncellas, que procedía de Tours, miembro de la nobleza del Loira, que, tras ser abandonada por Ricardo, cayó en desgracia. Amandine vio el mundo y su madre lo abandonó al instante; quedó el bebé en manos de la esposa de Gastón, el tabernero de Tours, el más grande local de Rue Colbert. La mujer de Gastón crio a la niña a cambio de un estipendio anual. Pocos sabían que Leonor había dejado morir a la madre de Amandine en aquel pabellón de caza para que nadie reclamara la paternidad a su hijo favorito, Ricardo.

—¿Tienes algo para mí, Amandine?

Los ojos de la joven brillaron con astucia. Deslizó la mano entre las costuras de su vestido y le tendió dos cartas. Con agilidad, Leonor las escondió en su escote; Amandine, siempre que veía ese gesto, pensaba que no había mucho que diferenciara a una tendera de una reina.

—¿De quién son? Os lo he preguntado muchas veces y nunca sois sincera.

—De todos mis hijos, muchas son de mi hija Leonor, en Castilla, otras del resto. Amandine, ya sabes que es mejor no hablar con nadie de esto, ni siquiera entre nosotras; si te interrogan, dirás que solo querías ganar unas monedas.

Escucharon unos pasos y la muchacha se retiró de la ventana de la celda. Leonor guiñó un ojo.

—Entra y juega conmigo, Amandine, una sola partida.

—¡Dejad a la niña, por todos los santos! Solo metéis cosas en su cabeza, no os dais cuenta de que corrompéis su naturaleza de sierva. Mimáis a la criatura.

Amandine abrió los ojos y gesticuló al imitar a la hermana Amelie, la ecónoma de la abadía; suponía que, por su carácter agrio, la madre abadesa le dejaba llevar las cuentas encerrada todo el día. Leonor se tapó el rostro, se sintió joven de nuevo, e intentó que la estricta monja no viera su sonrisa.

—Deberías estar en la despensa y no aquí, perdiendo el tiempo —continuó la monja sin darse cuenta de que Amandine suspiraba resignada.

—Sí, hermana, voy enseguida.

Amandine encogió los hombros resignada a marcharse tan pronto, le gustaba hablar con la reina; a veces, en sus ojos veía una chispa de juventud, había estado en lugares tan lejanos como Antioquía y tan cerca como Poitiers.

—Majestad, os prometo que el próximo jueves intentaré pasar antes.

Leonor retuvo la mano de Amandine entre sus dedos. La muchacha apenas llegaba de puntillas y solo veía sus ojos.

—Un día saldré de aquí, Amandine, y te llevaré conmigo a Londres. Te gustará, lo sé.

Amandine sonrió, la reina llevaba allí ocho de sus diecinueve largos años de cautiverio y nadie creía que fuera liberada hasta el final de sus días. Sus hijos, entre ellos Ricardo, lo habían intentado en más de una ocasión, y el rey inglés los castigó por ello con dureza. Si volvía a intentar escapar, sería enviada a su anterior cautiverio, que según ella era apenas una torre sin tejado en mitad del campo galés.

Se despidió de la reina con la mano ante la atenta mirada de la hermana Amelie y fue a cumplir con su encargo. Tal vez podría soñar con que la reina Leonor de Aquitania era liberada y pedía que fuera con ella para poder jugar a las damas todos los días. Inglaterra, Escocia, Gales, cruzar el Canal, países que debían de ser hermosos, llenos de montañas, enormes castillos de piedra oscura y ríos serpenteantes entre colinas verdes. Negó con la cabeza, ¡qué tontería soñar con castillos y viajes! Cogió la carretilla y sintió las durezas de los pies, que cada semana tenía que vendar de nuevo tras ese incómodo viaje. Gastón era tacaño, podía comprar un carro y un caballo, y Amandine no tendría que caminar más, pero entonces no sería Gastón.

Capítulo I

Amandine tenía los ojos abiertos cuando el sol despuntó sus primeros rayos sobre la pradera. Era el instante en que el rocío del verano enfriaba los tibios mares verdes del valle y elevaba la niebla desde el río. Sus ojos grises se entornaron para vislumbrar el momento en que la noche daba paso al sol y los primeros pescadores echaban sus botes al Loira. No se quedaban nunca en aquel punto, descendían por los meandros hasta encontrar aguas más abiertas donde la suciedad de la aldea no estropeara sus presas ni las redes. Carpas, anguilas, pequeños peces eran las capturas que en unas horas estarían listas para limpiar en la cocina.

Se desperezó, estiró los brazos, que con el tiempo ya casi tocaban el techo abuhardillado. Se concentró en aquel agujero del entramado de madera que había hecho que temblara todo el invierno. Por allí, la nieve y la lluvia se hacían hueco hasta congelar el suelo; tenía que encontrar la forma de taparlo. Gastón se había negado a pagar a un techador y ella no podía permitírselo, así que tendría que pensar en una solución antes del próximo invierno. Su habitación en la buhardilla era sencilla, con apenas la cama y un arcón donde, en el fondo, estiraba sus vestidos. Su padrastro le procuró una silla para, antes de acostarse, zurcir la ropa, pero, a causa de la humedad, se había deshecho después de las nieves. Amandine solía sentarse en primavera y verano en el suelo astillado a leer los libros que traía de la abadía. Leonor se los daba a escondidas y no podían ser muchos, ya que la abadesa no permitía que saliesen del lugar. Con ellos había aprendido a leer a escondidas después de las cortas clases de su amigo Luc y de las damas de la reina. Luc y ella eran inseparables desde niños, él era el hijo del curtidor, había conocido a su amigo cuando su padre llevaba a abatanar las telas a la Rue de Colbert, donde Amandine vivía. Luc, aburrido, se escapaba e iba a visitarla a

la taberna. Los mejores recuerdos de su infancia eran con Jean Luc, los dos bajo un árbol mientras le enseñaba a leer con paciencia. Con el tiempo, los artesanos y comerciantes se habían trasladado a la otra orilla del Loira, donde la ciudad empezaba a crecer. Gastón se jactaba del buen ojo que había tenido al construir su taberna allí, solo había un camino antes de cruzar el puente, los viajeros se veían atraídos por el largo paseo bajo los altos arboles de la orilla y caían directos en sus fauces, sedientos y agotados. Era un ser rencoroso, ruin, avaro y cruel, Amandine lo sabía, pero le proporcionaba una habitación y comida. Leonor tenía razón, de vez en cuando se enfadaba con ella y le propinaba unos golpes, cada vez menos, porque se hacía mayor y era ella quien llevaba la taberna. Desde que Luc se había marchado a París, Amandine se preguntaba si aquello era la vida que le esperaba, si no existía otro mundo en el que vivir, algo más que ser. A sus dieciocho años, Gastón había rechazado a algunos pretendientes, no quería deshacerse de ella y que abandonara el negocio; eso le había dado un respiro, pero algún día tendría que formar una familia, era lo que solían hacer las chicas de su edad, algunas ya tenían uno o dos hijos. Tal vez su destino era otro y ella estaba esquivándolo sin saberlo. La posibilidad de huir lejos acosó de nuevo su mente.

Se puso su vestido de lana y bajó las escaleras; enseguida notó el olor a rancio, el de la cerveza en los barriles. Los primeros viajeros que bajaban a desayunar acabaron con todos sus estúpidos pensamientos; un día más de trabajo, un día más que caería en la cama desfallecida. Gastón frunció el ceño al ver que llegaba tarde.

—Piden el desayuno, menos mal que tengo un asado al fuego. Echa agua a la cerveza y empieza a moverte.

Amandine encogió los hombros resignada, lo del asado había sido cosa suya y no de Gastón: había encargado a Marie, que trabajaba en la taberna desde el mediodía, que lo pusiera a fuego bajo la noche anterior.

—Buenos días, Gastón —respondió Amandine. No había otra cosa en el mundo que enervara tanto a su padrastro como que perdiera el tiempo con esos modales que, decía, eran absurdos.

—Déjate de monadas y tira a la mesa; el señor acaba de sentarse y, mira su ropa, es rico. Eso es lo que tendrías que hacer, ganarte una buena propina.

Amandine no pensaba hacer tal cosa, ya era bastante que al pasar entre las mesas sintiera un pellizco en el trasero o algún atrevido posara la mano en su pecho. Había aprendido a deslizarse con premura entre los bancos y luego mandar a Marie a que ella sirviera a esos gañanes. No pensaba llegar a ese punto para poder comprarse un vestido nuevo o tomar un dulce en la plaza. Tal vez por ello, los vestidos de Marie eran tan hermosos y coloridos, y los suyos, trapos de lana marrón.

En ese instante vio cómo Marie balanceaba la cintura hacia la mesa del hombre de ricas vestiduras y sonrió, dejó que lo atendiera y se fue a aguar la cerveza.

La puerta se abrió y una ráfaga de aire llegó hasta ella; un hombre con ropas dos tallas más grandes, sucias y llenas de barro, entró en el salón de la taberna. Horrorizada, vio que tenía algunas salpicaduras de sangre en la camisa rota. Era habitual que algún mendigo fuera a rogar por comida, pero siempre entraban por la puerta de atrás y se quedaban allí hasta que les tendía algo de pan, a escondidas de su padrastro. El hombre era mayor, en sus ojos se adivinaba que estaba desconcertado; sin embargo, no desconfió de él, su expresión era dubitativa, como si estuviera avergonzado de sus vestiduras y aspecto.

Miró a su alrededor y vio que Amandine lo observaba, renqueó hasta ella, como si tuviera una herida en la pierna.

—*Mademoiselle*, ¿podrían ayudarme? Han asaltado a mi comitiva en los bosques de Chambord, me temo que no tengo para pagaros una comida decente ni alojamiento para esta noche. Si pudiera encontrar un mensajero que avise en mi hogar, podrían enviarme lo que le debo.

Amandine sintió que el anciano era sincero, no era el primer viajero que habían asaltado al aprovechar los senderos del bosque. Su corazón se conmovió de forma irremediable, ese hombre decía la verdad; era la ventaja de trabajar en una taberna, podías conocer a gente de todas las calañas y acabar sabiendo de sus intenciones por

sus palabras y gestos. Ese hombre estaba desesperado. No eran buenos tiempos, la gente compasiva no abundaba, al igual que el grano; nadie ayudaría a un hombre necesitado cuando les costaba llevar comida a la mesa para los suyos.

—Siéntese cerca de la chimenea, le llevaré enseguida un poco de guiso y cerveza.

El hombre miró escéptico a Amandine, tal vez no esperaba que al ser tan sincero lo atendieran con amabilidad.

—¿No me preguntas siquiera quién soy, muchacha?

Amandine sonrió y encogió los hombros.

—Un hombre que no tuviera dinero, y quisiera aprovecharse de una comida sin pagar, no diría que no tiene dinero; basta miraros para ver que os habéis vestido con la ropa de otro, quizá uno de vuestros criados muertos en el ataque. No puedo dejar que sigáis camino herido y hambriento, seáis quien seáis, señor.

El anciano asintió e hizo caso a Amandine, se sentó junto al fuego, sonrió de placer al tender las manos y sentir la caricia del calor en la piel.

Gastón no tardó más que unos instantes en ir a susurrar en el oído de Amandine:

—Ese que ha entrado ¿tiene monedas? Parece un pordiosero.

Gastón podía parecer despistado, al tener el labio inferior hacia abajo, la gente lo tomaba por tonto, pero cualquiera que conociera a Gastón de Rue Colbert sabía que era ladino y tacaño. Y más listo que cualquier hombre de leyes.

—Lo han asaltado en el bosque, iba a darle tan solo una escudilla de guiso y un vaso de cerveza, necesita descansar. Por favor, Gastón.

—¡Ni hablar! Échalo ahora mismo o lo haré yo. ¡Solo me faltaba alimentar a todos los pobres de Aquitania y Francia! ¡¿Sabes qué pasaría si se corriera la voz, muchacha?! —Amandine pensó que ya se lo había dicho mil veces, pero permaneció atenta, no quería un pescozón en la frente—. Todos vendrían a mi taberna a pedirme comida y techo gratis… Bastante tengo con tenerte aquí, alimentarte y vestirte…

El anciano escuchó a Gastón, al igual que todo el salón, y se acercó despacio, la cojera era mayor, tal vez después de sentarse tan pocos minutos.

—No regañe a la muchacha, ya me voy.

Gastón siguió con su diatriba, cada vez más exaltado al ver como sus conciudadanos le prestaban atención y asentían. Amandine se deslizó por un extremo, hasta el fuego de la cocina; con el cucharón, rellenó de forma generosa una escudilla. Sumergió un vaso de madera en el barril de cerveza y huyó por la puerta trasera. Al principio no vio al anciano, con más atención miró hacia la calle y se dio cuenta de que estaba sentado en el suelo, en mitad de un charco de orines y barro; estaba en el lugar en que se desahogaban los clientes de la taberna.

—*Monsieur*, levantad, por favor. Mirad qué os traigo.

El anciano levantó la mirada y se incorporó en cuanto vio a Amandine cargada con un cuenco y un vaso. Como un poseso, se lo arrancó de las manos y se bebió el guiso; masticaba a medias mientras engullía. Amandine sonrió con tristeza, después tendría que recibir un golpe o dos en el trasero, pero aquel hombre sobreviviría un día más. En ese momento, el anciano se dio cuenta de lo grosero que parecía y tragó de golpe.

—No sé, muchacha, cómo agradecerte esto, si consigo enviar un mensajero a mi familia, te doy mi palabra, te devolveré todo lo que ha costado esta comida. Ni siquiera me dejaron mis armas.

—No tiene que hacerlo, buen hombre. Tome. —Amandine le tendió unas monedas de las propinas—. Vaya a la abadía de Fontevrault, allí las monjas lo acogerán, con esta limosna enviarán a algún muchacho que avise de donde está. Tiene que seguir el Loira por la vereda derecha, cuando vea otro río que no le deje continuar, tome ese camino, le llevará a la abadía. Pregunte por la cerillera, es una monja buena que lo ayudará.

El hombre no tenía las manos libres con la escudilla y el vaso, así que asintió con lágrimas en los ojos a aquella muchacha que se apiadaba de él. Escucharon a gritos el nombre de Amandine en boca de Gastón.

—¿Te castigará cuando entres? —Señaló el anciano la taberna con la cabeza.

—No se preocupe, Gastón grita mucho, pero sé que en el fondo me aprecia.

—Nunca olvidaré lo que has hecho por mí; aunque no lo creas ahora, me has salvado la vida, muchacha. ¿Cuál es tu nombre?

—Amandine, pero no se apure, tome el camino a la abadía, le llevará medio día, aquí le he echado algo para comer, por si tarda más con la pierna herida. —Sacó un mendrugo de pan que le metió entre las solapas de la sobreveste—. No se aparte del río y llegará con las monjas, ellas le curarán, no se preocupe.

—¿Tan cerca estoy de la abadía? Creí que no llegaría nunca y caería muerto en el camino. Que el cielo te proteja siempre, Amandine de Tours. Soy William de Mandeville, tu siervo para siempre.

Amandine rio al ver que la saludaba como si fuera una princesa, le dio un empujoncito en la dirección correcta para que iniciara su camino. Dejó que el anciano desconcertado echara a andar; no sabía si llegaría a su destino, parecía turbado y herido, pero no podía hacer más por él. Si llegaba, las monjas debían darle refugio, era su sagrado deber, al menos hasta que se curase. Esperaba que ese hombre consiguiera reunirse con su familia. Había sido la causa de que lo ayudara, tener una familia debía de ser maravilloso, el anciano había pronunciado esa palabra con verdadero afecto, era algo que ella jamás había tenido. Su madre aún estaba manchada con los líquidos de su nacimiento cuando murió, de su padre nunca supo nada. Un frío día de diciembre la habían dejado en la taberna y la mujer de Gastón acogió a la pequeña criatura que era a cambio de una fortuna de una desconocida. Y allí se crio entre pescozones y algún abrazo efímero de su madrastra, hasta que la mujer murió de fiebres cuando tenía solo seis años. Siempre pensó que Gastón se cansaría y al final prescindiría de ella, la echaría a la calle, pero, año tras año, seguía en la buhardilla, calentita en invierno y con dos comidas al día.

Gastón alejó aquellos pensamientos, gritaba desde la entrada de la taberna, había visto al anciano irse con la comida y ahora tendría

que castigarla. Con resignación, entró sin mirar atrás, no podía encariñarse con cualquier viajero que pasara por allí.

Se preguntó si el anciano sería noble y conocería a Leonor, tal vez no llegara nunca a saber que la reina estaba tras esos muros desgastados de la abadía.

Capítulo II

Jean Luc entró en Tours, estaba cansado y hambriento; aun así, hizo la última parte de la vereda del río a la carrera. La ilusión de ver a Amandine de nuevo había hecho que olvidara los traqueteos del carro del campesino con el que compartió camino desde Orleans y la suciedad del viaje. Vio la gran torre de la iglesia; los andamios de madera estaban agrietados después del invierno y los albañiles habían vuelto al trabajo tras las heladas, ya recogían las herramientas, pronto anochecería. Según lo que decían, pretendían construir una enorme catedral como había en Ruan y París, pero por ahora solo se veían cuatro muros que encerraban la vieja iglesia de piedra para poder celebrar los oficios. Tardarían años en levantar aquellos primeros muros a la altura correcta, otros tantos en las columnas del interior, muchos más en construir los arbotantes que debían sostener toda la estructura que sujetaría el techado de madera. Tal vez ni Amandine ni él verían la catedral terminada, ni siquiera sus hijos. Jean Luc se detuvo y sonrió. Adoraba a Amandine desde niños, hasta que un día reparó en sus mejillas coloradas, las redondeces de su pecho, la forma en que sus caderas se movían con gracia; desde hacía tiempo, Jean Luc solo pensaba en desnudarla, hacer el amor con ella en la pradera junto al río, ver su cuerpo desnudo bajo el suyo. A sus dieciocho años, no había estado con ninguna mujer; sabía que sus amigos, después de beber en la taberna, visitaban la casa de Louise, en la plaza de Plumerau, donde los hombres acudían a aliviar sus necesidades por un rato. Él nunca estuvo interesado en esas chicas de mirada triste, por mucho que sonrieran y cantasen, no conseguían que su cuerpo reaccionara como cuando Amandine le rozaba el brazo o le besaba la mejilla. Amaba a Amandine.

Se acercó a Rue de Colbert, arrepentido en cierta forma, debería pasar primero por la casa de sus padres para que supieran que había vuelto de París. Siempre habían vivido mejor que sus vecinos, su padre era miembro del concejo de la ciudad; con sus ahorros, pudieron enviar a Jean Luc, su único hijo, a la universidad en París, recién fundada. Allí, Jean Luc empezó sus estudios jurídicos con cierto reparo, sus compañeros le veían como un muchacho de campo sin mayor interés. Un advenedizo en aquel mundo de hijos de nobles y ricos.

—¡Jean Luc! ¡Has vuelto! —Amandine gritó desde el otro lado de la calle y lo saludó con la mano. Ella no podía saber cómo el corazón de Jean Luc empezó a golpearle el pecho al ver la alegría en sus ojos.

Hizo señales y ella, dubitativa, miró hacia el interior de la taberna. Debió de avisar a su padrastro o a Marie, la muchacha que también trabajaba en la taberna, y cruzó a la carrera en su busca. Jean Luc hubiera deseado besar sus labios y abrazar su delicado cuerpo, cosa que no era apropiada de ninguna forma en mitad de la calle, así que se deleitó cuando ella le acarició el brazo, contenta de verlo.

—Acabo de llegar, ni siquiera he pasado por casa de mis padres. —Algunos curiosos comenzaban a mirarlos—. Vayamos al río, Amandine.

Asintió con alegría, Jean Luc era su único amigo y confidente. Lo había echado muchísimo de menos, con nadie podía hablar como con él. Jean Luc parecía más alto y fuerte, se había convertido en un hombre atractivo y culto, ¡iba a la universidad! Amandine deseaba que le contara cómo era París, la universidad, sus compañeros…

Corrieron hasta alcanzar la ribera, un banco de arena conducía a una isla en el centro del río, y ambos lo atravesaron mojando sus pies hasta la privacidad de los árboles. Amandine rio cuando sintió el frío del agua entre los dedos, sus zapatos tardarían horas en secarse, ni siquiera había cogido su capa, se arrebujó en sus propios brazos al mantener el equilibrio para no caer al agua. En cuanto estuvieron al otro lado, Jean Luc arrojó la pesada bolsa de viaje que llevaba al suelo y se abrazaron. Amandine reconoció el calor del cuerpo de Jean Luc como suyo. ¡Lo había extrañado tanto! Tras unos

instantes, este separó sus cuerpos, ella se apartó también. ¿Por qué tenía aquella mirada su amigo? Entonces él la besó. Amandine lo apartó extrañada, nunca había sentido el mayor deseo de hacerlo. Veía a Marie con algunos hombres y su extraño brillo en los ojos después de besarlos. Jean Luc ahora mismo tenía la misma expresión que Marie.

—Amandine, te he echado de menos cada día.

—No hagas eso, Jean Luc. No quiero que me beses, somos amigos.

—¿Por qué no, Amandine?

—Te quiero mucho, pero no de esa manera que crees.

—Eres una cría aún, no sabes que me amas.

—Soy lo bastante mayor para saber la diferencia entre amistad y amor. No quiero que te enfades conmigo o te alejes, eres mi mejor y único amigo.

Jean Luc frunció el ceño hasta que los ojos anhelantes de la joven lo convencieron, o quizá se convenció a sí mismo de que era cierto lo que él pensaba, Amandine no sabía qué era el amor todavía. Él, más mayor y hombre de mundo, sabría esperar a que ella reconociera que lo amaba, tenían toda la vida.

—Ven aquí, tonta, solo te he robado un beso. ¿No quieres saber cómo es París?

Se sentó a su lado, convencida de que había entendido que no sentía lo mismo por él, y se dejó llevar por sus relatos del viaje, de las calles de París, el palacio de la Île de la Cité, donde vivía el rey de Francia y, como su esposa, lo hizo Leonor. A veces sonreía, seguro que Jean Luc se inventaba alguna que otra cosa, pero su relato era tan entretenido que no le interrumpió. Ambos, bajo la caricia del sol de primavera, mientras su vista se perdía entre las hojas doradas al dejar pasar la claridad, estuvieron horas aislados del mundo. Volvieron cuando la noche caía y Amandine atravesó el salón casi vacío a la carrera para subir a su buhardilla. Esa noche quería soñar con París y sus calles.

Capítulo III

Jean Luc esquivó a unos cuantos muchachos borrachos y llegó a la casa de sus padres. Golpeó con orgullo la aldaba de latón con forma de flor de lis contra la sólida madera hasta dos veces, ese detalle en la puerta indicaba que era la casa de uno de los concejales de la ciudad. Fue su padre quien abrió, los criados debían de estar en la cama. Tenían en el servicio a una anciana cocinera y a Lisbey, una muchacha que limpiaba y hacía la compra en el mercado.

—¡Muchacho! ¡Te esperábamos hace horas!

Jean Luc suspiró, algún vecino lo habría visto en la calle con Amandine e ido a contárselo a sus padres.

—Fui a ver primero a Amandine.

Su madre apareció desde la cocina con un gesto de enfado. Se parecían mucho, todo el mundo lo decía. Jean Luc tenía el cabello rubio de su madre y los ojos azules de su familia. Para ser una mujer, era bastante alta y ancha de hombros.

—Entra, Jean Luc —dijo su padre al apartarse para cerrar la puerta y echar los dobles cerrojos.

Lo abrazó en cuanto se giró y después su madre abrió los brazos para él. Jean Luc olió en sus ropas los restos del guiso de su madre y se relamió hambriento. Sobre la mesa del comedor había una jarra de cerveza; con seguridad, su padre lo esperaba levantado.

—Debiste venir aquí antes, ¿qué dirá la gente? Vas a ver a esa mujerzuela casi al anochecer en lugar de ir a casa de tus padres.

Jean Luc se sentó y decidió que prefería beber un buen trago de cerveza antes de contestar a su madre.

—Amandine no es una mujerzuela, trabaja en la taberna, nada más. No me importa lo que piensen de nosotros, algún día me casaré con ella.

Su madre sofocó un gemido, su padre se sentó frente a él.

—Tienes un futuro brillante. Cuando acabes tus estudios, puedes ser ayudante del juez, espero muchas cosas de ti, Jean Luc. No puedes casarte con la hijastra de Gastón el tabernero.

Jean Luc estaba cansado, la cerveza en su estómago vacío había atontado sus sentidos, y no quería decir algo a sus padres que acabara en una discusión; solo estaría una semana y no quería sobre él la vigilancia de ambos para que no se encontrara con Amandine.

—Pensaré en ello, padre.

—Eres un muchacho juicioso, invita a la hija de los Frasone a la reunión de la iglesia. Es una buena muchacha católica, su padre te ve con buenos ojos, hijo.

Jean Luc asintió. Nunca renunciaría a Amandine. Algún día sus padres tendrían que comprender; mientras, podía invitar a la hija de los Frasone para que dejaran de atosigarlo.

—¡Ojalá esa muchacha de taberna se case pronto! —deseó su madre. Jean Luc lo escuchó al llegar a su habitación en la parte superior de la casa. Una sonrisa afloró en su rostro. Sería con él, Amandine algún día sería su esposa.

Capítulo IV

Amandine se despertó sobresaltada, desde su cama podía ver la ventana inclinada, no había echado los postigos para despertarse al alba. Entraba una débil claridad y el frescor del amanecer. Volvió a escuchar el tañido de las campanas de la iglesia, una réplica lejana siguió al instante.

Se levantó y apoyó los pies descalzos en la madera fría. Esperó un instante para volver a escuchar. Otro doble tañido rasgó el silencio de la noche.

Casi se cae de la cama cuando Gastón abrió la puerta de golpe. Amandine siempre cerraba con el pestillo, había en ese momento dos caballeros alojados en la taberna y un soldado inglés, y nunca se había confiado. Gastón debía de tener una copia de la llave de la buhardilla que jamás hasta ahora había utilizado. Llevaba su camisón largo, desgastado y algo roído en los bajos.

—¡Vamos, muchacha tonta! ¿Es que no lo oyes? Son las campanas.

Recibió de Gastón una patada en el trasero al no moverse.

—¡Vístete! Hay que preparar comida, saca el pan y cambia los barriles.

—¿No deberíamos ir a la plaza con todos?

—¡He criado a una tonta! En cuanto se enteren de las noticias, ¿dónde crees que vendrán a comentarlo? ¡Aquí! ¡Te enterarás igual!

—Pero, Gastón, es el toque de muerte, escucha.

Gastón hizo lo que pedía y escuchó.

—Es una muerte —respondió con tono bajo y misterioso—. Pero no una cualquiera… Ese repicar solo lo he oído cuando murió el duque de Aquitania y después el viejo monarca de Francia. Un rey ha muerto, Amandine. Los ecos de otras campanas llegan de lejos, se oirá en toda Francia.

Enseguida se escuchó golpear la puerta de entrada; Gastón tenía razón, las noticias vendrían a ellos antes de que fueran capaces de salir de la cama. Gastón fue a la carrera escaleras abajo, los hombres alojados en el piso superior salieron de sus habitaciones perplejos. Amandine cerró y se vistió deprisa, Gastón apremiaba desde abajo que bajara ya.

La taberna se llenó en apenas una hora, los hombres comentaban y bebían, algunos se alegraban y otros mantenían el silencio. La muerte de un rey no siempre era buena, a veces traía guerra, otras hambre y penurias. Si preguntaban a cualquiera de aquellas gentes si les importaba la muerte de un monarca, dirían que, mientras el siguiente no fuera peor, serían dichosos. Amandine escuchó con atención. El rey Enrique II de Inglaterra había muerto y Francia lo celebraba. El ducado de Aquitania había elevado el sonido de campanas por todas las tierras de Angers hasta que sus tañidos llegaron al Loira y después a París. Enrique II había llevado a la guerra a todas las tierras, duque de Aquitania y de Anjou, de Gascuña. Había luchado sin parar contra los franceses. Como rey de Inglaterra, Gales e Irlanda, había acosado aquellas tierras sin tregua. Amandine pensó que no sería muy llorado. Entonces cayó en la cuenta. Leonor, la reina, al fin sería libre de marcharse. Sería liberada de su largo encierro y pondría a su hijo favorito en el trono inglés. Sintió los hombros desfallecer; echaría de menos a la reina y sus quejas, todos sabían que su hijo Ricardo vendría en su busca en cuanto supiera la noticia de la muerte de su padre, el rey. Al parecer, todos la abandonaban: Jean Luc volvería a marcharse otra vez y no tendría a Leonor para agudizar el ingenio y traerse libros de la abadía, su única misión importante, las cartas; ya no podría sentirse útil para los demás. Podía hacer para la reina los *rillettes* y llevárselos antes de su partida, había tomado cariño a Leonor. No era buena idea, la reina estaría muy ocupada y solo sería un torpe estorbo en la abadía. Marie en ese momento la apartó de un codazo y las jarras oscilaron en sus manos; a veces, no sabía quién era más cruel, si Gastón o ella.

Trastabilló, a punto de caerse. Intentó recomponerse; estaba triste y enfadada, con Jean Luc, la reina, con el mundo entero, al que ella

ansiaba salir, condenada a oír de tierras lejanas y hermosas que nunca conocería, atada a aquella taberna y a aquella ciudad. Jean Luc tenía razón, debían casarse, tenía que aceptar que siempre tendría a su amigo cerca; vivirían con prosperidad y tendrían muchos hijos, no saldría nunca de Tours. Soltó de golpe los vasos en la mesa más cercana con más fuerza de la necesaria; en ella estaban algunos miembros del concejo, entre ellos, el padre de Jean Luc, que le dedicó un insulto cruel, lleno de desprecio. Su mirada de odio la sobresaltó cuando el hombre le cogió la muñeca con fuerza.

—Deja en paz a mi hijo, merece algo mejor que una moza de taberna.

Dio un paso atrás por las palabras del padre de Jean Luc, estaban cargadas de ira contra ella. Retorció la mano para librarse de su cepo y se alejó de él. Al mirar su muñeca vio la marca rojiza de los dedos; quiso hacerle daño y lo había conseguido.

Dos veces fue a buscar Jean Luc a Amandine aquel día, y las dos dijo lo mismo: tenían mucho trabajo y no podía escaparse.

El domingo, las campanas tañían de nuevo, esta vez para acudir al oficio. Amandine se vistió como siempre, solo tenía dos vestidos decentes, sacó un pañuelo para cubrirse la cabeza y salió de la taberna. Gastón esperaba, enfadado por su tardanza, en mitad de la calle; en cuanto vio que lo seguía, echó a andar. Amandine esperaba que Jean Luc fuera con ellos, solo estaría unos días más y siempre habían acudido juntos. Al acercarse a la iglesia, llena de andamios y piedras de cantera, vio a Jean Luc; a su lado, del brazo, iba una muchacha morena de piel clara. Yvette Frasone, creía que se llamaba, la hija del comerciante más rico de Tours. Ambos sonreían y caminaban despacio, para que los padres de Jean Luc no se retrasaran. Amandine se dio prisa en entrar en la iglesia y se sentó en los bancos de atrás junto a Gastón.

—Ese muchacho no es para ti, niña tonta —murmuró Gastón en su oído.

Amandine lo miró con sorpresa.

—Es mi amigo, nada más.

—Te traerá problemas, es mucho más estúpido que tú si piensa que sus padres permitirían a una muchacha sin fortuna ni apellido entrar en su casa.

El oficio comenzó y Amandine observó en los primeros bancos a Jean Luc: parecía contento, a veces se inclinaba de forma imperceptible hacia Yvette, como si hablasen en susurros. Detrás, sus padres y, cambiando su sitio habitual en la iglesia, los de Yvette. Amandine no formaba parte de ese mundo más privilegiado, de vestidos de domingo y casamientos entre hijos de ricos.

Nada más acabar el oficio, salió del recinto de la iglesia. Jean Luc, con su altura por encima del resto, había estado buscándola y Amandine se escabulló, no deseaba otro enfrentamiento con su padre. Volvió sola a la taberna, Gastón solía demorarse más: cada semana encendía unas velas, suponía que en memoria de su esposa o para que la taberna se llenase aquella semana, ignoraba si en su alma existía alguna inquietud.

Abrió los postigos de todo el edificio, el aire fresco entró para llenar de corrientes los viejos pasillos. Los viajeros que habían pernoctado, obligados como todos a acudir a la misa dominical por el consejo católico de la ciudad, no tardarían en volver también de la iglesia, así que bajó a abrir la gran puerta de madera.

Un hombre a caballo estaba frente a la taberna. Su corcel era negro, de suave pelaje, con un lustre sacado a fuerza de cepillarlo durante horas. Miró a su alrededor, intentando dilucidar qué hacía ese caballero observándola. Levantó su yelmo con ambas manos y Amandine estuvo a punto de ahogar un gemido. Era mayor, el color rubio rojizo de su pelo le llamó la atención, se alborotó con la fuerza del viento alrededor de su cabeza. Tenía una mirada seria de ojos azules, su mentón era fuerte y hermoso. Vio su escudo colgado de la grupa del animal. Tres leones en horizontal. Enseguida, un grupo de caballeros lo rodearon jadeantes, como si hubieran intentado seguirlo no sin dificultad.

—¡Ricardo! Deberías esperarnos, no sabemos qué peligros acechan estas tierras.

—*Majestad*, lelo, no podemos seguir llamándolo Ricardo —regañó al que habló otro de sus compañeros.

El caballero no contestó a sus amigos, quienes, ante su silencio, callaron también. Amandine pensó que quizá entrarían en la taberna y era el propósito de descansar el que los traía hasta allí.

—Está abierto, ¿desean entrar?

—¿Tú eres Amandine?

¿Cómo sabía su nombre? Entonces comprendió: los caballos de guerra, las armaduras y escudos de tres leones. Era el hijo de Leonor, Ricardo, que venía en su busca tras la muerte del rey Enrique. Siempre había pensado, por los relatos de la reina, que su hijo Ricardo sería más mayor, no se equivocó al imaginarlo como el guerrero que era, magnífico en su estampa.

—Lo soy, señor. Decidle a la reina que me alegro por ella, es un día feliz por su liberación.

Ricardo alzó la ceja; Amandine debía de haber cometido un pecado mortal al dirigirse a él, por los rumores que desató entre sus compañeros de armas. Sin embargo, Ricardo asintió con galantería, debió de ser muy guapo cuando era joven.

—Se lo diré a mi madre, chiquilla.

Amandine creía haber soñado aquella respuesta, el rey de Inglaterra no podía hablar con una tabernera. Seguro que en un instante despertaría y dejaría de ver la polvareda que los guerreros levantaban a la vereda del río al seguir camino hacia la abadía.

Capítulo V

Dos días pasaron, en los cuales Amandine notó algo diferente en los clientes que pasaban por la taberna. Hombres de letras, vestidos con ropas oscuras, bebían con prudencia. Nobles de ricas vestiduras que, apenas comían, seguían su camino. A veces, los observaba desde un rincón y otras se apresuraba a servir sus mesas para escuchar sus conversaciones. Ninguno de aquellos personajes se quedaba a dormir en las habitaciones del piso superior. Estaba convencida de dos cosas: una, que Gastón y Marie no se daban cuenta de esos extraños personajes, y otra, que en algún lugar debían de dormir. La abadía. Leonor debía estar preparándose para su regreso, se alegró y a la vez otra punzada de envidia golpeó su corazón. Pronto la reina volvería a ser dueña de su vida y nunca recordaría a la muchacha de la taberna que llevaba sus misivas y recibía las cartas por ella.

Era media mañana, el olor de las carpas y anguilas inundaba el salón. Agrio de la cerveza, intenso del pescado, ahumado por la carne de cerdo, la fragancia de las naranjas cortadas. Amandine convivía con aquellos aromas desde la infancia. La chimenea, en cuanto se asaba un guiso, se descubrían las brasas con los pescados y se ponía otro colgado de los ganchos de metal. Un continuo ir y venir de vasos, la madera al chocar, los charcos de cerveza bajo las mesas y el aroma dulzón de los que podían pagar un vino de Burdeos. Las mesas tenían el surco de bebidas, marcas de hojas afiladas, nombres imposibles de pronunciar y alguna perfecta gota de sangre.

Amandine oyó la tormenta, atronó entre las vigas de madera del salón, retumbó el edificio con la furia del cielo. Supo que había empezado a llover cuando la puerta se abrió y algunos rezagados entraron desesperados al abrigo de techo y comida. Durante una

hora, las gotas repicaron contra los muros y el techado, el agua se colaba entre las rendijas de las puertas y las contraventanas. El salón estaba lleno, nadie quería salir a las calles sucias de barro o arriesgarse a que el río mostrara su lado más cruel y las orillas se desbordaran. Amandine se preguntó si Jean Luc habría llevado a su nueva amiga a la isla; sonrió con malicia, si le había enseñado su sitio secreto, esperaba que estuvieran allí los dos atrapados entre las ciénagas del río. No, una muchacha decente y adinerada de Tours no saldría nunca sola con un muchacho, y menos lo acompañaría a una isla abandonada.

Por sorpresa, el sol se coló entre los postigos, Amandine los abrió y el aire nuevo entró en el salón, la lluvia se había alejado embutida en nubarrones negros que el viento alejaba. Aspiró la limpieza, la claridad del sol, y se regodeó en una sonrisa perezosa ante la primavera.

El rumor de la calle hizo que abriera con rapidez el resto de las ventanas, la puerta permanecía abierta para dejar escapar los humos y a los perezosos que no consumirían nada más ante el final de la tormenta. Buscó la causa de tal jaleo en la calle, Gastón debió de pensar lo mismo y salieron juntos al exterior. Gastón se echó el paño sucio, que siempre colgaba de sus pantalones, al hombro. Amandine siguió la mirada de su padrastro y vio la comitiva que se acercaba por la vereda del río. Chiquillos saltaban alrededor para pedir limosna, la gente se apartaba ante el brillo deslumbrante de las espadas de los caballeros y los adornos del carro que rodeaban. Suspiró al ver las alas del águila, el símbolo de la reina, el mismo que le prohibieron usar desde su encarcelamiento. Sin desearlo, buscó con la mirada al hijo de la reina entre los hombres a caballo, había quedado impresionada con su porte y aspecto; los de Aquitania eran hermosos, hombres y mujeres, como si hubieran sido tocados con el sol del sur. Todos los que rodeaban aquella comitiva destacaban como una luz en la noche, como las praderas verdes bajo el atardecer, la corte de confianza de Leonor. Ricardo no estaba entre ellos.

Amandine, al igual que todos los que se reunieron en la calle, observaba la comitiva con curiosidad y alboroto. La casa de Louise

debió de quedarse vacía, las muchachas que no salían medio vestidas se asomaban a las ventanas, parecían cuadros enmarcados en las vigas vistas de madera de la fachada. Las lavanderas del río, que acababan de salir tras la lluvia, se quedaron a un lado con las cestas de ropa; los abatanadores de tejido de la otra orilla y sus familias se acercaron por el puente. El rumor del paso de la comitiva se había extendido desde su salida de la abadía y la ciudad entera parecía querer verlo. En el aire se intuía que algo sucedería aquella mañana.

Amandine dio un paso atrás cuando los primeros hombres a caballo se pararon frente a la taberna, el carruaje se detuvo tras ellos. La multitud se movió por toda la Rue de Colbert y alrededor de la taberna en espera de qué ocurriría. Un criado abrió la puerta del carruaje y Anne, la doncella de la reina, bajó; tras ella, lo hizo Leonor.

Gastón, entonces, miró a Amandine de una forma tan extraña que la obligó a girarse hacia él. Entrecerró los ojos en señal de sospecha, sus labios hacia fuera formaron una O sorprendidos. La duquesa de Aquitania, una vez reina de Francia, ahora reina viuda de Inglaterra, fue hasta ellos dos. Amandine tironeó de la manga de Gastón y este se inclinó reticente ante la reina, que ya no era la suya.

—¿Gastón el tabernero?

—Sí, señora.

—Sí, Gracia —apuntó Amandine a Gastón.

Tan duro como una piedra, gruñó; era todo cuanto podían esperar de él.

La reina sonrió, Amandine siempre se maravillaba de su conocimiento de las personas, entendía a la abadesa con su hablar culto y al pordiosero más pobre de Francia.

—Me llevo a la muchacha conmigo. ¿Cuánto pedís por ella, tabernero?

Se encogió de felicidad, Leonor iba a cumplir su promesa, iba a llevarla con ella. Presa del pánico, se dio cuenta de que, ante la ley, Gastón decidía su futuro, y la reina lo sabía, por ello se mostraba de tan buen talante con él; lo que más atraía a Gastón era una buena bolsa de dinero. Amandine hubiera suplicado, se hubiera arrojado a

los pies de su padrastro, pero ante la reina no, si cambiaba su concepto de ella, tal vez la dejara allí.

—La muchacha no saldrá de aquí. Me hace falta en mi negocio.

—Te la compro, seré generosa.

—Entrad y hablaremos.

Gastón invitó a la reina, y dos caballeros siguieron a Leonor al interior junto a Anne, la dama de compañía. Amandine no fue invitada, así que se quedó de pie, fuera; sobre ella, las miradas curiosas, el objeto de todas las conversaciones. Tenía que haber dicho a Gastón que invitara a sentarse a la reina y le ofreciera el mejor vino de Burdeos. Se sintió extraña, en mitad de aquel escenario en que se había convertido la calle; ninguna de esas personas le había dirigido una sola mirada en años, nunca se habían preocupado por ella y ahora juzgaban su vestido, su rostro, sus formas… No tardaron más que unos minutos, Gastón salió triunfal, saludó a sus conciudadanos ufano, con la mano en alto. Amandine sabía que le gustaba alardear y, a juzgar por el bulto bajo su camisa, había ganado bastante.

Leonor en ningún momento la miró, pasó por su lado y volvió a entrar en el carruaje. Anne esperó paciente a un lado cuando Gastón tomó por los hombros a Amandine. Más baja que él, levantó el cuello mientras su padrastro deslizaba una bolsa de tela y la enlazó a su hombro. Enseguida, notó el peso y el tintineo de monedas. No entendía por qué le daba lo que la reina le había ofrecido por ella. Ni siquiera sabía que a la gente se la podía comprar.

—Amandine, guarda estas monedas, úsalas si los propósitos de la reina no son honestos contigo. Siempre supe lo de las cartas y no me gustaba, pero parecías tan feliz cuando volvías de estar con ella que no tuve valor para negarme. Amandine, vuelve cuando quieras, este será siempre tu hogar.

No podía creer que el hombre frente a ella fuera Gastón, le estaba entregando el oro con el que la reina la había comprado. Todo. Y le ofrecía un hogar al que volver. Las lágrimas pugnaban por salir de los ojos de ambos.

—Gastón, eso significa que alguna vez me has apreciado como a una hija.

—Muchacha tonta —replicó enfadado. Soltó a Amandine molesto —. Cuando tengas que tomar una decisión, acuérdate de mis pescozones; cuando cometas un error, recuerda como fregabas los suelos hasta hacerte sangre en los dedos; cuando tengas todo cuanto mereces, acuérdate de este pobre viejo.

—¡Oh, Gastón!

Amandine lo abrazó, notó lo delgado que estaba y lo débil que parecía. Gastón se limpió los ojos con la manga de la camisa con brusquedad.

—Muchacha lela, no des monedas a harapientos ni pobres, cuida mi dinero como si aún fuera mío y tuvieras que devolverlo.

Amandine sonrió con cariño. Nunca había comprendido a Gastón, ni su forma de ser, tal vez jamás volvieran a verse; Leonor afirmaba que partiría a Inglaterra en cuanto fuera liberada. Añoraría a su padrastro cada día del resto de su vida.

—Te echaré de menos.

Gastón se enfadó todavía más y la empujó hacia la comitiva de la reina entre gruñidos.

—Vete ya, muchacha tonta, no das más que problemas. Mañana mismo empezaré a alquilar tu buhardilla, será un buen dinero, no como tú, que te pasas el día holgazaneando y te comes mi comida.

Amandine fue hasta el carro que esperaba con la puerta abierta, Anne acompañó su paso con la mano en su cintura. Se giró antes de entrar, un instante. Gastón ya no estaba allí. Echó un último vistazo a la casa en la que se había criado. El techado de paja aguantaría unos cuantos inviernos más, su padrastro olvidaría cerrar los postigos de arriba por la noche, se colarían las palomas al amanecer y no habría nadie que limpiara la entrada al día siguiente. Marie agitó la mano en señal de despedida, parecía más emocionada que ella, tendría algo que contar durante semanas.

—¡Amandine! —gritó la voz de Jean Luc.

Corrió hasta ella con la respiración ahogada, despeinado. Pasó entre los guardias y cogió su mano. Tenía la piel caliente a causa de la carrera.

Amandine hubiera deseado despedirse de él en su isla del Loira, donde se contaban confidencias bajo los sauces. Jean Luc tenía los

ojos rojos, apretaba tanto los dientes que su mandíbula estaba tensa.

—No te vayas, cásate conmigo, quédate por mí.

—Sabes que no lo haré, Jean Luc. No puedo quedarme aquí más tiempo. Tienes que volver a la universidad, y yo buscar un destino, siempre he sentido que este no era mi lugar. Tus padres quieren para ti a otra mujer y otra vida, y tú nunca los desobedecerás. Lo entiendo.

—Fleur Amandine de Tours —dijo él, que era de los pocos que conocían su nombre completo—. ¡Te arrepentirás, no eres más que un entretenimiento para esa anciana! ¡¡Te ha metido todas esas ideas extrañas en la cabeza y tú no vales nada, sin mí no serás nada!! Te hubiera dado una buena vida, Amandine. Un día se cansará de ti. Me hubiera enfrentado al mundo entero por ti.

Un soldado de la reina dio un paso adelante, Jean Luc había llamado anciana a Leonor. Amandine vio el dolor de sus ojos, la rabia en su postura. Era mejor que se fuera sin rencor, Jean Luc siempre sería su amigo. No podía permitir que aquellas palabras llenas de amargura quedaran entre ellos. Y no, Jean Luc no se hubiera enfrentado a sus padres y aún menos al mundo al que temía tanto.

—Volveremos a encontrarnos algún día, Jean Luc.

Besó su mejilla y entró en el carruaje. Deseaba llorar, hundir la cabeza entre sus rodillas y no pensar en todo lo que abandonaba, en su hogar. Suponía que cualquiera tendría miedo a lo que le esperaba, estaba a punto de iniciar un largo viaje, más lejos de lo que nunca había podido soñar, a otro país, a una isla donde había oído a los viajeros que nunca dejaba de llover y te podías perder en sus inmensas montañas llenas de bosques. No pudo refugiarse ni en su miedo ni en sus esperanzas, frente a ella estaba Amelie, la monja de la abadía, que acompañaba a la reina, y su dama de honor, Anne Marie. Leonor, al otro extremo del carruaje, tenía los ojos cerrados; Amandine sabía que tendría mucho en qué pensar, ahora era la reina viuda de una isla, su hijo Ricardo tendría que coronarse, demasiadas cosas, y aun así se había detenido para recogerla.

—No entiendo, majestad —dijo Anne—. La muchacha, ¿por qué?

La reina abrió los ojos, en cuanto el azul de sus iris se posó en su dama de compañía, su expresión también cambió.

—Yo no entiendo cómo un hombre puede vender a otro. En Antioquía había un mercado de esclavos, los subastaban al mejor postor. Esto que acabo de hacer, pagar por ti, Amandine, nunca lo interpretes como si fueras de mi posesión, por favor.

—Amandine no debería acompañarnos, mi reina —volvió a replicar Anne, fruncía el ceño sin dejar de mirar a Amandine.

—Habla ante ella, Amandine ha guardado secretos muy grandes por nosotras.

Anne se enfurruñó, y aun así se adelantó para mirar a Leonor.

—Los aquitanos no reconocen a sus bastardos, vuestro abuelo tuvo docenas, vuestro padre…

Leonor hizo un gesto y su dama obedeció, calló al instante, el carácter de la reina era temible. Su semblante se había oscurecido al levantar la mano frente al rostro de Anne.

—Supongo, Anne, que todo esto lo dices porque aprecias a Amandine. Si estoy en lo cierto, calla ahora para después no arrepentirte.

Amandine siguió la conversación desconcertada, sabía que era ilegítima, jamás había sabido de su padre, ante las palabras de Anne entendió que estaba relacionada con la reina.

Anne vio sus dudas, cogió su mano con afecto y, con pequeños toques, intentó reconfortarla. Asintió ante la dama con una sonrisa, como si no hubiera comprendido la conversación con la reina. Intentó retener las lágrimas y no mirar por la pequeña ventana del carruaje. Su adorado Loira, las riberas del río, las carpas brillantes, las anguilas perezosas, las aves abriendo sus alas, la pradera de verde brillante, los botes de los pescadores mecidos por el viento, su isla, no necesitaba verlo todo de nuevo para llevarlo en el corazón.

Y nunca le diría a la reina que sabía que fue ella quien mató a su madre en aquella cabaña de caza. Gastón se lo contó, tal vez para que se alejara de Leonor o porque la culpabilidad al cubrirlo siempre pesó en su conciencia. Su padrastro jamás supo decirle a Amandine por qué ella no siguió el destino de su madre. Quizá nunca lo

supiera, o no quería saberlo; tenía la certeza de que, si descubría la verdad, sería su fin.

Capítulo VI

El carruaje avanzó hacia el norte. Cuando avistaron el río Mayenne y su pequeña población en sus orillas, el cochero ordenó detenerse. Amandine admiró sus calles empedradas a pesar de los vaivenes que sufría el carruaje. Durante todo el día no había apartado la mirada de los paisajes verdes, los árboles en flor y los campos violetas, amarillos y rojos. A mediodía, Anne y la hermana Amelie habían dispuesto un mantel tras encontrar un lugar donde la reina se podía sentar con más o menos comodidad, prepararon queso, delicias dulces y frutas que traían desde la abadía. Los soldados que acompañaban la comitiva sacaron sus propias bolsas y ocuparon el prado, pisotearon con sus botas los macizos de flores y ahuyentaron a los animales con sus conversaciones altas.

A Leonor no parecía molestarle, al contrario, los observaba de manera distraída con una sonrisa. Entonces, el jefe de su guardia le comunicó que llegarían al atardecer al pueblo de Mayenne, cerca de donde se encontraban ahora, para pasar la noche.

El carruaje se detuvo frente a la posada, al parecer, la única del pueblo. Amandine contuvo el aliento al ver a la joven que se deslizaba hacia ellos para recibirlos y enviar a los jinetes al establo. Ladeó la cabeza, la posada era una copia casi exacta de la de su padrastro. El tejado de pizarra, recubierto de paja, las contraventanas de madera desportillada, la entrada con un pequeño tejado que no cubría de la lluvia. Se preguntó si en toda la región todas las posadas y todas las muchachas de taberna serían iguales. Sonrió a su homóloga, y esta abrió los ojos con sorpresa. Aunque Amandine no vistiera como sus acompañantes, el halo que la reina creaba a su alrededor impregnaba a todos de elegancia y riqueza. Cenaron junto al capitán de la guardia, y Leonor no permitió que los soldados lo hicieran en los establos. Llenaron la taberna sin

problema, el dueño parecía no tener intención de que los lugareños los molestaran y los echaba sin miramientos. No se equivocaba el Gastón de Mayenne, Leonor lo compensaría bien.

Amandine durmió con la hermana Amelie en una cama con un colchón bastante digno que hacía que al tumbarse te hundieras entre las plumas y suspiraras de gusto después de un día lleno de traqueteos. Pensaba que no dormiría en algo tan blando, pero se equivocaba, pasó la noche sumida en sus sueños, sin oír los ronquidos de la monja. Amelie se había vuelto más agradable y hasta sonreía durante el viaje, como si al abandonar el encierro de la abadía hubiera sentido alegría.

Al día siguiente, siguieron camino hacia el puerto de Barfleur, muy cerca de Cherburgo. Amandine no tenía ni idea de dónde estaban, el capitán era un hombre amable que le hizo al partir un mapa en el suelo de tierra, con un palo. Había visto grabados en algunos de los libros de la abadía que mostraban el territorio franco, de la época de Carlomagno, y eso ayudó a que se hiciera una idea de dónde estaban y a dónde iban; más allá del canal que separaba Francia de Inglaterra era un misterio para ella dibujado en sombras. El tosco dibujo del capitán hizo que supiera que avanzaban hacia el norte en lugar de ir hacia Calais, más cerca de Inglaterra.

El capitán Benoit se había mostrado amable con ella. Tenía un porte distinguido, un rostro marcado por una mandíbula cuadrada y fina nariz. Benoit gozaba con toda la confianza de Leonor, obedecía a la reina con prontitud y paciencia, aceptaba que no podía discutir con ella acerca de las paradas, ni los caminos, ni casi cualquier cosa. Con extrañeza, Amandine descubrió que Anne, Amelie e incluso el capitán Benoit estaban emparentados en mayor o menor grado con Leonor. Lealtad, al parecer, la reina se aseguraba con el lazo de sangre tener a su lado a los más fieles servidores.

Al partir hacia el puerto, Benoit le ofreció a Amandine la mano para ayudarla a que subiera al carruaje; sin querer, se sonrojó de tal forma que evitó la mirada de sus acompañantes en el interior de este.

—Tienes que aprender inglés, Amandine.

Anne, la dama de compañía, miró a la reina con decisión. Había algo que no discutían frente a ella, y ambas estaban tensas.

—Enseña a Amandine, pero en la corte de Ricardo, en Londres, hablan más francés normando que inglés.

—Y quizá otras normas que debería conocer de la corte inglesa. Si es que vamos a quedarnos en aquel lluvioso país.

Amandine sonrió, Anne no parecía muy contenta con el destino que les esperaba. Empezaba a conocer a la dama y no callaría con tanta facilidad.

—¿De verdad iremos en barco, atravesaremos el Canal en un barco? ¿Recuerda, mi reina, lo que le ocurrió al Barco Blanco? —dijo Anne con ironía.

Amandine se incorporó con los ojos abiertos, ansiosa por ser ella la que contara la historia de cómo el marido de Leonor se había convertido en rey.

La reina sonrió al ver la expresión ansiosa de la joven. Con un gesto le indicó que hablara. Amandine recordaba aquella lección dada por la reina bajo la estatua del patio de la abadía.

—Ocurrió hace dos generaciones —explicó—. El barco se hundió cuando el príncipe de Inglaterra y su corte iban hacia Londres; el único que se salvó fue el hermano del rey, que decidió quedarse en territorio francés. Provocó que luego reclamara el trono a Matilda, la única hija viva del monarca. Nadie quería en Inglaterra una mujer como reina y apoyaron a su tío. Tío y sobrina provocaron una guerra civil sangrienta que llevó a la desolación las tierras inglesas y a la hambruna a sus súbditos.

»Fue una guerra terrible hasta que Enrique, hijo de Matilda, el esposo de su majestad, se hizo con el trono de Inglaterra.

Leonor chasqueó la lengua con desagrado e interrumpió a Amandine.

—No soportaba a Matilda —dijo indignada al recordar a su suegra —. ¿Ves, Anne? Amandine tiene más formación e inteligencia que la mitad de la corte en Londres.

—Siempre tenéis que llevar razón.

Anne se tapó con la capa y se giró hacia la ventanilla. Amelie rio por lo bajo y se encogió de hombros hacia Amandine.

—Gracias, mi reina —se sintió obligada a decir Amandine.

Fuera lo que fuera por lo que discutían la reina y su dama, ella era la causa de todo ese malestar desde que habían abandonado Tours. Recordó las palabras de Anne: «Los de Aquitania nunca reconocen a sus bastardos». Frunció el ceño y miró a la reina con atención: por primera vez se fijó en sus cabellos rojizos oscuros, sus ojos azulados, habían cambiado desde que la conocía, con toda seguridad a causa de la edad, ahora no parecían violetas, sino azules. No veía gran cosa que pudiera decirle si ella era una hija no reconocida de su familia. Se revolvió incómoda, recordó el día en que Ricardo, el hijo mayor de Leonor, se detuvo frente a la taberna con sus hombres. Lo había reconocido por el escudo que portaba colgado en su montura, pero había algo más en él que llamó su atención con curiosidad. La forma en que le impactó su rostro, su mentón casi imperceptible a causa de la barba, algo en Ricardo conmovió su ser y se atrevió a hablar con él. Fue la forma rasgada de sus ojos, quizá el gesto al decir su nombre. No creía que Leonor hubiera elegido a una muchacha de taberna al azar, ni se hubiera ofrecido a llevarla consigo si no podía sacar algo en beneficio suyo. Adoraba a la reina, sentía un cariño especial por ella, y aun así sabía que era egoísta e implacable, si algo se interponía en su camino, lo destruía; si algo le interesaba, lo conseguía; si algo le preocupaba a Leonor, lo echaba a un lado. ¿Qué sería ella, de todas esas cosas, para la reina?

Estaba tan inmersa en sus pensamientos que se sobresaltó al sentir el carro detenerse.

Benoit hizo parar la comitiva frente al puerto de Barfleur, asintió con encanto al ver que la primera en descender era Amandine. Al tomar su mano, el capitán retuvo sus dedos entre los suyos un poco más de lo debido. Amandine volvió a sonrojarse, Benoit le gustaba: sus ojos oscuros eran hermosos y sinceros; aunque más mayor que ella, el pelo desordenado le confería un aspecto juvenil. La hermana Amelie carraspeó y Benoit y ella separaron sus manos al instante. Amandine sonrió, no sabía que el capitán, un hombre tan curtido, podía enrojecer de aquella forma.

Nunca había visto un puerto de mar. El trasiego continuo de naves, pequeñas y grandes, las que permanecían en el agua y acababan de arribar replegaban sus velas, otras se lanzaban impunemente al mar y desplegaban las telas al viento hasta adquirir velocidad y alejarse en el azul profundo. Se descargaban mercancías grandes, animales, se cargaban en otros navíos. Abrió los ojos al ver el grupo que se acercaba y el tintineo que provocaba. Eran las primeras personas de tierras de Oriente que veía en su vida, el color dorado de su piel y sus cabellos negros eran hermosos. Todos llevaban grilletes en manos y pies, trastabillaban para seguir el paso en una fila doble. Había hombres maduros, mujeres e incluso niños; debían de ser el botín de guerra de las cruzadas, infieles capturados en alguna batalla en Antioquía para llevarlos a tierras españolas.

—Será mejor que embarquemos, Amandine.

Benoit la apartó de la fila de esclavos infieles que pasaban frente a ella. La condujo entre el ir y venir de marineros y cargas con la mano apoyada en su espalda.

Amandine se había distraído, y la reina, junto a Anne y la hermana Amelie, ya estaba en cubierta. Benoit la sujetó cuando la pasarela osciló bajo sus pies, ella soltó un gemido cuando se inclinó sobre las sogas que servían de barandilla. En los pequeños botes del Loira no había pasarelas y nunca había estado en un barco tan grande. Benoit la sostuvo un instante por la cintura al notar sus dudas sobre la estructura de madera. Sintió el calor de sus manos a pesar de la capa que se ajustaba a su cuerpo. Un lujoso regalo de Anne en rojo burdeos.

—Amandine… —Lo miró con una sonrisa. Benoit, a pesar de ser más experimentado y mayor, se mostraba nervioso—. Cuando lleguemos a la corte de Ricardo, me gustaría visitarte si lo deseas.

Amandine sonrió, cualquier muchacha durante el camino de dos días desde Tours hubiera gritado de alegría. Benoit despertaba las miradas coquetas de todas las mujeres a su paso, era un soldado apuesto, de anchos hombros y atractivo rostro, que podía tener a sus pies a muchachas hermosas. Algo había en ella que no debía de funcionar, se preguntó si sería como algunas de las chicas de Louise. Amandine había visto cómo se escondían varias en la vereda del río,

se besaban con pasión y se acariciaban con verdadero cariño. Sabía que a veces también ocurría entre algunas monjas. Benoit le gustaba, sentía satisfacción cuando él rodeaba su cintura o tomaba su mano; le atraía, en efecto. Era su desconfianza por el ser humano lo que la alejaba de la gente, la inseguridad de su futuro; aún se preguntaba qué quería de ella Leonor, tal vez su corazón se había endurecido con los años y no podía sentir nada.

—Me encantaría, Benoit. Con toda seguridad, estaremos junto a la reina mucho tiempo y podremos seguir siendo amigos.

Benoit frunció el ceño y Amandine temió que se enfadara con ella.

—Tendremos tiempo para conocernos, espero poder enseñaros Londres, si la reina me lo permite.

—No creo que la reina me necesite a todas horas —replicó Amandine, aquello sonaba demasiado a que Leonor controlaría todas sus horas y días.

—No, no, es solo que, tal vez, no me considere adecuado.

Amandine agitó los hombros al reír.

—En todo caso, yo no soy adecuada para un capitán de la reina. —Sabía por Anne que Benoit, además de ser pariente de la reina, era el segundo hijo de un conde aquitano.

Benoit pareció desconcertado, como si Amandine siempre hubiera sido una dama de la reina y no una chica de taberna.

—Sois recta, preciosa y demasiado humilde, Amandine. No será de extrañar que tengáis gran número de pretendientes cuando lleguemos a Londres, por eso me he atrevido a pediros que me recibáis en caso de que ocurra.

Amandine pensó que Benoit estaba loco, no se lo dijo, puesto que su semblante estaba tan serio que sentiría como una ofensa cualquier cosa que pudiera decirle.

Asintió como si fuera tonta, cosa que odiaba, al menos consiguió que Benoit soltara su cintura. Continuaron su ascenso por la pasarela y al llegar se separaron. Anne le dedicó un mohín disgustado al pasar junto a ella y fue a hablar con Benoit. Amandine, en la cubierta, siguió a Amelie y a la reina al interior de un camarote que debía de ser del capitán. Al girarse, vio a Anne conversando con

el capitán; en un momento dado, Benoit miró en su dirección con el rostro pálido.

—¡Amandine!

La reina la llamó y tuvo que entrar; fuera lo que fuera lo que Anne le estaba diciendo al capitán, sin duda le había trastornado. Y mucho se temía que era sobre ella.

Capítulo VII

Yvette había acompañado a su padre al puerto de Barfleur, era hija única y sus progenitores querían que aprendiera el negocio. El día que se casara pasaría a su esposo como dictaba la ley, nadie escucharía a una mujer como dueña de un negocio, pero su madre siempre decía que, si sabía cómo manejar a su esposo, sería ella quien llevaría las riendas de la venta de telas. Su padre había heredado del abuelo de Yvette unos telares, había empezado contratando por una miseria a tres mujeres que hilaban día y noche la lana, por unos cuantos *deniers* a la semana, ni siquiera conseguían un *sou* en un año de trabajo por una labor que les destrozaba las manos. Su padre compraba la lana abatanada en la feria de Angers, a veces los comerciantes venían de tierras flamencas y otras conseguía lana francesa o inglesa, más gruesa y abatanada de manera rudimentaria. Su negocio fue creciendo y ahora era uno de los comerciantes más ricos de Tours y quizá del Loira.

Habían hecho una parte del camino junto a Jean Luc; a su padre le gustaba, era hijo de uno de los concejales de Tours, no muy ricos, pero así podía asegurarse de que Yvette encontraba un buen hombre. Jean Luc estudiaba Leyes en París, e Yvette no dejaba de preguntarse si su padre pensaba que este se quedaría en Tours para siempre.

Yvette se sorprendió cuando Jean Luc apareció en su casa el domingo para acompañar a su familia a la misa dominical. Desde niño se le había visto siempre rondar a Amandine, la chica de la taberna. Amandine no se relacionaba mucho con las chicas de Tours, siempre andaba rondando la abadía a pesar de que tenía que caminar un largo trecho, e Yvette no había hablado más que unas pocas palabras con ella. Siempre le pareció una chica peculiar,

miraba todo con atención, a su lado todos se sentían observados, y si dejaban que alguna vez fuera con ellas era por lástima; Gastón, su padrastro, no era demasiado amigable.

Yvette y su padre se dirigieron con el carro a rebosar hasta el mismo puerto. El cargador del barco los esperaba impaciente. El padre de Yvette comenzó a dar órdenes, solía ponerse nervioso cuando se separaba de sus maravillosas prendas, esta vez era un primer envío a Inglaterra. En época de Enrique II, se habían instaurado enormes impuestos entre Francia e Inglaterra; no obstante, ahora que Ricardo, su hijo, había ascendido al trono, les habían prometido que desaparecerían. Como el padre de Yvette, muchos comerciantes rondaban el puerto, ansiosos por abrir un provechoso comercio con los ingleses. Yvette no bajó del carro, obedeció a su padre. Desde su lugar alto, observó a unos cuantos chiquillos robar la bolsa de un marinero y echar a correr hacia las casas de pescadores antes siquiera de que el hombre se diera cuenta. Entornó los ojos, en la pasarela del barco más grande que se hallaba atracado en el puerto, un soldado, oficial tal vez, tomaba de la cintura a una mujer. Sonrió ante la escena, podía ser un matrimonio que se despedía en la pasarela. La mujer se giró e Yvette contuvo el aliento, era Amandine de Tours. Por un instante, dejó de respirar, parecía que el oficial iba a besarla, ella debió de decir algo y se separaron de manera brusca.

Reflexionó un instante, intentó apartar la voz de su padre de sus oídos y observó como el soldado y Amandine subían al barco. Jean Luc amaba a Amandine, Yvette no era tonta ni ciega, no como su padre, que deseaba que se casara con Jean Luc, le gustase o no. Lo cierto es que le atraía, como a la mayoría de las chicas; era apuesto, educado, de buena familia…, y ella lo había besado. Se habían despedido ante su padre, Jean Luc volvía a la universidad cabizbajo, el adiós se dijo de una manera fría. No se lo tuvo en cuenta, estaba conmocionado, Amandine le había ignorado en mitad de la Rue Colbert, la calle más concurrida de Tours. Ante todo el pueblo, lo había rechazado para irse con la reina de Inglaterra, Leonor de Aquitania. Una moza de taberna rechazando a Jean Luc, el muchacho más apuesto de la familia más respetable. Yvette lo había

visto como todos, Amandine lo dejaba para irse con las damas de compañía, en busca de riqueza, después de una vida junto a Jean Luc. Y ahora estaba en la pasarela de un barco, con un soldado, un oficial; quizá fuera la verdadera razón de que abandonara Tours y a Jean Luc, y ella sería quien aguardaría la vuelta de él para contárselo. De esa manera, estaba segura de que olvidaría a esa tonta de Amandine. Frunció el ceño. Tal vez Amandine no era tan tonta, si ahora estaba bajo la custodia de una reina. Tal vez era hora de abandonar Tours e ir a París.

Capítulo VIII

Broderick Campbell caminaba con paso firme por los corredores descubiertos del castillo del rey. Windsor era un palacio sombrío en su mayoría; el rey muerto, Enrique II, lo había ampliado y reformado, grandes ventanales decoraban estancias nuevas y había convertido el interior en salas cálidas y llenas de luz. Decían que su esposa, Leonor de Aquitania, una vez reina de Francia, había enloquecido en el palacio del rey francés a causa de la suciedad y la falta de luz de la Île de la Cité. Aquí, en Inglaterra, la lluvia aparecía todo el año y los cielos eran más grises que azules; sin embargo, Leonor de Aquitania había encontrado su verdadero hogar. Muerto el rey inglés, los rumores decían que Leonor se dirigía a la corte inglesa con su hijo Ricardo, para coronarlo y tomar el poder. Ricardo apenas había estado dos veces en Inglaterra en toda su vida. Era más francés que inglés.

Algunas muchachas de la corte se apartaron de su camino turbadas, al pasar sintió sus cuchicheos en la nuca. Broderick sabía que su aspecto asustaba a las más jóvenes, mientras que sus madres suspiraban a su paso y sus padres lo despreciaban por ser escocés. Su alta estatura, la envergadura de sus hombros y la fiereza de su mirada contrarrestaban con la delicadeza de los nobles ingleses preocupados por llevar esos trajes coloridos y las barbas recortadas con finura. Él era un hombre de acción, entrenado desde niño para servir a su rey escocés, William. Su vida eran las armas, no la corte inglesa. La cicatriz en su mejilla no ayudaba, su pelo más largo que el de los ingleses provocaba miradas de reproche, aunque intentara sujetarlo con una tira de cuero. El tatuaje en su brazo con el lema de los Campbell de Argyll ocupaba desde la muñeca hasta el codo y aunque fascinaba a todos, les parecía un signo más de que los escoceses eran verdaderos salvajes. Eso eran para los ingleses,

salvajes que habitaban en el norte de la isla, a merced de los elementos, con modales toscos y siempre buscando guerra, huraños y poco habladores. A Broderick no le habían enseñado ni el arte de la oratoria ni el de la paciencia. Su rey William hacía ya años que había perdido su batalla en Alnwick y Escocia; desde entonces, servía en vasallaje a los reyes ingleses. Broderick sintió deseos de escupir al suelo, siervos de los ingleses, de esos mentecatos recatados y de modales finos, engañosos y mentirosos. Ahora estaba en la corte con su rey, ansiosos por saber qué sería de ellos con el nuevo rey inglés Ricardo, Corazón de León, lo llamaban. Desde su llegada a Londres hacía una semana, los pocos amigos que tenían en la corte les habían hecho saber que no sería con el rey Ricardo con quien debían tratar, sino con su madre, Leonor. Broderick no llegaba a intuir el poder de esa mujer que, sin estar en tierras inglesas, parecía guiar la vida de todas aquellas gentes después de diecinueve años de cautiverio. Decían que era hermosa, de carácter fuerte, dueña de sus opiniones y de una inmensa fortuna. Rozaría ya los sesenta, el momento en que toda dama viuda quería retirarse; por el contrario, todos asumían que Inglaterra era ahora de la reina madre.

Broderick levantó la mirada al ver salir del salón del trono a su rey, William, con la guardia de los Campbell que él mismo le había asignado. William había estado preso durante años en tierras inglesas por orden del padre de Ricardo, no parecían desagradarle los lujos que había en la corte y, al igual que sus captores, durante años esperó al nuevo rey sin privarse de banquetes y fiestas.

—¡Campbell!

El rey lo llamó en la distancia. Broderick suspiró, sujetó la empuñadura de su espada, que bailaba junto a su pierna, y se apresuró a ir a su lado. El rostro excitado de William llamó su atención.

—Es el rey, Ricardo ha llegado para su coronación en mitad de la noche. Será en cinco días, en cuanto su madre, la reina viuda, esté en Londres.

—¿Habéis podido hablar con él? —preguntó Broderick ansioso. ¡Cielo santo, cómo deseaba marcharse de ese lugar! La realidad era

que no creía en aquella misión, los ingleses no renunciarían a Escocia nunca, fuera un antiguo rey o uno nuevo. Al menos volvería a su hogar, a sus montañas y bosques, con su familia.

—No de nuestra petición, pero, en cuanto sea coronado, reconsiderará romper nuestro vasallaje.

Broderick frunció el ceño. Promesas y más promesas. Se retiró con una reverencia a William. Ordenó con un gesto a varios guardias que siguieran al rey y volvió por donde había llegado. Frustrado y enfadado. ¿Qué escocés era su rey que dejaba que lo vapulearan de esa manera? Él hubiera exigido a Ricardo una promesa de liberación. Atravesó los dos patios de Windsor con la cabeza gacha y la mirada puesta en el suelo; estaba harto de estar en aquel lugar, si no hubiera hecho la promesa a su rey de acompañarlo hasta el final, se marcharía enseguida. A su paso, los soldados ingleses se apartaron y los sirvientes del castillo corrían para no cruzarse con él. «Demonio», escuchó a su paso, y una sonrisa se escapó de sus labios; al menos podía divertirse mientras asustaba a los habitantes de palacio. Salió de los muros color tierra de Windsor y rodeó el foso seco hasta llegar al campamento de sus hombres. Allí, en el centro, entrenaban con las espadas tan solo con sus tartanes como refugio de la humedad de aquel lugar. Las enormes *claymore* de hoja escocesa, fraguadas por el herrero de los Campbell, eran pesadas y robustas, letales como sus dueños. Broderick se sintió en casa al oír el entrechocar del acero y ver a sus hombres entrenar con furia. Entre ellos hablaban en gaélico, dentro de los muros del palacio estaba prohibido, así que aquel campo de hierba era el único lugar en que podían seguir siendo escoceses. Fue a cambiarse aquellas estúpidas calzas, los ingleses seguirían creyendo que eran unos salvajes, así que llevaría su tartán de ahora en adelante, les gustara o no.

Capítulo IX

Amandine asomó la cabeza por la estrecha ventanilla del carruaje, se acercaban a Londres y estaba inquieta. Hacía rato que había dejado de prestar atención a las clases de inglés de la hermana Amelie y de Anne. La reina también se mostraba nerviosa, su rostro estaba tenso, y aunque no atisbaba como Amandine por la ventanilla, sus ojos iban y venían, una y otra vez, hacia el pequeño paisaje que mostraba su paso por el camino al castillo de Windsor.

—Nos acercamos a Londres, el olor es inconfundible —musitó con desagrado Anne. Estaba claro que la dama de la reina no quería estar allí; su deber con ella era incuestionable, ya que Leonor le había ofrecido volver a Angers, su ciudad natal y la de la reina.

—¿No recuerdas París, Anne? Aquello era mucho peor, Windsor está renovado casi por entero y goza de una salubridad innegable —replicó Leonor.

—No así Londres —objetó de nuevo Anne.

Enseguida, Amandine notó el olor antes de que Anne se tapara el rostro con un delicado pañuelo. Sacó la cabeza del carruaje con una sonrisa, a pesar de la hedionda sensación de que el carruaje se deslizaba por calles cubiertas de barro y desechos. Las casas se amontonaban sin lógica, unas pegadas a otras, la mayoría construidas de madera y muy pocas de piedra. Los tejados de pendiente imposible aún desaguaban agua del último chaparrón sobre las calles, a la gente no parecía importarle, ya que caminaban sin preocuparse; el carruaje arrojaba barro sobre las piernas de los viandantes y a la base de las casas. No podía apartar la mirada: chiquillos corriendo, gentes variopintas cargadas con cestas de comida que vendían a voz en grito por las casas, otras mujeres a la puerta de las tabernas se parecían a las inquilinas de la casa de Louise en Tours, con vestidos a retazos, escotes provocativos y

sonrisas sensuales. Algún hombre oscilaba por la calle, recibía el agua de una bacinilla que caía desde algún piso superior. Londres estaba lleno de vida, de gritos, de gente de todas clases, de comercios, tabernas, panaderías, de lodo y heces… Y Amandine, a pesar de las quejas de Anne, adoraba toda esa vida, condensada en pequeñas callejuelas con casas de vigas de madera vista, estrechos ventanales terminados en pico y aquellos tejados tan diferentes de los que estaba acostumbrada, todos eran grises y parecía que iban a caer en cualquier momento sobre la calle. Ahora entendía por qué Leonor un día se enamoró de Londres: era vibrante, lleno de risas y vida, muy diferente a la placidez de las ciudades francesas o aquitanas. Benoit tuvo que apartar a algún curioso a su paso y ordenó a sus hombres que rodearan como pudieran el carruaje para protegerlo.

Como si hubiera invocado a la reina, ambas se miraron con el brillo tintineante de sus ojos.

—Es el mundo, Amandine, es grande y excitante, lleno de maravillas y barbaridades, feo y bonito, alegre y triste, y todo, absolutamente todo, merece ser visto y vivido en él.

Amandine asintió ante las palabras de Leonor, demasiado entusiasmada, suspiró y volvió de nuevo la vista hacia el exterior. Ahora ella formaba parte de ese mundo. Por la otra ventanilla, la hermana Amelie no hacía más que persignarse ante la conformidad de Anne. El carruaje avanzaba a toda velocidad, la gente se apartaba a saltos y solo algunos curiosos los miraban. El paisaje empezó a cambiar, jardines con enormes vallas, casas señoriales, árboles y calles limpias. Recorrían una avenida flanqueada por enormes construcciones de piedra gris, Amandine prefería ver las callejuelas a pesar de los olores. A esa avenida siguió otra, interminable, en que parecieron adentrarse en una gruta de incesantes troncos y copas de árboles unidos en lo más alto. Entonces lo vio, un edificio de color arena, con ocho torres gigantescas, la cruz en alto de una iglesia en su interior. A ambos lados del camino se veían riadas de gente en un ir y venir continuo. Puestos en carretillas vendían comida, vestidos… A un lado, antes de comenzar el bosque, los niños correteaban, juglares embaucadores

de grupos de damas. Ladronzuelos, entre los que veían los títeres, metían la mano en las bolsas para después echar a correr.

Se sobresaltó cuando la reina tocó el techado y el carro redujo la marcha. Extrañada, vio como Leonor se echaba atrás el velo y se asomaba a la ventana del carruaje. Entonces se fijó en cómo los hombres de Benoit se erguían y marchaban al unísono con sus caballos. Anne llamó a un niño que no tendría más de ocho años, susurró algo en su oído y le puso unas monedas en la mano sin bajar del carro.

Entendió aquella acción enseguida. «¡La reina ha vuelto! ¡Su Gracia ha regresado! ¡Leonor! ¡Leonor!». Las voces que gritaban aquello se multiplicaron a medida que el niño anunciaba a su paso que Leonor llegaba a Windsor, su palacio.

Amandine miró a Anne, que, con una sonrisa ladina, encogió los hombros. Se preguntó si la reina utilizaba muy a menudo esa táctica para ganarse los fervorosos gritos de sus súbditos.

—Te adoran, majestad; bastó un muchacho para que te aclamen, Leonor —susurró Anne.

—Mi reina, sois Gracia por designio del Señor —dijo la hermana Amelie con un tono de exaltación.

Igual que la gente que observaba el recorrido del carruaje, Amelie miró con ojos de admiración a la reina. Se preguntó si Leonor, tan inteligente y manipuladora, no la había cegado a ella, como a todos los demás.

A pocos metros de la gran entrada principal del castillo, el carruaje se detuvo, las monturas formaron en torno al vehículo, un círculo que protegía a las mujeres. Leonor fue la primera en descender. «¡Gracia! ¡Gracia!», gritaban cuando ella saludó con la mano. Tras ella descendió la hermana Amelie y, por el mismo lado, Amandine y Anne. Benoit le guiñó un ojo a Amandine cómplice de lo que en ese momento sentía ella. Era abrumador, las muestras de cariño, la efusividad de la gente, todos querían acercarse a la reina Leonor, arrojaban flores y fruslerías a sus pies, pero nadie podía acercarse a causa de los hombres de Benoit. La reina caminó triunfante, arrastraba su capa hacia la entrada a Windsor, parecía saludar a todos y a nadie; una vez entró la primera, los guardias de dentro se

hicieron cargo de su protección. Anne y la hermana Amelie apretaron el paso, guiadas por Benoit, y Amandine se encontró sola mientras las gentes, libres de la protección de la guardia real, se abalanzaron para poder entrar en el castillo.

Estaba perdida en mitad de la turba, nadie le prestaba atención. El despiste podía costarle atravesar las puertas, en mitad de aquel tumulto no podría entrar nunca dentro, no creía que los guardias repararan en ella como doncella de la reina. Entró como pudo, se deslizó antes de que las pesadas puertas volvieran a cerrarse y suspiró cuando dejó atrás los exaltados gritos de la gente de Londres. Se giró apenas un instante, para que en sus ojos se grabara la enorme masa de personas que aún vitoreaba a la reina, y cuando fue a dar un paso más, chocó con algo tan grande y duro que no pudo evitar gemir de dolor.

Capítulo X

Broderick tuvo los suficientes reflejos para atrapar a aquella muchacha por los brazos antes de que se cayera hacia atrás. Al atraerla hacia él, solo pudo ver su pelo castaño, casi rojizo, sobre el rostro antes de chocar de nuevo con su torso. Era menuda, delgada, tanto que sintió que podía traspasar con los dedos sus pequeños brazos. El rostro apenas le llegaba al pecho, y cuando ella levantó la mirada entre guedejas de pelo ondulado, sus ojos lo miraron furiosos.

Unos enormes y hermosos ojos grises, del color del cielo de Escocia en un día nublado. Contuvo el aliento, eran bellos, llenos de vida y brillo. La muchacha consiguió soltarse de su agarre y se apartó el pelo del rostro con un ademán molesto, como si en ese instante se diera cuenta de lo torpe que había sido. Broderick supo que estaba ante una mujer combativa en cuanto vio su ceño fruncido, los labios llenos apretados y una extraña expresión de sorpresa al sentirse sujeta por sus manos. Era bonita, mucho, más de lo que esperaba de una inglesa. Las mujeres de la corte a su lado palidecían y no era una mera frase, la piel del rostro de esa muchacha estaba tocada por el sol, un maravilloso contraste con sus ojos grises y su pelo castaño del color de un fruto de otoño.

—¿Sería tan amable de soltarme, *monsieur*?

Broderick tardó en comprender sus palabras, su acento ligero y sensual le trajo el recuerdo de un tutor que tuvieron de niños, él y sus hermanos, venido de Francia. Su madre siempre fue muy puntillosa con la instrucción de sus hijos e hijas. ¿*Monsieur*? ¿Señor, le había llamado esa hermosa mujer? Nadie entre aquellos muros le hubiera llamado señor. Campbell era la fórmula más socorrida para aquel que se atrevía a acercarse y dirigirse a él. Peligroso, hosco, huraño, bruto, sin modales, demonio, salvaje…, en definitiva, lo que

aquellos ingleses pensaban que era todo escocés, y él era el ser malvado con que asustarían a sus hijos cuando no quisieran irse a dormir. Aquello le provocó una sonrisa que la chica no entendió, puesto que entrecerró los ojos.

—Pocos aquí me llamarían señor, muchacha —advirtió jocoso—. Dime tu nombre y te soltaré.

Ella atisbó, por un lado, tal vez buscaba a sus acompañantes; azorada, dudó, dándose cuenta de que quizá no debería estar en mitad del patio, hablando con un desconocido, aunque se tratara de una criada.

—Amandine, señor.

—Broderick Campbell —se presentó sin soltar su agarre.

Broderick sentía deseos de sonreír y ninguna de soltar a su presa. Francesa. Tal vez era una de las meretrices que acudía a la corte. Lo desechó al ver su rostro de inocencia tibia a pesar de la vivacidad de sus ojos. ¿Una de las damas de la reina Leonor? Amandine, amada, bonito nombre para tan hermosa mujer.

—¡Soltad a la dama inmediatamente!

Broderick se irguió cuan grande era, cosa que solía amedrentar en extremo a los ingleses. El hombre que estaba frente a él, tras la joven, no era inglés, al igual que la muchacha, vestía el uniforme de la guardia de la reina y lucía sus galones bajo la capa púrpura.

Amandine se giró al instante con el brazo en alto, aquella blanca y diminuta mano se posó en el pecho del capitán, quedaba claro que se conocían y se tomaban confianza. Broderick sabía que el soldado le hablaba, pero él no podía apartar la vista de aquellas manos que no tenían nada de delicadas ni suaves; esa muchacha, fuera quien fuera, era humilde y pobre, a pesar de estar con la reina y ser defendida por un guardia real.

—Capitán Benoit, fue culpa mía —lo defendió la joven—. Me distraje y estaba a punto de caer cuando… Brodie me salvó de caer. De hecho, choqué con él sin querer.

Broderick la miró atónito. Amandine acababa de llamarlo como su madre solía hacer cuando era niño. Nadie más en el mundo, jamás, lo había nombrado igual si no había querido ver su puño en la cara.

—¿Puede soltarme ya?

Broderick hubiera enrojecido de no jactarse de mantener siempre la serenidad. Soltó a Amandine, que a esas alturas debería tener el brazo dolorido por su agarre; sabía que podía ejercer su fuerza sin demasiado control y, sin embargo, la chica no se había quejado.

Amandine sonrió al ver a aquel enorme hombretón casi sonrojarse, soltó enseguida sus dedos y se alivió la presión en el brazo. Había algo peligroso en su mirada, la forma del mentón, dura. La cicatriz de su mejilla, cada parte de su cuerpo le gritaba a Amandine que era alguien peligroso y rudo. Incluso con aquella vestimenta que apenas le llegaba a la rodilla parecía mucho más soldado que Benoit. Sus ojos verdes, del color de las hojas, encerrados en el negro de sus pupilas; su pelo demasiado largo caía sobre sus hombros con destellos castaños; quizá si hubiera un breve signo de que pudiera sonreír, Amandine lo tranquilizaría, no les había hecho daño a unos brazos delgados pero fuertes que podían hacer rodar un barril de cerveza.

—Gracias, *monsieur*.

Broderick vio como Amandine le hizo una reverencia y se giró hacia el guardia, no pudo contestar a la joven. No pensaba disculparse, solo hubiera querido responder con algo más que un asentimiento o un gruñido, como un lerdo.

—Benoit, no necesitaba ayuda, sé valerme por mí misma.

Se regañó por ser tan brusca con el capitán, había sobrevivido hasta ahora sin ayuda de nadie, no le gustaba depender de un hombre, de nadie, en realidad.

—Me asusté al no verte, Amandine, temí que estuvieras entre la chusma.

Broderick se había quedado allí parado, pendiente de aquella muchacha intrigante. Al oír la palabra chusma, la chica se envaró, las manos atraparon su capa a la altura de las caderas. Esas manos de campesina.

—¿Quieres decir entre mozas de taberna, comerciantes, niños que roban carteras…?

Benoit enrojeció vivamente.

—No quería decir eso, Amandine.

—Sí querías, solo que no recordabas que yo formo parte de esa «chusma». —No quería enfadarse con Benoit, se había portado bien con ella y había sido muy amable. Era ella quien no debía olvidar de dónde procedía, no los demás—. Por favor, Benoit, déjalo estar. ¿Podemos ir con la reina?

Benoit respiró hondo, aliviado. Le prestó su brazo y ella puso la mano sobre su antebrazo para dejarse guiar.

—¿Debo dejaros marchar, Amandine?

Se sorprendió al ver que ese hombre seguía allí. Campbell miraba a Benoit como si lo desafiara de manera firme.

—No hay peligro, es un amigo, el capitán de la guardia de la reina, Benoit.

Broderick asintió y se apartó. Cuando Amandine pasó por su lado, pudo ver una sonrisa en su rostro. Le gustaba esa muchacha francesa, parecía dulce; sin embargo, en cuanto el estúpido del capitán la había insultado de alguna manera, se había defendido con descaro. No era una dama; su capa, de seguro prestada, era la de una mujer rica; debajo, el ruedo de su vestido estaba gastado y calzaba unas botas más que remendadas. Lo que más le impresionó fueron sus manos, Amandine había trabajado duro.

Dejó que se marchara, convencido de que su curiosidad haría que no olvidara a la pequeña muchacha. Y Benoit, ese hombre no le gustaba, hubo un momento en que su voz sonó posesiva al dirigirse a ella. Pese a todo, sonrió, al fin había encontrado una distracción fuera de sus entrenamientos: descubrir por qué una mujer humilde acompañaba a la reina viuda de Inglaterra.

Capítulo XI

Jean Luc subió las oscuras escaleras del alojamiento de estudiantes. Eran edificios estrechos, con ajadas puertas dobles, donde por pocas monedas los estudiantes menos pudientes se refugiaban al atardecer. Jean Luc no tenía dinero para mezclarse con sus compañeros de ricas familias que estudiaban Medicina o Leyes y salían cada noche a divertirse por París.

El rechazo de Amandine había provocado en él una rabia insana y era consciente de que pensaba en ella día y noche; lejos de distraerse evocando su rostro o algo que ella hubiera comentado alguna vez, se había volcado en los estudios como no había hecho antes. Sentía un fervor peligroso por aprender, ser el primero de su clase, humillar a aquellos descendientes de nobles familias, culpar a la nobleza por haberle arrebatado a Amandine. Sería el mejor de su promoción, el mejor abogado que se hubiera conocido en Francia; un día, él sería quien mirara por encima del hombro a todos esos estúpidos malcriados. Y en un futuro, quizá Amandine se arrepintiera de haberlo despreciado.

Subió el último rellano y se detuvo. Bajo la exigua luz de la luna que entraba por el ventanuco vio a una mujer. Un halo de esperanza llenó su pecho. No, no era Amandine, ella llevaba siempre el pelo suelto y olía a lavanda. La mujer dio un paso adelante y Jean Luc pudo ver el rostro de Yvette. Sonrió llevado por la sorpresa.

—¡Yvette! ¿Qué haces aquí? Creí que te dirigías con tu padre al norte.

Yvette sonrió en la oscuridad, dejó ver sus dientes blancos como perlas.

—Lo convencí para desviarnos de vuelta a Tours, tenía que contarte algo, Jean Luc. Estamos alojados en la casa de un comerciante amigo de mi padre. Nos ha ofrecido quedarnos un

tiempo, mi padre quiere empezar a comerciar con Inglaterra y desde aquí es mucho más fácil contratar los barcos que salen de Calais, los otros puertos son más pequeños. Podré verte —insinuó con una sonrisa.

Jean Luc suspiró hondo. Estaba demasiado cansado, desilusionado con todo desde que Amandine lo había rechazado. Una parte de él se deshizo en aquella plaza, todos sus planes, sus objetivos, se habían evaporado en unos instantes. Apreciaba a Yvette, pero no podía contemplar siquiera la posibilidad de iniciar con ella un romance, que sabía estaba abocado al matrimonio. Yvette era demasiado decente y de rígida educación.

—Yvette, yo no…, no sé cómo decirlo, eres muy bonita, dulce; sin embargo, yo…

Yvette se acercó a él, sus ojos azules fijos en los suyos.

—Solo amigos, Jean Luc, ven a la casa donde nos alojamos cuando desees, te esperará una buena cena y conversaciones interesantes. El amigo de mi padre es consejero del rey Luis, se conocieron de niños, podrás moverte en un mundo de influencias que hasta ahora nos era vetado como gente de provincias.

—No sé, Yvette. ¿Estás segura? ¿Como amigos?

Ella se mordió el labio, después tendría que confesarse. ¿Mentiría para embaucar a Jean Luc? Sí, por supuesto.

—Estoy segura, Jean Luc, amigos.

—Me alegra tenerte aquí, París es demasiado grande, lleno de gente, tan diferente a nuestro hogar.

Yvette notó las dudas de Jean Luc. Se puso de puntillas y besó su mejilla, donde ya asomaba un rastro de fina barba.

—Porque a partir de ahora seremos amigos, debo contarte que vi a Amandine en el puerto de Barfleur, fui allí con mi padre para vender nuestras telas, cuando la vi. Estaba con el capitán de la guardia de la reina, besándose. Soy tu amiga, Jean Luc, olvida por tu bien a Amandine; cuando se marchó de Tours, fue por un enamorado.

No se quedó para ver la expresión de Jean Luc, sintió una oleada de dolor y desesperanza a su espalda. Aguantó sin volver la vista. Ahora debía esperar, había convencido a su padre de ampliar el

negocio, de suplicar a su amigo de la infancia que se quedaran en su casa de París, y todo para ofrecer a Jean Luc lo que siempre había ansiado, relacionarse con gente importante, tener una casa a la que acudir en París, poder, al fin, olvidar a Amandine. Bueno, eso aún Jean Luc no lo deseaba, pero lo haría.

Oyó un sollozo en la planta de arriba cuando llegaba al portal de madera decrépita. El edificio de dos pisos que servía de casa a los estudiantes era una cloaca, sucia y oscura; Jean Luc no tardaría en acostumbrarse a no oír a las ratas rascar las paredes ni los olores de la estrecha callejuela, a compartir el cuarto con un extraño. En apenas unos meses, viviría con su padre y con ella, se prometió con una sonrisa. Montó en el carruaje en el que la esperaba su padre y se alejó con una sonrisa llena de esperanza. Por el momento, Amandine pronto estaría fuera del corazón de Jean Luc.

Capítulo XII

Amandine miraba todo con los ojos abiertos y Benoit disfrutaba al ver sus expresiones: sorpresa, desconcierto, recelo, desconfianza. Aquel rostro expresaba todo, Amandine era una mezcla de inocencia y picaresca, criarse en una taberna no debía de ser fácil para cualquier joven. Desde que se subió al carruaje, había tenido la certeza de que Amandine era familia de la reina. Se parecían de una forma extraordinaria; para él, que había visto retratos de Leonor de su juventud, uno de ellos estaba en la casa de su familia, no existía duda: Amandine era bastarda de algún miembro de la familia real. Frunció el ceño; para quien conociera los rasgos aquitanos empezaría a ser evidente en cuanto la muchacha vistiera con hermosos vestidos y joyas, sería la viva imagen de Ricardo y Juana, los dos hijos más parecidos a su madre. Anne se lo había confirmado de una manera u otra en el barco que los había llevado a Inglaterra: no debía acercarse a Amandine.

Atravesaron el segundo patio, donde reinaba más tranquilidad que en el exterior, lleno de soldados y caballos, gente solicitando audiencia y animales de granja sueltos. Amandine observaba los muros de piedra rojiza, los antepechos de mármol de las ventanas, los corredores coronados por arcos ojivales, los enormes establos de la guardia real. Frunció el ceño al ver al herrero, rodeado de ayudantes, con una enorme fragua que trabajaba sin descanso en las armas del nuevo rey. Ricardo era un rey de guerras, no de despachos ni audiencias, como su padre; vivía para conquistar y defender, lejos de cortes, juristas y leyes. Todo aquello lo había construido y moldeado Leonor al casarse con Enrique de Inglaterra; Windsor era esplendor, riqueza, tapices elaborados, leña en todas sus habitaciones, salones privados decorados con detalles traídos de Flandes, Italia, España e incluso Antioquía.

Atravesaron uno de esos corredores oscuros que solo servían para acentuar las salas a las que accedían, y Amandine respiró hondo. Al final de ese corredor, la reina y Anne entraban en una sala. Al llegar, una potente voz invitó a todos a salir.

—¿Qué es esa sala, Benoit?

Benoit sonrió, recordó que debía de ser muy impresionante para una muchacha de Tours entrar en el palacio de Inglaterra.

—La sala del trono. Ricardo, el próximo rey, estará ahí esperando a su madre.

Amandine frunció el ceño mientras caminaban.

—¿El próximo? ¿No es ya rey de los ingleses?

—No hasta que lo coronen, es un acto de pompa y lleno de significado, pero necesario si quiere reinar.

—Entiendo.

Benoit condujo a Amandine del brazo, y al entrar, los soldados de la puerta cerraron tras ellos. Amandine se sonrojó al pensar que solo los esperaban a ellos. Se deslizaron a un extremo de la sala y se quedaron junto a unas sillas. No había apenas gente en aquella sala. Amandine sonrió; Ricardo, tal y como lo recordaba, estaba sentado en el trono. Su mentón fuerte estaba tenso, sus ojos sonreían al ver como su madre se sentaba a su diestra, y asintió para ofrecerle su permiso.

Recorrió el resto de la sala con la mirada. A la izquierda, un hombre de pelo oscuro, más joven que Ricardo, de ojos negros y semblante serio, permanecía en pie con los brazos cruzados.

—Es Juan, el hermano menor de Ricardo —susurró Benoit al ver como observaba—. Y el hombre al otro lado es el conde de Norfolk, Hugh, junto al obispo de Clency; están decidiendo quién entregará la corona de Inglaterra a Ricardo.

Anne, que se había situado junto a Amandine al verlos entrar, les hizo un gesto para que mantuvieran silencio.

Amandine intentó retener los rostros, expresiones y posturas. Mientras el conde de Norfolk le pareció demasiado presto con sus palabras a aceptar todo cuanto el rey dijera, el hermano de Ricardo, el príncipe Juan, parecía ignorarlos a todos. Miró en su dirección y se

sobrecogió, su mirada era directa y cruel, escrutó su rostro con interés y sonrió de forma ladina.

La puerta lo distrajo al abrirse y Amandine respiró hondo. Juan era un hombre del que debía alejarse, no le había gustado su mirada entre curiosa y lasciva, como un lobo ante su presa.

Entraron dos hombres, escoceses a juzgar por las extrañas vestiduras, el más mayor se adelantó hasta el trono y aquel que caminaba detrás se deslizó a un lado cobijado por las tinieblas lejos de la ventana.

—*Mademoiselle*.

El susurro en su oído la sobresaltó. Al girarse, vio al escocés con quien había chocado en el patio. Brodie.

—Shhh —ordenó Anne molesta.

—No esperaba encontraros aquí —ignoró Brodie a la dama de la reina.

—Soy una de las acompañantes de la reina, ¿dónde más podría estar? —contestó con la mirada puesta al frente para no alertar a Anne de que estaban ignorando sus órdenes.

—Conmigo en los jardines, por ejemplo.

Arqueó una ceja con sorpresa ante la descarada invitación. Sonrió con picardía, le gustaba aquel escocés.

—No os conozco.

—¿Y al capitán sí?

—Sí, al menos más que a vos.

—Broderick, llámame así —contestó un tanto seco—. Por favor —añadió.

—Broderick, entonces —afirmó al mirar aquellos ojos verdes que tanto contrastaban con su piel morena. Brodie sería más fácil de pronunciar por su acento, pero decidió que no era lugar para contradecirlo.

—Yo te llamaré Amandine.

—No te he dado permiso.

—¿Sabes quién soy, *caileagh*? Más de uno te dirá que no debes contradecir al demonio.

Amandine tuvo que reprimir una carcajada.

—No sois un demonio, tal vez demasiado alto y grande, y con la voz muy grave, pero no veo los cuernos ni el halo de fuego.

Broderick al principio perdió la capacidad de hablar, nadie se había atrevido antes a dirigirse así a él. La mayoría de las jóvenes huía con solo una mirada huraña suya, y los hombres procuraban apartarse de su camino. Era el letal guardián del rey, el joven *laird* de su clan, temido por sus enemigos y venerado por sus guerreros. Y una muchachilla, más bien bajita, se atrevía a dirigirse a él de esa forma. Y aunque pareciera una locura, le gustaba después de permanecer en aquel lugar de asustados ingleses durante tanto tiempo.

—Shhh —ordenó de nuevo Anne. Esta vez lo acompañó con un gesto furioso de la mano.

Broderick se inclinó hacia ella y Amandine olió a hierba fresca y madera; al instante, el recuerdo de los bosques de las márgenes del Loira tras las lluvias le llegó en una oleada súbita. Tuvo que esforzarse para no echarse hacia atrás ante el rostro del escocés, tan cerca del suyo.

Una voz resonó en el salón y el escocés se alejó con rapidez de ella. Amandine vio cómo se llevaba la mano a una espada que no tenía. Esbozó un gesto de fastidio y se adelantó dejándola sola.

—¿Quién es el hombre que se queja ante el rey? —preguntó muy bajito a Anne.

—El rey de Escocia, quiere dejar de ser siervo de Inglaterra y Ricardo le da largas… —Anne se giró hacia ella—. Pensé que ya sabrías toda la historia, con toda esa conversación con su fiel amigo Broderick Campbell. Aléjate de él. Está prometido, Amandine, con la prima del rey escocés. Su fama no es muy buena, creo que causa estragos entre las damas de la corte.

Sonó a reproche; la acidez en el tono de Anne y su vuelta rápida a la conversación que se sucedía en aquella sala hizo que Amandine bufara, en bajito, claro. Ella no había preguntado por Broderick o si estaba prometido.

—Tengo una propuesta para vos, rey William. —La voz de la reina viuda llamó la atención de Amandine—. Esperad a que Ricardo I se corone y después trataremos la cuestión del vasallaje de Escocia;

firmasteis un tratado, ahora no podéis ser impaciente. Y sobre todo carecer de educación.

Nadie en aquella sala pudo obviar el tono de la reina, mucho menos el rey escocés, quien se mantuvo en silencio ante la atenta mirada de Ricardo. Hizo una breve genuflexión, de la que Amandine pensó si sería obligatoria de un rey a otro, o tal vez era su vasallaje de por vida a Inglaterra lo que la requería. Al salir airoso, Broderick Campbell lo siguió, miró a Amandine a pesar de que estaba furioso, sus gestos rígidos hablaban de orgullo y frustración. Lo siguió con la mirada hasta que las puertas volvieron a cerrarse y el silencio inundó la sala.

—Obispo, conde de Norfolk, salid también, me gustaría quedarme a solas con mi madre —ordenó Ricardo, que miró con fijeza a su hermano para que también los dejara.

El obispo de Clency alzó la barbilla, airado; Amandine, Anne, Benoit, el rey Ricardo y Leonor se quedaban mientras le pedían a él que saliera.

Amandine sintió las miradas puestas en ella y Ricardo se levantó del trono. Sonrió al acercarse a ella.

—Has recorrido un largo camino, Amandine. —Hizo una reverencia, sin saber qué esperaban todos de ella, qué contestara o callase—. Me alegro de que estés aquí —manifestó en voz alta.

Como si ya hubiera terminado con ella, se volvió hacia su madre. Amandine se quedó rígida, ¿eso era todo? ¿Nadie le diría qué sería de ella ahora? Se sentía como una pretenciosa al esperar algo más de un rey, pero necesitaba saber si debía bajar con los sirvientes o bien salir del castillo.

—Me gustaría saber qué labor voy a desempeñar para vos, mi reina, o vos, mi rey —preguntó reuniendo todo el valor del que era capaz. Estaba harta de seguir a la reina sin propósito alguno; no es que no le gustara aprender inglés, o lo que la hermana Amelie intentaba enseñarle, Anne le daba nociones de cómo comportarse en la mesa, pero no acababa de saber para qué servía todo aquello si luego iba a vivir en las calles de Londres.

Anne esbozó una carcajada y Benoit sonrió a medias.

—Eres directa —dijo Ricardo. Había cierto tono de halago en su voz. La miró y un destello de tristeza pasó de largo por sus ojos. Fue un instante, un solo momento en que Amandine creyó ver al hombre que había detrás de su fachada de rey guerrero.

—Insolente, diría yo —susurró Anne como si nada.

Leonor se acercó a ella y tomó sus manos.

—Amandine, ¿has oído hablar del *jeu de dames,* el juego de damas? Es un tablero de fichas blancas y negras que se comenzó a jugar con la llegada de los romanos a Aquitania, y soy descendiente del gran emperador Carlomagno, que fue quien lo introdujo en nuestra familia… Hemos jugado cientos de veces a él, en la abadía.

Amandine intentó seguir la explicación, las damas de la reina le enseñaron a jugar para entretener a Leonor. Dos series de bonitas fichas decoradas, en marfil y negro, que se enfrentaban entre sí para conseguir el control del tablero de cuadros. No entendía qué tenía que ver con ella ahora. A su alrededor, los demás permanecían en silencio.

—Durante siglos, el objetivo es conquistar o ser conquistado, solo ganará uno de los dos bandos, Amandine. Y tú eres una de mis fichas blancas, sabrás hablar como una dama, ir a fiestas, mostrarte discreta u osada cuando la situación lo requiera. Te enseñaremos todo para ser una gran dama, escucharás y actuarás cuando debas hacerlo, por el bien de nuestra familia. Hay muchos y muchas como tú, en Aquitania, en la corte de Luis, el rey de Francia, en Flandes…

Amandine empezaba a comprender que la reina no hablaba de un juego de mesa en las tardes de lluvia, sino de algo más sutil y peligroso. Hablaba de ser espía, para Leonor y Ricardo.

—No somos familia —sentenció, sin saber por qué confiarían en ella. Miró al rey, que permanecía en silencio. Se había desplazado hacia la enorme ventana que iluminaba el otro lado de la sala con la luz del día. Sus cabellos castaños reflejaban un color rojizo.

Leonor le apretó las manos.

—Lo eres desde que me trajiste a escondidas la primera carta para mí, Amandine. Quiero que te quedes aquí en Windsor, con Anne y conmigo, pero te ruego que seas discreta.

Esperaba otra cosa, un anhelo latía en el corazón de Amandine, quizá que Leonor confesara que eran familia.

—Entonces, me compró a Gastón, majestad, para que me convirtiera en vuestra espía.

Miró a todos; en el rostro de Anne vio asentimiento, quizá, de una forma u otra, la doncella se había negado a que fuera con ellos sabiendo el destino que esperaba a Amandine. Benoit se sonrojó, siempre lo supo. Y Ricardo no apartó la mirada del exterior.

—No te compré, puedes irte cuando quieras, Amandine, solo piensa qué será de ti en las calles de Londres.

Suspiró, sabía que ese momento llegaría, como le dijo Gastón: «Si los motivos de la reina no son honorables, coge el dinero y regresa a casa». Echaba de menos a Gastón, podía ser vil y avaricioso, pero siempre sabía qué esperar de él. Podía, con ese dinero, coger un barco y regresar a casa, algo que Leonor desconocía que era capaz de hacer por su propia cuenta, puesto que tenía monedas suficientes. O bien podía quedarse y jugar. No había salido de Tours para volver a su vida de antes.

—¿Y si no valgo para su juego, majestad?

Leonor sonrió como si hubiera echado una caña al río y pescado, mantendría a Amandine a su lado y la muchacha podía ser valiosa. No podía obviar como, en apenas unas horas, en Windsor ya había entablado amistad con el lugarteniente del rey escocés.

—Yo nunca me equivoco, niña. ¿Qué has visto en esta sala, Amandine? —preguntó Leonor.

Amandine supo que estaba a punto de tomar una decisión peligrosa, y aun así era lo más interesante, divertido y arriesgado que había hecho nunca en su vida.

—El rey estaba nervioso, su mentón estaba tenso y se llevaba la mano a la daga una y otra vez. Deduzco que no confía demasiado en su hermano Juan, puesto que cada vez que se decía algo en la sala lo miraba de reojo. El príncipe Juan no está muy contento con la coronación. Si no me equivoco, no se llevan muy bien, majestad. El obispo se mostraba demasiado complaciente, no ha mirado ni una sola vez al príncipe Juan, lo que quiere decir que lo evita por alguna razón, tal vez sean más amigos de lo que dejan ver. Y el conde de

Norfolk no dejaba de observar a Anne de una forma extraña, casi con devoción.

Anne ahogó un gemido que Amandine no comprendió.

Leonor se acercó a ella con una sonrisa.

—¿Y los escoceses?, ¿qué opinas de ellos, Amandine? Estabas en la sala, pero al no participar, podías observarlos mejor que nosotros.

—Están ansiosos, enfadados, no dudarán en romper el vasallaje si tienen oportunidad.

—Por eso quiero que seas una de mis damas, estás hecha para el juego, querida muchacha. Escucha y observa, y serás recompensada con creces.

Se inclinó ante la reina y sintió el pecho henchirse de orgullo por sí misma, la reina acababa de demostrarle que servía para algo más que servir cerveza y preparar guisos en una taberna. Estaba decidido, se quedaría junto a los de Aquitania mientras fuera su voluntad; después, seguiría su camino. Se prometió descubrir si lo que Gastón le había contado era cierto, y la mujer que tenía delante había asesinado a su madre en una cabaña después de tenerla. Y sentía que descubrir quién era su padre era lo más importante para poder saber quién era ella.

Iba a dar sus primeros pasos en el «juego de las damas», nunca debía olvidar que era en su propio beneficio; en cuanto supiera quién era su padre y qué le ocurrió a su madre, saldría de aquel castillo.

Capítulo XIII

Anne se convirtió en su hermana mayor ante todos. Las lecciones de inglés, los conocimientos con que la dama no dudaba en instruirla, junto a la hermana Amelie, tomaban un nuevo sentido. Debía ser capaz de entender las conversaciones, pero no participar en ellas, dominar el idioma de la corte, sus reglas, y, sobre todo, parecer una muchacha insulsa de provincias que solo pensaba en vestidos y joyas. Cuanto por más tonta e inocente la tomaran, más segura estaría.

—¡Por todos los cielos, Amandine! Te golpearía con una vara una y otra vez en las piernas hasta que adquirieran un mínimo de coordinación.

Amandine no pudo evitar reírse de las fútiles palabras de Anne, amenazaba y gesticulaba, aunque en realidad era una profesora cariñosa y paciente. Simplemente no tenía idea de cómo mantener la mirada en un punto, sonreír hasta que le dolieran los carrillos, mover los pies a la vez y no dejarse llevar por una danza de pueblo en su cabeza.

—Es imposible, no aprenderá nunca —sentenció la hermana Amelie.

Amandine bufó, llevándose un mechón de pelo con el aire que expulsó.

—No hagas eso, una dama no hace eso —regañó Anne.

—Estamos solas. Estoy cansada, Anne —se quejó por primera vez en días—. Este vestido me aprieta la cintura, casi no puedo respirar.

—¡No te desmayes! Entre parecer insulsa y patética solo hay un paso. —Anne lo dijo a gritos, desesperada—. Descansa, siéntate si puedes —dijo al fin con sus habituales gestos de las manos.

No esperó a que se lo repitiera, se tiró sobre la cama, aliviada al poder respirar tumbada. Le encantaban esos vestidos, no podía

negarlo. Anne se había ocupado de que le hicieran un vestuario nuevo, colores claros para acentuar su inocencia; en especial, en tonos azules para resaltar sus ojos grises y su pelo castaño rojizo. En realidad, parecía una joven doncella de la reina, una muchacha de campo en la corte, el resultado que Anne y la reina buscaban.

—¿Cuándo podré salir de aquí?

—Ya veremos —gimió Anne—. Hay un baile antes de la coronación, así que levántate y aprende a bailar, niña.

Inspiró hondo, no deseaba asistir a bailes, se conformaría con salir a ver los jardines, descubrir el castillo y merodear por los corredores. No estaba preparada para ser presentada en la corte

—Estás preparada —afirmó Amelie con timidez.

La hermana Amelie había cambiado tanto que Amandine apenas la reconocía. Era amable y de fácil conversación desde que abandonaron la abadía, se preguntó si su anterior carácter se debía a que jamás quiso ser monja. No se separaba nunca de ella, de hecho, compartían una puerta que comunicaba sus aposentos.

—No sé bailar, no bailaré.

—Ni converses mucho con nadie.

—No mires a nadie directamente.

—No bebas, Amandine, por Dios bendito —gimió Anne.

—Y no hables con el salvaje nunca más —susurró Amelie.

—No, con él sí, entérate de por qué no se ha ido el rey escocés.

Frunció el ceño. No hables poco ni demasiado; no mires, pero observa; no bebas, pero ten una bebida cerca…

Amelie, sin querer, dio un acorde del arpa que sostenía entre sus piernas y las tres se echaron a reír. Llevaban encerradas demasiado tiempo.

—Vamos a dar un paseo, no aguanto más aquí —dijo Anne. Cogió su capa y ofreció a Amandine su nueva capa color mostaza, el color de los aquitanos—. No hables con nadie —advirtió con el dedo—. Y tú tampoco, Amelie, por todos los cielos.

El día era gris, el viento traía pequeñas gotas de lluvia de primavera que cayeron en el rostro de Amandine. Sonrió de felicidad al sentir el frescor del aire cuando atravesaron el patio y salieron a

los jardines. Dos de los miembros de la guardia de Benoit las seguían en silencio.

—¿Siempre tendremos que llevar escolta? —preguntó Amandine.

—Fuera del castillo, siempre —contestó Anne tan aliviada como ella ante la posibilidad de pasear.

Se alejaron de la muralla al salir por una puerta lateral y caminaron por un sendero de grava que rodeaba la fortificación. Llegaron al pequeño bosquecillo por el que paseaban otras damas con sus doncellas, caballeros que conversaban en voz baja, y se cruzaron con grupos a caballo y miradas curiosas en los rostros. Anne era conocida por todos, pero el grupo constituido por la más querida doncella de la reina, una monja y Amandine era objeto de curiosidad. Anne y la hermana Amelie hablaban sin parar y Amandine se adelantó, sus piernas estaban activas a pesar de que una y otra vez las anchas mangas de su nuevo vestido se enredaban. Había aprendido a anudarlas bajo los codos, pero aún le estorbaban. Echaba de menos sus camisas bajo sus sencillos vestidos de diario en la taberna, temía decirlo y que Anne le dijera que estaba loca. En realidad, añoraba despertarse sola en su buhardilla para ver amanecer, intentar capturar el rocío caído sobre la pradera y los matices naranjas del sol sobre el río. Todos dirían que era una desagradecida cuando en su habitación encontraba agua limpia todos los días, sábanas de hilo y una cama que sería la envidia del concejo de Tours.

Escuchó un sonido lejano, entrechocar de espadas, y miró a su alrededor alarmada; nadie pareció encontrarlo extraño, así que se dirigió en busca de la causa de aquel jaleo. Según se fue acercando, oyó voces más altas; en un claro del bosque había gente congregada observando. Creyó oír a Anne decirle que parase, pero nunca se pondría a gritar con toda aquella gente alrededor, era una dama; al contrario que ella, que se cogió las faldas y se deslizó entre la gente para mirar hacia el mismo punto que todos a la par que intentaba despistar a sus guardianes.

Sus labios dibujaron mejor que cualquier palabra la expresión de sorpresa al ver a un grupo de guerreros luchar con sus espadas. Tenían un público considerable, atento a aquellos envites, murmullos

de consternación al ver un mal golpe y tímidos aplausos al ver unos prodigiosos movimientos con aquellas enormes armas de hoja afilada.

Todos llevaban un tartán, una manta de colores azules y verdes oscuros sobre las camisas, que confería a los guerreros la sensación de que eran un ejército entrenado y disciplinado. Reparó en el centro, un hombre de espaldas a ella que, en lugar de luchar con un oponente como el resto, lo hacía con dos. «Es un salvaje». «Es un demonio». Al oír esa palabra estuvo segura de quién se trataba. Broderick Campbell se giró en un movimiento perfecto, ejecutado como si fuera aprendido una y mil veces, y Amandine pudo ver su rostro. La mandíbula cincelada sin barba, una cicatriz en el mentón que descendía peligrosa por su cuello tostado por el sol. Sus cabellos castaños se movían con él y en sus ojos verdes se dibujaba una sanguinaria decisión. Entonces levantó la vista. Amandine y él cruzaron una mirada. Permaneció observando sus ojos color del musgo y ella recordó su olor a madera y bosque; supo que no podría apartar la mirada de él ni de su musculoso cuerpo, las mangas de la camisa bajo el tartán a la altura del codo, dejando mostrar sus antebrazos nervudos, ni de las columnas de sus piernas firmes y deseables. Se sonrojó, notó el calor subirle por el cuello y asentarse en sus mejillas con extrema vergüenza.

Entonces él erró, su oponente dio una estocada a la hoja de su espada y esta salió volando. Eso hizo que Broderick dejara de observarla y mirara con estupor a su contrincante. A juzgar por cómo todos los combates se detuvieron, que hubieran desarmado a su *laird* debía de ser un hecho extraordinario por la forma en que sus hombres lo miraron. Broderick los azuzó a continuar y se dirigió sin dudar hacia ella.

Amandine empezó a respirar nerviosa, miró hacia atrás sin ver a Anne; si se enteraba de aquello la doncella, estaba perdida. «No hables con nadie». Podía retroceder, correr y esconderse de Broderick Campbell. No, ella no era una cobarde. Se quedó en el sitio mientras los espectadores de las luchas se alejaban en busca de otro entretenimiento.

—Amandine.

La voz ronca de Broderick hizo que le temblaran los brazos, nunca había conocido a un hombre tan rudo y masculino. Sus ojos gritaban que, a su lado, estaba en peligro siempre.

—Has perdido tu combate.

Sus ojos verdes brillaron con furia por un instante; con él, Amandine siempre se sentía en el límite de enfurecerlo.

—Era un entrenamiento, yo nunca pierdo una lucha. Y ha sido culpa tuya.

Con Amandine era fácil no estallar como lo haría con otra persona, su dulce acento francés tenía la capacidad de apaciguarlo al instante. Sus ojos grises, atentos y llenos de curiosidad, nunca evitaban su mirada por muy dura que fuera. Era su valentía natural lo que atraía a Broderick hacia ella de forma irremediable.

—Me siento importante, te he distraído, Brodie.

Ahí estaba otra vez, su nombre acortado con tal familiaridad que algo se encogió en su pecho. Estaba preciosa, saltaba a la vista que alguien le había dado vestidos nuevos y una capa; por suerte, también unos escarpines y no esas botas que llevaba cuando la conoció. Sus ropajes eran sencillos, pero resaltaban el color gris de sus ojos con ese azul pálido. Observó que ocultaba sus manos a la espalda, como el resto de su misteriosa persona.

Sonrió ladino; cayó en la cuenta de que estaban solos, no como cuando se encontraron en el patio, rodeados de gente, ahora estaban solos de verdad. Al parecer, Amandine había despistado a la doncella de la reina y a esa monja que siempre la acompañaban.

—Te he estado buscando, Amandine —dijo mientras se apoyaba en un tronco, en apariencia relajado, cuando lo único que quería era saltar sobre ella como un lobo hambriento—. No has asistido a una sola cena en el salón del rey, ni paseas como el resto de las damas…

Amandine no se separó de él a pesar de su cercanía, estaba casi entre sus fornidas piernas; era como si aquello que rodeaba a Broderick, sus profundos ojos verdes, su sonrisa ladina, sus pícaros hoyuelos, atrajeran su cuerpo hacia él sin remisión.

—Me tienen encerrada. —Se arrepintió al instante, aquellas palabras hacían parecer a Anne una tirana, cuando en realidad había aprendido más a su lado que en toda su vida—. Tengo que aprender

mucho de la corte, vuestras costumbres, a bailar… Soy extranjera, para desgracia de Anne.

A Broderick se le escapó una sonrisa por el mohín de cansancio que hizo sin pretenderlo.

—Aprenderás, seguro. Yo también soy extranjero, de una pequeña aldea en Escocia, mi aldea, con un castillo en mitad de un lago de aguas negras, mi hogar.

Amandine abrió los ojos con sorpresa.

—¿Eres un concejal, un alcalde?

Broderick intentó no reírse.

—Soy un *laird*, un jefe, toda esa gente depende de mis decisiones; si son malas, los condeno a un invierno sin comida; si me enfrento a otro clan escocés, los llevo a la guerra; si no lucho por ellos, los abandono. Soy un jefe escocés de las Highlands.

—Entonces, no puedes ser el diablo del que hablan en la corte. Si no trataras bien a tu clan, te dejarían, ¿no es cierto?

—Si no has salido de tus aposentos, es esa doncella de la reina la que te ha hablado tan mal de mí. —Vio como ella esbozaba una leve sonrisa pícara—. ¿De dónde eres, Amandine? ¿Por qué Anne te enseña todas esas cosas? ¿Por qué estás aquí?

Por primera vez, retrocedió ante él, no podía contestar a ninguna de sus preguntas, ni descubrirse ante Broderick. Él no cejaría en su empeño, es más, la cogió de los hombros para que no huyera. Lo había visto en sus ojos, un momento de duda que daría paso a una carrera para alejarse de él. Amandine sintió sus manos grandes sobre la capa y se encogió ante el calor que emanaban; deseaba besarlo, que sumergiera su cuerpo en su ancho torso. Nunca había sentido tal anhelo de acercarse a alguien, y menos a un hombre. Incluso con su amigo Jean Luc, aquella cercanía le resultaba extraña. Su recuerdo le trajo la desagradable mañana en que se separaron.

—Suéltame, Broderick.

Fue un susurro sin voluntad ni decisión, y Broderick lo notó al instante, no se parecía al modo en que había hablado a ese capitán de la guardia, con condescendencia. Ella estiró su cuello para mirarlo a los ojos desde abajo, fue demencial cómo el cuerpo de Broderick

se tensó, las manos se separaron de los hombros de Amandine y rodearon su cintura. Cayó sobre ella con los labios contra los suyos, buscó su lengua tibia y sintió la primera reticencia de su boca deshacerse al acariciar la suya. Una sed lo invadió, insaciable, y movió el rostro para acoplar su boca a la de ella, quería beberse su esencia. Ninguna mujer se le había resistido antes y la reticencia de Amandine se le antojó extraña. Acarició su espalda para tranquilizar a la muchacha y sintió que se derretía entre sus brazos, disfrutaba tanto como él ese beso, y Broderick gimió inconsciente contra la piel suave de sus labios. Sus manos apretaron su pequeño cuerpo y sintió que podría quebrarlo si quisiera, pero… ella podía romper su alma en dos.

Amandine abandonó aquel beso con vergüenza, recordó cómo censuraba a Marie cuando en la taberna besaba a un hombre. Aquello no era igual, para nada se parecía a un beso normal, lo había deseado, y seguía haciéndolo. Su cuerpo entero le mostraba lo mucho que deseaba las manos de Broderick en todas partes, ansiaba desnudarlo, ver los músculos que intuía bajo aquella camisa blanca. Nunca había deseado poseer a alguien de esa manera.

La piel de Broderick quemaba, miró de nuevo sus labios para volver a besarla y entonces notó el filo clavado en su cuello.

—No. Tenemos que parar, Brodie.

Sintió ganas de reír, el hombre que derrotaba ejércitos y era llamado «demonio» estaba cercado contra un árbol, con la hoja afilada de una daga en el cuello, por una muchachita. Con un rápido movimiento, retorció su muñeca con suavidad y ella perdió la daga.

—¡Vaya! —exclamó Amandine con una sonrisa.

Se separó de él y Broderick comprendió que Amandine tenía espíritu combativo, que la hubiera desarmado solo le resultó extraño. Se agachó y recogió para ella la daga, ofreciéndosela por la empuñadura con una breve reverencia.

—¿Amigos, Amandine?

—No, nunca —contestó con rapidez. Ella no podía permitirse tener amigos y acercarse tanto a Brodie.

—¿Cuánto te quedarás en la corte, Amandine?

—¿Y tú, Brodie? ¿Hasta la coronación? Tu rey está enfadado con el mío, no creo que obtenga nada de Ricardo. ¿Crees que volveréis a casa sin más? Si me preguntases, solo te diría que os está haciendo perder el tiempo y te irás muy pronto. No podemos ser amigos, escocés.

—Escocia son otras tierras, un rey inglés jamás debería tener poder sobre ellas —contestó más enfadado de lo que pretendía. Oír en labios de Amandine lo que él ya sospechaba lo enfureció.

—¿Y qué piensa hacer tu rey escocés? ¿Obligará a Ricardo? Juan, el hermano del rey, os apoyaría…, ¿verdad? No me gusta ese hombre.

Broderick calló, ni siquiera se había dado cuenta de en qué momento había dejado de besar a Amandine y cuándo comenzó aquella conversación acerca de sus reyes. Ni siquiera era capaz de contemplar la idea de hablar con una mujer de asuntos de política, pero después de ver como la reina viuda, Leonor, manejaba a su hijo y los asuntos del reino, nada podía extrañarlo en aquel país. Entornó los ojos con sospecha, ¿por qué Amandine estaba tan cerca de descubrir la conversación de esa misma mañana con su rey William? El rey quería traicionar a los ingleses y él tuvo que advertirlo del juego peligroso en que se convertiría una traición. Creía haberlo convencido de que no se dejara llevar por las artimañas del príncipe Juan, el hermano del rey inglés. Nadie más debía saber de esa conversación.

Se inclinó sobre el cuello de Amandine conteniendo la respiración. Esa mujer lo atraía con una locura que no entendía.

—Nunca juegues conmigo, Amandine. Te perseguiré hasta que seas mía, si es lo que quieres, por voluntad propia volverás a dejar que te bese.

Fue un susurro, Amandine tuvo que repetirlo en su cabeza para comprender sus palabras.

—¡Estabas aquí, Broderick!

Un hombre, vestido con tan solo una camisa blanca y un tartán enrollado desde el hombro a las piernas de igual modo que Broderick, se acercó a ellos. Su pelo moreno y sus ojos verdes le dijeron que debían de ser familia.

—Angus, esta es Amandine —se obligó a decir Broderick al ver que su amigo se plantaba junto a ellos sin visos de marcharse.

—Así que esta es la damita que hemos estado buscando por todo el castillo.

Broderick bufó, restando importancia a las palabras de su amigo.

—Encantada, *monsieur* Angus.

—¡Sois francesa! A Broderick se le olvidó decirnos ese pequeño detalle. Eso y que sois deliciosa.

—Debería irme ya, Anne me estará buscando. Me alegro de haberte conocido, Angus, llámame Amandine, por favor.

Hizo una breve reverencia a ambos hombres y se giró para marcharse.

—Mañana estaré aquí de nuevo, Amandine…

Escuchó aquellas palabras de Broderick y un leve temblor se instaló en sus labios al recordar sus palabras: «Te perseguiré hasta que seas mía por voluntad propia».

—Amandine, ¿dónde estabas, querida?

Levantó la cabeza, la ceja arqueada en una pregunta. A pocos metros, Anne sonreía al ver a los dos hombres observar su partida. Amelie, en cambio, estaba seria, miraba a Amandine de una forma diferente. Tal vez la hermana Amelie pensaba en lo osada que era al hablar a solas con dos hombres.

—Me encontré con el escocés después de despistarme entre la gente.

Pensó que quizá iba a recibir una reprimenda de Anne cuando esta cogió su brazo.

—Bien hecho, niña, hay que saber qué pretenden los escoceses. La reina está muy interesada en sus planes.

Amandine se sintió desconcertada, ni siquiera había intentado espiar a Broderick o sacarle información como insinuó su profesora. No pensaba acercarse demasiado a él.

Esa noche, cuando cayó en la cama exhausta, frunció el ceño en la oscuridad que dejó la vela apagada. Parecía que Broderick hubiera echado un juramento sobre ella y no pudiera quitárselo de la cabeza.

Capítulo XIV

Amandine despertó, como siempre, antes de que las primeras luces del día se colaran por las altas ventanas. La corte se despertaba tarde y ella llevaba toda su vida haciéndolo antes de que el sol saliera, ni tan siquiera aquellas sábanas suaves conseguían retenerla en el calor del lecho. No escuchó nada en los corredores ni en los aposentos de Amelie y Anne, demasiado temprano y silencioso, se sentó en la cama. Había vivido toda su vida ocupada, trabajando duro; echaba de menos el río, las praderas verdes, el olor del viento; parecía presa entre aquellos asfixiantes muros. Solo podía salir con el permiso de Anne, vigilada por los guardias, sus pasos medidos, hacia lugares que decidían por ella. Necesitaba saber que seguía siendo dueña de su vida y de su libertad.

Cogió uno de los vestidos más sencillos que le habían confeccionado a toda prisa en los últimos días, de un color burdeos pálido, que podía ponerse sola, y sonrió al encontrar sus raídas botas en el fondo del arcón. El sol comenzaba a extender sus rayos por toda la estancia y se convenció de que no habría mal alguno en bajar sola a desayunar, sin Anne y Amelie.

Salió de sus aposentos cuando los corredores comenzaban a llenarse de sirvientes. Una sonrisa involuntaria se asomó a sus labios. Podía engañarse, seguir diciendo que no tenía planeado salir sola, que no se escapaba de Anne. No era una prisionera, ¿no? Solo bajaría a desayunar a aquellos enormes salones, cosa que nunca había hecho hasta entonces, encerrada en los aposentos. Aventurarse, tal vez, al exterior.

Cuando llegó al gran salón vio que los únicos que estaban allí eran unos pocos caballeros; con decisión y ante su mirada de extrañeza por no estar acompañada por ninguna doncella, cogió unos bollos aún calientes que una mujer acababa de dejar sobre la mesa

alargada y se marchó en rápida huida de aquellos curiosos. Hadid, el pequeño *antioque* de Leonor de piel del color de ébano, que siempre rondaba el salón del trono, la imitó con una sonrisa al coger entre sus manos una montaña de pequeños bollos ardientes. Amandine le sonrió y le hizo una señal con el índice de que mantendría el secreto. El pequeño sonrió con picardía y echó a correr hacia el exterior.

El sol acarició su piel en cuanto abandonó el interior del castillo y atravesó el patio. Los caballerizos ya deambulaban de un lado a otro, las mujeres cargaban fardos entre las carreras de los niños a su alrededor. Allí fuera llevaban horas despiertos, como ella, al contrario del silencio en el interior y la penumbra de los corredores.

Atravesó las puertas por el lateral, algunas mujeres a su paso le sonrieron e hicieron una reverencia, y se encontró en la gran explanada de hierba, detrás del castillo. Y entonces se dio cuenta, sus pasos la habían llevado hasta él. El campamento escocés estaba cerca del bosque, donde el día anterior vio a Broderick.

Caminó con el vestido recogido en las manos para no arrastrarlo sobre la hierba húmeda del amanecer. Comprendió que, desde que se había levantado, su intención había sido escapar de la opresión de sus aposentos y sus traicioneros pasos la habían llevado hasta allí. Tal vez solo era curiosidad. ¿Por qué a su lado el corazón le golpeaba deprisa? ¿Por qué no podía dejar de ver su rostro cuando cerraba los ojos? ¿Por qué aquella voz suya perseguía sus sueños? Podía convencerse de que solo lo espiaba, como Anne había insinuado, pero no era cierto. Deseaba verlo de nuevo, solo un momento, en la distancia, y cerciorarse de que aquel escalofrío que recorría su cuerpo era solo curiosidad por él. Se alejó de allí al instante, solo encontraría problemas acercándose a Broderick. Caminó por el sendero, entre el olor de la hierba húmeda y el sonido del viento entre los árboles. Se cruzó con hombres que llevaban en carros los árboles talados, la saludaron con respeto y siguieron su camino en silencio.

Vio un pequeño grupo a caballo, eran los escoceses, al frente estaba Broderick. Era magnífico en su enorme caballo de color tostado. Intentó tomar otro sendero entre los árboles, pero él ya se había desviado en su dirección, haciendo que sus hombres lo

hicieran con él. Sintió todo su rostro enrojecer y echó a caminar en dirección contraria.

—No huyas, Amandine —dijo al llegar a su altura. Su caballo bufó demasiado cerca de su rostro.

No se detuvo, siguió caminando como si él no estuviera, sabedora de que tras ella estaba el escocés y cinco hombres más que seguían sus pasos. No tendría sentido correr ni ignorarlos un poco más.

—No huyo —soltó al fin, cuando se detuvo para mirar a Broderick a lomos de su caballo.

Él sonreía a medias, como si le fuera indiferente y se sintiera satisfecho del color carmesí de sus mejillas.

—Parece que te has escapado de tus guardianas —insinuó mientras se agachaba sobre su montura para estar más cerca de su rostro.

—Puede ser —afirmó al fin, derrotada—. Os deseo un buen día —dijo para continuar su camino.

Y de nuevo Broderick siguió sus pasos, al igual que sus hombres, entre los cuales se empezaron a oír unas risas.

Broderick admiraba su caminar rápido, al recoger su vestido se veían sus botas desgastadas y una pequeña parte de sus piernas. Sabía que Amandine empezaba a enfadarse, tenía carácter y agitaba su trenza cobriza sobre la espalda al intentar caminar más deprisa. Nunca había conocido a una mujer como ella, la mayoría se encogían ante él y sus hombres, muchas coqueteaban con él esperando ser quienes lo derribaran, otras lo eludían sin remedio. Amandine no era como ninguna, poseía un espíritu que se escapaba de su pequeña estatura, sus ojos brillaban a pesar de ser grises, su sonrisa podía volverlo loco en un instante. Algo le decía que, en realidad, no hubiera acudido a su cita en el campo de entrenamiento.

Broderick no se rindió ante aquella vaga negativa, alcanzó de nuevo a su presa y Amandine se detuvo enfadada, soltó su vestido, que no tardaría en mancharse a causa del barro del sendero. Con una mano le señaló que se agachara de nuevo para que pudiera hablarle en privado. Broderick sintió las risas de sus hombres tras él.

Nadie se hubiera atrevido nunca a hacer que el demonio se inclinara en su caballo.

—No puedes seguirme más, la gente nos verá, no sé si te has dado cuenta de que tus hombres están detrás —susurró tan próximo a él que podía ver pulsar la cicatriz de su cuello.

—Claro que me he dado cuenta, deben hacerlo siempre, me protegen.

Amandine abrió los ojos con sorpresa, tan cerca que Broderick se perdió en aquellas pequeñas motas oscuras de sus iris.

—No quiero que sigas haciéndolo.

—Ven conmigo, entonces; sabía que me buscarías.

—No te he buscado. Paseaba.

—Te has escapado.

—Puede ser —admitió al fin. Miró alrededor, el castillo empezaba a despertar, Anne no tardaría en enviar en su busca a los soldados y pasaría el día encerrada de nuevo.

—Vamos a Londres, *caileagh*, es día de fiesta y de mercado. ¿Quieres perdértelo?

Amandine contuvo el aliento, ilusionada. Deseaba conocer Londres, cuando llegaron solo había avistado pocas calles, y a pesar de que le había pedido a Anne que la llevara, se había negado en innumerables ocasiones. Feria. Mercado. Broderick tendió su enorme mano cuajada de cicatrices hacia ella.

Frunció el ceño, no era una prisionera de la reina, ¿no? Entonces Broderick sonrió, sus ojos brillaron por un instante y Amandine levantó la mano hacia él. Era cuanto el escocés necesitaba para colocar el brazo alrededor de su cintura y levantar su cuerpo con un impulso. La colocó delante de él sin que Amandine se diera cuenta, con suavidad, muy lejos de lo que parecían sus modales bruscos.

Escondió el rostro rojo, del color de las moras, cuando sus hombres lo ovacionaron con sus gritos al ver como Amandine cedía al fin.

—No se lo tengas en cuenta, son unos escoceses salvajes. Creen que he conseguido a la dama sin luchar, pero tú y yo sabemos que no es por mí; quieres ver Londres, ¿no es cierto?

Una risa se escapó de los labios de Amandine a pesar del miedo que le provocaba aquel enorme caballo al comenzar a trotar. Sintió el calor del torso de Broderick y se apoyó contra la dureza de su pecho. Él debió de notar su movimiento y con el tartán que rodeaba sus hombros la cubrió pensando que tendría frío.

—¿Por qué te tienen encerrada, Amandine? ¿Quién eres? —susurró Broderick en su oído.

—Ahora soy una mujer sin acompañante, con un grupo de salvajes escoceses, que puede tener problemas por escapar del castillo.

—¡No debes preocuparte por eso! Angus es mi amigo y mi niñera, puede ser tu dama si así lo deseas. De hecho, míralo, aquí tan pegado a nosotros…

Amandine escuchó una palabra malsonante de labios de Angus que haría temblar al mismo Gastón y lo vio espolear su caballo hasta ponerse delante. Sintió como las risas resonaban contra el pecho de Broderick y sonrió contagiada. Broderick era arrogante, pero no el demonio del que todos huían.

Atravesaron el bosque en lugar de seguir los grandes caminos, los árboles comenzaron a separarse hasta que Amandine pudo ver la aguja afilada de la Abadía de Westminster y los tejados de las casas. La música ya sonaba en el prado de Camden Hill, los puestos de madera comenzaban a llenarse de gente. Sobre la colina, en un árbol de mayo, algunos niños danzaban alrededor de un tronco entrelazando las cintas de colores atadas a las ramas mientras entonaban una canción. Se incorporó en la montura y Broderick sonrió ante su entusiasmo, quizá un poco dolido porque ella lo hubiera acompañado solo por ver el mercado.

Deliciosos aromas llegaron hasta ella, a asados y dulces. Se internaron entre los puestos, aún a caballo. La gente se apartaba a su paso, algunos rezongaban en murmullos ante las espadas colgadas en los cinturones. Dejaron las monturas junto a un grupo de árboles. Broderick la ayudó a desmontar, tomó su cintura y se sintió en el aire unos instantes. De forma deliberada, la apretó contra él, dejó que su cuerpo se deslizara por el suyo hasta que provocó que Amandine gimiera de sorpresa. Resbalar por aquel

conjunto de músculos tan despacio aceleró su corazón. Sonrió taimado cuando ella lo regañó con la mirada.

—Comamos algo —le susurró en el oído a Amandine.

Para su sorpresa, los hombres de Broderick se dispersaron por los alrededores, no demasiado lejos de su *laird* y de ella. Las gentes de Londres los miraban con desconfianza, casi con miedo.

Broderick se abría paso sin problemas entre la gente; con la mano en su espalda, la guio hasta un lugar cerca de la colina. Angus les trajo comida con una sonrisa y desapareció al instante. Amandine probó aquellas delicias de carne rodeadas de pan recién hecho, mientras Broderick estiraba las piernas y la observaba comer en silencio.

—Tus manos —dijo cuando ella hubo terminado—. Hablas como una dama, vistes y andas como tal, pero me fijé en tus manos cuando chocaste conmigo en el patio del castillo. —Amandine trató de ocultarlas cuando Broderick atrapó ambas entre las suyas—. Has trabajado duro con ellas. Y llevas un cuchillo bajo el cinturón de tus vestidos. ¿Siempre vas con un cuchillo?

Rio, y el sonido hizo que Broderick tuviera que controlar algo en su pecho.

—Trabajé en una taberna desde niña, me crie en Tours, un pueblo francés. Leonor estaba presa en la abadía y muy aburrida. Me enseñó cosas, ella y sus damas eran muy amables conmigo. Siempre llevo un cuchillo, desde niña, tenía que defenderme y cortar las raciones de los platos.

Broderick frunció el ceño. Una muchacha de taberna…, una reina como Leonor no hacía nada al azar.

—¿Por qué dejaste tu hogar? ¿Para seguir a Leonor?

Amandine encogió los hombros y se soltó de sus manos.

—Yo decidí acompañar a la reina a Inglaterra.

—Y ahora estás presa…

—No lo estoy, Anne cuida de mí. ¿Y tú, Broderick, echas de menos tu hogar? Anne dice que estás prometido, ¿la amas?

—No, en absoluto. Es un matrimonio a cambio de tierras y oro, nada más.

—Entonces…, tú sí que estás preso.

Brodie sonrió. El viento agitó su pelo largo sobre los ojos y Amandine le apartó los cabellos del rostro con dulzura. Sus mangas se deslizaron hasta el codo y Broderick tomó sus muñecas desnudas.

Se inclinó hacia ella, sus labios rojos y llenos lo llamaban. Amandine lo miró con sus ojos color tormenta, vio un anhelo en el fondo de ellos que compartía con ella desde que se vieron por primera vez. De forma involuntaria, le soltó las muñecas y llevó las manos ásperas hasta sus suaves mejillas. Besó sus labios cerrados, sabían a grosellas del pastel y a ella. Su lengua ahondó entre sus labios e hizo que los abriera con delicadeza.

Amandine gimió al sentir la lengua de Broderick explorar su boca, un calor que se extendió por su rostro y su cuerpo. Se acomodó a su beso, profundizó de la misma manera que él le exigía. Se abrazó a su cuello y deslizó los dedos entre los cabellos desordenados; sin querer, se cerraron en torno a su nacimiento cuando el beso se hizo más profundo. Broderick deslizó las manos por su cuello, sus hombros, delineó su cuerpo por los costados hasta llegar a su pecho. Amandine sintió sus palmas y respiró con dificultad a causa del deseo que había despertado en ella.

—¡Amandine!

Fue a separarse de forma brusca de Broderick, pero él la retuvo, se separó con cuidado, como si quisiera alargar aquel instante. Amandine siguió aquellos ojos hasta que volvió a oír su nombre y se giró para enfrentar al hombre detrás de aquella voz exigente e indignada.

—¡Benoit! —aparentó sorpresa—. ¿Qué haces aquí?

De inmediato, vieron alrededor de Benoit a diez de sus hombres con caras hoscas; al instante, tras ellos se situaron los escoceses. Amandine se levantó, no quería provocar un enfrentamiento. Los comerciantes y aldeanos los observaban con temor desde la distancia, parecía como si todos desearan dar comienzo a una pelea.

—La reina te ordena volver, de inmediato. —Benoit se llevó la mano a la empuñadura de su espada.

Broderick no le soltó el brazo a pesar de que Amandine dio un paso hacia delante.

—Yo la llevaré, soldado.

Amandine notó el tono hosco de Broderick, el de un superior al hablar con alguien de menor rango. Broderick se mostró pretencioso como nunca antes, había exigido, no pedido permiso a Benoit.

—Son mis órdenes. Vienes conmigo, Amandine.

El solo imaginar que el cuerpo de Amandine se rozara con el del capitán tensó todos sus músculos. Amandine solo cabalgaría con él.

—No montará contigo, Benoit. Yo la acompañaré al castillo, podéis seguirme a mí y a mis hombres. ¿Deseas que sea así, Amandine?

Lo miró con una sonrisa agradecida, sintió que la dejaba elegir a ella.

—Montaré con Broderick —dijo con voz firme.

La ira emergió en los ojos de Benoit durante unos instantes, hasta que vio a los escoceses a su alrededor. Hizo una genuflexión para indicar a ambos que podían descender de la colina.

Todos fueron hasta los caballos en silencio y emprendieron la vuelta al castillo. Amandine disfrutó un poco más entre sus brazos, aún tenía el sabor de Broderick en sus labios, ¿qué habría pasado si Benoit no hubiera aparecido?

—Al parecer, sí estoy presa —susurró sin mirar a Broderick.

—Todos lo estamos, Amandine —contestó con voz seria—. No te fíes de él. Benoit es de esos hombres que se pueden vestir como un caballero, tener modales suaves y palabras cuidadas… Sus ojos dicen la verdad, no es de fiar.

Asintió con cuidado. Hasta entonces no había visto de verdad a Benoit, su fidelidad por Leonor era indiscutible, tanto que no dudaría en hacer cualquier cosa para complacer a la reina.

Llegaron mucho antes de lo que hubiera deseado y Broderick la ayudó de nuevo a desmontar. Por un instante, ambos se miraron a los ojos como si el resto del mundo no existiera, y, sin embargo, sentía la presencia de Benoit y sus soldados tras ella. Se giró sin despedirse, ya lo había hecho con una tibia sonrisa. Pasó junto a Benoit, que la siguió por el patio del castillo.

—Te has comportado como una cortesana, Amandine.

Se giró de forma brusca al escuchar a Benoit.

—Y vos, capitán, como un niño caprichoso. Puedo hacer lo que quiera, Leonor no es mi dueña.

—¿Hasta besarte con un salvaje?

Amandine frunció el ceño. Broderick todavía estaba ahí y apretaba los brazos cruzados en el torso. Se contuvo de contestar a Benoit y apretó el paso hasta dejar atrás al capitán. En el salón se encontró con la expresión de censura de Anne y se preparó para su regañina. Ni siquiera Benoit o las consecuencias de su escapada podrían borrar las horas pasadas junto a Broderick y su beso.

Capítulo XV

Amandine pasó la mayor parte de la tarde en sus aposentos, había devorado la historia de Chrétien de Troyes, *Guillaume d´Angleterre,* en apenas unos días, pendiente de la historia de amor y adulterio que se narraba en ella. Anne se la había proporcionado de la biblioteca del castillo, la cual la reina había llenado de hermosos ejemplares. Desde luego, Amandine sabía que no era una lectura apropiada para ella, que poco conocía del amor y del acto que dos enamorados compartían, pero no podía apartar los ojos de aquellas páginas. Levantó la mirada al sentir que no podía leer ya con claridad, el sol comenzaba a descender y se extrañó de que Anne no hubiera ido en su busca para empezar a prepararse para el baile de esa noche. Estaba nerviosa, sería su primera fiesta, el primer baile en su vida, y, para su disgusto, no podía pensar en otra cosa que en ese escocés malhumorado y su encuentro esa noche.

Se levantó de la butaca con pereza, miró con pena el hermoso libro decorado con filigranas de oro. Al día siguiente tenía que saber qué sería de las vidas desgraciadas de aquellos amantes. Atravesó la sala y abrió la puerta que conducía a los aposentos de Amelie. Se quedó parada junto a la puerta, como la intrusa que era en aquel momento.

La hermana Amelie abrazaba a Anne con una inusual confianza, acariciaba su rostro con vehemencia, Anne se dejaba hacer mientras su cuerpo se contraía en dolorosos sollozos. Amandine entonces comprendió por qué la monja había abandonado la abadía, por qué era tan agradable desde que dejaron Tours y la luz brillaba en sus ojos.

Ambas se percataron de su presencia y se alejaron con rapidez, sus rostros decían incluso más que su cercanía. Un silencio de comprensión tensó una fina cuerda entre las tres, Amelie y Anne en espera de qué diría ella.

Se acercó a las dos mujeres que tanto le enseñaban y tan amables eran con ella. Se sentó entre ellas en la cama y tomó las manos de ambas para unirlas con las suyas.

—¿Por qué lloras, Anne?

Anne miró sus ojos grises y sonrió a medias. Podía haber dudado una y mil veces de la capacidad de Amandine para aprender, jamás de su gran corazón.

—Leonor acaba de prometer a Anne a un conde —explicó escueta la hermana Amelie. Un rastro de dolor atravesó sus ojos.

—¿Puede hacerlo, Anne? Eres su prima, si no deseas casarte…, podemos hablar con la reina, se mostrará razonable.

Anne negó con la cabeza al mismo tiempo que una lágrima se deslizó por su mejilla.

—No, Amandine, de nada servirá. No conoces a Leonor, nos quiere y toma aprecio, incluso me prometió una vez que elegiría esposo; pero ante las alianzas, es la reina, y es lo que quiere, que me entregue como novia a un hombre que no puede controlar para que él sirva a sus propósitos. —Anne se echó de nuevo a llorar—. Es horrible, un hombre altanero y horroroso, mayor que yo, Amandine. Lo adivinaste en la sala del trono: Hugh, conde de Norfolk.

—Dile que no —objetó Amandine con rapidez.

—Estás loca, muchacha —contestó Amelie—. Nadie le dice que no a Leonor. ¿Crees que contigo será diferente? Un día tu boda traerá para ella algún beneficio y te entregará igual que a Anne. Eres una de sus espías, pero nunca dudes de que, si puedes servirle de otra manera, te venderá.

—No hables así, Amelie, por favor —suplicó Anne—. Con ella no será igual, ella es… es importante para ellos.

—Amandine es igual que todas nosotras, una pieza de madera de su juego de damas.

Amandine sintió cómo el aire se escapaba de sus pulmones, Anne había estado a punto de decir algo acerca de sus orígenes. Se equivocaban, ambas pensaban que Leonor sería muy egoísta; solo tenía que hablar con ella y decirle que Anne no podía casarse, estaba enamorada de Amelie, y por mucho que fuera imposible

pensar que las dejaran vivir juntas, al menos no tendría que entregarse a un hombre que no amaba.

—¿No te repulsa nuestra condición, Amandine? —soltó Amelie sin dejar de mirarla a los ojos.

—No sé por qué debería ser así, creo que el amor es esquivo y difícil, caprichoso y extraño. Nunca he estado enamorada, solo sé que mi madre lo hizo de la persona equivocada y acabó muriendo. Sé que se cometen locuras que no puedo comprender, pero si os amáis, a mí no debe parecerme bien o mal, solo sé que no deberían separaros.

Anne no pudo contenerse en otro arrebato de lágrimas y la abrazó.

—Te destrozará este mundo de la corte, Amandine —sentenció al limpiarse las lágrimas—. Debemos prepararnos para el baile, no podemos llegar tarde.

Un momento después, Leonor observó su atuendo y asintió complacida, hizo que girara una vez más sobre sí misma antes de darle su aprobación. Había acudido a sus aposentos y los de Anne para dar su visto bueno a su nuevo vestido. Sintió la suavidad de la seda en sus piernas; el vestido, de color azul grisáceo, caía sobre sus caderas sujeto por un ancho cinturón plateado con piedras blancas. Anne le había recogido el pelo en una larga trenza que le llegaba hasta la cintura y le había puesto una corona de flores blancas.

—Ven a mi lado, Amandine, entraremos juntas en el salón.

Leonor tendió su mano hacia ella y las tres salieron de los aposentos. Fuera esperaban dos guardias, uno de ellos era Benoit. Primero abrió los ojos, sorprendido, y después se volvió a erguir sin dejar de mirar de reojo a Amandine.

—¿No vas a decir nada a las damas, Benoit? —lo azuzó la reina.

—No tendría palabras para describir tanta belleza.

—Quizá deberías practicar un poco más, Benoit.

La reina bufó como si la contestación no la hubiera satisfecho; más de una vez, Amandine había notado que Leonor prefería frases directas y francas en lugar de andarse con artificios. Decidió que

aquel momento en que Anne y Benoit iban tras ellas era el idóneo para ser tan sincera como Leonor.

—Anne me ha contado que habéis encontrado esposo para ella. No es justo…

—Amandine, guárdate tus súplicas, se casará. No puedo permitir que Amelie y ella sigan juntas, no digas más, conozco lo que ocurre entre ellas. Tal vez en el futuro tengas que guardar esas súplicas para ti. La hermana Amelie volverá cuanto antes a la abadía y buscaré una doncella para ti. —Detuvo su paso y la obligó a hacerlo también, la miró con un deje de curiosidad en los ojos—. ¿Has podido descubrir algo de los escoceses? ¿Pretenden apoyar a Ricardo en su coronación o rebelarse?

Amandine inspiró hondo. Así que la reina sabía de sus encuentros con Broderick.

—No sé aún nada, majestad.

—Averígualo, niña —ordenó antes de volver a enlazar el brazo con el suyo y seguir caminando por los corredores.

Capítulo XVI

La entrada de la reina al baile fue exactamente como Amandine pensaba: todos esperaban con sus mejores galas, el próximo rey Ricardo en su trono y, a su lado, su hermano Juan, el príncipe. El salón más grande de Windsor se había llenado de velas y bandejas de oro y plata con comida, habían decorado los ventanales que daban a los bosques con cadenetas de flores elegidas de forma exquisita. Sobre las mesas había delicias de tartas y pastelitos de frutos. La cena había sido privada, solo para los grandes nobles ingleses, que ahora se mezclaban entre los invitados.

Amandine acompañó a Leonor hasta el sillar dispuesto junto al de su hijo Ricardo y se sentó complacida. Se quedó cerca de ella, lo bastante lejos del otro hijo de Leonor. Era una figura alta y espigada, vestido con ricas telas, siempre negras como su semblante. No se parecía en nada a la reina y a Ricardo excepto en sus gestos de príncipe. Amandine levantó el rostro y vio que Juan, el príncipe, la miraba con una sonrisa. Enrojeció cuando vio que se acercaba a ella en dos pasos.

—Mi madre os tiene encerrada, damita.

No supo qué responder, su alta presencia le puso la piel de los brazos fría como un tempano de hielo. Sin desearlo, buscó con la mirada a Benoit. Desde la distancia, el guardia real asintió, haciéndole saber que estaba pendiente de ella.

—Soy nueva en la corte, su majestad solo se preocupa por mí.

—Yo también puedo preocuparme por vos, Amandine.

Se giró para mirarlo a los ojos, Juan sabía su nombre.

—No hará falta, alteza, tengo muchos guardianes.

Juan sonrió y con su dedo largo y helado le levantó el mentón para admirar su rostro.

—Anne nos dejará pronto y ese soldaducho que ronda a las damas de la reina no es más que un alfeñique. No te preocupes, yo puedo ofrecerte mucho más.

La insinuación quedó en el aire y Amandine pensó que el brillo de aquellos ojos oscuros acababa de desnudar su cuerpo cuando Juan se pegó a ella sin dejar de mirarle el escote.

—Te buscaré, Amandine, mereces algo más que un guardia real, eres digna de servir la comida de un rey.

Amandine se sonrojó, ¿sabría el príncipe de sus orígenes? Si era así, o bien Ricardo o bien la reina se lo habían contado.

—Ya no soy una moza de taberna.

Juan rio, una carcajada llena de ironía.

—No te preocupes, querida, no pretendo que me sirvas la cerveza si eso te preocupa, tengo otros planes para ti.

Amandine sintió la palma de la mano en el trasero y dio un paso hacia adelante para alejarse de él, Juan la retuvo apresándole el brazo. Se agachó sobre su cuello desnudo y quiso escapar de su aliento caliente a vino y especias.

—Te mandaré a buscar a tus aposentos, esta noche.

—No os molestéis, no abriré nunca, majestad.

—¿Crees que una puerta podrá disuadirme de hacer lo que se me antoje?

Escuchó la risa del príncipe mientras procuraba alejarse tanto como podía de él. Atravesó el salón, en busca de las puertas abiertas al jardín, con el aliento entrecortado. Había oído las historias que hablaban del príncipe Juan, de su despiadada forma de comprometer a las damas de la corte, de su crueldad con los hombres, de su taimada presencia que todo el mundo esquivaba. Sus correrías con sus amigos más depravados de la corte habían llegado de boca de Anne, fue casi la primera advertencia que recibió de su parte al llegar a la corte: que se alejara de aquel grupo de hombres y sus fechorías, del príncipe y sus seguidores.

—Amandine. —El susurro tras ella hizo que diera un respingo, sobresaltada. Al girarse, soltó el aire de golpe al ver que se trataba del capitán Benoit—. ¿Te ocurre algo, Amandine? Casi pareces asustada.

Benoit la miraba extrañado, por muchas cosas que hubieran pasado en su viaje, jamás la había visto tan pálida y temblorosa.

—No comprendo la corte, ni sus maneras, y ahora Anne tendrá que marcharse…

Benoit dio un paso adelante, como si fuera a abrazarla, y ella retrocedió. No quería compasión, ni implicarse más de lo debido con el capitán. No podía evitar ver en sus ojos un anhelo hacia ella que le recordó a Jean Luc.

—No me gusta verte así, quizá pueda acompañarte a tus aposentos si lo necesitas.

Y esconderse. De la corte, del príncipe Juan, del destino de Anne que podría ser el suyo, de la tristeza de la hermana Amelie. Era tentador, quizá la muchachilla tímida y retraída de la taberna lo hubiera aceptado, pero ahora era otra persona, no se escondería tras la puerta de sus aposentos hasta que la reina decidiera devolverla a Francia. Tenía que descubrir la verdad acerca de sus orígenes; al menos, se debía eso a sí misma.

—Esconderse no es una solución, capitán.

Broderick Campbell salió de entre las sombras. Ni Amandine ni Benoit se habían dado cuenta de que estaba ahí, y cuando su rostro fue iluminado por las luces del salón de baile, Amandine vio su mirada peligrosa. Ni siquiera se había tomado la molestia de afeitarse el rostro, en el que ya se dibujaba la sombra de una barba. Sí se había cambiado y lucía uno de sus tartanes, con las piernas descubiertas; seguro que más de una dama se habría escandalizado en el interior del castillo al verlo así vestido.

—Tenéis la insólita costumbre de aparecer siempre sin ser llamado —protestó Benoit incómodo—. Amandine necesita protección, no conoce la corte.

Amandine arqueó una ceja ante las palabras del capitán.

—No es protección lo que le das a Amandine, sino que pretendes asfixiarla para que dependa de ti.

Ambos hombres se situaron frente a frente, Amandine no sabía en qué momento cada uno se había erigido como sabedor de todo lo que le convenía a ella.

Una canción comenzó a sonar en el interior, los acordes de una alegre danza llenaron el aire hasta llegar a la terraza en la que estaban. Broderick entonces hizo algo de lo que jamás se creyó capaz. Agarró la mano de Amandine y tiró de ella, se la llevó sin explicaciones ni un solo gesto. Amandine se vio arrastrada hacia el salón de baile, hasta el mismo centro despejado de la gran estancia.

—No puedo hacerlo, he aprendido a bailar hace unos días —susurró cuando Broderick rodeó su cintura, preparado para empezar a bailar con ella.

—¿Y qué importa, Amandine? Si alguien quiere juzgarte, lo hará igual, solo mírame a los ojos, a mí, a nadie más.

Intentó centrarse en lo que Broderick decía; a su alrededor, un murmullo de ecos sobrecogedor hizo que se girara para ver de dónde procedía el tumulto.

Broderick, como ya había hecho una vez antes, guio su mentón para que lo mirara solo a él.

—No es por ti que murmuran, es porque voy a bailar. Cuando te dije que me creen un salvaje, no era broma; no hablo con nadie, no voy a bailes, no me relaciono con ellos.

Amandine entornó los ojos; era cierto, todos miraban a Campbell sorprendidos, incluso su rey escocés.

—¿Por qué ahora, hoy, aquí, Broderick?

—Porque si dejo que ese idiota de Benoit se apodere de ti, te hará un ser débil y miedoso, no puedo permitir que sofoque el fuego de tu mirada. No me da la gana.

Amandine quiso sonreír, Broderick era un bruto, de parcos modales y un rostro arrebatador. Su mandíbula estaba tensa, incluso cuando hizo una señal con la cabeza y tomó su mano. Algo hormigueó en el pecho de Amandine y sonrió por los dos. No, definitivamente no iba a esconderse entre los muros de sus aposentos.

Bailó con Broderick; para su sorpresa, solo tuvo que dejarse guiar por él. Era un excelente bailarín a pesar de su enorme constitución, sus manos de guerrero y su semblante serio. Ni una sola vez lo había visto reír de verdad, quizá una sonrisa irónica, casi siempre dedicada a ella, pero nunca con los ojos y el rostro entero. No podía

negar que estaba disfrutando, a pesar de la mirada de desaprobación de Benoit, la de lascivia del príncipe y la de sorpresa de todas aquellas personas que no conocía de nada. El baile requería cruzarse con otras parejas y cuando Amandine se separaba de él, no olvidaba su advertencia, «Mírame a mí, solo a mí», y eso hizo que disfrutara de verdad.

La música terminó, se fue disipando el eco de los últimos acordes y Amandine se dio cuenta de que aún seguía aferrada a las manos enormes y llenas de cicatrices de Broderick. Por fortuna, reaccionó y se soltó, sus brazos se rozaron hasta llegar a un extremo del salón.

—¡Por todos los cielos! ¡Amandine de Tours!

Broderick se interpuso por un instante entre Amandine y el anciano que se acercó a ella. Al ver que se trataba del bueno de lord William de Mandeville, se relajó. Era una de las pocas personas que tenía en alta estima en aquella corte. ¿Amandine de Tours? ¿Conocía a Amandine?

—Milord —contestó ella con una sonrisa al saberse reconocida.

—No puedo creer en mi buena fortuna, muchacha, volví días después a veros a la taberna, y ese hombre tosco y malhablado me echó de allí a patadas sin darme explicación alguna de dónde estabas. Te dije, muchacha, que volvería a pagar mis deudas.

Broderick los miraba a uno y a otro sin comprender. ¿Amandine era amiga de William de Mandeville? El juez del rey Enrique y ahora de su hijo Ricardo, quizá la segunda o tercera persona más influyente de Inglaterra.

—No se lo tengáis en cuenta a Gastón, no es muy cordial.

—Me alegro de verte, niña. —Lord William sonrió con verdadero afecto al mirarla—. Has prosperado, creo que nadie lo merece más que tú, Amandine de Tours.

Entonces el anciano reparó en Broderick y se sobresaltó un tanto. Le gustaba aquel muchacho escocés de sobrias costumbres.

—Esta muchacha que tenéis aquí me dio de comer cuando nadie más lo hizo. Los bandidos franceses asaltaron mi comitiva en los bosques, cuando me dirigía en busca de la reina Leonor para comunicarle la muerte del rey, y llegué a la taberna herido y hambriento.

Broderick hubiera jurado que el implacable juez de Inglaterra tenía los ojos anegados en lágrimas que luchó por que no salieran. Tomó las manos de Amandine con afecto y asintió.

—Me salvó la vida, a pesar de que ese hombre horrible prometió darle una paliza.

Aquello hizo que Broderick se tensara. ¿Qué demonios? ¿Alguien golpeó a Amandine? ¿Una taberna? De ahí sus manos ajadas, su falta de envaramiento como las doncellas de la corte y su innegable vulnerabilidad.

—Amandine, si necesitas algo, dime y me tendrás siempre a tu disposición. Ahora el rey me reclama, pero espero verte después.

Broderick vio como el anciano se disculpaba y seguía negando con la cabeza ante lo insólito de su encuentro.

—No dejas de sorprenderme, muchacha.

—No me subestimes nunca, escocés.

Los dos se miraron con intensidad. Broderick sintió ese tirón que lo acercaba a ella a cada instante desde que la vio en el patio del castillo. ¡Maldita sea! ¡Deseaba besar a esa muchacha con todo su ser!

—Amandine, la reina os reclama.

Benoit otra vez, ese idiota siempre encima de la muchacha. Broderick había sentido su mirada sobre ellos durante todo el baile. No había desaprovechado la ocasión de interrumpirlos en cuanto lord William se había ido. ¿Dónde estaba cuando el príncipe Juan se había acercado a ella? Había observado como aquel ser vil susurraba en el oído de Amandine como un lobo taimado. Cuando Juan perseguía una presa, o la conseguía o la destruía.

Amandine lo miró con un gesto de disculpa y siguió a Benoit, Broderick sintió el roce de su pequeña mano contra la suya al pasar junto a él. Un simple gesto, su piel contra la yema de sus dedos, calor contra calor. Significó para él una dulce caricia por parte de Amandine en sus duras manos de guerrero. Por primera vez aquella noche —tal vez había pasado mucho tiempo desde que lo hizo por última vez—, sonrió de verdad. Se retiró a la terraza de nuevo, donde las sombras le escondían, para poder vigilar a su rey y a la vez a esa joven que le quitaba el aliento.

Capítulo XVII

Anne estaba junto a la reina cuando Amandine acudió a la tarima sobre la que se erigían los tronos. Su rostro mostraba los estragos de las lágrimas derramadas durante toda la tarde. La reina indicó a Amandine que se situara junto a ellas.

—¿Conoces a lord William, Amandine?

Leonor solo dirigió sus ojos hacia ella al preguntar.

—Sí, majestad, fue una vez cliente de la taberna en que vivía, lo asaltaron de camino a la abadía.

Asintió conforme, nada se le escapaba a la reina, a pesar de que siempre estaba rodeada de gente que intentaba llamar su atención.

—Lord William le entregará mañana la corona a mi hijo. Ricardo la recibirá de sus manos y el obispo la colocará en su cabeza. Mantén el contacto con lord William, no siempre fue fiel a Enrique, asegúrate de que no se desvía de su camino, pareces tener algún tipo de influencia sobre él.

—No creo que…

Leonor desechó su protesta con un gesto de la mano y Anne se la llevó del estrado.

—Da igual lo que diga la reina, Amandine, tú dale la razón, es la única manera de sobrevivir a su lado —susurró Anne mientras caminaban.

—Es tu prima, ¿cómo puede portarse así contigo?

—Ha sufrido mucho, las dos lo hemos hecho.

Anne sentenció sus palabras con una dura mirada; al instante, suspiró hondo y tomó sus manos con cariño. Encogió los hombros, sabedora de la mirada de censura que Amandine le ofrecía.

—No es excusa, Anne, quizá algún día dejes de justificar su egoísmo.

Bajó los ojos avergonzada, sin saber qué contestar a su pupila. Amandine empezaba a vislumbrar el rencor en Anne; ella, que jamás había dudado de la reina, comenzaba a sospechar de su criterio al verse al borde de un matrimonio que no quería. Caminaban de vuelta a sus habitaciones en silencio, cada una inmersa en sus pensamientos, cuando escucharon voces. La voz del príncipe resonaba en el pasillo. Anne le indicó con el índice que callara y se refugiaron en un recodo que en otro tiempo debió de albergar un cubículo de la guardia del castillo. Ambas se apretujaron contra la fría pared, con sus rostros pegados, como si pudieran contener así sus alientos.

Amandine comenzó a temblar, era superior a ella, nunca había temido los golpes ni enfrentarse a nada, pero solo con oír la voz del príncipe, toda su piel se erizaba.

—Hugh, ¿has convencido al rey escocés?

—Creo que sí, alteza, esperaremos a después de la coronación, cuando vuestro hermano se sienta seguro, para atacarlo en su propio castillo, en la capilla, cuando esté solo. Lo que no entiendo es qué haremos con los escoceses después.

—La idea es tenderles una trampa, una vez que Ricardo esté muerto, los culparemos a ellos. Todo el mundo creerá que ese escocés que acompaña al rey, ese salvaje de Broderick Campbell, será quien lo mató por orden de su rey. Ten cuidado, que no sospechen.

—No os preocupéis por mí, príncipe, el rey escocés es estúpido, no ha compartido sus intenciones con sus hombres. Solo uno de ellos será el ejecutor. Se verán acorralados cuando Ricardo muera y los llevemos ante la corte. Difundiremos rumores tan rápido que vuestra madre la reina no dudará de la culpabilidad de los escoceses, ni ella ni el resto de los nobles. Les cortarán la cabeza antes de que os coronéis, Juan.

Anne tuvo que tapar la boca de Amandine cuando esta emitió un gemido. Ambos hombres pasaban a escasos centímetros de ellas y se detuvieron.

—¿Has oído algo, Hugh?

—Son las malditas corrientes de este castillo, aúllan como lobos.

El príncipe Juan emitió un gruñido de aceptación y siguieron su camino. Amandine suspiró contra la palma de Anne y esta, poco a poco, al oír que los pasos se alejaban, volvió a respirar también.

—Debemos contárselo a Leonor, Amandine. Pretenden atentar contra Ricardo.

—Y a Broderick, hay que advertirlo de que serán usados para encubrir el asesinato de un rey.

Miraron con cautela a ambos lados antes de salir de su escondrijo. Aquello que habían oído de forma accidental era una sentencia de muerte para ambas. Si Juan llegaba a enterarse de que conocían sus planes, las mataría sin dudar. Amandine pensó si alguien aparte de Leonor creería lo que habían descubierto. «Por eso somos "damas" de la reina», se dijo con convicción.

Encontraron a Leonor de camino a sus aposentos y Anne se adelantó a Benoit y sus guardias.

—Majestad, si no estáis muy cansada, os acompañaremos en un juego de las damas antes de irnos a dormir.

La reina se detuvo ante la puerta de sus aposentos y despidió a sus guardias, dos de ellos se quedarían allí durante la noche, el resto se apresuró a seguir sus órdenes. Eran las palabras que usaban para poder hablar a solas y Amandine se acordó de cuando la reina decía lo mismo para que ella le entregara las cartas secretas en la abadía, lejos de las miradas de las monjas.

Cuando se encontraron solas, entre Anne y Amandine le contaron lo que habían escuchado.

—Debéis prender a Juan —exclamó Amandine exaltada, que Broderick pudiera ser acusado de asesinato le horrorizaba. Había tomado cariño a ese enorme escocés. Se sonrojó un instante al pensar en sus poderosos brazos rodeándole la cintura.

—Al contrario, querida Amandine, dejaremos que conspire cuanto quiera. Nos convendría deshacernos de los escoceses, son un problema. No permitiremos que maten a Ricardo, por supuesto, pero quizá sí podrían ser culpables de conspiración.

—Pero prenderéis a vuestro hijo Juan, ¿verdad? —insistió Amandine.

Anne negó con la cabeza mucho antes de que la reina mirara a Amandine.

—No, querida, si cada vez que Juan ha intentado matar a alguien lo arrestara, estaría de forma perpetua en la cárcel.

—No habrá castigo para él —susurró Anne, como si ya lo supiera desde el principio.

—Sí para los escoceses; sí para Anne, que ha de casarse con ese Hugh amigo del príncipe; sí para quien no está de acuerdo con la reina viuda Leonor.

La reina abrió los ojos con sorpresa.

—Amandine, sé una buena niña y retírate, es muy pronto para que te veas inmiscuida en juegos de espías que no comprendes. Mañana habrá terminado todo.

Anne le hizo una señal para que se marchase y Amandine dudó un instante. Se mordió la lengua, de tal forma que creyó que la reina vería como sangraba. Se dio la vuelta sin hacer una reverencia, una falta de respeto en sí misma, y salió de los aposentos. Al menos tuvo la precaución de no dar un portazo al salir.

Los ojos de Amandine se cruzaron con los del príncipe Juan, que entraba en esos momentos en los aposentos reales. No la miró con lascivia, como en el baile, sino con curiosidad. ¿Delataría Leonor lo que Anne y ella habían escuchado en los pasillos?

Leonor miró hacia la puerta cerrada enfadada y llamó a Benoit, Anne comprendió que todo el tiempo él había estado en la sala de al lado, escuchando su conversación. Con una señal le indicó que siguiera a Amandine y se preparó para hablar con su hijo pequeño, Juan.

Capítulo XVIII

Amandine, al salir, miró a los guardias a ambos lados de las puertas y, en lugar de tomar el camino que la llevaría en dirección a sus aposentos y los de Anne, tomó la dirección contraria. El corredor oscuro estaba desierto, caminó al amparo de los círculos danzantes de luz que arrojaban las antorchas. Escuchó tras ella las pisadas de unas botas y al girar una esquina esperó pegada a la pared. Alguien seguía sus pasos desde que salió de los aposentos de la reina. Su corazón empezó a golpear con fuerza, era la segunda vez en una noche que se veía escondida en las sombras del castillo. ¿Y si era el príncipe Juan o alguno de sus secuaces que venían a cumplir sus amenazas? En vista de la defensa que Leonor hacía de su hijo menor, en caso de caer en sus garras, nadie la salvaría. Juan buscaba llevársela a la cama, convertir a Amandine en su amante, o en su ocasional divertimento, como tantas otras antes que ella. En el caso de saber que había escuchado sus planes para asesinar al rey, estaba muerta.

Esperó con la paciencia de un animal acorralado, si alguien seguía sus pasos con oscuras intenciones, que fuera ahora. Se colocó la pequeña daga que había robado de la bandeja de comidas de la reina, en sus aposentos, de tal forma que pudiera asir el mango sin problema. Rozó con los dedos el filo y esperó. Los pasos se habían apresurado y en un instante lo sintió junto a ella.

—¡Benoit!

El capitán suspiró al encontrarse de cara con ella, temía haberla perdido en aquel laberinto oscuro.

—Amandine, ¿dónde vas?

—Te ha ordenado seguirme —contestó a modo de reproche.

—No, te vi salir de sus aposentos…

—No, Benoit, estabas en la sala de al lado y ella te ha hecho espiarme. Olí la grasa de tus botas y escuché el tintineo de tu espada al rozar el cinturón.

Benoit bajó el rostro, sus ojos oscuros se volvieron huidizos.

—Entonces, dejémonos de evasivas, ¿dónde crees que vas, Amandine?

—Voy a avisar a los escoceses, no se merecen que les tiendan una trampa.

Benoit le cogió la muñeca y la retuvo.

—Conspiran contra el rey, merecen lo que les pase.

—Solo sabemos lo que dice Juan, su rey conspira contra el nuestro, pero no sus hombres. No puedo creer que…

—¿Qué, Amandine? ¿Que Broderick Campbell quiera asesinar a Ricardo? ¿Crees que no veo cómo te mira cuando os encontráis? Ese hombre no sale nunca de su campamento a no ser que sea para proteger a su rey, no habla con nadie, no va a bailes, y desde que estás aquí, merodea a tu alrededor como un ave de presa.

Amandine abrió los ojos con sorpresa, Benoit sonaba celoso, sus palabras destilaban odio.

—Nadie merece que lo acusen de algo que no ha cometido, Broderick es un hombre honorable, nunca perpetraría un crimen así. Juan pretende salirse con la suya, y la reina Leonor solo jugará con las vidas de todos. Quiere acusar a los escoceses para conservar sus tierras y rentas.

—No es cosa nuestra, Amandine.

Tiró de su brazo para liberarse de Benoit.

—Ten honor, Benoit, no me detengas, voy a avisar a Broderick.

El capitán abrió los ojos, sorprendido ante la muestra del verdadero carácter de Amandine, igual que la reina momentos antes. Pensaban ambos que habían salvado a una niña indefensa y tonta que aceptaría cualquier cosa que ellos le dijeran, pero no, Amandine no se había criado entre sedas y marfil, sino entre engaños, golpes y maneras de sobrevivir; se acabó decir que sí a todo y a todos, no iban a jugar con la vida de Broderick.

—No puedo dejar que traiciones a la reina Leonor.

—No quieres, eres su esclavo, Benoit. Broderick es un buen hombre, un soldado como tú, ¿lo condenarás a él y a sus hombres? ¿Sabes lo que les hacen a los traidores? Los degüellan, sacan sus entrañas y los exhiben en los pueblos.

Benoit retrocedió, como si por primera vez viera a Amandine.

—Ve si quieres, pero se lo contaré a su majestad.

Miró sus ojos negros del color del carbón, Benoit era capaz de traicionarla, lo sabía bien. Su fidelidad a Leonor era inquebrantable, aunque supiera que estaba mal, muy mal, cómo ella manipulaba a todos.

—Me arriesgaré, Benoit.

Cogió el ruedo de su vestido y se dio la vuelta para seguir su camino. Benoit no dijo nada, no escuchó sus pasos como antes, tras ella, no se lo impediría, pero la reina sabría que era ella quien había avisado a los escoceses.

Respiró cuando salió al fin al exterior, los guardias la dejaron atravesar las murallas al ver su capa de corte fino. Otros invitados al baile se retiraban en sus carruajes y no prestaron atención a la dama que eligió el rumbo hacia el bosque. La madrugada era fría para ser primavera, la luz de la luna iluminó sus pasos. Recordaba vagamente el camino hacia el campamento de los escoceses; si Broderick había decidido dormir en el castillo junto a su rey, se encontraría sola en mitad de un puñado de escoceses confiados. Intentó seguir con la tenue luz el camino, miraba siempre hacia atrás; en un momento sonrió: si el príncipe había acudido a sus aposentos con la intención de aprovecharse de ella, no la encontraría. Pensó en Anne, se preocuparía cuando volviera a sus habitaciones y no la encontrara, o tal vez Benoit hubiera corrido y ya estuviera contando a la reina su traición. Suspiró al ver las tiendas dispuestas en círculo, parcas en comodidad, con un fuego en el centro del campamento que iluminaba los contornos de los hombres aún despiertos.

Era quizá lo más temerario que había hecho en mucho tiempo. Estaría sola entre hombres, y si Broderick no estaba allí…, perdería su oportunidad de ponerlo sobre aviso. No dudaba de que, tras aquello, la reina la haría vigilar o incluso la encerraría en sus

aposentos hasta que su plan se hubiera cumplido. Juan intentaría asesinar a su hermano, se frustraría el plan, claro, pero los escoceses serían acusados de intentar matar al rey. Inglaterra seguiría siendo dueña de Escocia, tal vez su rey escocés se salvara, Ricardo lo perdonaría; no así Broderick y sus hombres, que cargarían con las culpas. Juan saldría impune y Leonor tendría lo que quería, más territorios.

¿Por qué hacía todo aquello por un hombre al que apenas conocía? Suspiró hondo. Porque ese hombre se había metido bajo su piel, lo deseaba todo con él. Su cuerpo, su forma de apreciar su carácter, que para otros era un problema, no deseaba asfixiarla como todos pretendían…

Uno de los hombres al amparo del calor de la hoguera se giró hacia ella y frunció el ceño. Era el amigo de Broderick, a quien conoció en el bosque y había interrumpido a ambos.

—Angus, buscaba a Broderick, dime que está aquí.

—Lo está, ven conmigo, acaba de llegar del baile en el castillo —contestó al instante.

Si estaba intrigado por la visita de una mujer a un campamento lleno de guerreros en mitad de la madrugada, no dijo nada. Sus ojos reflejaban una intensa curiosidad. Anduvieron a través del laberinto que conformaban los árboles y las tiendas hasta la más próxima al bosque, quizá el último lugar que elegiría alguien para protegerse. Amandine no esperaba menos de Broderick Campbell, siempre daría su vida por sus hombres, el honor se respiraba a su lado como si fuera algo natural. Podía haberla intimidado como había hecho el príncipe, como la miraban otros hombres; en cambio, junto a él se sentía segura, a pesar de ser alto y fuerte e intimidar con su tosco gesto.

Angus se detuvo ante la entrada a la tienda y suspiró, le indicó a Amandine que entrara. Dudó un instante, se retorció las manos, no había llegado hasta allí para darse la vuelta o comportarse como una cría. Subió la tela y entró. Al principio, no vio nada en la oscuridad, hasta que sus ojos vieron frente a su mirada un torso desnudo, el de Broderick. Se giró enfadada; en efecto, Angus sonreía, era lo que había querido, que pillara a Broderick casi desnudo.

—Lo siento —dijo con dignidad antes de girarse. Angus quedó frente a ella y puso los ojos en blanco para que supiera cuan infantil le parecía aquello—. Angus me ha traído hasta ti.

Notó las manos de Broderick sobre los hombros, como dos pesadas cargas que la clavaron en el suelo.

—¿Y se puede saber qué es lo que no puede esperar a mañana? —Amandine se sorprendió de la furia que notó en su voz—. Te has puesto en peligro viniendo sola, estamos junto al bosque, ¿no te bastó en el baile las miradas de Juan? Cualquiera podría… *Caileagh*, no vuelvas a hacerlo nunca.

Amandine admiró sus ojos, podían ser lagunas verdes en las que hacía frío, y, sin embargo, veía un destello hacia ella de cariño. Se preguntó si no sería el deseo de importar a aquel hombre, la necesidad de estar a su lado y respirar junto a él.

—Es importante, no puede esperar. Tienes que marcharte con tus hombres, ahora mismo.

Broderick abandonó su ceño fruncido, el tono de Amandine no daba lugar a equivocaciones, debía de ser algo importante de verdad. Buscó una camisa y se la puso.

—Angus, déjanos.

—No, no, creo que tiene tu confianza para que oiga esto.

Broderick asintió y Angus les señaló el exterior de la tienda. Amandine se preguntó dónde la llevaban cuando echaron a andar por el bosque. Si alguien veía en ese momento que la acompañaban dos hombres, estaría perdida para siempre. Se detuvieron en un claro y Angus le señaló un tronco, se sentó frente a ella y Broderick a su lado. Demasiado cerca para no notar como sus muslos se rozaban, al menos llevaba sus pantalones y no el tartán.

—Aquí no nos puede oír nadie. Habla —ordenó.

Amandine puso los ojos en blanco ante su arrogancia por segunda vez aquella noche, no dudaba de que habría una tercera.

—Van a tenderos una trampa, a los escoceses.

Broderick hizo una señal a Angus para que callara y animó a Amandine a proseguir con la mano. Como si supiera que no le iba a gustar lo que oiría, apretó los puños y cruzó las piernas por delante del tronco caído.

—Vuestro rey escocés, William, ha ordenado a alguno de tus hombres que asesine a mi rey Ricardo tras su coronación.

—¿Cómo sabes que no soy ese hombre? —preguntó con rapidez Broderick.

—Lo sé. Ahora eso no es importante. Después de que ese hombre mate a Ricardo, Juan os traicionará, el príncipe os culpará y la reina ahorcará a todos los escoceses. Le habrá prometido a tu rey la libertad de Escocia cuando sea coronado y su hermano esté muerto.

—¿Y si Ricardo vive? —apuntó Angus, quizá con demasiada vehemencia.

—Vivirá, la reina madre conoce esos planes, impedirá que maten a su hijo Ricardo, pero seguirá culpando a los escoceses del intento de asesinato y Juan será alejado, como mucho, una temporada de la corte, no pretende ni castigarlo mientras a todos os ahorcan. La reina Leonor no se conformará con menos que la cabeza de un rey escocés, quiere toda Escocia.

Broderick miraba al suelo, entre sus botas, hacía rato que jugueteaba con la daga entre las manos.

—¿Por qué conoce la reina esos planes, Amandine? —preguntó con voz serena.

—Yo se los conté, Anne y yo escuchamos al príncipe jactarse de su plan para matar a Ricardo y haceros pasar por los únicos culpables.

—¿Y qué haces aquí, muchacha? ¿Qué te importamos nosotros? Estás traicionando a tu reina y eres una de sus «damas». No hay ningún plan para matar al rey Ricardo, ningún escocés está involucrado en un crimen tan deshonroso.

Amandine se temía que Broderick no supiera nada, es más, estaba segura de que su rey había pactado con Juan a sus espaldas. Angus se levantó, alarmado.

—Broderick, nuestro rey me hizo jurar silencio, la muchacha tiene razón: me encargó matar al rey, Juan debía atraerlo con cualquier excusa y yo me ocuparía de dar muerte a Ricardo. Acude solo a la capilla una vez al día, ese era el momento de actuar, ni siquiera el día de coronación dejará de acudir.

—¡Angus!

—¡Es mi rey, Broderick! No podía negarme.

—Sí puedes, Angus, al menos tendrías que habérmelo contado. Es nuestro rey, le juramos fidelidad y respeto, pero no que asesinaríamos impunemente por él. Debiste confiar en mí, Angus.

—Una hora más, Broderick, y si Amandine no hubiera acudido a avisarnos, te lo habría dicho yo mismo; no como, no duermo, no puedo matar a un hombre así, a sangre fría.

Broderick asintió, comprendía que Angus estaba cegado por las promesas de su rey, la convicción de que no merecían ser siervos de los ingleses. La realidad era bien distinta, perdieron una guerra y el rey escocés firmó un tratado que los convirtió en sus súbditos.

—¿Cuándo, Amandine?

—Después de la coronación, mañana. ¡Debéis marcharos todos, ahora! ¡No lo entiendes! Os usarán y atraparán, os culparán de todo y perderéis vuestro país.

Broderick hizo una señal a Angus para que lo dejara solo con Amandine, obedeció sin dudar y se marchó hacia el sendero; llevaban tanto tiempo juntos que sabían que tendrían que hablar sobre aquello; desde luego, Broderick no permitiría que Angus cometiera ese crimen.

A pesar de las circunstancias, pensó lo mismo que hacía unas horas, Amandine estaba hermosa. No era el vestido, tal vez igual que el de todas las damas de la corte, ni aquel peinado que recogía a medias su melena castaña; a la luz de la luna, su perfil preocupado era lo más bonito que jamás había visto. Desde el primer momento que vio a aquella mujer, había perdido una parte de sí mismo, su mente siempre perseguía evocar su rostro o sus palabras.

—¡¿Por qué no dices nada?! ¡Estás en peligro! Broderick, tenéis que marcharos cuanto antes.

—No podemos, Amandine, tenemos que quedarnos a la coronación, lo haremos en cuanto termine. Tengo que arrastrar a un rey a la huida, no será fácil que abandone sus planes.

—¡Hazle comprender a tu rey! De una u otra forma, lo van a engañar, el príncipe Juan no permitirá que nadie sepa de sus planes para matar a su propio hermano.

Broderick tomó su rostro con ambas manos, sus pulgares le acariciaron las mejillas, e inspiró aire al estar tan cerca de aquellos ojos que, aunque ahora parecían oscuros en la noche, él sabía el gris que albergaban, el color de las tormentas y el cielo de las Highlands.

—No te preocupes, nos iremos después de la coronación.

—¡Marchaos antes, Broderick!, te lo suplico.

—Todos nosotros nos iremos justo cuando acabe la coronación, te doy mi palabra, Amandine. No habrá un solo escocés en esa capilla.

Vio como ella respiraba hondo, aliviada, y se preguntó por qué ponía en riesgo su vida por él.

—La reina Leonor sabrá que has sido tú, Amandine, ¿por qué arriesgarte por nosotros? —volvió a preguntar.

Una media sonrisa adornó aquellos labios llenos al sostener su mirada.

—Porque está mal, aquí todos se comportan sin honor ni lealtad, no permitiré que os apresen, no consentiré que te ahorquen por culpa de las intrigas de la corte.

Broderick creyó sus palabras, su mirada sincera; Amandine tenía un firme sentido acerca del bien y del mal, de cómo debía conducirse. Anheló por un instante que fuera por él y solo por él, una mujer así no era común. Ponía su vida en peligro por él.

—Me gustaría pensar que te preocupas por mí, no quieres que me atrapen. —Ella apartó la mirada hacia las altas copas de los árboles. Había algo que le ocultaba, jamás confesaría sentir algo por él—. Ven con nosotros, Amandine —soltó de golpe, como un muchachillo asustado—, conmigo.

Reaccionó como él esperaba, Amandine se giró perpleja.

—¿Y después qué, Brodie? ¿Me acogerás en tu clan? ¿Seremos amantes? No puedo obviar que me atraes y a tu lado me siento bien.

Broderick frunció el ceño, era con toda exactitud lo que había pensado, se dio cuenta en el momento en que había pronunciado esa palabra «conmigo», llena de egoísmo, salida de un lugar que no era su mente.

—Te protegeré, Amandine, aquí podrían matarte, quizá la reina te perdonará, pero Juan… puede hacerte cualquier cosa peor que la

alternativa que te ofrezco, ser mi amante.

Rio con su voz clara, el viento hizo que la suave risa de Amandine los rodeara al compás de las hojas.

—No sé ni quién soy, Broderick, no puedo entregarte mi vida porque desde el momento en que acepté venir a Inglaterra con la reina me comprometí con ella y conmigo. Tengo que descubrir por qué yo; Leonor no me eligió al azar, no es su forma de proceder. No sé quién fue mi padre, debo vengar a mi madre; un pobre hombre de taberna me crio con lo que pudo, solo me ha legado la verdad, que Leonor mandó matar a mi madre y desconozco el motivo por el que lo hizo o me dejó a mí con vida… Si es así, si Leonor mató a la única persona que tenía en el mundo, no me rendiré hasta que ella lo admita; después no sé qué haré, tal vez vuelva a mi hogar junto al Loira cuando consiga tener el alma en paz. Se lo debo a mi madre —dijo con vehemencia, la misma que sentía su corazón. Vio horror y sorpresa en el rostro de Broderick ante la verdad—. Gracias por ofrecerme una opción, solo puedo decirte eso. No hay amor en tu propuesta, no lo esperaba, Broderick. Solo puedo pedirte que os vayáis todos antes de que os mate esta familia.

—Huir.

—Sí, Brodie, marchaos para sobrevivir hoy y luchad después para vivir otro día.

Broderick no pudo contenerse, Amandine era una mujer increíble que la mayoría del tiempo dejaba que la creyeran una muchacha sin aspiraciones y conforme con cuanto dispusieran para ella. Vestida con ricas sedas y colores que acentuaban su juventud, cuando en su interior era tan fuerte como el brezo al viento. Tomó su cintura y la llevó a su regazo. Besó sus labios dominado por la pasión y la lujuria; comprendió a Amandine, no estaba enamorado de ella, al menos eso creía. No lo suficiente para anular su compromiso con la prima del rey y deshonrar a su clan y su familia. Amandine había intuido todas aquellas cosas, la duda en su alma y los latidos perdidos en su corazón.

Abrazó su pequeña figura, y ella rodeó con los brazos su cuello, su respiración agitada se quedó en su boca. Amandine tomó aliento, su pecho chocaba con el torso de Broderick.

—Es una despedida, ¿verdad? —susurró contra su mejilla suave.

—No pueden sospechar, Brodie. No deben vernos juntos.

—Si me necesitas, habla con William de Mandeville, sabe cómo avisarme. Ese anciano es el único en quien confío en la corte.

Amandine asintió, tomó la mano que Broderick le ofreció. Ni siquiera lo miró a los ojos cuando echó a andar de vuelta al campamento. Él la siguió a cierta distancia hasta que atravesó las murallas del castillo, a la vista de los guardias. Amandine ni tan siquiera se dio la vuelta para despedirse con la mirada. Era la mujer más valiente que había conocido. Era una tortura quedarse allí y esperar que ella cambiara de idea.

Amandine se giró, lo buscó con la mirada bajo la claridad de la luna. Broderick se alejaba de ella, para siempre. Se había enamorado como una tonta, ella, que hasta hacía unos días pensaba que era incapaz de amar a un hombre. Si no fuera porque anhelaba la venganza con más fuerza de lo que creía, lo hubiera seguido al fin del mundo. No tenía ningún derecho a obligar a Broderick a atarse a ella, tenía una prometida, una familia, un destino como *laird* de los suyos.

La claridad del nuevo amanecer se vio más allá de las montañas, sobre las altas copas de los árboles. Amandine respiró hondo. Broderick había desaparecido en las entrañas del bosque, y en unas horas sería la coronación del rey Ricardo de Inglaterra. El juego había empezado.

Capítulo XIX

Amandine esperaba que en cualquier momento entrara Benoit con sus guardias en sus aposentos y la llevaran con ellos a los calabozos que había bajo una de las torres. Quizá la enviaran a la Torre de Londres, donde encarcelaban a los traidores a la Corona, hasta que sus huesos se fundieran con las paredes de piedra blanca. Porque eso era, una traición a los planes de la reina, del príncipe Juan, a aquello que se había comprometido a guardar silencio.

El día señalado se preparó igual que Anne y Amelie para la coronación del nuevo rey de Inglaterra. No había acudido nadie a aprehenderla, y tenía el alma rota. Aquella mañana, si todo salía bien, sería la última vez que vería a Broderick, a sus hombres, al rey; se marcharían tras ver como la corona se ceñía sobre la cabeza de Ricardo I, rey de Inglaterra.

Nunca pensó que el amor aparecía así, en un instante, por culpa de una mirada o un gesto, palabras que cualquier boca podía pronunciar mil veces y no significaban lo mismo, sin embargo, en la de Broderick eran fuego ardiente. Jamás debió conocer a Brodie, tropezarse con él, nunca debió tocar sus manos y sentirse subyugada por el poder que emanaba. Jamás debió perder su corazón por el escocés.

Anne volvió a elegir para ella el color azul, toda la familia iría del mismo color, en varios tonos, como había ordenado Leonor. Con vestidos de mangas largas que debían atar para poder caminar, así las telas daban una sensación etérea al permanecer quietas. Otro truco de Leonor para impactar a quienes los observaban. Largas trenzas hasta la cintura, todas a la moda de la corte, que había traído Leonor de Aquitania para parecer inalcanzables.

Hasta la hermana Amelie hubo de vestirse igual para que, según Leonor, los escritores de juglarías las describieran un día así, las

damas de Aquitania, las doncellas de Leonor.

Salieron en orden y montaron en el carruaje que las llevaría a la catedral de Westminster, en silencio; las miradas reprobadoras de Anne y de curiosidad de Amelie incomodaron a Amandine.

—Fue una locura, Amandine. Si la reina descubre que le has contado sus planes a ese hombre, te encarcelarán.

Amandine comprendió que, si no habían hablado antes, había sido por temor a que tras las paredes de palacio las escuchasen.

—Es injusto, Anne, y lo sabes. Que me castigue, no permitiré que maten a Broderick por sus artimañas de reyes.

—Estás enamorada de él —afirmó Amelie.

—No es cierto, veo en él a un hombre de honor y lealtad a los suyos, tan solo eso.

—No mientas, Amandine, a nosotras no, por favor —susurró Anne —. Te brillan los ojos, no has podido apartarte de él en estas semanas, lo has besado cuando Benoit suspira por ti tras todos los muros de palacio. Os vi en el bosque, apoyados en aquel árbol el día que paseábamos, vuestros ojos ardían de pasión.

—Eres tan exagerada, Anne… —susurró Amandine.

Anne esbozó una carcajada, habían compartido los días y ya nada podía ocultar a aquellas dos mujeres. Sus miradas tristes se unieron por un instante.

—Vete con él, Amandine. No me mires así. Sé que saliste anoche, lo has prevenido de los planes de Leonor. Has arriesgado tu vida por Broderick Campbell.

—No puedo, Amelie. Vine aquí para descubrir quién es mi familia, mi padre, por qué la reina se ha tomado tantas molestias conmigo. ¿Lo sabes tú?

El traqueteo del carruaje se intensificó, estaban sobre las calles empedradas de Londres.

—Leonor me hizo jurar que no te diría nada —contestó Anne en lugar de la monja.

—Entonces, no me iré con él, tengo que saberlo; he crecido oculta en una taberna, sin familia, y todo por las maquinaciones de los reyes. No sé quién soy, Anne. ¿Qué me espera si me voy con Broderick? Tiene una prometida, su familia me detestaría por

convertirme en su amante, y luego, ¿qué sería de mí? ¿Volver a Tours? Tengo miedo de que no sienta lo mismo por mí y todo sea un capricho.

—Pues espero, Amandine, que su amor sea verdadero, que no te arrepientas al haberte expuesto por él. No soy quién para decirte qué debes hacer, él no volverá nunca, no habrá más oportunidades. Si te quedas, acepta tu destino.

El silencio quedaba roto por los gritos de la gente, delante de ellas iba el carruaje de Ricardo y Leonor, quienes eran ovacionados por todo Londres. No siempre podían contemplar una coronación. Leonor había dispuesto celebraciones y juegos para después con el fin de asegurarse la fidelidad del pueblo. Descendieron a la sombra del magnífico edificio y vieron como Ricardo, el nuevo rey de Inglaterra, entraba; detrás de él, Leonor, guardando las espaldas de su hijo; al lado de esta, el príncipe Juan, vestido, como siempre, con ropas negras, el único que rompía las normas de la reina y vestía de un color que no era el azul. Benoit iba con ellos, con su uniforme de gala. A pesar de que había dispuesto para ellas un guardia, miró en su dirección para asegurarse de que los seguían.

Un pasillo de nobles aguardaba a la comitiva; una vez que ellas entrasen, las damas de la reina, los seguirían al interior oscuro.

Caminaba despacio el largo trecho hacia la entrada, rodeada de guardias, junto a Anne y Amelie; entonces lo vio junto a su rey escocés y el corazón le latió con fuerza. Broderick y ella se miraron, había tristeza en aquellos ojos color del océano, él se giró hacia Angus, su amigo, y desapareció un instante.

Broderick había estado en alerta desde la noche anterior, asumió la ardua tarea de hacer comprender a su rey que debían marcharse de Londres antes de que los capturaran, convencerlo de la traición del príncipe Juan, que los entregaría tras usarlos como asesinos de su hermano Ricardo. William se convenció, no sin antes desconfiar de las palabras de Broderick e insistir en que debía contarle cómo se había enterado. Broderick se mantuvo firme, no quería que más personas supieran que había sido Amandine, en una infinita muestra del gran corazón que tenía. Lo había hecho por él, se decía, casi para convencerse de que le importaba a esa valiente mujer. No

podía irse sin estar con ella de nuevo, cumpliría su deber, el que exigía su familia, y después partiría.

Se deslizó entre los nobles y sus familias, y en el momento que Amandine pasó cerca de él, le cogió la mano. Sintió el frío en sus dedos, las cicatrices del trabajo de años en ellas, todo lo que la había convertido en lo que era. Tiró de ella ante su primera mirada de miedo; al reconocerlo entre todos aquellos rostros extraños, sonrió y se dejó llevar entre la gente que los rodeaba.

Anne lo vio y suspiró, ocupó su lugar enseguida. Convencida de que los guardias no se darían cuenta hasta que estuvieran dentro, siguió su camino hacia el interior. Benoit no sería tan fácil de engañar, pero estaría demasiado ocupado con la reina.

Broderick hizo que se deslizaran entre cuerpos y ricas vestiduras hasta encontrarse en un extremo de Westminster, donde los caballos pacían y los carruajes se amontonaban unos tras otros. Un muchacho guardaba su montura, le tiró una moneda al aire y el niño, aún desdentado, sonrió al ofrecerle las riendas.

Casi se le cortó el aliento cuando miró su capa y su vestido con admiración, evaluó si era posible que ella montara y sonrió. Amandine nunca lo había visto sonreír así, taimado, pícaro, travieso, hasta casi parecía que sus ojos lo acompañaban.

—¿Dónde crees que vamos, Broderick?

—En cuanto las campanas suenen, mis hombres y yo partiremos en secreto, es probable que jamás vuelva a verte, Amandine. No pienso asistir a una coronación cuando puedo pasar contigo unos últimos momentos.

Amandine retrocedió un paso. Él tenía razón, ¿qué podía importar si pasaban las siguientes horas lejos de todos? Nadie notaría su ausencia. Broderick se iba, no volvería a verlo, y su corazón se quebró un poco, al borde del desastre. No debía montar en ese caballo, tal vez luego no fuera capaz de tener el valor suficiente para dejarlo marchar. No. Broderick volvería a su hogar, se casaría con su prometida, sería feliz con su clan, su familia, su responsabilidad, su honor.

—Vamos, escocés —contestó alegre, olvidadas las horas pendiente de ser encarcelada. Se cogió las faldas y dejó que la subiera a su

caballo, delante de él.

Una vez que todos se dieran cuenta de que los escoceses se habían marchado, Leonor estaría segura de que los había traicionado; tal vez entonces descubriera hasta qué punto era importante para la reina.

Se refugió en los brazos de Broderick y escuchó la carcajada de él antes de azuzar su montura con los talones. Gritó al sentirse impulsada contra el torso del escocés e iniciar el galope. Se alejaron del bullicio, de las estrechas calles y de la coronación. Hubiera podido quedarse así para siempre, entre los brazos de Broderick, sentir su cuerpo junto al suyo, el aliento de su boca en su cuello mientras sus cuerpos chocaban entre sí al compás de la carrera del caballo. Se sintió libre, como si pudiera ser verdad que ambos podían estar juntos.

—¿Dónde me llevas? —Broderick se inclinó, al parecer, no la había oído. Comenzaba a llover con fuerza, y Amandine pensó que ni siquiera él lo sabía. Había sido un acto improvisado, como cuando a ella el corazón le había dejado de latir al verlo—. ¿Dónde me llevas, Broderick? —repitió.

Esta vez asintió y redujo el galope, estaban cerca del castillo. Hizo que se girara hacia él y esbozó una sonrisa triste.

—Ven conmigo a mi campamento. Hemos dejado las tiendas para que los ingleses no sospechen. Nos refugiaremos de la lluvia.

Amandine reconoció el ronroneo de su voz, el mismo que había hecho él cada vez que la había besado. Llovía más fuerte, el cielo ennegrecido sobre ellos rugió con fiereza. Broderick no suplicaba que fuera con él, rogaba porque ella dijera que sí. Amandine se preguntó si sería capaz de entregarse a él y no volver a verlo.

Asintió, incapaz de ver a aquel fiero guerrero mirarla con esperanza. «Demonio» lo llamaban en la corte, y ella no veía más que a un hombre taciturno y serio, de modales bruscos y a la vez tan tierno con ella.

Broderick espoleó su montura para que no se arrepintiera. Llegaron al campamento vacío, tan lleno de vida hacia unas horas; en ese momento, apenas había unos escoceses para aparentar que seguían allí.

—Nuestros hombres esperan al otro lado del bosque —explicó mientras desmontaba.

Tomó su cintura y ayudó a que se estabilizara en el suelo. Amandine levantó el rostro, sus cuerpos tan juntos que no podía respirar sin sentir a Broderick rozarle el pecho.

Verde y gris, colores de Escocia en sus ojos, se miraron con atención, buscando en el otro dudas o rechazo. Broderick no las encontró al besar sus labios, atrapar su cintura entre la capa y el vestido. Tuvo que mirar su cuerpo, envuelto en aquel hermoso vestido, sus formas sin ocultar, su trenza cayendo sobre los senos. Aquella mujer le quitaba el aliento de una forma que nunca creyó posible. Acarició su rostro ante su atenta mirada, descendió la mano por la línea del cuello hasta posarla atrevida sobre su seno. Sintió el cambio en la respiración de ella, el latir apresurado de su corazón.

No pensaba abandonar a Amandine, su sonrisa le trajo la solución: dejaría a su rey en la frontera de Inglaterra con Escocia, ya a salvo, Angus se ocuparía de conducirlo a Edimburgo. Y después volvería a por ella. No le importaba su prometida impuesta por el rey, su familia adoraría a Amandine con el tiempo y tendrían que aceptar su decisión una vez casados. No la llevaría como si fuera una mujer cualquiera a sus tierras, hablaría con su padre, lucharía contra su rey si hacía falta, allanaría cualquier obstáculo que se presentara hasta que se quedara con él en Escocia.

Amandine se dejó llevar al interior de la tienda, enrojecida la piel del rostro por los besos, con el pensamiento de que, si entraba en ella, perdería la inocencia. Amaba a Broderick desde el día que chocó con su cuerpo y él la atrajo hacia sí. Sintió un escalofrío en el pecho que se repetía cada vez que lo veía. El destino los había unido cuando Amandine más necesitaba a alguien en quien confiar. Su corazón le decía que jamás amaría a alguien igual.

—Broderick —soltó de golpe. El miedo al ver los tartanes sobre el suelo, la forma en que él había preparado aquel encuentro.

—Amandine, dejaré a mi rey en lugar seguro y vendré para llevarte conmigo. ¿Estarás preparada entonces? Dime que sí, por favor.

—Te lo dije, no puedo. Hice una promesa a la reina, a mí misma, tengo que descubrir por qué mató a mi madre, por qué me ha cuidado estos años.

—¿Llamas cuidarte a vivir en una taberna? Ven conmigo ahora, Amandine, no tienes ni que regresar a la coronación, te dejaré con mis hombres y partirás con nosotros.

—Dame tiempo, Broderick, hablaré con ella, enfrentaré a la reina, y cuando vuelvas a por mí, estaré preparada.

—Es peligroso, Amandine, cuando descubra el engaño, te castigará.

—Si soy quien creo, no me ocurrirá nada.

En ese momento temió que él preguntara quién creía que era su padre. Lo vio negar con la cabeza, indeciso, de esa manera no se iría sin ella. Decidió en un instante que sería suya, confiaba en él, sabía que volvería a por ella si se lo pedía.

Inspiró hondo, Broderick nunca comprendería qué era crecer sin saber quiénes eran tu padre y tu madre, sin tener una familia. Miró su rostro, la cicatriz de su mejilla hasta el cuello, acarició la línea que formaba con suavidad. Hundió sus dedos en el nacimiento del pelo, tan desordenado como siempre, e hizo que el gigante escocés agachara el rostro. Besó sus labios, dejó que explorara su boca casi de una forma salvaje, intentaba convencerle de que se iría con él. Respiró hondo, con un gemido ahogado por aquella lengua que adoraba sentir en su boca, frotó su pecho cubierto por la delgada tela del vestido contra el torso de Broderick. Deseaba que él volviera a tocar su cuerpo, sentir la caricia de sus manos de guerrero sobre ella. Se separó un instante, la frente contra el mentón de él, e hizo que la capa cayera tras ella. Los ojos de Broderick brillaron al contemplar el escote de su vestido y Amandine cruzó las manos sobre sus hombros. Hizo que el vestido se deslizara hasta su cintura, avergonzada de la forma impúdica en que lo estaba tentando. La piel le quemaba, si su escocés no la tocaba, ardería en el infierno.

Se mostró ante él, erguida en su media desnudez, y con descaro se movió para dejar caer el resto de su vestido. Unió su torso desnudo a él y, con un atrevimiento que no creía que tenía, llevó las manos de él a su pecho. Enseguida, Broderick se envaró, le apretó

los senos con deseo, acarició su piel suave sin dejar de mirarla a los ojos. Su rostro descendió hasta apartar sus propios dedos y besar sus pechos con reverencia. Amandine vio su pelo perdido en su torso y la sensualidad de su inexperiencia la llevó a quitarle el broche que sujetaba su tartán. Lo arrojó al suelo de la tienda, metió las manos en su camisa para sentir cada músculo que se insinuaba en su espalda. Sintió las bandas en su estómago, su cuerpo de guerrero curtido de cicatrices, y sus dedos enloquecieron al tacto fibroso de aquel hombre. Broderick se apartó, la llevó en volandas hacia las mantas y con cuidado la tumbó sobre ellas.

Un instante de duda al tenerla bajo él, desnuda, cruzó su rostro. Amandine no dejó que pensara en las consecuencias, lo atrajo contra ella; en su desnudez, el miembro de él se rozó contra la humedad que sentía entre las piernas. Ese simple roce hizo que Broderick atacara sus labios con fiereza, deslizó la mano entre sus cuerpos y sintió que estaba preparada para su entrada. Sujetó su miembro e hizo, con una caricia en el centro de su placer, que se abriera para él. Se movió con cautela, pendiente de sus reacciones, los pezones erizados, la piel caliente, los besos anhelantes, y penetró su pequeño cuerpo con suavidad. Retiró su beso, enfrentó con la mirada a aquella mujer que lo derretía por dentro. Era inocente. No había estado nunca con un hombre. No lo había sospechado siquiera, dio por hecho que a una moza de taberna le sucedían cosas… Intentó salir de su cuerpo que lo embrujaba y hacía perder la razón. Aquella no era la manera, ni el lugar, de romper la inocencia de su futura esposa.

—Broderick, no me dejes.

Aquella súplica susurrada contra su oído, su acento delicado, hizo que su mente dejara de funcionar. Penetró en ella, mientras sus dedos acariciaban el botón que ofrecía placer a Amandine. Rompió la barrera, endurecida por la excitación, y esperó a sentir que ella volvía a relajarse.

—Lo siento, mi amor; a partir de ahora, te prometo que solo sentirás placer.

Amandine sonrió, Broderick era un bruto cuando quería, pero en aquel momento hizo que se sintiera querida, con tanta ternura como

nadie le había ofrecido en su vida. Se iría con él a su vuelta sin dudar. Se hundió en su cuello al sentir como su cuerpo se contraía una embestida tras otra, con la duda de cómo podía ser que alguien tan grande y poderoso pudiera poseer así su cuerpo y su alma.

Broderick tenía razón, exploró su cuerpo más allá de lo físico, entró en su alma y su corazón, elevó su ser al placer, al mismo tiempo que asolaba su piel de besos y caricias. Alcanzó la cima junto a él, un lugar al que Amandine se juró volver con él y solo con él. Nada que hubiera en Inglaterra podía hacer que se separaran. Ni siquiera conocer al fin quién era ella.

Capítulo XX

Broderick acompañó a Amandine hasta sus aposentos, se respiraba una paz intranquila en Windsor. Todos estaban aún en la coronación, o bien de vuelta, y él se reuniría con sus hombres y su rey en una hora al otro lado del bosque. Partirían enseguida y tendrían que cabalgar toda la noche para alejarse el máximo posible de allí.

Amandine sentía no haber podido ver cómo lord William de Mandeville portaba la corona de Ricardo por Westminster, apreciaba al anciano y su sincero agradecimiento hacia ella; tal vez tuviera que recurrir a él cuando todos supieran que los escoceses habían huido y frustrado los planes de unos y otros.

Llegaron ante las puertas de madera que abrían paso a sus aposentos y Amandine se apoyó en las frías piedras.

—No quiero despedirme, Broderick, no me gustan los adioses.

A su espalda, él enlazó su cintura por detrás y le besó el pelo.

—Solo serán unos días, en cuanto el rey esté a salvo, volveré a por ti, Amandine.

Tantas cosas podían salir mal…, la reina podía encerrarla, el destierro sería un alivio para ella. Había elegido salvar a Broderick y no se lamentaba de su decisión.

—Te esperaré, pero si cambias de idea…, no te juzgaré, Broderick. Lo que ha pasado entre nosotros ha sido maravilloso, y, sin embargo, entiendo que no eres libre para amarme.

Hizo que se girara para mirarlo.

—Nunca vuelvas a decir eso, te convertiré en mi esposa.

No quería llorar; tal vez, cuando Broderick se alejara de ella, recobraría la cordura, que una muchacha de taberna fuera la mujer de un noble *laird* escocés era algo imposible.

Besó de forma leve sus labios, no quería alargar aquel momento doloroso, porque dentro de ella surgía la certeza de que nunca volvería a verlo.

—Ve, tus hombres esperan.

Broderick hizo acopio de valor, sus manos se separaron poco a poco, rozando los dedos hasta el final, y se marchó. Desapareció por el corredor iluminado por los tibios rayos de luz del exterior hasta que Amandine dejó de verlo.

Entró en los aposentos y cayó sobre el mullido lecho. Ahora solo tenía que esperar que todos volvieran, que alguien descubriera que los escoceses no estaban y que no tardaran en deducir que ella los había prevenido.

Anne tardó una hora más en aparecer, seguida de Amelie. Estaba alterada cuando entró de golpe, la puerta estuvo a punto de dar a Amelie.

—Muchacha tonta, ¡por todos los cielos! Pensé que te habías marchado con Broderick Campbell. ¿En qué pensabas cuando desapareciste de la coronación?

Empezó a pasear de un lado a otro, sin dejar de mover las manos. A Amelie solo le bastó mirar a Amandine sentada en la cama para acercarse y tomar con su mano helada la suya.

—¡Oh, niña! Tienes el rostro de alguien a quien han roto el corazón. ¿Has estado con él?

—¡No! —gritó Anne sin dejar de mirar a Amandine—. Dime que no has sido tan ingenua y estúpida como para entregarte a un salvaje escocés. ¡Se han marchado! ¡Te ha tomado para después abandonarte! ¿Y si la reina manda ahorcarte? ¡Notó que no estabas con nosotras mientras coronaban a Ricardo!

—Supongo que creéis que soy una estúpida —interrumpió Amandine—. Dime, Anne, ¿cuántas oportunidades tendré de compartir mi lecho con un hombre al que amo? Ninguna, como tú o Amelie; ella no nos dejará tener una vida nunca, ¿me equivoco? Lo primero es la familia, sus hijos, alzarlos con el poder y toda la codicia que sean capaces de imaginar. Debemos obedecer, callar y servir a la reina Leonor con nuestras vidas.

Anne se quedó perpleja ante aquel estallido de sinceridad de Amandine.

—¡Tonta! ¡Mil veces tonta!

—¡Calla! —respondió Amandine—. Debería haberme marchado con los escoceses. Venid conmigo, Broderick volverá a por mí en cuanto lleve lejos a su rey.

—¿Qué dices, Amandine? —Amelie suspiró hondo—. No volverá a la corte, Broderick está prometido a una princesa escocesa.

—Volverá.

—Solo espero que no te haya dejado embarazada —soltó Anne con rabia—. Y que la reina no nos cuelgue a las tres.

Capítulo XXI

Amandine fue llamada ante la reina antes de la cena, demasiado pronto para que hubieran descubierto que los escoceses habían huido. Broderick estaría ya a horas a caballo de Londres. Anne especuló con que se trataba de su ausencia en la coronación. Estaba decidida a saber quién era su padre, a increpar a la reina por la muerte de su madre, a acabar con aquella farsa. No quería vivir en esa corte, ni ser la esclava de los deseos de la reina. No iba a rendirse, como Anne, a casarse con un anciano noble para acrecentar la fortuna de Ricardo y Leonor.

Caminó guiada por Benoit, en un extraño silencio entre ambos; aún recordaba cuando podía hablar con él y sus tranquilas conversaciones. Nerviosa, en más de una ocasión alisó las faldas de su vestido. Anne le aconsejó vestir del color favorito de Leonor, el mostaza; aún no controlaba aquellas largas mangas, el cinturón parecía no querer nunca ceñirse en su sitio. Se notaba extraña; apenas unas horas antes, ella y Broderick habían compartido el momento más feliz de su vida, y ahora solo intentaba disimular el latir apresurado de su corazón al pensar en él y el rubor de sus mejillas. La preocupación por Broderick y sus hombres se reflejaba en el temblor de sus manos. ¿Habrían llegado cerca de la frontera? Debería haberle preguntado cuánto tardarían, qué camino seguirían, si su rey estaba enfadado con él. Unos días, tan solo unos días y volverían a verse.

—Tuviste que hacerlo, ¿verdad? Correr a sus brazos.

Amandine se sobresaltó, Benoit a su lado al fin hablaba, ya cerca de las puertas de los aposentos de la reina. Los dos soldados apostados en los corredores hicieron como si no escucharan a su capitán.

—Benoit, ¿se lo has contado a la reina Leonor?

—No ha hecho falta, Juan ya se ha ocupado de mostrar su ira al saber que Leonor conocía sus planes. Los escoceses eran un grupo grande y su rey marchó justo después de la coronación, faltó al respeto a Ricardo.

Demasiado pronto, pensó Amandine, ¿estarían persiguiéndolos en ese instante? Broderick y sus hombres eran diestros en el arte de la guerra, tenía que confiar en que Juan no fuera tras ellos si no quería provocar una guerra entre ambos países.

—¡Tú, tabernera!

Levantó la cabeza; tan inmersa en sus pensamientos, no había visto quién se acercaba a ellos. Juan, el príncipe de negro, y sus hombres se detuvieron cortándoles el paso a Benoit y a ella. Por instinto, se refugió detrás del capitán.

—Príncipe, la reina nos espera —dijo Benoit en tono no tan autoritario como Amandine esperaba.

Intentó esquivar su presencia por uno de los lados y uno de los secuaces de Juan le impidió el paso.

—Quiero hablar con la chica —volvió a increparlos Juan—. Los soldados de guardia la vieron salir del campamento de los escoceses. Han huido, y mucho me temo que ella ha cometido traición.

Amandine empezó a temblar, aquel hombre le provocaba pavor, había conocido en la taberna a hombres buenos y malos, pero la maldad de Juan traspasaba su piel y se extendía a su alrededor con su sola presencia. Su mirada estaba teñida de las más depravadas crueldades que un ser humano podía cometer.

—No sé nada de los escoceses —dijo Amandine.

Se rieron ante su voz llena de acento francés y Juan dio un paso hacia delante.

—No sé cómo, pero tú y esa perra de Anne sabíais de mis planes, corristeis a contárselos a mi madre. Os vi entrar en sus aposentos y salir horas más tarde.

Amandine retrocedió, su espalda se pegó contra las frías piedras del muro. Miró hacia atrás y descubrió que dos hombres de Juan estaban tras ellos. Los guardias del corredor habían desaparecido. Era una encerrona, alguien las había seguido a Anne y a ella, o la

misma reina se lo había confesado a su hijo para impedir que matara a Ricardo.

—Dejadnos pasar, la reina nos espera —volvió a exigir Benoit con la mano en la empuñadura de la espada.

—Voy a llevarme a la chica, a interrogarla; mi madre puede esperar, sin duda.

Amandine sintió la opresión del miedo en la garganta cuando el príncipe, con una autoridad mayor de la que Benoit tenía, lo hizo apartarse. Quedó cara a cara con Juan. Intentó resistirse cuando él ordenó a uno de sus amigos que la cogiera. Eran cuatro hombres con sonrisas ladinas que obedecerían a Juan sin dudar.

—Intentad que calle, traedla al salón.

Asustada, se negó a caminar, otro hombre la cogió de la cintura y la arrastró hasta que cayó al suelo. Entonces sintió como el príncipe, cansado de su reticencia, enrolló en su puño toda la trenza. Casi en volandas, sintió el dolor del pelo desgarrándose de su nacimiento.

Pasaron junto a Benoit y le suplicó con la mirada. El capitán estaba quieto, no decía nada, sus ojos estaban indecisos.

Dejó de verlo cuando la arrojaron tras las puertas del salón del rey. Intentó correr al otro extremo cuando comprobó que todas las puertas estaban cerradas y no había nadie en la enorme sala. Allí había visto a Juan el primer día de su llegada a la corte, entonces debió bajar los ojos y no volver a encontrarse con él.

Intentó volver por la puerta donde la habían arrojado y uno de los hombres de Juan la volvió a empujar dentro de aquella sala.

—¡Benoit! —gritó desesperada al sentirse atrapada por ellos.

No podía creer que él estuviera allí de pie, observando cómo la arrojaban contra el suelo una y otra vez. Su rostro estaba tenso, sus ojos negros la atravesaban con la mirada, sin hacer nada por ella.

—El eunuco de mi madre no te defenderá, no se atreverá a sacar la espada contra su príncipe. Siempre rodeado de las damas de la reina, siempre obediente, siempre manejado por mi madre. ¡Agarradlo! No quiero intromisiones. Luego te dejaremos probar a la chica —prometió Juan.

Dos de los amigos del príncipe lo cogieron por los brazos cuando Benoit hizo un tímido intento de rebelarse. Uno de ellos le quitó la

espada y la arrojó lejos.

Amandine se arrastró por el suelo para alejarse de Juan y este volvió a agarrarle la trenza. Gritó de dolor ante la fuerza cuando el otro hombre le retorció el brazo. Quedó expuesta en el suelo ante Juan. El príncipe sonrió con los ojos brillantes, sus labios se ensancharon de satisfacción al ver como estaba ya indefensa ante él. Juan tiró del escote de su vestido y con la daga lo desgarró hasta el vientre. Amandine quedó desnuda ante ellos, había roto la tela del vestido y su camisola, sintió el frío de la sala en sus pechos e intentó taparse. Miró hacia un lado y vio entre las columnas a Hadid, el pequeño esclavo de piel de ébano; su rostro lleno de lágrimas se contrajo de espanto al dibujar con los labios dos palabras, que Amandine entendió: «Aguanta, princesa», para después desaparecer. Juan entonces la abofeteó con fuerza.

—Te haré pagar caro tu atrevimiento, tabernera, nadie me traiciona. Ricardo seguirá vivo por mi madre, pero su damita francesa debe ser castigada.

Amandine gritó con todas sus fuerzas cuando Juan se abrió el pantalón. Iban a violar su cuerpo cada uno de ellos como había prometido el príncipe. Por un instante, miró a Benoit, quieto entre los dos hombres que lo sujetaban. No miraba, tenía la vista puesta en los muros, iba a permitir aquel salvaje acto. Juan le levantó las faldas y se inclinó sobre ella, Amandine retorció el cuerpo hasta que vio como Juan se excitaba contra su ingle al ver sus senos agitarse. Volvió a gritar ajena a su propia voz. Tendría que haberse ido aquella mañana, desaparecer, comprendió que solo era una pequeña pieza del juego de los reyes en la corte. Sintió el calor de esas manos en forma de garras que tomaron sus pechos, tan distintas de las de Broderick.

Se resistió con sus últimas fuerzas y uno de los hombres de Juan la golpeó con el pie en la cabeza. Por un momento todo se volvió negro, no podía permitir que la dejaran inconsciente, estaría indefensa cuando uno tras otro la violaran; se preguntó con horror si Benoit sería otro más. Por alguna razón, aquello hizo que quisiera vomitar aquella dolorosa traición. Ella lo hubiera defendido con su vida.

—¡Haced que deje de gritar! —ordenó Juan.

Sintió sus dedos clavarse en sus pechos mientras le levantaba la falda y se preguntó si no sería mejor que la siguieran golpeando hasta matarla. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas cuando sintió la carne del príncipe contra ella.

—¡En nombre del cielo y del rey! ¿Qué crees que haces, Juan?

Las manos del príncipe se aflojaron, su peso sobre ella se alivió cuando escuchó la voz conocida de un hombre.

—Lord William, esto no es asunto vuestro. ¡Marchaos! —gritó Juan encolerizado.

Amandine tenía los ojos cerrados, no quería seguir sintiendo el fétido aliento sobre ella. Uno de los golpes había aturdido su mente, aun así, hizo un último intento para huir.

—No me iré, esta muchacha está bajo mi protección y la del rey Ricardo. No te atrevas a cometer tal acto depravado, Juan, ante el trono de tu hermano. Soy la ley y la justicia de este país y no pienses que no caeré sobre ti con dureza por mucho que seas un príncipe.

Juan soltó su agarre sobre ella, que escapó; con sus últimas fuerzas, rodó por el estrecho hueco entre el cuerpo de Juan y el suelo. Casi desnuda, gateó lejos de ese ser inmundo y sus secuaces. Miró con desesperación a lord William. Iba acompañado de dos soldados que tenían las espadas desenvainadas. Los dos nobles que sujetaban a Benoit lo soltaron y este al fin encontró el valor de recuperar su espada. Juan se echó hacia atrás, limpió los restos de su boca, que se había rozado contra los labios de Amandine.

—Lord William, es vuestra —rio Juan, como si no hubiera estado a punto de cometer una atrocidad.

Amandine intentó levantarse la camisa y ocultar sus pechos; a una señal de lord William, corrió hacia él. El anciano acogió su cuerpo tembloroso con el brazo. Tras sus piernas estaba Hadid, el pequeño la había salvado al avisar a Mandeville. «¡Vete!», le susurró Amandine.

—La reina sabrá de esto, Juan. Puede que ella os perdone, pero no Ricardo —gritó lord William furioso.

La amenaza se elevó en el silencio de la sala del trono y Amandine vio como Benoit acudía junto a lord William y sus hombres. Se acercó a ella para sujetar su cuerpo desfallecido y esta retrocedió por instinto ante el capitán. Lord William le agarró por la cintura en el último momento, cuando sintió que Amandine se desmayaba sin remedio

Capítulo XXII

Jean Luc se apartó de la mesa, sintió con satisfacción el estómago lleno. Cordero con salsa de arándanos, vino de Burdeos, sopa de pescado, tartas… En la casa de los Farsone no faltaba de nada. Yvette le tomó la mano por debajo de la mesa y le dedicó una bonita sonrisa.

Desde que vivía en el entresuelo de aquella casa de París, su vida había cambiado mucho. Sin más obligación que levantarse por la mañana, comer los deliciosos bollos recién hechos de la cocinera y estudiar sin descanso, había prosperado. Sin el gasto que suponía el alquiler de la habitación de la residencia, todo lo que sus padres le enviaban desde Tours lo gastaba en ropas más lustrosas, incluso Yvette le regaló un abrigo cortado a medida, del más fino paño con que comerciaba su padre. Los otros muchachos de la Sorbona lo miraban con otros ojos, e incluso lo invitaban a tomar vino en las tabernas junto al Sena o la plaza de Vosges. Sus notas eran las mejores, sus influencias habían crecido, el amigo del padre de Yvette servía como consejero del mismo rey de Francia y recibían invitados nobles todas las semanas. Comenzó de una forma casual, propiciado por Yvette, a asesorar a los mayores comerciantes de París. Jean Luc se había convertido en un hombre afortunado que, al no ser noble, podía tratar con los comerciantes, y al ser un hombre formado, las grandes familias francesas lo necesitaban.

—¿Qué piensas, Jean Luc?

Yvette lucía hermosa, también había sufrido una transformación, vestía lujosas ropas, cuidaba su rostro y su pelo brillaba a la luz de los candelabros. Sus ojos lo miraban con adoración, como si hubiera prendido en él una luz y disfrutara haciendo que cada vez refulgiera más. Sin embargo, Jean Luc sabía que no sentía amor por ella, tal vez cariño, surgido de todo lo que ella le ofrecía.

—Pienso en todo lo que puede cambiar una vida en apenas unos meses.

Yvette frunció el ceño, sabía que a veces, cuando miraba a Jean Luc, él tenía sus pensamientos en otra parte. Era paciente, esperaría por él, no era el primer corazón que se rompía y después se unía pedazo a pedazo con el amor de cada día.

El padre de Yvette los observaba con atención y Jean Luc asintió con la cabeza. Habían tenido una conversación hacía apenas una hora, en la cual el padre de Yvette estaba preocupado porque viviera con ellos, la buena sociedad de París podría pensar que no era adecuado vivir en la misma casa que una muchacha soltera. Jean Luc lo comprendió, incluso antes de que el padre de Yvette lo instara a pedir la mano de su hija en matrimonio. Estaba dando mucho, y no quería que un buen día desapareciera con alguno de aquellos protectores, dejando a su única hija en ridículo. Por fortuna, entendía que Jean Luc nunca se dedicaría a engrandecer su negocio de lanas y telas, para eso tenía un sobrino anodino al que formaba con tesón. Quería las nuevas influencias de Jean Luc, su vista para saber llevar a los grandes señores y sus fortunas. Según le dijo, tenía grandes esperanzas puestas en el futuro de su hija, en lo más alto de la sociedad, adulada por su belleza y modales. Los Farsone habían ascendido en la escala social al igual que él, beneficiándose unos de otros.

Agradecido, Jean Luc tomó la mano de Yvette y la besó con devoción.

Amaba a Amandine, siempre lo haría, en lo más oscuro de su alma, donde anidaba el amor junto al odio que había crecido contra ella al abandonarlo en la plaza de Tours. Tenía que seguir con su vida, olvidar a Amandine y prosperar. Si no podía tener el amor, tendría todo cuanto un hombre pudiera comprar.

Se decidió al fin. No podía posponerlo más. Se levantó, llevó con su mano la de Yvette al levantarse. Con la otra levantó su copa y miró al padre de Yvette.

—Señor Farsone, me gustaría, ante nuestros más ilustres invitados, pediros la mano de vuestra hija en matrimonio. No puedo, no quiero, no sé ya vivir sin ella.

Sintió como perdía un pedazo de aquel muchacho que se escondía en una de las islas del Loira para enseñar a leer a una dulce niña. Su única amiga y amor por el resto de su vida.

—Muchacho, ya eres como un hijo para mí.

Jean Luc tomó con suavidad el rostro de Yvette y la besó con mesura, como debía hacer. Sus invitados celebraron, rieron y bebieron. Yvette resplandecía a su lado, tan alegre que no soportaba mirar su felicidad. No era tonto, supo desde el instante en que ella fue a buscarlo a la pobre residencia de estudiantes que lo metía en una trampa. Consintió y se aprovechó de ello, y ahora tenía que pagar el precio por todo lo que siempre deseó. Pensó en sus padres, que serían muy dichosos, al fin lo verían casado con la familia Farsone. Todos lo serían, excepto él.

Aquella noche se acostó con el pensamiento de Amandine entre sus brazos, con su sonrisa alegre y curiosa. Sus ojos grises brillantes. En un último arrepentimiento por cómo se despidieron, le deseó que fuera feliz, para después dejar salir el rencor de su mente y desear que ojalá fuera desgraciada en la corte inglesa. Al menos, tanto como él, casado con alguien a quien no amaba.

Capítulo XXIII

El ruido del libro al caer de las manos de Anne hizo que Amandine gritara. Con una disculpa, su amiga lo recogió del suelo y fue a leer junto a la ventana de sus aposentos. Nunca se separaba de ella, ni por la noche.

Amandine volvió a tumbarse sobre el lecho. Se sobresaltaba si el aire agitaba las cortinas, le parecía que había alguien tras ellas, al acecho. Un ruido fuerte, que alguien golpeara con los nudillos la puerta. Hasta el roce de las sábanas le resultaba insoportable, le recordaba a aquellas manos sobre la piel. Anne había intentado calmar sus pesadillas con un abrazo y gritó tanto que el guardia de su puerta entró en mitad de la noche, con lo cual gritó aún más.

Se había convertido en un ser débil y asustadizo, toda la fuerza había abandonado su ser. No quedaba nada de su risa ni de sus sueños, ni siquiera la venganza hacia aquella familia de reyes inspiraba ya su vida.

Amelie entró por la puerta que comunicaba con sus aposentos provocando todo el ruido que pudo. Sabía que, si entraba con sigilo, Amandine se sobresaltaba sin remedio.

—Tienes mejor aspecto, Amandine.

—Al menos ya no duele —contestó sin levantarse de la cama.

Anne suspiró tan profundo que se oyó en toda la habitación. Cerró el libro con fuerza ante los ojos desorbitados de Amandine, lo soltó sobre una silla y cogió el espejo pequeño del tocador.

—No, Anne, no quiero mirarme. —Ni siquiera la vista nublada de aquel trozo de cristal podía reconfortar la pena que sentía.

—Amandine, no dejaré que sigas así, llevas en esa cama casi dos semanas. Son golpes, solo golpes; por fortuna, lord William impidió que te violaran.

Amandine apartó el espejo, cayó sobre las sábanas.

—No son los moratones lo que temo, sino que él entre y cumpla sus amenazas. No ha sido castigado. Está por esos corredores, actuando de forma impune cuando planeó matar a su hermano el rey y violarme. No le importó que fueran a matar a hombres por su crimen, y no temerá hacerme nada.

—No puedes quedarte aquí para siempre, Amandine —replicó la hermana Amelie—. Deberías salir, demostrar que no temes a Juan, no hiciste nada malo a ojos del cielo. Salvaste al hombre del que te has enamorado.

—Voy a escapar —respondió Amandine con rabia—, tengo mi propio dinero. Si no me he ido ya es por Broderick, volverá a buscarme.

—Amandine, aprende a contar, dos semanas a galope. —Anne se puso frente a ella con dos dedos en alto—. Se tarda como mucho dos semanas. Debería haber vuelto ya, no seas tonta, no ha roto su compromiso, no volverá a por ti, le has dado todo cuanto quería a ese escocés salvaje. Puede que incluso estés embarazada de él, ¿quieres que le ocurra lo que te pasó a ti, que un bebé crezca solo o criado en una taberna?

—Anne, no —gimió Amelie.

—Alguien tiene que hacerla espabilar —replicó Anne.

Amandine se quedó paralizada por el temor, que Broderick volviera era lo único que la había mantenido cuerda. Anne tenía razón, tardaba demasiado. ¿Pudiera ser que su familia lo hubiera retenido? ¿Una tormenta de nieve a finales de primavera? Negó con la cabeza, no podía haberla abandonado.

La puerta sonó con fuerza, alguien golpeó con los nudillos y Amandine una vez más se sobresaltó. Anne, que estaba más cerca, abrió.

La voz de Benoit le llegó en un susurro a Amandine, no deseaba verlo, significaba volver a rememorar aquella noche. Anne cerró y miró a ambas desolada.

—La reina te reclama, Amandine, quiere hablar contigo. El príncipe te pedirá perdón ante ella y el rey. Lord William estará presente como tu protector.

—No iré.

—Irás —contestó Anne—. Tienes que enfrentarte a tu miedo, es la única manera de seguir adelante. Te prometo que, si tu escocés no acude, yo misma te ayudaré a escapar de Juan.

—No con Benoit, que venga uno de sus hombres, no iré con él.

Había contado a ambas como Benoit se había mantenido al margen, sin tan siquiera hacer nada por defenderla. Por fortuna, Anne había encontrado a Hadid trotando por los corredores del castillo sin que nadie se hubiera percatado de la ayuda que había prestado a Amandine.

—Saldré a decírselo, pero prepárate, vas a acudir a la llamada de la reina, Amandine. Tendrás que aprender a ser fuerte.

Caminaron las tres juntas, tras los dos guardias que custodiaban sus pasos por el castillo. Nunca le habían parecido a Amandine ni tan cortos ni tan oscuros. Se cruzaron con sirvientes del castillo y nobles que las miraban con lástima a todas. Los rumores se habían extendido, todos conocían partes o creían saber que Juan la había violado, tergiversaban la verdad y disfrutaban mientras cambiaban la realidad. Amandine se detuvo al ver la sala del trono. «Sé fuerte», había dicho Anne, y era lo que pensaba hacer. Vestirse, peinarse, salir de aquellos aposentos le había sentado bien; podía ser dueña de su vida, hacer que fuera suya otra vez.

Juan, el príncipe, estaba allí, de pie, como un acusado frente al rey Ricardo. Leonor, junto a su hijo sentado en el trono. Al menos, no tendría que mirarlo a la cara. Se situó junto a él, donde Anne la dejó para quedarse a sus espaldas. Se preguntó quién había orquestado tal burla y suspiró aliviada al ver que lord William se situó al otro lado. Con una sonrisa nacida del agradecimiento, Amandine lo miró. Sus ojos claros se posaron en ella y con un gesto le indicó que callara.

Se sintió observada por Ricardo y Leonor, no quería levantar la vista hacia ellos.

—Procede, hermano —sugirió Ricardo; estaba alterado, con los puños apretados sobre los brazos de su trono.

—Os pido disculpas, querida Amandine, si malinterpretasteis mis atenciones. —Pronunció las palabras hastiado, como si le hubieran dicho cómo hablar o qué decir. Amandine quiso escapar cuando Juan

se giró hacia ella y se acercó. No sabía cómo actuar, no debía temer, a su lado estaban lord William y Anne, no podía hacerle nada—. Perdonadme, querida, o tendremos que estar aquí todo el día.

—Os perdono —gritó Amandine deseosa de acabar con aquella farsa.

Entonces Juan se inclinó sobre ella, las manos sobre los hombros, y le besó la mejilla de manera fraternal.

—Serás mía, tabernera, o esa monja amiga tuya será mi próxima víctima.

Amandine se echó hacia atrás y se limpió con la manga el lugar donde el príncipe había dejado su marca. Creía que nadie lo había oído, cuando Lord William la tomó del brazo para hacer que supiera que estaba con ella.

—Muy bien, Juan, retírate —ordenó Ricardo con un bramido.

Oyeron sus pasos por la sala hasta que la puerta del salón se cerró tras él.

—Amandine —llamó la reina—, vuestra reputación ha quedado manchada tras estos acontecimientos, se murmura que os han deshonrado y más cosas viles que no necesitáis saber. Se os acusa de traición y si se demuestra la verdad, serás ahorcada, ya que no sois noble y nadie puede responder por ti en un juicio público. Sin embargo, Amandine, lord William me ha hecho una propuesta algo sorprendente y espero que aceptes, hay una manera de librarte de toda sospecha. Eso te alejaría de la corte… y de mi hijo Juan.

No solo ella pensaba que Juan no cejaría en su empeño, sino que ahora había amenazado a Amelie. Todo el mundo a su alrededor corría peligro a causa de la obsesión del príncipe con ella.

—Os casareis con lord William, de forma inmediata. Juan no seguirá con sus acusaciones y yo tampoco encuentro peligro en la mujer de un gran aliado y amigo.

Amandine entonces sí los miró, al rey y a Leonor, estupefacta. Una vez más, Leonor ganaba, iba a casarla igual que a Anne, por su propio beneficio. Recordó a la reina cuando dijo que lord William no siempre había sido leal a Ricardo y su amistad con él debía continuar.

—No os ofendáis, lord William —dijo al anciano—. No me importa mi honra ni lo que piensen de mí. Iré a juicio si es necesario. ¡Soy una tabernera de Tours, no podéis casaros conmigo!

Vio en el rostro del anciano que solo lo hacía para salvar aquella situación. Aquello conmovía su alma, pero no podía casarse con él.

Lord William hizo un gesto al trono y se la llevó del brazo hacia el otro extremo del salón.

—Amandine, no es lo que crees —le suplicó con las manos cogidas a las suyas—. No estarás a salvo de Juan en la corte, ni tú ni tus amigas. Cásate conmigo. No será un matrimonio de verdad, solo tendrás que hacerme compañía, no quiero otra mujer, aún amo a mi esposa muerta. Te doy mi palabra, saldrás de palacio y estarás protegida a mi lado.

Amandine estaba desesperada, Broderick no volvía, ¿y si se había olvidado de ella? ¿O engañado? Ahora ponía en peligro a Anne, a Amelie, incluso a lord William. Si tenía que volver a defenderse, quizá Juan lo matara también a él.

—Se notará en unos meses, Amandine —susurró lord William—. No me importará que sea un hijo pequeño para un hombre demasiado anciano.

Lo miró intrigada, ¿se lo habrían contado Anne o Amelie? Los primeros días había pensado que se había retrasado su sangrado a causa de lo sucedido, pero aún no había llegado. No podía saberlo con exactitud, pero existía la posibilidad de que llevara un hijo de Broderick en el vientre.

—Perdona a Anne, ella te quiere como a una hermana.

Amandine sintió el cariño que el anciano deseaba transmitirle y cuando ambos volvieron ante el rey, ya estaba decidida. No dejaría que Juan dañase a la gente que quería ni tendría un hijo como lo hizo su madre, a escondidas, para después dejarlo solo en el mundo. Anne tenía razón, no podía confiar en el amor de un hombre al que solo había conocido durante unas semanas; conservaría la esperanza de que Broderick volviera junto a ella; mientras, estaría comprometida con lord William y estaría a salvo del príncipe, ella y su hijo.

Capítulo XXIV

Broderick estaba agotado, había galopado durante los dos últimos días como si hubiera enloquecido, sabía que no tenía sentido, ya llegaba tarde, tanto que sentía el alma contraída. Al ver las torres del castillo de Windsor respiró aliviado y dejó que su caballo tomara aire. Angus llegó hasta él en el mismo estado, no había querido que iniciara ese viaje solo. Todo estaba igual, como si el caprichoso tiempo lo hubiera mantenido así, el interminable camino embarrado por las últimas lluvias de un tormentoso verano, las gentes que abarrotaban los senderos y la linde del bosque, la piedra color arena de los muros de la fortaleza del rey.

Habían pasado cuatro meses desde que huyeran de la corte de Ricardo; no habían tardado más que tres días en llegar a Edimburgo y dejar al rey a salvo, cuando supo que su padre estaba muy enfermo y tuvo que ir a sus tierras en las Highlands. Lo había visto morir, con desasosiego; era su apoyo y su consejo, a quien pensaba acudir para contarle sus planes sobre romper el compromiso impuesto por el rey, y en ese momento, lo vio tan enfermo y débil que no pudo hacerlo. Lo acompañó en sus últimas semanas, haciendo ver que todo estaba bien cuando su alma lloraba por su juramento roto. No podía enviar un mensaje a Amandine sin comprometer su seguridad, tal vez la vigilaban tras su desaparición y la del rey escocés. Solo tenía la esperanza de que ella lo estuviera esperando.

Angus lo sacó de sus pensamientos, le tendió la capa llena de restos de paja y heces de caballo con la que debían cubrirse, sus barbas desmadejadas y el pelo más largo de lo habitual los ayudarían a camuflarse entre los sirvientes de Windsor y buscar a Amandine. Contaba con que ella siguiera en los mismos aposentos

junto a Anne y la monja. Angus y él se harían pasar por toneleros o carboneros, cualquier trabajo que los llevara hasta ella.

Atravesaron las murallas sin que los guardias les dirigieran más de una mirada, se encorvaron para disimular su estatura y con las capuchas sobre el rostro atravesaron el primer patio. Vieron a varios hombres cargar leña para distribuir por el palacio y se unieron a ellos. Al llegar al segundo patio, se deslizaron hacia el interior de los corredores. Estaba tan cerca de cumplir su promesa a Amandine que sentía una opresión en la garganta. Había intentado convencerse de que era su honor el que le hacía pensar en ella, Amandine era inocente, se había entregado a él y puso su vida en peligro para salvarlos. No le quedaba más remedio que cumplir su promesa. Después, el tiempo, tal vez la pérdida de su padre y la desolación que sintió, le hicieron comprender a Broderick que se engañaba; no sabía si era amor, no sabría reconocerlo ni aunque lo golpeara en el rostro, era necesidad de Amandine, de su risa, su mirada pícara de ojos grises, sus gestos y palabras.

Atravesaban el corredor cuando se cruzaron con varias damas que iban a la carrera. Broderick perdió el aliento cuando entre ellas vio a Anne, la amiga de Amandine. Siempre vestía elegante, pero aquel día lucía un esplendoroso vestido color burdeos. Se detuvo como él, Broderick se echó la capa hacia atrás y se reconocieron mutuamente. Las otras damas les rebasaron entre risas y gritos de emoción.

—Dicen que la Dama Blanca irá con un velo que le han hecho las monjas de Fontevrault, del mismo color de su vestido, blanco prístino.

—Nadie ha vestido nunca de blanco en una boda, dicen que es un desafío al príncipe Juan y sus maquinaciones para que ella fuera su amante.

—Me gustaría ser como ella y no temer los oscuros rincones del castillo.

Las conversaciones se perdieron por el corredor y Broderick intentó entender por qué Anne permanecía mirándolos a Angus y a él con tal cara de horror. Los apartó a un lado, hacia un corredor secundario menos concurrido.

—Anne, y Amandine, ¿dónde está? —suplicó como nunca había hecho antes en su vida.

—Hoy no, hoy no —respondió atribulada.

—¿Qué dices? ¿Dónde está Amandine, Anne?

Era consciente de que la había cogido de los brazos, casi zarandeándola. Ella lo miraba absorta.

—Tenéis que iros —reaccionó al fin—. El rey Ricardo sigue muy disgustado por vuestra huida. Ha enviado misivas a vuestro rey, a Escocia, y le ha exigido que vuelva a la corte como súbdito suyo, ha desoído sus advertencias con arrogancia. Si os encuentran, os matarán. ¡Vamos, os sacaré de aquí!

Broderick se separó de Anne con furia.

—No sin Amandine, ¿dónde está?

Anne se rindió, sus hombros cayeron hacia delante en expresión de derrota. Angus estuvo a punto de sujetarle los brazos.

—Está en la capilla del castillo, en unos minutos comenzará la boda, ella es la Dama Blanca de la que hablaban.

El silencio, pesado como una piedra, enorme y oscuro se abatió sobre ellos.

—No es cierto, Anne, no puede serlo, prometí que volvería a por ella, no puede casarse, no puede.

—Han pasado cuatro meses, escocés…, y muchas cosas. Cuando te fuiste, quedó a merced de la furia ya no de la reina Leonor y Ricardo, sino de Juan. El príncipe… estuvo a punto de hacerle daño a Amandine, fue acusada de traición. Lord William acudió en su ayuda, se prometieron ante el rey. Debes irte, si Amandine te viera…

—¿Con William de Mandeville?

Broderick necesitó apoyarse en su amigo. Amandine se casaba, no en días o meses, en unos minutos.

—Tengo que hablar con ella —musitó a punto de salir corriendo. Creía recordar dónde estaba la capilla, estaría allí en segundos; que los ingleses lo mataran si querían, pero no permitiría que Amandine se casara. ¿Con lord William de Mandeville? Un anciano.

—Escucha, Broderick —intentó razonar Angus con él—. No puedes entrometerte en su vida después de meses.

—¡No te das cuenta, la han obligado!

—No —intervino Anne—. Ella misma aceptó.

Broderick no podía saber que Amandine estaba embarazada cuando él abandonó la corte, pero eso solo la unió más a lord William, cariñoso y atento con ella, jamás le había exigido ni le exigiría más que su amistad. Puede que si viera a Broderick Campbell en la capilla se arrepintiese. Todo el mundo pensó que el bebé era de Lord William y en el peor de los casos, del príncipe Juan.

—Idos, por favor, dejad que Amandine sea feliz. Le espera ser señora de una gran casa, será una mujer noble y nadie podrá tocarla nunca. Lord William la adora, no le dejará nunca ante el altar.

Broderick dejó que Anne se fuera, un dolor se había instalado en su pecho. Angus le dijo lo mismo que la doncella de la reina, Anne sabía lo que era mejor para Amandine. ¿Qué le esperaba a su lado, ser una fugitiva? Nunca podría regresar a la corte ni ver a sus amigas. Tal vez Amandine había encontrado a su padre.

—Vámonos, Broderick, hazme caso, por todos los cielos.

—No, quiero verlo, necesito ver cómo se casa.

Angus asintió; a veces, para cerrar una herida, hacía falta dejar que manara la sangre.

Se cubrieron con las capas y siguieron el camino que Anne había tomado. En apenas unos minutos estuvieron en la capilla. La gente de la corte, sirvientes y comerciantes se agolpaban en la entrada y ambos se hicieron hueco hasta rozar el umbral. Se irguieron cuan altos eran para ver sobre las cabezas que poblaban la capilla del castillo.

Cientos de velas iluminaban el altar, donde Amandine permanecía de espaldas. Vestía de blanco, con un velo que caía en cascada sobre su espalda. Su pelo, como siempre, recogido en una trenza, para domar aquel pelo ondulado del color del bronce. Fue a dar un paso, Angus lo retuvo. La ceremonia había terminado y lord William le dio a Amandine un casto beso en la mejilla. Entonces se giró, con el velo levantado. Las muchachas y nobles susurraban con adoración por ella, Amandine era la Dama Blanca de la que hablaban, la triunfadora sobre la maldad del príncipe Juan. En otro momento estaría orgulloso de ella, ahora sentía un rencor tan profundo y

arraigado a su corazón que no podía sentir otra cosa. Odio, tal vez. Amandine era suya, y la había perdido como un estúpido, debió raptarla en aquel momento y huir con ella cuando podían.

Su sonrisa le rompió el alma, no recordaba que fuera tan hermosa y dulce. Ella sonrió a Anne, que permanecía a su lado. El rey y la reina felicitaron a los esposos. El anciano lord William parecía contento. Ella miró en su dirección con curiosidad, destacaban entre la gente amontonada en la entrada. Sus ojos se entornaron para intentar ver.

Estaba casada.

Broderick se agachó y se llevó consigo a Angus. Salieron de allí sin mirar atrás. Atravesaron el segundo patio de Windsor y Broderick sintió los ojos anegados en lágrimas. Nunca, jamás, volvería a confiar en una mujer. Olvidaría a Amandine como la nieve que se deshacía después de un invierno helado. Juró ante el cielo y su propio corazón que acabaría odiando a esa mujer, y para ello borraría el recuerdo de Amandine de su memoria y de su corazón.

Capítulo XXV

Es curioso el tiempo y su forma de jugar con los corazones. Amandine llevaba una vida para la cual nadie la había preparado, en un castillo, con vestidos caros, toda la comida que pudiera desear y que ella no tenía que preparar. No había empujones ni pescozones, y, aun así, cada mañana se levantaba al alba como si su padrastro Gastón fuera a llamar a su puerta exigiendo que bajara a preparar el desayuno.

Y cada momento, hora y minuto, sabía que no era feliz. Broderick Campbell estaba en cada uno de sus pensamientos y en su corazón. Desde la distancia y el tiempo sabía que tuvo en sus manos un privilegio de unos pocos, amar, con la ceguera de no verlo hasta que fue demasiado tarde. ¿Y todo para qué? Para conocer una verdad que su esposo le había mostrado el mismo día que se comprometieron en la sala del trono de Windsor.

Ante la insistencia de Amandine por conocer la razón de tal persecución por parte del príncipe, lord William condujo sus pasos a la galería de la reina, donde los retratos de los Plantagenet se exhibían. Allí, en un lugar privilegiado de los fríos muros del castillo, se vio a sí misma reflejada en un cuadro, una delicada pintura de una muchacha de más o menos su edad, la reina Leonor. A su lado, uno de sus hijos, tan parecido a ella en esa edad tan temprana, apenas le llegaba a los hombros a ella. Eran iguales, Amandine tenía sus ojos, su pelo, la forma de su mentón, como si en el reflejo de un espejo se viera de niña y en esa misma edad con la claridad del día.

—Son tu padre y tu abuela, Amandine. Ricardo es tu padre.

Aquella declaración hizo que el aire se quedara atrapado en su pecho. Por eso Leonor siempre la acogió en sus brazos, le enseñó y le permitió estar a su lado como nunca hubiera hecho con otra muchacha del pueblo. Por eso Anne se negaba a que las

acompañara a la corte, porque Juan, el príncipe, siempre ansioso por heredar el trono, veía en ella a la hija bastarda de su hermano el rey.

Tal vez Leonor solo intentó limpiar su alma por la muerte de su madre, acogiendo a Amandine en cuanto podía, o querían tenerla cerca por si Ricardo no tenía nunca herederos.

—¿Y mi madre, lord William?, ¿fue asesinada?

—No, niña, supongo que fueron rumores. Tu madre murió en el parto. No tengas duda de que si el médico de la reina hubiera estado en esa cabaña, hubiera hecho mucho más que una partera, pero Leonor no podía arriesgarse. Nada podía saberse de una niña bastarda. Mira ahora que eres adulta, y cómo Juan ha intentado hacerte daño, como él puede haber muchos más. Si resulta que sí estás embarazada, llevas en tu seno al heredero de Inglaterra. El nieto de Leonor, si es que Ricardo lo reconoce como tal.

—¿Ella os ha pedido que me lo contéis?

—Leonor jamás admitiría estas cosas, poner en mi boca el relato de lo que pasó es más fácil.

—He enfrentado cientos de veces el tema con ella y jamás ha hablado.

—Ni lo hará. Tal vez cuando Ricardo se case, tenga sus herederos…, entonces puede que Leonor os acepte de forma plena.

—Cuando ya no les haga falta.

Recordaba aquella tarde como si no hubieran pasado cuatro meses, poco después se casó con lord William de Mandeville en la capilla del castillo real. Apreciaba a lord William, nunca habían tenido relación más allá de lo que podían ser dos muy buenos amigos. Lord William, ahora William, su esposo, era una persona maravillosa con un sentido excepcional del humor y de la vida al que ya no le interesaba tener esposa, pero había saldado su deuda con ella.

Escuchó a los criados levantarse, ella llevaba horas en la biblioteca, su refugio en el castillo Mandeville. Se tocó su vientre liso, no había niño, ya no, lo había perdido tras la boda. El hijo de Broderick habría significado un rayo de esperanza, aún podría tener una parte del escocés junto a ella. Se había casado por esa criatura,

para mantenerlo a salvo de las intrigas de la corte y de Juan, y ahora sentía como si el destino le hubiera quitado su felicidad.

Fue a las cocinas, donde ya se habían acostumbrado a ver que su señora era algo extraña y se paseaba por ellas sin problema. Alabó los bollos recién horneados y se llevó desayuno para el camino. William, su esposo, pasaba la mayor parte del tiempo en la corte, así que Amandine había simpatizado con los criados; los hijos de William eran todos varones y mayores que ella, excepto Robert, que tan solo tenía quince años y hasta ahora la evitaba.

Cada mañana, por si no fuera bastante para aquellos que vivían en la mansión que una muchacha de campo fuera su señora, Amandine acudía a las cuadras para salir a montar. Se ponía ropa cómoda e intentaba ir hasta el lago.

Salió al patio de armas y esquivó a los primeros hombres que se dirigían al salón a desayunar. Todos eran, al igual que la gente que trabajaba en el castillo, respetuosos con ella; por orden de William, con toda seguridad. Al levantar la mirada, vio a Robert, el único hijo que aún vivía en el castillo con William y con ella.

—Buenos días, Amandine. ¿Vas a montar?

Amandine sonrió al ver como Robert lo preguntaba casi de forma casual. Que hablara con ella sin haber nadie alrededor ya era un progreso. No se le escapaba la forma poco cariñosa con que los hermanos mayores recibieron la noticia de la boda de su padre y puede que influenciaran al benjamín.

—¿Quieres venir conmigo? Voy todas las mañanas hasta el lago, me sirve para despejarme.

—No hay mucho que hacer aquí —murmuró Robert.

Saludó al jefe de caballerizas y tomó las riendas de la preciosa yegua que le dejaban montar. Miró a Robert con curiosidad, era tímido y su voz se oía entrecortada la mayoría de las veces cuando hablaba con su padre.

—Tú al menos pasas las mañanas entrenando con tus armas —contestó Amandine, preguntándose qué había hecho que Robert cambiara de idea y decidiera hablar con ella—. Por mucho que intento que me dejen hacer cosas, los sirvientes no me lo permiten y se ofenden, me gustaría cocinar las tartas; no puedo bordar, porque

solo sé coser, y no soporto que me midan por todas partes para hacer vestidos de veinte colores.

Robert rio al fin, aunque bajó la cabeza, avergonzado; a pesar de ser más grande que ella, Amandine debía recordar que apenas era un muchacho. Lo había visto entrenar, ponía todo su tesón y era bueno con las armas. Estudiaba con un tutor y nunca se quejaba. De todos los hijos de William, se alegraba de que fuera él el único que quedara en el castillo.

Un ruido hizo que se girara, Robert ya miraba en aquella dirección a las muchachas de las cocinas que salían a llenar los cubos de agua en el pozo. Una de ellas, de la edad de Robert, se quedó mirando en su dirección y bajó los ojos sonrojada.

Amandine frunció el ceño. Robert era un muchacho tímido en exceso, que, cuando los acompañaba a William y a ella a la corte, procuraba escabullirse a un rincón y pasar inadvertido. Ajustó las cinchas de su yegua; a pesar de que el príncipe estaba muy lejos, aún temía que, de alguna forma, pudiera dañarla y se aseguraba de cada detalle que pudiera comprometer su vida.

Volvió a mirar a Robert, parado allí como un pasmarote, que observaba a aquella muchacha.

—¿Te gusta?

Robert dio un respingo y se envaró.

—¿De qué hablas, Amandine?

Rio ante las mejillas coloradas del muchacho, que se acercó a ella para acariciar la testuz del caballo.

—Sabes que, aunque sea una sirvienta, debes tratarla con respeto, ¿verdad?

—Sí, sí —asintió azorado—. Ni siquiera he hablado con ella, en realidad, con ninguna muchacha. Si lo supieran mis amigos, se reirían, pero ni siquiera he besado a una mujer. No sé cómo hablar con ellas, mis hermanos son mayores y no puedo acudir a ellos.

Amandine sonrió, al fin había descubierto por qué Robert intentaba acercarse a ella.

—Puedo ayudarte —dijo de pasada, como si no fuera para ella una manera de llegar a su fin—. Te enseñaré a hablar con las muchachas si me prometes ser honorable con ellas.

—¡Oh, sí, sí! Lo seré, te doy mi palabra.

—Siempre con su permiso y si os gustáis.

—Desde luego.

—Y tú me dejarás entrenar con vosotros. ¡No me mires así! No pretendo coger una espada y montar esos caballos de guerra, solo aprender a usar la daga, el arco…

Robert dejó de acariciar al caballo y este se revolvió para buscar su atención. Amandine lo enfrentó a los ojos, tan iguales a los de William; era importante para ella, tanto que no podía dejar de frotar las manos contra el pelaje de la yegua.

—¿Y para qué querrías aprender a hacer todas esas cosas, Amandine?

—Para poder defenderme.

El muchacho abrió la boca para contestar, todos sabían lo que había ocurrido en la corte y que estuvo a punto de caer en manos del príncipe y sus amigos.

—Está bien.

Amandine gritó de júbilo, los caballos se encabritaron nerviosos, y abrazó a Robert con alegría. Al fin, sus días tendrían un sentido, nunca más alguien la tendería contra el suelo indefensa ni la golpearía, aprendería a luchar para defender su vida.

William, tercer conde de Essex, administrador de la justicia de Inglaterra, sonreía como un niño al ver a su joven esposa, para escándalo de todo su castillo, vestirse con pantalones como si se tratara de un muchacho. Cargaba sus flechas en el carcaj y, para sorpresa de todos sus hombres, manejaba la daga como si hubiera nacido con ella pegada a sus finos dedos. Pronto había superado a Robert, su hijo menor, y es que la fuerza de sus brazos arrastrando media vida los toneles de cerveza y la destreza al despellejar animales le habían conferido un uso del cuchillo espectacular y raro para ellos.

No se le escapaba que su hijo menor y ella se habían hecho inseparables, Robert lucía más seguro de sí mismo y ya se abría más a la gente.

—¡William! —gritó Amandine horrorizada porque la viera así vestida entre sus soldados—. Has vuelto, ¡qué alegría! Te mostraré todo lo que Robert me ha enseñado en estos días.

—Tendrá que esperar, querida. Esta noche hay un baile en Windsor. Ricardo, rey de Inglaterra, se ha comprometido, va a casarse al fin.

Capítulo XXVI

Amandine observó a William; a pesar de la oscuridad del carruaje, notaba su inquietud en cada postura. Era la primera vez en semanas que ella lo acompañaba a Windsor.

—¿Qué ocurre, William?, ¿estás preocupado?

—Ayer me reuní con mi administrador, está mayor, tanto como yo, ya no creo que sea capaz de llevar las tierras ni mis propiedades. —Detuvo su réplica con la mano. Ella siempre solía decirle que no era un anciano, pero lo era—. Le he sugerido que se retire a vivir sus últimos años en paz. En unos días saldré de viaje a París, debo supervisar un negocio allí y quería dejar mis asuntos aquí en regla, por si…

—¡No lo digas, William!

—Amandine, un día no estaré en esta tierra y deseo que te quedes con lo suficiente para seguir tu propia vida.

—No lo necesito. No lo quiero. Déjaselo todo a tus hijos.

—Eres tozuda, muchacha.

Amandine sonrió, los enfados de William duraban muy poco, y era tan obstinado como ella. Por fortuna, eran excelentes amigos y, para su propia mortificación, sabía que era verdad, que él se hacía mayor, que se había convertido para ella en un protector y que, cuando no estuviera, sus hijos la echarían de su hogar.

—He hecho un documento en el que te lego la casa y las suficientes rentas para que no dependas nunca de nadie.

—Si con ello te quedas más tranquilo, te diré que me quedaré hasta que Robert sea mayor y se case o sea armado caballero. No quiero tu fortuna ni Mandeville, le pertenece a Robert, tus otros hijos tienen mayores fortalezas y títulos, él solo tiene esto.

—Cuida de él, Amandine, él y tú portáis una gran carga, todos os ven como una amenaza, vuestro tesón y fortaleza provocan envidia.

Os harán sufrir, siempre poseedores como sois de un corazón noble.

Lo miró con intensidad, aquello que le pedía su esposo era importante; orgullosa de ser objeto de tal confianza, asintió.

—Lo juro, William, siempre cuidaré de Robert.

—Incluso ante sus hermanos mayores.

—Ante quien sea —sentenció sin dudar.

William sonrió conforme. Apretó su mano con afecto; Amandine no lo defraudaría jamás, legaría parte de su fortuna a su hijo menor y a ella para que pudieran defenderse de sus otros hijos. Amandine se giró para observar el paisaje.

No era un estúpido, las últimas semanas la notaba distraída. Tras la pérdida del bebé, hubo un tiempo en que temió por ella, alejada de sus amigas y su tierra, no quería hablar de ello y una sombra de tristeza se vislumbraba en sus ojos. Pensaba en Broderick Campbell, él amó una vez a su querida esposa, y reconocía a un corazón encarcelado. Aún se preguntaba por qué aquel muchacho no había vuelto en su busca, parecía un hombre de palabra que no comprometería la inocencia de una mujer para luego abandonarla a su suerte.

—Hemos llegado, William.

Amandine sonrió y separó su mano de las suyas. En el momento en que ella se bajó del carruaje, se le ocurrió que tal vez debería enviar un mensajero a Escocia. Desechó la idea, tal vez Campbell ya la había olvidado.

El castillo de Windsor estaba iluminado por cientos de antorchas; al atravesar la explanada de hierba, Amandine no pudo evitar mirar al lugar donde un día estuvo el campamento de los escoceses. Allí, ocultos entre los árboles, se besaron por primera vez, en la tienda junto al bosque se pertenecieron el uno al otro. Negó con la cabeza cuando el camino hacia la gran puerta les trajo el sonido de la música.

Entraron en Windsor como si ninguno de los dos deseara estar en aquel castillo. Sentado en su trono, Ricardo recibía a los invitados; a su lado, su madre Leonor observaba el gran salón.

El conde y la condesa de Essex. Cuando los presentaron a William y a ella, se encogió un tanto, a veces no podía creer que se hubiera

convertido en condesa y los ojos de todos estuvieran puestos en ellos. No dirigió la mirada hacia su padre y su abuela, aún no podía conciliar el rencor que sentía por ellos con la verdad de que un día la abandonaron y aun así eran su familia. Al volver a su sitio, lo buscó, como tantas otras veces; algún día volvería a ver a Broderick, mientras Escocia fuera súbdita de Ricardo de Inglaterra, tendrían que arreglar sus diferencias. Tal vez el rey volviera, y con él, su consejero, Broderick.

No lo encontró entre los nobles, sin embargo, al que sí vio fue al príncipe Juan. Se cuidaba mucho de estar junto a ella, pero aquella mirada en la distancia era tan peligrosa como tenerlo al lado.

Ricardo, rey de Inglaterra, al fin había accedido a casarse, con una princesa española, y muchos lo celebraban, no fuera a caer el trono en manos de su hermano Juan o, el cielo no quisiera, en manos de una muchacha de taberna y además no reconocida. Habían preparado un gran banquete: carne de caza, pescados de río, frutos del bosque…, todo regado con abundante cerveza y vino de Burdeos.

Observó pasar las fuentes humeantes, y algunos olores trajeron a su memoria a Gastón. Le gustaría visitarlo en algún momento, pero William debía partir al día siguiente hacia París y tal vez no fuera un viaje rápido. Quizá el siguiente verano pudiera hacerle una visita.

Cuando las mesas se apartaron y se dejó espacio para el baile, vio a Anne con su esposo. Se habían casado tan rápido como la hermana Amelie volvió a la abadía en Francia.

—¡Amandine! ¡Qué alegría verte! —dijo con sinceridad.

En apenas unos meses, Anne había cambiado. Estaba más delgada, sus ojos parecían huidizos y su forma de vestir era mucho más recatada.

—Anne, ¿cómo estás? —preguntó ansiosa por saber que aquel matrimonio impuesto no había resultado ser un infierno para su amiga.

—Embarazada.

Amandine tardó en reaccionar, no sabía si Anne se alegraba o aquella voz llena de resignación podía ser la de aquella vivaz mujer que la hacía danzar de la mañana a la noche.

—Me alegro, Anne. ¿Te alegras?

Anne sonrió a medias, sabía que las observaban.

—Para mi propia sorpresa, sí. Hugh es… como imaginé siempre, sus desmadres con el príncipe Juan lo mantienen muy ocupado, creo que hasta me ha cogido cariño, pero con este niño tendré el consuelo de alguien que me ame sin condiciones.

—Lo siento, Anne.

—No lo sientas, ambas vivimos la obligación de un matrimonio, solo que lord William se preocupa por ti.

—Así es, pero, Anne, no puedo olvidar. Cuando me sentí desesperada por la pérdida del bebé, el dolor mitigaba mis pensamientos, después me di cuenta de que en verdad era condesa, y ahora… cada día me levanto con la misma pregunta. ¿Por qué me abandonó Broderick?

Anne se mordió el labio; nunca le había contado a Amandine como había aparecido el escocés en su boda, dispuesto a llevársela, aunque muriese en el intento. La desolación en aquel rostro, la imagen de un corazón roto. En aquel lejano momento, pensó que era lo mejor, lord William la libraría de la corte, sería condesa, tendría un título y estaría cerca de su familia. Ahora no sabía si fue acertado, tal vez su amiga tuviera todo, pero el corazón lo tendría roto para siempre.

—La tabernera que viste como una princesa.

Amandine dio un respingo, Juan se acercó a ellas junto a su amigo, el marido de Anne.

Tuvo que hacer una reverencia, aunque sus dientes se apretaron con tanta fuerza que, al hacerlo, dejó de respirar. Juan no había cambiado, su mirada de ojos negros se clavó en ella mientras una sonrisa socarrona adornaba su rostro. Amandine rozó con la punta de los dedos el filo de su daga. Se sintió poderosa, capaz de apuñalar a aquel cuervo maligno.

—Príncipe —contestó mirándolo a los ojos con todo el odio que albergaba hacia él—. Espero que estéis contento con la próxima boda del rey.

Juan sonrió aún más, sabía encajar un golpe.

—¡Oh, Amandine!, pero no es la única boda, ¿sabes que Broderick Campbell se casa en unos meses? Con la prima de su rey escocés.

—Amandine, querida —se acercó William—, la reina os llama a su lado.

En otra ocasión hubiera declinado la invitación, de hecho, se había negado a acudir en innumerables ocasiones a la corte para visitar a la reina alegando enfermedades imaginarias y asuntos fuera de Londres, pero con Juan delante de ella, era lo único que podía hacer para librarse de él. Anne fue quien la acompañó, dejaron a lord William con los dos hombres.

Se casaba. Broderick iba a casarse.

Amandine no sabía ni por dónde caminaban, algunas personas las saludaron a Anne y a ella mientras avanzaban por el salón. Sabía que algún día Broderick tendría que casarse, era el *laird* de su clan, era un hombre, era su amor y se casaba.

—¿Estás bien, Amandine? No irás a decirme que piensas… —susurró Anne, que tan bien la conocía.

—Pienso en él cada minuto del día, Anne, y en cómo me abandonó.

Anne calló ante su semblante lleno de dolor, estaban cerca de la reina, que les indicó que se quedaran junto a ella. Su relación con Leonor se había roto, apenas se miraban y menos aún hablaban como hacían antes. Saber que la reina era su abuela y Ricardo su padre solo había servido para que no entendiera cómo podían haberla abandonado todos aquellos años. Se sentó junto a Anne, desde el estrado podía ver con claridad todo el salón y buscó a William, su esposo; por fortuna, ya se había alejado del príncipe Juan y de Hugh. Amandine frunció el ceño, ambos hablaban en un rincón ajenos al resto del baile.

Pidió permiso a la reina para levantarse y ella se lo concedió, aburrida de intentar mantener una conversación entre las dos. Se deslizó por un lado de la sala de baile, preguntándose por qué debía llevar aquellos incómodos vestidos cuando se encontraba tan bien con los pantalones que usaba para entrenar. Tocó su cintura, la daga que llevaba oculta; no se separaba de su cuchillo ni siquiera al

dormir, cuando lo escondía bajo las sábanas. Aquel era el legado que Juan había dejado en ella.

Cuando estuvo lo bastante cerca de Juan y Hugh, los observó. Anne le había enseñado a leer los labios cuando llegó a la corte, una más de las habilidades que su amiga había practicado con ella. «Envía a tus hombres a por la joya española y deshaceos de ella», fue lo único que Amandine pudo captar, ya que Juan se tapaba la boca a menudo con el fin de que nadie descubriese sus conversaciones.

¿Qué era la joya española? ¿Juan robaría algo en aquel país?

Uno o dos hombres ofrecieron su brazo a Amandine para salir a bailar y ella se negó; entonces, frente a ella apareció Benoit. Con aquel hermoso rostro y la gentileza que antes engañaba a Amandine, levantó el brazo para que ella lo tomara.

—Benoit, no puedo aceptar un baile contigo. Allí está mi marido, iré en su busca.

Benoit se quedó paralizado, tal vez pensaba que Amandine olvidaría sus deslealtades. Se había equivocado tanto con él…

Amandine en realidad no fue en busca de su esposo, William conversaba con el embajador de España y el de Francia, tal vez acerca de su viaje a París. Fue en dirección al estrado, donde su sitio entre Anne y la reina seguía vacío, desde allí podría vigilar a Juan. El rey Ricardo brindaba otra vez por su compromiso y parecía algo mareado. Tal vez no le gustaba su novia española. Y otra vez su mente evocó aquellos ojos verdes, del color del musgo, la cicatriz de su mejilla, los brazos rodeando su cuerpo. Broderick se casaba. Un deseo apremiante de impedir aquella boda llevó a Amandine a retorcerse inquieta en la silla. ¿Sería una locura? Podía partir al día siguiente hacia Escocia, ir en busca de Broderick y recriminarle que la abandonase, impedir la boda. Pero ¿y William? Su esposo no se merecía eso, estaba casada con él. ¿Tenía derecho a ir en busca de un hombre que la olvidó al instante?

—Mientras lord William no está en Londres, podrías quedarte en palacio, Amandine.

Leonor habló sin mirar sus ojos y Amandine se sobresaltó, tal vez la reina había descifrado en su rostro sus intenciones de abandonar

a su esposo.

—Tengo mucho que hacer en el castillo Mandeville, majestad.

La reina suspiró hondo, sabedora de que había perdido para siempre a su nieta al ocultarle la verdad y dejar que su tío Juan ganara.

Amandine alisó su vestido blanco con ambas manos y se atrevió a mirar a la reina y a su padre. Ricardo parecía absorto en una conversación con el embajador español. España. «Deshaceos de ella». Entonces comprendió. La joya española era la prometida de Ricardo. Si Ricardo se casaba, tendría herederos que alejarían a Juan para siempre del trono.

Podía callar, no volver a meterse en los asuntos del príncipe ni de aquella familia que le había traído más desgracias desde que salió de Francia que su vida como sierva. Y, sin embargo, la vida de una muchacha estaba en peligro, de nuevo por culpa de Juan. No podía permitirlo.

—Leonor, mi reina. ¿Ya no os entretenéis con el juego de damas? —Llamó la atención de su majestad al momento, mientras se inclinaba hacia ella—. Vuestro hijo menor va a matar a la prometida de su hermano Ricardo.

Una vez que lo dijo, se levantó del estrado y desapareció entre los que bailaban en el centro del salón. Se arriesgaba a la ira del príncipe, pero la satisfacción de vencerlo de nuevo era mayor que cualquier miedo. Buscaría a William. Solo quería volver a su hogar en Mandeville y llorar por la definitiva muerte de su amor por Broderick.

Capítulo XXVII

Su esposo regresaba, enseguida lo supo cuando el muchacho de los establos entró corriendo en la biblioteca. Amandine suspiró de alegría, siempre se preocupaba cuando William hacía un viaje tan largo, cada vez lo notaba más agotado.

Mandó llamar a Robert para que juntos lo esperaran en la entrada de la casa, sabía que a su esposo le gustaba encontrarlos a su regreso y ver sus rostros.

El carruaje entró por el camino de hierba y se detuvo al instante. Amandine sonrió al verlo, cansado, pero parecía bastante alegre. Robert corrió a abrazar a su padre, aún no había perdido del todo su niñez y William, aunque ya anciano, era digno de su admiración.

—William. —Lo recibió con un abrazo—. ¿Todo bien, conde? ¡Traes contigo muchos más bultos que cuando te fuiste!

—Son decenas de regalos para los dos, y…

William no tuvo tiempo de explicarse cuando un hombre con un sombrero calado hasta los ojos salió del carruaje y se giró enseguida para ayudar a una mujer con un espectacular abrigo de corte francés. Amandine frunció los ojos, había algo en ella cuando se miraron que le resultó conocido.

Fue el hombre, de complexión ancha y más alta que William, quien dejó sin respiración a Amandine. Por un instante no supo qué hacer. Jean Luc. No podía ser él. «Algún día volveremos a vernos, Jean Luc».

Amandine sonrió, a pesar de cómo se habían despedido en Tours, era su amigo. En el tiempo que había pasado, lo había extrañado, ahora comprendía lo valiosa que era la amistad, y no deseaba que hubiera rencor entre ellos. Entonces cayó en la mujer que tomó el brazo de Jean Luc, era Yvette Farsone, la muchacha que él

acompañaba a la iglesia. Ella aferró a Jean Luc posesiva y Amandine dedujo que se habían casado al final, como deseaban sus padres.

—Jean Luc —susurró con la voz trémula de emoción.

—Amandine, querida, te presento a Jean Luc, mi nuevo administrador, ya te dije que Sullivan estaba mayor. Los he conocido en la casa de mi amigo en París. ¿No es maravilloso? Cuando comencé a hablar con este matrimonio tan encantador, me dijeron que en realidad eran del mismo pueblo de Francia que tú, y pensé que te alegraría.

Amandine miró a su esposo, aún se aferraba a su brazo, era tan ingenuo y confiado… Sospechó al instante que Jean Luc sabía mucho antes de que William hiciera su proposición que iría con él a Inglaterra.

—Nos conocemos, William. Jean Luc y yo éramos grandes amigos. Yvette, me alegra verte.

—¡No podía creerlo cuando lord William nos habló de su esposa! ¡No podía haber otra Amandine de Tours, tenías que ser tú! ¡Y condesa de Essex!

Amandine no se dejó engañar, ya no era la muchachilla de Tours, ahora conocía la codicia, la furia, la falsedad…, e Yvette no parecía muy contenta de estar en el castillo Mandeville a pesar de su sonrisa forzada. Jean Luc era el único culpable de que estuvieran en Inglaterra.

—Yo también me alegro de verte, Amandine.

Asintió, la voz de Jean Luc había cambiado tanto como su aspecto, ahora era grande y fornido, había crecido, igual que ella. Vestía como un hombre de leyes, con la casaca negra y un abrigo de tan alta calidad como el de Yvette. Ni siquiera se disculpó, no podía dirigirse a ella ante los demás de la misma forma que cuando eran niños.

Amandine sonrió a medias, sin saber qué le traería la estancia de Jean Luc y de su esposa en el castillo Mandeville. Apretó afectuosa el brazo de William y todos pasaron al interior. No había sobrevivido hasta ahora por ser confiada, solo esperaba que en el interior de aquel hombre serio, que miraba sin expresión alguna, siguiera el Jean Luc que conoció.

—¿Tienes de verdad que volver a marcharte? El rey puede esperar a que al menos descanses unas semanas.

Cenaban todos juntos, para dar la bienvenida al matrimonio al castillo. Después de esa noche, Amandine no tendría que hacerlo más, era uno de los pocos beneficios de ser condesa, que Jean Luc y su esposa tendrían una casa en el borde de los terrenos para ellos solos.

No había seguido la conversación entre Jean Luc e Yvette con su esposo, a pesar de que su amigo no hacía más que exponer todos sus logros desde que acabó sus estudios y trabajó con el consejero del rey francés. Sí que había cambiado Jean Luc, apenas lo reconocía en ese hombre pomposo y pagado de sí mismo. No quería quedarse a solas con el matrimonio.

—Tengo que acompañar a Ricardo a Normandía, Amandine. Está recaudando un tesoro para volver a las cruzadas.

—¿No es suficiente con los títulos que ha vendido? Siempre quiere más. ¿Y la reina se lo permitirá? Acaba de casarse…

—Basta, Amandine.

Era lo único que la enfrentaba a William, Amandine era demasiado dura con el rey y su familia, y él los servía cada día de la manera más fiel.

—Perdonadme todos, debo ver por qué Robert no ha bajado a cenar.

Salió del comedor sin dar más explicaciones con paso firme. ¿Por qué Jean Luc volvía a su vida en ese momento? Ahora que empezaba a resignarse a ser condesa, a que Broderick se hubiera casado, parecía incluso que el príncipe Juan se había olvidado de ella.

—Amandine.

Se detuvo en seco. La voz de Jean Luc sonó a su espalda y se giró despacio. Cuando él se acercó más de lo debido, no pudo evitar retroceder un paso. Aquella mirada. Era curioso, aún recordaba los ojos de Jean Luc en la isla, y el día que se despidieron, llenos de desesperanza y rencor.

—¿Por qué has venido, Jean Luc?, ¿qué haces aquí en realidad?

—Tu esposo me ha ofrecido algo que no podía rechazar. Creyó que serías feliz con amigos que conocías de siempre, le importa tu felicidad.

Amandine se quedó callada, ¿a qué se refería con algo que no podía rechazar?, ¿a lo que pagaría por sus servicios?, ¿o a ella?

—Yvette está embarazada, debo cuidar de mi familia. Tu esposo me ha prometido una vida de lujo y riqueza si le sirvo bien.

—Al final te casaste con ella, y te ha ido muy bien, me alegro por vosotros.

Jean Luc tomó su brazo y se acercó a ella.

—Creí que podría verte y no sentir nada, Amandine, ha pasado mucho tiempo. Aún podemos estar juntos…

Se soltó enseguida de su agarre, temiendo que algún criado los viera.

—Y no sientes nada, Jean Luc, nunca fue amor, te lo dije. Estás obsesionado.

—Dijiste muchas cosas, Amandine, durante años me diste esperanzas.

—Nunca te prometí amor, Jean Luc. Dime que no has venido hasta Inglaterra porque pensaste que podíamos estar juntos.

El rostro de Jean Luc se puso encarnado a causa de la ira. Por un momento, Amandine temió que creyera que se reía de él. Jean Luc levantó la mano con violencia y ella se apartó para defenderse.

—¡Estabas aquí, Jean Luc!

Yvette apareció en el corredor y Amandine los miró a ambos. Vio el odio en los ojos de la pareja, cada uno por un motivo. De verdad que no quería que William se fuera otra vez de viaje.

Capítulo XXVIII

El otoño comenzaba a teñir de marrones y rojos los bosques que rodeaban el castillo. Amandine salió a montar con Robert como cada día. Ahora nunca salía sola, temía encontrarse a Jean Luc en cada rincón, fuera de la supervisión de los habitantes del castillo.

Volvieron antes del almuerzo. Robert cada día estaba más alto y sus pensamientos eran más profundos, solo se llevaba diez años con Amandine y, aunque no era mucho, a veces pensaba que era el hijo que perdió. Adoraba al hijo de William, que en nada se parecía a sus hermanos mayores, tan interesados y déspotas.

Las dos torres del castillo se divisaron al salir del bosque, los dos guardias que William designaba para que los acompañaran en cuanto salieran de las murallas se envararon delante de ellos.

—¡Qué extraño! —susurró Robert—. Parece mi hermano mayor.

Amandine entornó los ojos, era uno de los pocos días en que había salido el sol, a veces echaba de menos su tierra, llena de color y días soleados. En efecto, en las puertas abiertas del castillo había una comitiva con el escudo del hijo mayor de William.

No pudo evitar mirar a las almenas, mientras alguien bajaba el estandarte del condado y colocaba en lo alto de la torre un pendón negro. Miró a Robert, tal vez no lo había visto; sin embargo, cuando se giró hacia ella, supo que sí. Muerte, algo tan definitivo y desolador que ambos se pusieron al galope. William. No podía ser por él aquella tela negra que ahora ondeaba en el aire.

El hijo de William tomó posesión de Mandeville con su característica soberbia. Amandine no podía creerlo. William muerto, su esposo, su amigo, su más fiel protector. Lloró en sus aposentos, a solas, incapaz de ver a Robert o a cualquiera. Le había rogado porque no fuera a Normandía con Ricardo; muy a su pesar, William lo adoraba como a un hijo y admiraba como guerrero, no le negaba

nada. Todos sabían que no reinaba, era Leonor quien lo hacía en su lugar, pero todos lo idolatraban, incluso ella, a pesar de su rencor hacia él.

Otra pérdida, una más que añadir para cambiar otra vez su vida por completo. Añoraría a William con toda su alma, y sus conversaciones interminables, aprendió más de la vida en esos meses que en el resto de sus años. Fueron los criados de Mandeville quienes le contaron a Amandine los detalles de la muerte de William. Los emboscaron en un bosque, buscaban matar al rey Ricardo, y William los enfrentó para que el rey pudiera escapar, a pesar de sus protestas, con su guardia personal. Mataron a William en lucha a espada y a muchos de los soldados del condado, pero los hombres que los perseguían huyeron sin saber a qué rey servían.

El hijo de William reclamó su presencia al tercer día, como si hubiera dejado la tarea más pesada para el final. Cuando Amandine entró en la sala donde William daba audiencia a sus siervos, lo encontró sentado en el estrado, ocupando el lugar de conde de Essex sin vergüenza alguna. Una sospecha anidó en su alma: ¿habría sido el príncipe Juan quien organizó el ataque con el fin de que el hijo de William fuera conde?

—Amandine —dijo. No se refirió a ella como madrastra, ni como condesa, ni siquiera como una dama. Nunca le gustó y jamás lo ocultó.

Vio como Robert esperaba a su lado, parecía tan pequeño y encogido como el muchacho que aún era. Amandine se arrepintió de no haberlo buscado antes, fue quien más quiso a su padre.

—Conde, lord Mandeville —saludó al hijo mayor de William con todo el dolor que significaban aquellas palabras.

—Abandonarás Mandeville en una semana, Amandine, será cuando tome posesión del castillo.

Amandine lo temía, sabía que el hijo de William quería deshacerse de ella lo antes posible.

—Vuestro padre, mi esposo, me dejó Mandeville hasta que Robert, vuestro hermano pequeño, fuera ordenado caballero.

Sonrió. El hijo de William mostró una mueca de repulsión que cambió por alegría cuando Jean Luc entró en el gran salón.

Amandine sintió un escalofrío. El viejo administrador a quien William encargó su herencia ya no estaba, pero sin duda Jean Luc tendría aquella firma en que le legaba la propiedad y aseguraba el futuro de Robert.

—¿Tienes pruebas de tal barbaridad? ¿Cómo podría mi padre ser tan insensato para dejar su mayor castillo a una tabernera? ¿Sabes, Amandine, las dificultades que pasó mi padre por enfrentarse al príncipe Juan? Por ti, una sierva que vendía comida y el cielo sabe qué más en una taberna.

Amandine no se encogió, hacía tiempo que el miedo a hablar con los nobles se había ido. Tenía sus derechos y debía luchar por ellos y por los de Robert.

—Lord William me dejó claro que había firmado esos papeles. Me legó Mandeville y el cuidado de Robert.

El muchacho negó con la cabeza hacia ella; sabía, ambos sabían, que le tendían una trampa.

—¿El cuidado de mi hermano Robert? Jean Luc ya me ha informado de que pasa el día contigo, una chica de vida dudosa. Robert hará lo que todos los hijos menores, dedicarse a la iglesia para sanar su alma y la de su familia, tal vez llegue a obispo algún día. Y en cuanto a ese legado de mi padre, ¿acaso lo viste en algún momento, Amandine? Tal vez te engañó.

Amandine miró a Jean Luc asustada. No, nunca había visto la firma de William en un papel, pero lo creía, creyó a su esposo, era un hombre recto y honorable que no le hubiera mentido.

—Jean Luc encontrará los papeles que firmó William.

—No, Amandine. Esos papeles no existen. El antiguo administrador me dejó todo y nunca hubo una herencia para ti.

Amandine vio a Jean Luc por primera vez como era de verdad. Había aceptado ser el administrador y hombre de leyes de William, ¿solo para eso? Solo para encontrar la forma de vengarse de ella si no se convertía en su amante. El odio que había en sus ojos era tan intenso que Amandine se encogió a punto de caer de rodillas en el suelo.

—Existen, mentís ambos. William me cedió Mandeville y la tutoría de Robert. No permitiré que entre en un monasterio por tu capricho.

Iré ante el rey Ricardo si hace falta para que cumpláis la palabra de vuestro padre.

—¡Hazlo si quieres! —respondió él con una sonrisa. Se levantó del estrado y avanzó hasta ella—. Ricardo está demasiado ocupado reuniendo a los nobles para su cruzada a Tierra Santa. Y su madre no puede ordenar a un conde que ceda sus posesiones a una triste viuda y al hijo menor de un muerto.

Amandine se vio atrapada, Jean Luc rehuyó su mirada y observó las llamas del gran salón, los restos de decenas de manuscritos se quemaban sin remisión. Allí había terminado el legado de William, pasto de las llamas. Se preguntó si habría sido el mismo Jean Luc quien había quemado las últimas voluntades de William. Traidor. Entró en la casa de Mandeville para hundir a Amandine, solo por eso. ¿Era digna de tal venganza? Los ojos del que fue su amigo decían que sí, la satisfacción de su mirada enloquecida lo decía todo.

—Está bien, siete días, hasta la fiesta de la cosecha, después me iré. Al menos, dejad que Robert se quede conmigo en el castillo esos días para llorar a su padre.

—Te lo concedo, Amandine, en respeto a mi padre. Los sirvientes vigilarán que no te llevas nada que pertenece a la familia.

Amandine tendió sus brazos a Robert, que enseguida acudió a ella, y ambos se fueron del gran salón. El hijo de William, el nuevo conde, partiría a la corte a recibir su título de manos del rey Ricardo antes de que se fuera a sus cruzadas y su lucha contra los infieles. Amandine deseó que se llevara al nuevo conde de Essex a Tierra Santa y se perdiera entre los sarracenos.

Anne apareció al segundo día, envuelta en una gruesa capa color burdeos, su color preferido. Amandine sabía que iría a verla, si no por ella misma, enviada por su esposo y el príncipe Juan para ver cuál era su situación. Al momento de entrar en la biblioteca, Amandine se olvidó de aquellos malos pensamientos, Anne corrió por la enorme sala para abrazarse ambas. Era la única amiga que se había mantenido fiel a ella en todo momento, en cada situación.

—Lo siento mucho, Amandine. Sé que lo apreciabas. William era un buen hombre.

Se sentaron bajo la exigua luz que el día nublado arrojaba contra las altas ventanas. Amandine suspiró, no quería llorar de nuevo, tenía que pensar qué haría con su vida.

—Era el mejor de los hombres, Anne. Me trató como nadie lo había hecho hasta ahora, con respeto, escuchaba mis opiniones y me dio todo esto, a mí, a una mujer criada en una taberna.

—¿Llegaste a amarlo, Amandine?

Anne era así, tan directa y fulminante como el rayo en una tormenta.

—Sí, como a un padre o a un hermano, tenía todo mi cariño e intenté que fuera feliz. —Detuvo su voz cuando Anne intentó seguir preguntando—. Nunca, Anne. No me tocó jamás; creo que, aunque no lo confesara, amaba a su amante, una mujer mayor que vive en la aldea, una viuda como él, que conoció a la antigua condesa.

Ambas callaron, sabedoras de que aquello podía dar al hijo de William la razón y quitarle incluso el título de condesa. Anne se revolvió dejando a la vista su ya avanzado estado.

—¡Cómo ha crecido! —se asombró Amandine al tocar el vientre de su amiga.

—Nacerá en invierno —suspiró Anne—. Siento que el hijo tuyo y de Broderick…

—Supongo que tenía que ser así, lo perdí sin remedio, puede que fuera mejor, Broderick jamás volvió a pesar de jurarlo. Yo no le interesaba, ni ese niño.

Anne se apartó de Amandine. Cada día que pasaba, el secreto que guardaba le quemaba el corazón. No sería la primera vez que una mujer moría en el parto, podría ocurrirle a ella, y Amandine pensaría siempre que Broderick la abandonó. No, no podía seguir conservando ese secreto.

—Amandine, él sí volvió.

Amandine, que hasta ese momento había estado adormecida por la pena, la desolación por perder a William, por tener que comenzar su vida de nuevo, por el destino que sufriría Robert y que no podía evitar…, se levantó de su butaca.

—¿Qué dices, Anne?

—Pensé que era mejor que te casaras con lord William, él podía protegerte, darte una vida mejor. Broderick no había vuelto, estabas embarazada…

—Anne, cuéntame por qué dices que Broderick volvió.

El tono de Amandine le heló la sangre, sus ojos grises llameaban de curiosidad e ira.

—Me contó que su padre estuvo enfermo y tuvo que quedarse a su lado en Escocia, por eso se retrasó. ¡Oh, Amandine!, apareció el día de tu boda con lord William. No le dejé irrumpir en la capilla. Estaba fuera de sí, sabes que es un demonio, se volvió loco al saber que te casabas; solo ese amigo suyo, Angus, fue capaz de detenerlo. Lo hubieran prendido los soldados de Ricardo en cuanto lo vieran, ¿no te das cuenta, Amandine?

—Decidiste mi destino y el suyo, Anne.

Anne se sentó de nuevo, nunca había tenido tan claro el pensamiento de que había cambiado el sino de dos personas por una única decisión.

—Creí que era lo mejor para ti. Te quiero como a una hermana.

Amandine se giró hacia el ventanal; más allá de la pradera, las mujeres ataban sus fardos de tela para la cosecha, se hacían grandes torres de grano, y los hombres salían de caza a los bosques para prepararse para el invierno. Todo seguía igual en el mundo, menos ella. Ahora sabía que Broderick fue en su busca, que cumplió su promesa, que la amaba igual que ella a él. Un negro pensamiento nubló su mente. Broderick pensaría que se casaba con William contenta, alegre de ser su esposa y no como fruto de la obligación de salvar a su hijo, protegerlo del príncipe.

—Por favor, Amandine, te lo suplico, perdóname.

—Anne, supongo que lo hiciste para protegerme, la culpa es mía, dudé de él. Broderick estuvo ahí, en la capilla, lo sé. En cuanto juré mis votos, vi a un hombre al final de la nave, pensé que fue una ilusión tonta.

—Ahora eres libre, tal vez podrías…

—Se ha casado, me lo dijo Juan en el baile.

—Prometido, no casado. Recuerda que estaba a tu lado.

Una idea loca, tonta, estúpida e inalcanzable surgió de su mente: ir a Escocia, buscar a Broderick e impedir que se casara.

En ese momento, Yvette entró en la biblioteca y, sin decir nada, solo esa sonrisa maliciosa, se sentó en una silla. Anne asistió perpleja a tal descortesía.

—¡Oh, sí! Son órdenes del nuevo conde de Essex, el hijo de William debe espiarme en mi propio hogar y utiliza a sus acólitos, Jean Luc e Yvette.

Anne sonrió y se inclinó como pudo con su enorme tripa hacia el oído de Amandine.

—Nos desharemos de ellos. Tal vez, y es una idea muy absurda, pueda ayudarte a escapar de Londres, si es que quisieras, claro. Piensa que no pueden vencernos en el «juego de damas», somos las mejores.

—Leonor se enfurecerá.

—¡Amandine! No creí que eso te hubiera preocupado nunca —rio Anne—. Ve a por él, querida amiga, ¿qué puedes perder ya?

Las dos levantaron la cabeza al sentir a Yvette acercarse a ellas para escuchar.

—Te prometo, Yvette Frasone, que si te acercas a mí de nuevo, te meteré el puño en la boca, aunque estés embarazada.

Anne rio al ver la cara desencajada de aquella mujer. Amandine volvía a estar llena de vida y no había olvidado quien era. Merecería la pena perderla por ver cómo renacía de sus propias desgracias.

Capítulo XXIX

—¡Amandine! ¡No podía creerlo cuando me dijeron que la condesa viuda de Essex estaba a las puertas del salón del trono!

Leonor seguía igual, algo más envejecida, gobernar Inglaterra no era fácil. En unos días, Ricardo, su hijo mayor y predilecto, saldría en busca de aventuras hacia Antioquía, una misión peligrosa en los territorios santos en manos musulmanas.

—Vengo a pediros algo, y lo sabéis, Leonor.

Sonrió y, por un instante, Amandine recordó los días en la abadía: Leonor le había dado una nueva vida, le había enseñado a soñar y todo cuanto podía aprender.

—Pide, Amandine, salvaste a la entonces prometida de Ricardo.

—Y a él, de la perfidia de vuestro hijo pequeño —suspiró resignada—. Es mi padre, al fin y al cabo.

—Lo es. ¿Qué quieres, Amandine? ¿Que te reconozca ante la corte? Lo hará; ahora que tendrá sus propios herederos, no existe el peligro, todos saben que ya no ocupará el trono una hija…

Que Leonor reconociera aquello por primera vez hizo que Amandine sintiera deseos de exclamar de alegría o llorar de pena por todos aquellos años perdidos.

—… bastarda. ¿No recordáis, mi reina? Es algo imposible. Los de Aquitania no reconocen a sus bastardos.

Leonor rio. Adoraba a su nieta; siempre supo que, si el destino de Amandine hubiera sido reinar, lo hubiera hecho con honor y lealtad al pueblo, pero las mujeres no reinaban en Inglaterra, a no ser a través de sus maridos e hijos.

—Haz tu petición, Amandine.

—Me marcho de Inglaterra y me llevo conmigo al hijo menor de William, le juré que cuidaría de él, no permitiré que su hermano

mayor lo enclaustre en un convento. El chico no sería un buen sacerdote.

—Sabía que no podría retenerte después de la muerte de William, por ello, tengo una misión para ti; después, serás libre de irte con mi bendición. Ricardo desea otorgar la libertad a Escocia, en su ausencia no quiere rebeldes… Teme que Escocia crea que somos débiles sin él en Londres y ataquen la frontera, ya se han negado a pagar sus tributos a Inglaterra. En definitiva, Ricardo prefiere que el rey escocés le dé oro para su cruzada en lugar de tener que preocuparse por los escoceses. ¡Cielos, ese pueblo nunca aceptará ser siervo de nadie! —gruñó Leonor—. Negociarás con ellos cuánto están dispuestos a pagar por su libertad.

Amandine suspiró hondo. Leonor, como siempre, ya sabía de sus intenciones y se había preparado para sacar beneficio. No la apoyaría abiertamente, pero la protegería en su misión. Era su oportunidad, tenía algo que no solo podía cambiar por Escocia, sino lo más importante, la libertad de Broderick en sus manos.

—Diez mil escudos estaría bien, pero no saldrán del tesoro escocés, sino del vuestro. Mi esposo me enseñó muchas cosas acerca de la ambición de los hombres y el precio de una nación, y yo sé escuchar, vos me enseñasteis.

Leonor exclamó con una carcajada:

—¿No serán para ti, Amandine? —preguntó con malicia. Se los daría sin dudar, aunque eso significara que no volviera nunca.

—No, para comprar Escocia. Ricardo necesita ese oro para su cruzada, y sé que vos lo tenéis, vuestro hijo no sabe la riqueza que le escondéis en Aquitania, vuestro hogar. Será para romper un compromiso real a cambio de la libertad escocesa, o eso ha de creer Ricardo. Haré que los escoceses crean que uno de ellos es quien entrega el oro… Me lo debéis, Leonor.

—Vas tras ese hombre, Broderick Campbell.

—Vos deberíais saber hasta dónde se puede llegar por amor. Os divorciasteis de un rey para casaros con otro. Me aseguraré de que Ricardo siempre crea que vendió Escocia, al igual que todos. Broderick nunca hablará.

Leonor se incorporó de su trono con la comprensión dibujada en sus ojos. Tal vez sabía antes que Amandine que partiría hacia las Highlands escocesas en busca de Broderick. Otra vez, Amandine creía ser más astuta que la reina y, de nuevo, esta se había anticipado a sus movimientos. Leonor se levantó de su trono con la admiración dibujada en sus ojos.

—Hubieras sido una gran reina, Amandine, descendiente de William el Conquistador, condesa y nieta de reyes, princesa de Inglaterra.

Amandine sonrió con amargura, se acercó a la reina y puso las manos sobre las ya ajadas de Leonor. Sintió cada arruga en ellas, cada marca que había dejado el largo camino al tratar de imponerse a los hombres y el poder. No deseaba eso para ella, no quería la carga que Leonor portaba, no se sentía capaz de decidir el destino de miles de almas, ni tampoco lo deseaba.

—No quiero un reino, Leonor, busco solo el valor para encontrar el amor.

La reina le soltó la mano y le acarició la mejilla, Amandine sintió las arrugas de la edad y la frialdad de la sangre aquitana.

—Eres la mejor de todos ellos, de mi descendencia, Amandine. Parte donde seas feliz y vive por mí, por nosotras. Yo no nací para amar, sino para…

En ese instante, las puertas se abrieron para dejar paso al rey de Inglaterra: Ricardo entró, rodeado como siempre del aura que lo acompañaba en cualquier circunstancia. Las dos se separaron de forma abrupta, poco acostumbradas a los gestos de cariño entre ellas.

—Amandine, una de mis damas te acompañará a por tu regalo —ordenó la reina—. Y recuerda que me llevas contigo en el alma.

—Gracias, Leonor.

Ricardo frunció el ceño, en cada ocasión que su madre hablaba de un regalo, de una u otra forma, él siempre salía perdiendo. Amandine hizo una reverencia ante el rey, él ignoraba la mayoría de las veces su presencia, como si solo hablarle significara que reconocía la maldad que cometió con ella y su madre. Se preguntó si

los errores que cometió Ricardo le llevaban a purgar sus pecados combatiendo en Tierra Santa por una fe en la que poco creía.

En el último instante, al pasar junto al que era su padre, lo miró.

—Sé, majestad, que partís a las cruzadas, espero que el cielo os proteja. Volved sano, Inglaterra os necesitará.

Ricardo detuvo su avance con la mano e hizo que Amandine se girara.

—Amandine, yo espero que algún día me perdones. Amé a tu madre, pero no tanto como para abandonar mi vida guerrera. Estoy orgulloso de saber que una parte de mí, tan valerosa y leal, camina por el mundo.

Amandine miró sus ojos, tan iguales a los suyos y a la vez tan diferentes, cargados de pesar y dolor. Ni siquiera un rey tenía derecho a ser feliz.

—Os perdoné hace tiempo, majestad. La muchacha que una vez fui os odió mucho, durante años, pero la mujer que tenéis ante vos os agradece que fuerais el amigo más fiel de mi esposo. William os adoraba.

—Supe siempre que estarías bien con él, que te cuidaría y respetaría —susurró.

Así que, al final, había sido Ricardo quien propuso su matrimonio con lord William y no Leonor como siempre supuso.

—Cuidaos, mi rey, mirad siempre hacia vuestras espaldas y con firmeza al enemigo.

Ricardo inclinó la cabeza y dio un paso adelante. La abrazó por un breve instante a modo de despedida, a pesar de que no sabía que cuando volviera de sus cruzadas, ella ya no estaría en Londres.

Salió de aquel salón del trono y suspiró aliviada: al fin se había reconciliado con ella misma al perdonar a Leonor y a su rey. Y tenía un plan.

No esperaba haberse deshecho de Yvette con tan solo una amenaza, pero nunca pensó que tomaría el relevo Jean Luc, como una sombra tras ella por los corredores del castillo de Mandeville.

Fue a ver a Robert a sus aposentos, apenas salía de ellos, ante el futuro que le esperaba. Llamó a su puerta y escuchó como Robert se movía por la estancia de forma apresurada. Abrió con la idea de sorprenderlo y vio como el muchacho escondía en el arcón su espada y varias capas.

—No deberías haber entrado sin que te diera permiso.

Amandine negó con la cabeza; Robert, desde la noticia de que su hermano lo obligaría a tomar los hábitos, estaba huraño y distante.

—Lo sé, pero algo tramas y me gustaría saberlo.

Robert dudó un instante mientras continuaba guardando cosas en una bolsa de tela con furia.

—Me voy, huiré antes de que mi hermano me obligue a entrar en un monasterio.

Se acercó a su hijastro y le cogió la mano.

—Para, Robert, por favor, ¿dónde irás? Tu padre me pidió que te ayudara a convertirte en caballero, que cuidara de ti.

—¡Solo eres una mujer! —gritó con rabia—. Me escaparé con los ejércitos de Ricardo, iré a las cruzadas con mi rey.

Amandine vio las lágrimas en sus ojos, ella también echaba de menos a William.

—Puede que sea solo una mujer… —susurró, consciente de que Jean Luc o sus espías estarían cerca—, pero voy a huir, lejos, a Escocia. Si no quieres acabar en ese monasterio, ven conmigo, en cuanto Ricardo te vea entre sus hombres, te mandará de nuevo a casa.

—¿A Escocia?

—A las Highlands, Robert. —Una luz se iluminó en los ojos del chico, tan parecido a William que Amandine sonrió. Su querido amigo viviría siempre en aquel muchacho que era como un hijo para ella—. ¿Qué dices, Robert? ¿Vienes conmigo o prefieres que te rasuren la cabeza?

—¡Por todos los cielos! Sí, Amandine. Pero ¿cómo escaparemos de aquí?

—Tenemos el permiso de la reina, aunque no puede enfrentarse a tu hermano de forma abierta sin que los nobles se rebelen. Anne

nos sacará de Londres. Y, Robert, nunca subestimes el poder de una mujer.

Y lo hizo, Anne preparó los caballos, una pequeña guarnición de hombres de parte de la reina Leonor, y Jean Luc y su esposa fueron invitados a Windsor. Tan soberbios, descuidaron su guardia de Amandine y Robert solo por acudir ante la reina. Amandine deseó que algún día sus antiguos amigos encontraran el fin que les esperaba a los traidores. Todos los sirvientes de Mandeville los ayudaron en su escapada; para cuando el nuevo conde de Essex se enterase de que Amandine se había llevado a Robert, sería demasiado tarde. Cumpliría la promesa hecha a William y Robert sería caballero.

Se despidieron de Anne en el molino abandonado, en el límite de las tierras de los Mandeville, al amanecer.

—Anne, ¿estarás bien con Hugh y el príncipe Juan rondando alrededor?

Anne sonrió con su altanería habitual.

—Este hijo me dará poder sobre Hugh, tendré tantos que un día yo gobernaré su condado, y, en caso de que fracase, Leonor siempre cuidará de mí, más le vale, tengo tantos secretos suyos que se guardará de que nada me ocurra. Además, sabes que no sabría vivir sin las intrigas de la corte y sin servir a mi reina. ¿Y vosotros? ¿Qué será de ambos sin dinero y perseguidos en Inglaterra? El nuevo conde de Essex os perseguirá, el príncipe es amigo suyo y sospechará que Leonor trama algo…

—No nos cogerán, iremos directamente a las tierras de los Campbell.

—Si Broderick se ha casado… o ama a su prometida…

—Tenemos inteligencia y dos manos, trabajaremos.

Robert vio como ambas se abrazaban y luchó contra la idea de unirse a ellas, ahora era un hombre que no debía dejarse llevar por las emociones.

—Bueno, tal vez esto ayude.

Las dos mujeres se separaron por la curiosidad. Robert señaló un bulto enorme bajo sus alforjas.

—Sé que el oro que lleva Amandine es para comprar Escocia, así que me traje parte del que padre guardaba en Mandeville. Ese idiota de Jean Luc no cambió los cerrojos de los cofres ni la llave de la torre donde estaban escondidos.

Amandine se llevó las manos al rostro, ahora sí que los perseguirían sin descanso. ¿Y qué sería de Jean Luc e Yvette cuando el hermano de Robert descubriera que su oro ya no estaba? Tal vez era justo castigo por su traición, aquel oro era de Robert al fin y al cabo, era un Mandeville y le pertenecía por derecho propio.

Emprendieron la marcha desde las afueras de Londres, la claridad despuntaba sobre los tejados de la ciudad. Amandine se despidió para siempre de aquella ciudad vibrante y de las lejanas torres color rojo del castillo de Windsor. Mandeville quedaría en sus recuerdos, al igual que William; pasara lo que pasara, nunca volvería.

Capítulo XXX

Broderick observó desde las almenas a su clan despertar. Eran su familia, su destino, su responsabilidad. Debía asegurar su legado para que el nombre de los Campbell perviviera en las Highlands. Se apoyó en las murallas de piedra ennegrecida por las lluvias y la nieve y dejó que el viento azotara su rostro como si fuera la última vez que era libre de elegir su destino y el de su gente.

—Estabas aquí, Broderick.

Su amigo Angus se acercó a él y observó lo mismo que él mientras el sol arañaba las copas de los árboles y tocaba los tejados de las casas en la aldea, más allá de la muralla.

—A esta hora parecemos incluso gente apacible —rio Angus.

—En realidad lo somos, o eso creo.

Angus vio la oscuridad que se adueñaba de los ojos de su amigo y *laird* de los Campbell. A Broderick no le gustó nunca que lo obligasen a nada y ahora se veía abocado a las órdenes de su rey. Debía casarse con la prima del monarca, un compromiso que había retrasado varias veces. Antes de conocer a aquella muchacha en Londres, lo aceptaba, no de buena gana, pero no le importaba unir su destino al de una u otra mujer en favor de su clan. Cuando fueron a buscarla y ella se estaba casando, fue la primera vez que vio a Broderick desolado. Siempre fue solitario, huraño, la gente lo temía por su gesto adusto y su carácter sobrio, el «demonio» lo llamaban los ingleses, ya que ningún escocés se hubiera atrevido a hacerlo, y la muchacha francesa, Amandine, había cambiado todo eso en apenas unas semanas. Broderick incluso estuvo a punto de romper su compromiso con la prima del rey, *lady* Beatrice, para llevarse con él a Amandine. Hasta que la vio en aquella capilla, de la mano de otro hombre, y volvió el más temible Campbell. Había pospuesto una decena de veces su boda inevitable; si no quería

deshonrar su palabra ante el rey, tendría que casarse con ella tras la fiesta de la cosecha, en Stirling y ante el rey William.

—¿Cuándo partimos hacia Stirling?

—Mañana mismo, no tiene sentido que enfade más al rey; ya está todo hecho, ningún escocés pagará tributos a Inglaterra, aunque nos lleve a la guerra.

Angus se resignó a que Broderick no dijera nada más. En ese instante, uno de los guardias subió casi sin respiración a las almenas.

—¿Qué ocurre, Ewan?

—Son los Buchannan, Broderick, afirman que un pequeño ejército inglés ha atravesado sus tierras y se dirigen a nuestro territorio.

—¿Ingleses? ¿Aquí en Escocia? —preguntó intrigado.

—Tal vez vienen a reclamar que, de una vez por todas, William rinda homenaje al rey inglés.

Broderick frunció el ceño. Entonces, ¿por qué venían a tierras Campbell y no se dirigían a Edimburgo o Stirling en busca del rey? De una u otra forma, tendría que saber qué llevaba a los ingleses a invadir territorio Campbell. Una sonrisa se dibujó en su rostro, tal vez podía retrasar unos días más su boda con *lady* Beatrice. Respiró hondo, enfadado consigo mismo, ¿algún día podría olvidar a Amandine y aceptar que no era para él? Sabía en lo más hondo de su pecho que era por ella, que cada día se levantaba con la imagen de su sonrisa y la de aquel vestido blanco en aquella capilla. Tonto, estúpido, un hombre, un guerrero, hecho de cicatrices y hierro, y ella se había metido bajo su piel y sus huesos como si estuviera hecho de frágiles ropajes.

—Está bien, vamos a ver por qué están tan alarmados los Buchannan; ya los conocéis, probablemente sea algún inglés en misión del rey.

Sus hombres asintieron, estaban preparados para partir, así que un rodeo hacia el sur, en lugar del este, no les llevaría más de dos días.

Capítulo XXXI

Amandine se situó sobre la colina al caer la noche, volvió a ver aquel fuego en la distancia, el destello de las llamas entre la oscuridad de los bosques. Sabía que los perseguían desde hacía días sin descanso, en un día o dos les darían alcance. Mandeville habría recurrido al príncipe Juan para darles caza, y si Juan sabía cuál era su propósito final, dar la libertad a Escocia a cambio de oro, iban no solo a cazarlos, sino a asesinarlos a todos. Por ello, había mandado de vuelta a los soldados de Leonor la tarde anterior por otra ruta; no solo serviría para despistar a sus perseguidores, sino para que la reina madre no se viera involucrada en sus planes. Llevaban con ellos los escudos para comprar al rey y la libertad de Broderick y todo lo que Robert reunió en Mandeville.

Pretendía ver antes a Broderick para comprobar que mantenía su palabra y su amor. Si no fuera así, ella y Robert se perderían en las Highlands para empezar una nueva vida y nadie sabría de aquella huida, pero antes tenían que despistar a sus perseguidores. Frunció el ceño, molesta, cuando aquel resplandor en la lejanía se apagó.

—Vamos, Robert, tenemos que ponernos en marcha.

—¿Crees que los escoceses con los que nos cruzamos ayer volverán? —preguntó el muchacho preocupado.

—Temo más a los que nos siguen desde la frontera. Si no molestamos a los clanes, nos dejarán pasar por sus tierras, ahora no tenemos ejército que los asuste.

—Ni defensa, Amandine.

Se encogió de hombros, resignada. ¿Sería su destino y el de Robert morir en esas tierras?

Comenzó a amar aquellas tierras inhóspitas desde que traspasaron las fronteras, interminables amaneceres sobre las copas de los árboles, extensiones de hierba salpicadas del color de las flores,

cañadas cuajadas de riachuelos que bajaban de las montañas salpicadas de grandes rocas. Divisaron en la distancia pequeñas granjas de piedra y tejado de paja a las que no quisieron acercarse. Llegaron a oscuros lagos de lecho de turba y orillas de pinos que parecían crecer sobre el agua. Amandine sacaba su daga de las altas botas y deslizaba el cuchillo por la tela de su pantalón como si así se sintiera más segura ante aquellos paisajes desconocidos ¿Quién los encontraría allí? Solo aquellos que los seguían sin descanso. Robert y ella se miraban en silencio ante aquellos parajes increíbles; los escoceses podían ser salvajes, pero qué les quedaba sino adaptarse a aquella naturaleza y los animales que los rodeaban. Por fortuna, el invierno se retrasaba, si no, ambos habrían perecido ante las primeras nevadas con los cascos de sus caballos hundidos en la nieve.

Sus monturas fueron al paso, entre la hojarasca rojiza del suelo y las ramas caídas, por el camino entre el bosque. Robert lo oyó primero e hizo una imperceptible señal con la cabeza a Amandine. Ambos se prepararon, había alguien en el bosque y los observaba al acecho. Alcanzaron un claro. Amandine, con sus cuchillos cerca de las manos y el carcaj lleno de flechas, solo tenía que deslizar la cuerda sobre el pecho para empezar a tirar. Robert llevaba su espada envainada a la izquierda, dispuesto a sacar su filo en cuanto supieran si eran amigos o enemigos quienes los acechaban. Se miraron al divisar un río de fuerte corriente que podía proteger sus espaldas y desmontaron con rapidez, su vida dependía de las intenciones de quienes los rondaban y el número de atacantes. Amandine mantuvo su capucha sobre los ojos, si veían que era una mujer, podría enardecer las malas intenciones de sus enemigos. Aparecieron a pie, dos hombres por cada lado; llegaron primero a Robert, que desenvainó, debieron sorprenderse al ver que iba armado y lo acosaron con sus espadas en alto. Amandine vio una sombra emerger de los árboles y después otra, el hombre que corrió hacia su posición iba encapuchado como ella, su espada en alto, seguido de otro que portaba un hacha. Amandine lanzó su cuchillo al que iba detrás, a la suficiente distancia para alcanzarlo. La hoja impactó en su pierna con un grito de dolor y detuvo su carrera; sin

embargo, el primer hombre llegó hasta ella. Amandine recordó cada lección de Robert sin dejar de observar cómo se defendía de los dos hombres como si fuera un experto guerrero, William estaría orgulloso de su hijo menor. Algún día sería un buen hombre y guerrero, si conseguían sobrevivir.

Un jadeo alertó a Amandine, cuando el hombre que la atacaba hizo retroceder su muñeca para conseguir hacer un arco y golpear con su *claymore.* Sabía que no tenía oportunidad alguna contra aquella pesada arma de *highlander*. Recordó al jefe de la guardia de Mandeville y cómo el guerrero le decía que aprovechara su baja estatura y agilidad. La última zancada, la de asestar el golpe final, se dibujó ante sus ojos y Amandine cogió fuerzas para darle una patada a su atacante en la pierna en que se apoyaba a la vez que se agachaba tanto que su trasero tocó el suelo. Aquel escocés cayó hacia un lado, emitió un gemido de sorpresa a la par que Amandine gritaba de dolor al sentir su pierna como si hubiera golpeado a un jabalí con ella. Aprovechó su ventaja cuando él se levantaba y lo empujó contra un árbol. Sintió aquellas férreas piernas alrededor de las suyas, el golpe de esa espalda contra el tronco del árbol, y sacó el cuchillo que le quedaba para amenazar la garganta de ese gigante.

—¡Por todos los cielos! —susurró él.

Amandine reconoció aquella postura: no hacía ni un año, ambos estaban en la misma situación, solo que esta vez no le haría perder su daga con un solo movimiento; protegió su muñeca contra ese torso que tanto añoraba.

—Diles que dejen a Robert —susurró contra aquella oreja mientras su familiar olor le traía tantos recuerdos. Madera, bosque, olor a mar y hiedra fresca.

—¡Apartaos! ¡Dejad al chico!

Amandine volvió la vista atrás y vio como los dos guerreros se apartaban de Robert y corrían a socorrer a su compañero herido por el cuchillo en el suelo. Sabía que estaba bien, no había apuntado a su corazón o garganta, solo tendría una desagradable herida en la pierna.

—Amandine de Tours, la que es amada.

Broderick ignoró la hoja contra su cuello y con la otra mano le quitó la capucha a Amandine. Ella sonrió. La había reconocido al instante, si él hubiera querido, sería ella quien estaría cercada contra aquel árbol.

—Broderick Campbell, tienes una extraña forma de recibir a tus invitados.

Se miraron a los ojos, verde y gris tormenta, colores de Escocia.

No podía creerlo, tal vez era un engaño de los *kelpies* del lago y Amandine no estaba allí, había oído de hombres que anhelaban tanto algo que la realidad se confundía con los sueños.

—Amandine, ¿eres real?

Escuchó su risa y supo que era ella, nada de alucinaciones ni engaños. ¡Cuánto había echado de menos su risa!

—¡Eh! ¡Angus, suelta a Robert! —gritó al fiel amigo de Broderick.

—¿Amandine? ¡Creí que Broderick se había vuelto loco y le había vencido un muchachillo escuálido!

—¿Escuálido? ¡Me ha herido! —gritó Brannagan, uno de los soldados que había conocido en Windsor con Broderick y Angus. Saw era el otro escocés que los acompañaba.

—¿Quién es, Amandine? —preguntó Broderick intrigado al ver que el muchacho se situaba junto a ella de forma protectora en cuanto lo soltaron sus hombres.

—Es mi hijastro, el hermano menor del conde de Essex. William ha muerto y ahora viene conmigo.

Amandine reconoció aquella mirada, tras aquellos rudos rasgos la esperanza iluminó el semblante de Broderick para morir en un instante. Estaba comprometido, y con la prima del rey, un compromiso que lo ataba tanto como si ya estuviera casado.

—¿Qué haces aquí, en Escocia, Amandine?

Ahí estaba, el rencor nubló la mirada de Broderick, y Amandine reconoció aquel gusano negro que se deslizaba en los ojos de los hombres hasta arrancar sus almas. Había estado allí, Broderick había visto cómo se había casado, cómo sonreía para los demás mientras ella se moría por dentro, había contemplado su suntuosa boda con el conde de Essex, como si ella siempre lo hubiera deseado.

¿Quedaría algo de Brodie en aquel hombre que la observaba con desconfianza? Había una esperanza, tenía que haberla para ambos.

—Leonor quiere algo de vuestro rey.

Broderick soltó todo el aire que su amplio torso contenía; era eso, solo una misión llevaba a Amandine a Escocia.

—El rey William no atenderá a razones, no se arrodillará de nuevo ante un rey inglés.

—Brodie, deja que sea él quien decida, necesito que me ayudes. Llévame ante él, si no, jamás me recibirá. Se ha negado a ver a los otros enviados de Leonor.

¡Por todos los cielos! Broderick no había cambiado un ápice; su sola presencia tan cerca, su postura atrevida y su arrogante mirada… Seguía atrayéndola hacia él con fuerza. Aún más si cabía, con la madurez de quien ha conocido su cuerpo y el amor entre sus brazos. Amandine vio cómo apretaba los puños en torno a la empuñadura de su espada, solo esperaba que Broderick se contuviera y no mandara encarcelarlos a Robert y a ella. Durante todo el camino, aquellos días había pensado la mejor manera de abordar a Broderick, decirle que lo amaba, que habían desperdiciado el tiempo a causa del engaño de otros, y esperaba que aquella fuera la mejor manera de comprobar si él sentía lo mismo. Necesitaba pasar tiempo a su lado; si Broderick no la amaba, lo aceptaría, dejaría que se casara con su prometida y se daría la vuelta sin mirar atrás.

—Está bien, Amandine, íbamos hacia Stirling cuando nos dijeron que unos locos ingleses habían entrado en tierras escocesas. ¿Dónde están los soldados que os acompañaban?

—Los mandé regresar a Inglaterra, nos persigue el hermano de Robert, el hijo mayor de mi esposo.

Aquella palabra quemó en su pecho, «esposo».

—¿Qué haría a un grupo de ingleses atravesar la frontera?

—Me he escapado con Amandine —replicó Robert con valentía.

Amandine sonrió orgullosa. Nadie podía saber que llevaban tal cantidad de oro que el hermano de Robert mataría por ello.

—No sé por qué, pero no me extraña que estéis metidos en un lío.

Amandine suspiró cuando Broderick ordenó a sus hombres que recuperaran sus caballos y partieran todos juntos cuanto antes. Lo observó caminar enfadado y el corazón le golpeó con fuerza el pecho. Quizá el escocés no había cambiado tanto.

Capítulo XXXII

—¿Dónde está mi oro?

El bramido del nuevo conde de Essex se oyó por todo Mandeville. Los criados se ocultaron tras las puertas y los perros de caza se alejaron del interior de la casa. Jean Luc estaba lívido, no había previsto que Amandine escapara del castillo, y menos aún con el hermano menor y todo el oro del conde.

—¡Os dije que vigilarais a ambos y os vais a una audiencia con la reina en Windsor!

Las risas de Hugh de Norfolk y del príncipe Juan hicieron eco en sus oídos. Había partido con ellos de caza para celebrar que Ricardo le había legado el título de su padre, y al regresar tras una noche en la taberna de la aldea, se había encontrado con que su hermano había huido y la muchacha le había robado su oro. Aquel inútil francés no había ni siquiera cambiado los cerrojos de los cofres ni había cerrado con llave la celda donde estaban.

—No ha podido huir sola, George, alguien ha ayudado a Amandine —interrumpió el príncipe—. Hugh, ¿acaso sabes dónde está tu esposa? Tal vez sea ella quien los haya ayudado, ella y la reina, sin duda.

Juan intentaba disimular su decepción, se había prestado a acudir a Mandeville en cuanto supo de la muerte del esposo de Amandine; ahora estaba sola, desprotegida, una vez más. Y una vez más se había escapado de él como una anguila de las redes que le tendía. Sabía que ella había estado tras la milagrosa salvación de la prometida de su hermano, de la forma en que su madre lo espiaba, de cómo Ricardo lo despreciaba. Maldita muchacha.

—Lord Mandeville, nosotros no tenemos nada que ver con la desaparición de su oro —se atrevió a decir Jean Luc—. Mi esposa y yo fuimos engañados, su padre…

—¿Mi padre? Era un incauto, ¿no es cierto que conocíais a Amandine antes de venir aquí? ¿O es una mentira?

Jean Luc comenzó a temblar ante aquellos hombres sin escrúpulos.

—Es cierto, pero…

—Vosotros, tu mujer y tú, me habéis traicionado y robado.

—Llévalos ante el obispo de Clancy, ahora él es la ley en ausencia del padre de Mandeville —instigó Hugh, deseoso de un buen espectáculo. Tal vez los ahorcaran al caer el día.

—Os lo suplico, milord, mi mujer está embarazada.

Jean Luc olvidó su orgullo, tan alimentado durante aquellos meses, para caer de rodillas ante el conde. Los sollozos de Yvette le llenaban los oídos.

—Será el obispo quien os juzgue. Me llevo a mis hombres tras mi hermano y esa zorra, recuperaré mi oro, aunque tenga que llegar hasta el fin del mundo.

Juan sonrió, tal vez, al fin Amandine encontraría la muerte después de todo. Desde luego, él esperaría en la corte sin mancharse las manos, para que después su querida madre no pudiera culparlo. Magnánimo, se acercó al hombre de rodillas y puso la mano sobre su cabeza como si fuera un monarca ante su súbdito.

—No somos unos salvajes, francés, dejaremos que tu mujer tenga al niño y después la ahorcaremos.

Capítulo XXXIII

Amandine montaba tras Broderick y Angus, a la par que Robert. No se le escapaba la mirada de admiración que dirigía a los guerreros Campbell, y en especial a su *laird*. Recordó los buenos momentos tras las cenas en el salón de Mandeville, sentada entre William y Robert, las largas conversaciones en que ambos se reían cuando ella les contaba cosas que le habían ocurrido en la taberna. De alguna forma, añoraba aquellos pocos meses; aunque la desgracia asoló su vida, Amandine había contenido todo en una pequeña caja en su corazón, como el amor por Brodie. Ahora que lo tenía tan cerca, sus manos ansiaban tocarlo, sus labios besarlo, su alma fundirse con la suya y derrumbarse entre sus brazos. Recordó a Anne: «Paciencia», decía, «como la uva y el vino, todo ha de hacerse de forma cuidadosa y lenta, cada cosa a su tiempo; si no, corre el riesgo de agriarse».

—Acamparemos aquí —ordenó Brodie.

Amandine estaba tan inmersa en sus pensamientos que estuvo a punto de chocar con él; a sus espaldas, Brannagan y Saw casi lo hacen con ella. La miraron con cierto reproche, sobre todo Brannagan, que, en cada ocasión que ella lo miraba, se llevaba la mano a la herida de la pierna.

—¿Crees que los hemos despistado? —preguntó Robert.

—No sé qué los lleva a arriesgarse tan lejos de la frontera, pero creo que les llevamos un día de ventaja. Os han perseguido durante millas, supongo que intentarán recortar la distancia en la noche, hoy hay luna llena.

Amandine miró fijamente a Brodie, sin comprender por qué entonces no seguían ellos también cabalgando hacia el norte.

—Mañana estarán agotados y no podrán alcanzarnos. —Angus se apiadó de Amandine y su expresión confusa—. Va a llover, eso los

retrasará horas en mitad de la noche. Es la *uisge trom.*

Amandine y Robert miraron al cielo anaranjado sin rastro de nubes y encogieron los hombros, tal vez había alguna señal de lluvia que ellos no acertaban a comprender, y más si tenían un nombre para ello. Por si acaso, Amandine llenó de mantas los brazos de Robert para que se cubriera aquella noche.

—Lo que vosotros llamáis aguacero —les dijo Saw con una sonrisa.

—Deberías haber guardado más mantas para ti —soltó Broderick al pasar. Era muy difícil soportar la indiferencia con que él la trataba. Lo echaba de menos.

Una vez que hubieron montado unas tiendas entre los árboles con sus tartanes, Amandine fue en busca de Broderick. Lo encontró junto a la hoguera, afilaba su adorada daga con los ojos perdidos entre las llamas. Anochecía, y el reflejo del fuego en sus ojos lo hacía parecer el demonio que siempre decían que era.

No esperó a ser invitada a sentarse, sino que lo hizo a su lado, con el corazón a punto de salir de su pecho. Intentó serenarse y le tocó la pierna para llamar su atención.

Broderick se giró hacia ella aún inmerso en la concentración de sus pensamientos.

—¿Por qué os persiguen realmente? ¿Qué os habéis llevado de Inglaterra?

Amandine tomó aire con fuerza.

—El oro que había en el castillo Mandeville. Robert actuó sin pensar y se lo llevó. William se lo había legado, al igual que el castillo, y su hermano mayor se lo quiso arrebatar llevándolo a un monasterio.

Broderick alzó la ceja, incrédulo.

—Ingleses —dijo con ironía.

Amandine miró alrededor, Robert estaba con Angus y los otros, más alejados, organizando la guardia de aquella noche, bromeaban con el muchacho, que parecía sentirse feliz. Sabía que había llegado el momento de hablar con Broderick.

—¿Y tú, Broderick, por qué marchas a Stirling?

—A casarme con la prima del rey.

Fue doloroso oírlo de sus labios, de los mismos que ansiaba besar.

—¿Amas a esa mujer? —Broderick guardó la daga en su cinturón y se negó a mirar sus ojos—. Sé que estuviste en mi boda. Anne me lo contó hace poco. Creí verte, al final de la capilla, pero pensé que eran imaginaciones mías.

—Te vi, preciosa y alegre, casándote con otro hombre. Volví a buscarte, Amandine, y no me esperaste.

Amandine vio como él se levantaba sin querer hablar más y, decidida, lo siguió; fuera lo que le deparaba aquella conversación, no quería más equívocos ni engaños. Lo alcanzó en lo alto de una colina desde donde se divisaba entre las copas de los árboles todo el valle. El arroyo y el trino tardío de los pájaros era el único sonido ahí arriba, lejos de la vista de los otros.

—Tuve que hacerlo, casarme.

—Nada justifica una traición, tú lo sabes, Amandine. Pensé que me esperarías, estaba convencido cuando todos me decían que me olvidara de ti. Tengo un deber como *laird* de los Campbell, alianzas que cumplir, un compromiso con mi rey. —Broderick se volvió y por primera vez miró a los ojos a Amandine—. ¿Fuiste feliz? ¿Mereció la pena, la fortuna y convertirse en condesa?

Amandine sintió el agarre de sus grandes manos llenas de cicatrices en los brazos y no se resistió. Broderick hablaba con amargura, tal vez había una oportunidad para ambos si aún podía aferrarse así a ella.

—Fue un amigo y un compañero. No lo amaba, no de la forma en que una esposa debería.

Broderick se inclinó hacia ella, algo peligroso y ardiente palpitaba en sus ojos, ¿serían celos? Entonces la atrajo hacia sí y la besó con pasión, se comió cada lugar escondido de ella. Amandine le respondió, tanto tiempo, tantos deseos de encontrarlo, tantos meses, tantas dudas, todo quedó reducido a ese beso. Unas lágrimas gruesas se deslizaron por sus mejillas; su hijo, el de los dos, muerto. El miedo a sus enemigos, la venganza de los amigos y a la vez la leal Anne, siempre ahí, arriesgando su vida por ella. La reina, su padre, todo se centró en sus labios, en recuperar el tiempo

perdido y sumergirse entre los brazos de Brodie como si jamás los hubieran separado las intrigas y los desengaños.

Broderick apretó a Amandine contra su cuerpo con fuerza, como la piedra que sobrevive en el lecho del río y resiste la corriente de sentimientos que ahora sacudía su pecho. Se separó a duras penas, cuando las carcajadas de aquel muchacho niño que iba con Amandine se oyeron en todo el bosque a causa de las bromas de sus hombres.

—Aléjate de mí, condesa.

Dejó que Broderick se fuera colina abajo, tan furioso que tardó en dejarla sola sobre la colina apenas unos segundos. Había sentido la pasión en aquel beso, la misma necesidad que ella, pero Broderick era demasiado leal a sus compromisos y a sentirse traicionado como para dejarse llevar por sus sentimientos.

El aguacero del que hablaba Saw no tardó en aparecer en mitad de la noche. Amandine se sentó entre la hojarasca envuelta en un tartán, la tela sobre ella comenzaba a calarse y hundirse de forma peligrosa sobre su cabeza. A la luz de la luna, observó a Broderick y sus hombres, que no parecían notar nada. Robert, más protegido entre los árboles, dormía de forma profunda a juzgar por sus ronquidos. Brannagan solo era una sombra difusa en la lejanía del bosque mientras montaba guardia. Amandine no quería volver a tumbarse sobre el suelo empapado y se resignó a no seguir dormida. El fuego había muerto y solo quedaban unas ascuas; estaba congelada, sus dientes comenzaron a chasquear de forma abrupta, no podía controlar ese impulso de tiritar sin control. Recordó su vieja buhardilla y el agujero del techado por el que se colaba la nieve en invierno. Sonrió entre convulsiones de frío, qué inocente era entonces, contenta por lo que tenía y siempre ansiando conocer lugares lejanos, como aquel bosque. Helada y empapada.

Comenzó a adormecerse sentada, seguro que iba a morir congelada, cubierta de mantas empapadas, y por un momento se dijo que no estaría tan mal después de todo, se reuniría con su hijo. Solo el ardor de su pecho hizo que se mantuviera con los ojos entreabiertos, no podía rendirse ahora.

En ese momento de debilidad, una sombra a la luz de la luna se agachó sobre ella. Los intensos ojos verde musgo de Broderick chocaron con los suyos y él le rodeó la cintura. La cargó en sus brazos como si fuera solo un amasijo de mantas y ropas mojadas. Se recostó contra su torso, que emanaba calor y su olor. Se dejó llevar mientras la lluvia golpeaba su cabeza con insistencia. Cerró los ojos, atenta a cada latir del corazón que sentía provenir de él. Subió la colina, con ella en brazos, sin el menor resuello, y la oscuridad se hizo a su alrededor. Amandine levantó la cabeza, Broderick había encontrado para ella un lugar seco, una cueva de piedra de apenas unos metros. Preparó en un instante un fuego mientras ella temblaba. No podía dejar de mirarlo cuando él la sentó en el suelo y le quitó la primera capa de mantas empapadas.

—Gracias, Brodie —susurró ante su rostro agachado, tan cerca del suyo. A su pesar, sus palabras sonaron débiles y entrecortadas.

—Debiste avisarme. Estás congelada.

Su voz no sonaba tan brusca y severa como hacía unas horas, sus ojos desprendían una calidez inusual. Estaba tan débil su cuerpo como su interior. Deseaba hundirse en el abrazo del escocés y permanecer allí hasta el amanecer.

—Estaba embarazada, Brodie, me casé porque hubieran hecho daño a nuestro hijo.

Broderick se apartó como si quemara, retrocedió hasta quedar de rodillas ante ella.

—¿Un hijo?

—Lo perdí. Tras la boda, me levanté en mitad de la noche cubierta de líquidos y sangre, y se había ido lo único tuyo que me quedaba. William lo enterró en las tierras del castillo, en la tumba de su esposa, con los Mandeville; espero que me perdones por ello. La iglesia lo hubiera arrojado a una fosa común o quemado, dicen que los bebés nonatos no tienen alma.

Cuando dijo aquello, un torrente de lágrimas acudió a sus ojos. No era justo que se lo hubiera contado así, de golpe, pero ¿qué más podía hacer? Necesitaba que él comprendiera por qué no había esperado ni huido.

—Un hijo —repitió consternado—. Necesitabas protegerlo.

Amandine asintió aún temblorosa, sin saber si era por el frío o por el dolor que vio en los ojos del escocés.

Broderick se llevó las manos al cabello para alejar las gotas de lluvia de su rostro. Si no hubiera hecho caso a aquella mujer y hubiera irrumpido en la capilla… Amandine no se hubiera casado, tal vez no habría perdido al pequeño, y a él lo hubieran prendido, encarcelado y torturado al igual que a Amandine.

Por primera vez desde que se habían reencontrado, vio a Amandine de verdad. Los pequeños surcos que había junto a sus ojos, la profundidad de su mirada gris. Había madurado, había pasado el tiempo, era más valiente, tenía que serlo para no haber sucumbido a la maldita corte inglesa y sus traiciones. Sobrevivió. No podía seguir culpándola por casarse con otro, por no confiar en su palabra.

—Estoy prometido, Amandine. No puedo deshacerlo, mi clan, mi familia, mi rey… Una vez me enfrenté a ellos y estuve a punto de destruirlo todo, mi padre enfermó…

Amandine levantó su mano temblorosa y acarició aquel rostro con el que había soñado tantas noches y días.

—No pienses, Brodie. Ahora no importa nada excepto nosotros —susurró a la par que acariciaba el calor de su cicatriz hasta el cuello.

—¡Que el cielo me perdone! ¡Nunca fui capaz de alejarme de ti, Amandine!

Brodie, uno tras otro, le quitó aquellos tartanes con avidez, hasta que se quedó ante él con su camisola. Bebió de ella con sus ojos, la fina tela mojada dejaba ver cada curva y protuberancia de su cuerpo, sus pechos erguidos de frío. Amandine se puso de rodillas frente a él y aquel movimiento hizo que Brodie apretara los dientes ante la fina tela pegada a aquella piel que adoraba. Sus pechos se movieron al compás de los calambres que tomaron el control de Broderick. Deslizó con reverencia los dedos sobre la tela y rodeó la aureola de sus pechos hasta sentir la dureza de su seno. Amandine estiró el cuello hacia atrás, exaltada de placer. Broderick tomó aliento, no debía comportarse como su verga le imploraba, un animal en celo. Ella echó la cabeza hacia delante cuando no se sintió acariciada. Sus ojos, tormentosos como el cielo sobre ellos, rogaron

piedad. Tomó la mano de Broderick, quieta sobre sus pechos, y la apretó contra su seno con fuerza. Jadeó cuando volvió a sentir la palma endurecerse sobre ella, suspiró triunfante cuando Broderick la besó con ímpetu.

No deseaba delicadezas ni caricias, necesitaba con toda su alma sentir a Broderick en su interior, poseerlo tanto como él a ella. Sentía sus propios jadeos contra el oído del escocés, su único y deseado amante. Broderick deslizó la mano entre ambos cuerpos, siguió el rastro de la tela mojada en su vientre, aquella que rodeaba la uve de sus piernas, pegada a su sexo, y que él apartó con delicadeza. Entonces Amandine se quedó paralizada, desde aquel día en que el príncipe había intentado violarla, ella no había sentido deseo… Intentó apartarse a pesar de que ansiaba sentirse amada por Brodie.

—Amandine, la que es amada, aquella que merece solo ser adorada.

El susurro de la voz de Brodie, su cuidada caricia. Él había notado algo, el sutil cambio en su forma de acariciar su torso casi desnudo. Amandine temía algo de aquella intimidad y Broderick se preguntó quién habría sido el desgraciado que le había puesto una mano encima a su mujer. ¿Su mujer? Apartó aquel pensamiento en cuanto sintió que Amandine volvía con él, a acariciar su espalda, sus brazos…, a arquearse para que besara sus pezones sonrosados. Broderick apretaba la mandíbula ante el cuerpo de Amandine, debía ser cauto con ella, delicado…, pero, joder, cuando la apartó un instante de él y vio aquella tela pegada a su cuerpo, se vio con la mano entre aquellos pliegues húmedos de la camisola, perdió la razón. Era la visión más seductora y hermosa que nunca había contemplado. Admiró la línea de su mandíbula cuando jadeaba, su perfil a la luz de la luna, su clavícula retorcerse para que alcanzara sus pechos con la boca. Ella sonrió. Broderick agarró la maldita camisola y la rasgó entera, con deliberada lentitud, ante la sorpresa de Amandine. Ella no se apartó, se mostró gloriosa en su desnudez y aprovechó para desabrochar sus pantalones. Él se deshizo de su camisa, dejando jirones en el camino.

Nada importaba más que aquella mujer de rodillas junto a él, con la respiración entrecortada y sus piernas queriendo atrapar sus

dedos. La llevó con él a las mantas, pendiente de sus gestos. Estaba prometido, aquello no tenía honor alguno, no debería, no tendría que seguir…, pero nunca se sintió un buen hombre, ni demasiado cabal… Amaba a esa mujer con toda su alma.

Un alivio inmenso recorrió su cuerpo, uno que no había encontrado entre sus recuerdos al evocar a Amandine cada noche en la soledad. Penetró su cuerpo, encontró su otra mitad en ella, subió al cielo y descendió a las fauces del más abrasador infierno. Al fin estaba donde siempre tuvo que estar, entre aquellos pliegues apretados, sumergido en las colinas del cuerpo de Amandine.

Amandine sintió el placer en cada fibra de su ser, miles de agujas serpenteantes en su piel. Lo abrazó, amarró su cuerpo al de Brodie como si el mundo fuera a desaparecer en ese instante, no quería separarse de él ni de la sensación de plenitud. Él salió despacio de ella, sintió una pérdida enorme en su interior, que Brodie compensó con su abrazo. Se fue separando de ella poco a poco.

—Supongo que para ti y para mí nunca es el momento adecuado, Amandine.

No quería mirarlo, al menos, tardaría un poco más en admitir la realidad.

—Nunca lo será, Brodie. No somos personas afortunadas, nos quitan cuanto amamos, nos dan migajas de lo que podría ser y nos las arrebatan después. Sé que estás prometido, que te debes a tu clan y a su destino.

Broderick inspiró aire y arropó a Amandine con sus propias mantas, los colores Campbell. Observó la sobriedad de la lana ante los primeros rayos de luz, el amanecer llegaba, la lluvia parecía haber amainado. Un grito surgió entre la neblina.

—¡Broderick! ¡Tenemos que partir! Brannagan los ha visto, a los cerdos ingleses, en las cañadas del río. ¡Están muy cerca!

—Saw tiene razón, debemos alejarnos de ellos —afirmó Amandine, dispuesta a no insistir en ese momento. No podía poner a Broderick en la tesitura de elegir entre ella y su clan, no hasta que supiera que el rey estaba dispuesto a liberarlo de su compromiso.

Se vistió a toda prisa para salir de la cueva cuando Broderick sujetó su brazo, obligándola a girarse.

—No hemos terminado, Amandine, hablaremos en cuanto os ponga a salvo al chico y a ti.

Amandine arqueó la ceja.

—Brodie, ya no soy una muchacha indefensa. Lucharé contigo o moriré contigo, como prefieras, pero no me ocultaré mientras luchas por Robert y por mí.

Broderick fue a decir algo y calló, dejó que descendiera la colina antes de seguirla. La respuesta a la pregunta, que su corazón y su mente insistían en plantearse, era si sería capaz de dejar a su clan por ella.

Capítulo XXXIV

Angus partió antes que ellos para hacer saber al rey que llegarían en dos días. Galoparon hacia el norte, entre cañadas y valles, sorteando los lagos y la vereda de los ríos donde podían avistarlos desde la lejanía. Amandine agradeció los días en que salía con Robert a cabalgar; a pesar de ello, no sentía nada por debajo de la cintura, sus piernas estaban tan pegadas a su yegua que parecían uno solo. Los brazos le pesaban como si hubiera disparado con el arco durante horas. Broderick marcaba el paso, delante de todos, imponiendo una marcha infernal al grupo. Amandine comprobó que Robert aguantaba bien, era un muchacho duro que apenas se quejaba.

Ascendieron una colina llena de pinos y brezo cuando empezó a nevar cubriendo con un velo blanco el paisaje delante de ellos.

Broderick ordenó parar y todos se reunieron en un círculo que se deshacía a causa de la agitación de los caballos.

—Están demasiado cerca, el agua y la nieve nos han retenido, los caballos están cansados, ellos se habrán hecho con nuevas monturas. Tenemos que separarnos, Saw y yo nos quedaremos a entretenerlos mientras tú, Brannagan, conduces a Amandine y Robert hasta Stirling. Estamos apenas a un día de camino.

—No volveré a separarme de ti —protestó Amandine—. Los enfrentaremos juntos, estamos en vuestras tierras. Hagámosles frente, basta ya de huir, encontremos un lugar y esperemos a que aparezcan.

Brannagan se adelantó:

—Amandine tiene razón, Broderick. No pueden ser más de diez o doce hombres a juzgar por los fuegos que prendían.

—Yo me quedo a luchar —dijo Robert—. Es mi hermano quien ha querido esto, no yo. Mi padre nunca huyó de una batalla, ni siquiera

cuando ya era un anciano.

Broderick, quien había odiado tantas veces el nombre del padre de Robert al saberlo casado con Amandine, sintió afecto por el muchacho. Era valiente, se resistía a su destino como él hubiera hecho cuando tenía su edad. No podía odiar a Robert Mandeville cuando William enterró a su pequeño hijo en lugar de dejar que yaciera en una fosa común.

—Está bien, lucharemos —sentenció con la mirada fija en la espesura del bosque.

Se prepararon mientras la nieve cubría sus botas y sus capas. Saw reconoció el terreno y confirmó que las dos colinas que limitaban el sendero, a media milla de camino, serían el lugar elegido. Sus perseguidores estarían azuzando sus monturas al máximo para que no llegasen a un lugar seguro como era el castillo de Stirling.

Broderick observó con el rostro serio como todos tomaban posiciones, pensaba dejar en lugar seguro a Amandine, y cuando se dirigía decidido a comunicárselo, ella, que ya estaba apostada tras una roca, lanzó su cuchillo. En una trayectoria fuerte y directa quedó a menos de un milímetro de su bota, si hubiera dado un paso de más, lo tendría clavado en el cuero. Ella se levantó con los brazos en jarras y una sonrisa retadora; en verdad, Amandine había cambiado mucho. Aunque le hubiera demostrado sus nuevas cualidades, la situó en lo más alto de una de las colinas, sería quien los protegería con su arco y sus cuchillos. Broderick se ocultó con el muchacho. Se agazaparon en sus posiciones, necesitaban sorprender a los ingleses en primer lugar, para luego caer sobre ellos. Irían tan deprisa como la nieve que ya se acumulaba hasta los tobillos se lo permitiese y no prestarían atención a su alrededor.

Broderick se giró con una sonrisa, Robert Mandeville no dejaba de mirarlo.

—Tu padre era uno de los mejores hombres que he visto en liza.

Robert se irguió orgulloso.

—¿Estuviste en combate con él?

—No —rio—. Contra él, ha habido muchas ocasiones en que nos enfrentamos a los ingleses. Tu padre era un hombre valeroso.

—Murió defendiendo a su rey.

—Como debe ser…, si ese rey lo merece.

Robert frunció el ceño, sopesando las palabras del escocés. Ambos quedaron en silencio con sus pensamientos.

—Ellos no dormían juntos, lo sabían todos en el castillo. Amandine y mi padre eran amigos más que otra cosa. Cuando perdió al bebé, creímos que no viviría…

No había preguntado, temeroso de que lo que descubriera no le gustara, y ahora que Robert había empezado a contar aquellos meses que había estado separado de ella, deseó que continuara.

—Amandine es fuerte.

—Y leal, Broderick. Mientras ardía en fiebre, no dejaba de pronunciar tu nombre. Mi padre estuvo a punto de avisarte innumerables veces, no soportaba ver a Amandine así. —Broderick se quedó sin respiración, ¿sería eso cierto? ¿Por qué habría de mentirle ese muchacho?—. Solo quería que lo supieras —acabó por decir Robert para después mirar hacia el lugar por donde esperaban que llegasen los ingleses.

La nieve casi cubrió sus capas por completo. Broderick miraba en la distancia a Amandine, preocupado por si tenía frío o había cambiado de idea y prefería refugiarse de la lucha; cada vez que lo hacía, ella contestaba con una señal para que supiera que estaba bien.

—No te preocupes por ella, tiene una puntería con el arco que todos envidiaban en Mandeville. ¡Pero con los cuchillos…! Hasta mi padre, que era un gran guerrero, decía que ella posee un don.

—¿Aprendió a luchar? ¿Por qué, Robert?

—El príncipe. Nunca llegó a contármelo, no creo que a nadie excepto a la condesa Anne, su amiga. Mi padre solo dijo que impidió en el último momento que Juan la violase.

Broderick se preguntó dónde estaría Benoit, se suponía que él era el guardián de la reina y sus damas. Nunca le gustó ese hombre.

—Creía que estaría más segura si aprendía a luchar —pensó en voz alta. Se dio cuenta de que Robert lo miraba esquivo—. Estoy muy agradecido de que tu padre y tú cuidarais de ella siempre. Tu padre era un buen hombre, Robert.

—Lo era, *laird*.

Ahora entendía por qué Amandine se había encariñado con el muchacho, era igual en apariencia y corazón a su padre. Sin pretenderlo, le revolvió el pelo con una sonrisa. Si el chico quería, siempre tendría un lugar junto a los Campbell.

Llegaron después del mediodía, casi al galope. Brannagan hizo la señal desde el bosque. Minutos después, los vieron aflojar el paso al entrar en la cañada. La nieve era más densa allí y los caballos no podían cabalgar.

Robert contuvo el aliento, su hermano iba a la cabeza de la comitiva. Sin darse cuenta, apretó los dientes. Tantas veces su padre le pidió que fuera a visitarlo, que se alejara del príncipe Juan y sus traiciones a Ricardo y solo el oro había conseguido que George saliera de su propio castillo. Si hoy moría, Robert pensó que acabaría en el infierno por odiar tanto a su propio hermano.

La primera flecha surgió del arco de Amandine, certera y segura, cuando estaban bajo ellos, a la señal de Broderick. Desoyó las instrucciones de él y apuntó al nuevo conde de Essex. En su espíritu, desde hacía algún tiempo habitaba la buena Amandine y una mujer a la que habían vapuleado, usado y manejado al antojo de otros, que ahora albergaba tal ansia de venganza que era capaz de matar por ello. Suponía que avanzar en su camino significaba buscar el equilibrio entre aquella Amandine demasiado inocente y esta mujer que era ahora, aunque a veces tuviera sentimientos que le hacían sentir mal.

Como esperaba, George, el hijo mayor de William, sujetó las riendas para detener a su caballo. Asustado, el animal se levantó sobre sus patas traseras. Al instante, los soldados miraron a su alrededor, en busca de quien los atacaba. Brodie no esperó, descendió la colina acompañado de Robert, que no dejaba de disparar su arco. Desde el otro lado, Saw lo apoyó cercando a sus presas. Para cuando Brannagan volvió de su posición avanzada, los ingleses ya estaban a pie para intentar protegerse con sus monturas.

Una tras otra, las flechas de Amandine cruzaron el aire, hasta que no le quedaron más y se acercó portando sus cuchillos.

Los ojos atónitos de George se fijaron en ella cuando vio que sus hombres habían caído y solo quedaban dos a su lado. En un alarde

de orgullo, Robert fue hasta Amandine y avanzó con ella. Temía el encuentro de los dos hermanos, Robert no debería nunca mancharse las manos con la sangre de su familia, a William no le gustaría que sus dos hijos se mataran entre sí. Sus enemigos lanzaron algunas flechas sobre ellos, ya tarde para poder alejarlos.

—¡Ríndete, Mandeville, no seas idiota! —le advirtió Broderick con tono firme.

El nuevo conde de Essex comprendió que su batalla estaba perdida, varios de sus hombres habían caído en escaramuzas con los clanes escoceses en la persecución de su maldito hermano, y el resto acusaban el duro clima de las Highlands.

—Que estos dos ladrones me devuelvan mi oro y me iré por donde he venido.

—Ese oro es mío —lo interrumpió Robert.

Broderick le hizo una señal para que callara.

—… y a la mujerzuela.

Amandine arqueó una ceja. ¿A ella? Broderick levantó su espada, la hoja sonó al rasgar el aire helado, pareció cortar los enormes copos de nieve a su alrededor. El filo se detuvo a un copo de la piel de Mandeville.

—Habla de ella con respeto —aconsejó al conde—. Es la condesa viuda de Essex.

Aquello tiñó el rostro de George de intenso rojo furia.

—¿Por qué quieres que vaya contigo? ¿Te lo ha ordenado el príncipe? —interrogó Amandine con una sonrisa irónica—. Tiene que estar muy enfadado contigo por no retenerme en Mandeville.

Supo que había acertado cuando la mirada furiosa de él recayó sobre su perfil.

—¡Basta! ¡Dadme el oro y nos iremos!

—Es mío, hermano, y si no quieres morir, date la vuelta con las manos vacías —dijo Robert—. Si Leonor o el rey se enteran de tu incursión en tierras escocesas, te declararán traidor, estúpido. Seguimos órdenes de la reina.

George pasó de tener el rostro encarnado a la más completa lividez en sus pómulos. Con toda seguridad, ni siquiera se había

detenido a pensar por qué el príncipe Juan lo había incitado a internarse en Escocia.

Broderick comenzó a bajar el filo de su espada cuando Robert se abalanzó sobre su hermano mayor. El puñetazo resonó con el choque de sus nudillos contra la mandíbula de George.

—Nunca, en tu vida, vuelvas a creer que tienes algún derecho de decidir sobre mi futuro y quitarme lo que es mío.

Insensato, se levantó con furia y Broderick lo detuvo.

—Mantendré mi promesa: vete, conde, sin el oro, y no te perseguiremos.

Brannagan frunció el ceño cuando el conde miró a Amandine y después al suelo, con una sonrisa que no se correspondía con un hombre que acababa de perder una lucha y la posibilidad de recuperar su oro. Los dos hombres y el conde tomaron las riendas de sus monturas. George le hizo un gesto a su hermano, un saludo en el cual le decía que nunca lo olvidaría. Los vieron alejarse sin atreverse a montar, como les había sugerido Saw, hasta que ellos pudieran estar lejos. Solo cuando desaparecieron de su vista, Amandine se adelantó hacia Broderick.

—Brodie. Creo que no voy a parar de sangrar.

Se giró al instante, con la suficiente rapidez para cogerla en sus brazos. Entonces se dio cuenta del reguero de sangre que teñía la nieve de rojo y seguía los pocos pasos que Amandine había podido dar.

Capítulo XXXV

«No puede morir, no puede —se repetía mientras galopaba entre la nieve, a merced del viento y el frío—. Ahora que he vuelto a encontrarla no».

Lucharía contra el mismo cielo si con ello conseguía salvarla.

De vez en cuando se permitía, en su frenética carrera, mover la manta que le cubría la cabeza para seguir su respiración. El tartán de los Campbell estaba cada vez más empapado en sangre y, aparte de vendar la herida, no sabía qué hacer. Si fuera uno de sus soldados, hubiera quemado la herida para que dejara de sangrar, debería haberlo hecho, pero las fuerzas le fallaron, el pensamiento se le había nublado. Era Amandine, no uno de sus guerreros, y era toda su vida, y la amaba, y era Amandine.

Si lo hubiera hecho, corría el riesgo de que se infectara y no sanara, la fiebre podía acudir a ella. Si no llegaban pronto a la casa de la curandera familia de Saw, iba a perderla desangrada en aquella tormenta de nieve.

Olió el humo a turba que trajo el viento a su rostro y supo que estaban cerca. Hacía rato que no sabía si los demás lo seguían o se habían perdido en la ventisca, saldría a buscarlos una vez que Amandine estuviera segura. Maldita sea, la casa no aparecía, ¿y si lo había imaginado todo? ¿Se habría perdido al no ver más que un embudo de nieve delante de él?

—Brodie.

El susurro de Amandine le llegó de forma milagrosa y ralentizó la marcha a su pesar.

—Amandine, ¿qué ocurre, *caileagh*?

Pero ella ya había vuelto a las tinieblas de la inconsciencia con una sonrisa entre los labios. Broderick gritó, con la garganta expuesta al frío de la nieve y al mismo cielo, con todas sus fuerzas, como un

animal herido. Sintió arder la garganta de puro fuego y rabia, y al bajar la vista vio la luz de un fuego y la silueta de un tejado.

Desmontó como el demonio que creían que era, rodeado de una ventisca infernal, y entró en la casa con ella en brazos. Irrumpió con la nieve pegada a los talones y la manta. Los familiares de Saw cenaban en silencio. Enseguida vio que la anciana miraba el cuerpo inerte de Amandine en vez de sentirse asustada. Fue hasta ella y se puso de rodillas con Amandine en brazos.

—Sálvala, mujer, y te daré todo cuanto quieras.

La anciana lo miró con sus ojos del color de las montañas y descubrió la manta.

—Pon a la muchacha ahí, está ya más en el otro mundo que en este. Tienes suerte de que sea la mejor curandera de la región.

Puso a Amandine en el camastro que la anciana le indicó, mientras el resto de la familia se echaba a un lado, un padre y sus dos hijos.

—Por favor, señor, mis amigos me seguían y se han perdido en la tormenta, ¿podría salir y hacer señales? Ni siquiera sé cómo pude llegar a ver la luz entre los postigos.

El hombre abrió la puerta que apenas unos momentos antes había conseguido cerrar entre sus dos hijos y él, y se giró para mirarlo como si estuviera loco. Más allá del dintel y el cerco de luz del fuego del hogar, todo era una gruta negra golpeada por los grandes copos de nieve.

—Los señores del viento de las Highlands quieren que esa mujer viva, si no, no habríais sobrevivido los dos a este temporal —contestó el hombre—. Saldremos a hacer señales, pero cualquier persona sensata ya se hallaría bajo cubierto.

—Inténtelo, por favor, son importantes para mí.

El hombre miró su broche, la tela de tartán que envolvía sus ropas. Estaba ante el *laird* de los Campbell, y nadie le negaba nada al mismo demonio.

—¡Por todos los cielos, Broderick! Si le pasa algo en tierras escocesas, Inglaterra caerá sobre nosotros. El chico lo ha

confirmado, es la hija bastarda de Ricardo, la nieta de la reina madre.

—¡Oh, entonces, no puede morir! —susurró a su vez la anciana con ironía—. Si tiene que vivir, vivirá, sea una princesa o una campesina, Saw.

Amandine sonrió en su propia oscuridad. «O una muchachilla de taberna que no puede pagarse unas botas sin remendones». Se vio en la pequeña buhardilla de Tours, con los pies congelados mientras el aire se colaba por las rendijas del tejado. Gastón no tardaría en regañarla desde el piso de abajo porque estaba aún dormida. Sentía la caricia del sol en el rostro, frunció el ceño, estaba nevando cuando montaba con Broderick… Abrió los ojos y se encontró con él, con su rostro, tan cerca que se sobresaltó. Gimió al sentir el agudo dolor de su pecho despertar.

—¡No te muevas! —gritaron más de dos voces haciendo que Amandine buscara su daga. No tenía su cinturón, ni su camisa, estaba desnuda bajo aquellas mantas.

—Estás herida —le aclaró Robert, que permanecía de pie como los demás.

Solo una anciana con aspecto de curandera y Broderick estaban sentados en la cama. Amandine quiso reír a pesar del dolor, el peso de Brodie inclinaba todo el camastro hacia él y la anciana luchaba por no caerse.

—Gracias, Robert —contestó al muchacho con voz pastosa.

—Esos perros ingleses te hirieron —añadió Brannagan.

—Es mi tía, es curandera, la mejor —intervino Saw.

Amandine se dejó cubrir la frente por aquella anciana, al instante sintió el frescor en su rostro.

—¡Menos mal que no he muerto en tierras escocesas! —dijo con ironía al mirar a Saw. Este se puso del color de las moras y desvió la mirada al techo.

—No lo tomes a broma, Amandine. Has estado a punto de morir.

Amandine vio como Broderick se levantaba de forma brusca y desaparecía de la pequeña habitación. La claridad del sol inundó la estancia y tuvo que cerrar los ojos.

—Ha estado preocupado —le aclaró Robert—. Atravesó la tormenta de nieve contigo a lomos de su caballo, nosotros hemos llegado esta mañana, ayer solo un loco hubiera podido llegar hasta aquí y atravesar ese infierno helado. Nos refugiamos entre arbustos y piedras hasta que amaneció, nadie se explica cómo lo conseguisteis.

Amandine abrió los ojos, apenas recordaba nada desde que había caído en aquella cañada. Sí recordaba el calor de Broderick y sus susurros en gaélico que no entendió.

—Soy Agnes. Reposad un poco, condesa. Abrí la herida y la limpié lo mejor posible. Tuvimos que quemaros con fuego para que se cerrara, ahora tenéis una fea cicatriz sobre el pecho.

Los hombres salieron y la anciana ayudó a Amandine a que se incorporara; con un pequeño trozo de olla oxidada en los cantos, le mostró el reflejo de la cicatriz.

—No es tan grande.

La anciana le acarició el cabello como si se tratara de una niña pequeña.

—Sois una mujer curiosa, condesa. Tenéis manos de campesina o sierva, y habéis recibido unos cuantos golpes en vuestro cuerpo, el temple no se adquiere en un castillo rodeada de lujos.

Amandine sonrió.

—No me llames condesa, Agnes. Solo Amandine.

Salieron al día siguiente. Amandine le agradeció a la familia de Saw su hospitalidad, en especial a la anciana, a la que cogió cariño enseguida y le prometió volver a su regreso a Inglaterra para que se cerciorara de que todo estaba bien con la herida.

Broderick se quedó pálido cuando oyó aquello. Esperó a Amandine para que montara con él, pero no volvió a pronunciar palabra en toda la mañana. Durmió a ratos, a causa de los brebajes curativos de la anciana.

Los campos nevados formaban una alfombra blanca salpicada del verde de los árboles y las rocas más altas. El tibio calor de la mañana comenzó a deshacer la nieve dejando ver los calveros verdes que se formaban en los valles. Estaban cerca de Stirling, la fortaleza se veía sobre la colina en la distancia, apuntando hacia el

cielo en la inmensidad de la llanura. Las nubes parecían querer acariciar sus dos torres de entrada y los riscos sobre los que se encontraba. A sus pies, los bosques aparecían y desaparecían entre casas de la aldea y riachuelos. Amandine se cobijó en el pecho de Broderick, sin saber por qué él se mostraba tan silencioso y pensativo. Estaba cansada y dolorida. A pesar de los cuidados de Agnes, la herida palpitaba aún de dolor, cerrada por la hoja candente de una espada. Se preguntó si habría sido la *claymore* de Broderick, y la cicatriz que llevaría el resto de su vida, el recuerdo en la piel del amor que pudo ser. Hubiera deseado tener más tiempo antes de llegar a Stirling ante el rey escocés para saber si Broderick la amaba y no ponerle en la tesitura de elegir.

Broderick detuvo el caballo y Amandine se incorporó, un grupo de al menos doce jinetes se acercaba por el camino. Brannagan y Saw se mantenían tranquilos; aun así, se situaron a ambos lados de Robert como si desearan protegerlo. Amandine sonrió. Su hijastro se había ganado a los duros hombres de las Highlands.

—Vaya…

Amandine lo escuchó, a pesar de que Broderick lo dijo tan bajo que pareció que esa palabra se había escapado de sus labios sin querer.

—¿Qué ocurre, Broderick?, ¿quiénes son?

—Una comitiva del rey —contestó sin poder ocultar su tono de fastidio—. Y mi prometida, *lady* Beatrice.

Amandine se enderezó al instante; al frente de la comitiva, montada de lado, como una dama, iba la prometida de Broderick. Contuvo el aliento, Beatrice era muy hermosa y joven, tenía los largos cabellos marrones sujetos en un elaborado peinado sobre los hombros, ojos del color del aguamar y un sobrio vestido de caza. Desde luego, parecía una princesa. Detuvo su caballo con un golpe de su fusta frente a ellos y Amandine observó al pobre animal; seguía pensando que una suave caricia era más efectiva que aquellos látigos que llevaban las damas al montar.

Lady Beatrice observó a Broderick para después fijarse en Amandine, montaban juntos sin decoro alguno. Amandine supo qué pensaba la princesa… Una mujer vestida con pantalones, recostada

contra su prometido, con los cabellos enmarañados… Broderick la ayudó a desmontar y Amandine fue testigo de cómo su escocés acudía hasta su prometida para tender su mano.

—*Lady* Beatrice, no esperaba que acudierais a mi encuentro.

Melosa, ella lo miró recompuesta de sus dudas.

—Cuando me dijeron que llegabais, no pude esperar, le pedí permiso al rey para recibiros como merecéis. Ha pasado mucho tiempo, Broderick.

Amandine no pudo evitar que su ceja se alzara y sus ojos se elevaran al cielo. Ella no sabía hablar así, como si arrastrara la lengua por la boca al pronunciar su nombre. Por un instante, deseó que Anne estuviera con ella, era la destructora de damas con su porte de princesa y su lenguaje afilado.

Lady Beatrice se agarró al brazo de Broderick y Amandine desvió la mirada al suelo.

—*Lady* Beatrice, esta es Amandine de Mandeville, condesa de Essex, y su hijastro Robert. Vienen a ver al rey. Mis amigos y hombres… —Broderick fue a presentar a sus hombres, que habían desmontado para saludar a su próxima señora, y ella los ignoró.

—Angus llegó hace días, para decirnos que os dirigíais hacia aquí, pero veo que has estado entretenido, querido.

Lady Beatrice no se soltó del brazo de Broderick, hizo que la ayudara a montar de nuevo y se giró para mirar a Amandine. Estaba en una situación muy comprometida, como él con la dama, tenía que encontrar la oportunidad de hablar con ella, con el rey, pero sobre todo con Amandine. Al girarse para decirle que sería indecoroso entrar en Stirling ambos en el mismo caballo, se encontró con que Amandine montaba ya con Robert y su montura lo esperaba. Resignado a que su mujer mirara a otro lado, montó. Su mujer, ¿otra vez esa tontería? Tenía que acabar con eso.

—Es bonita —susurró Robert en su oído.

Amandine se giró para mirarlo con el ceño fruncido y le propinó un leve codazo.

—Ahora me dirás que tal vez me he equivocado, que no debí embarcarme en esta tontería para intentar recuperarlo.

—¿Vas a echarte atrás, Amandine? Creí que lo amabas.

—No lo sé, Robert, ¿y si su destino es unirse a ella? Creo que ya hemos jugado demasiado con nuestras vidas. Tal vez sería mejor cumplir nuestra misión, vender Escocia en nombre de Ricardo y dejar que Brodie siga su camino.

—Tal vez, pero fuiste tú quien me dijo que las buenas personas consiguen lo que desean, y el amor no es fácil de encontrar.

Amandine sonrió, preguntándose si Robert recordaba todo lo que decía. Vio como *lady* Beatrice se tocaba el cabello y una cinta caía de su recogido. Broderick, a su lado, la atrapó en el aire, haciendo sonreír a *lady* Beatrice. ¡Ojalá su amiga estuviera a su lado! Tendría algo irónico que decir al respecto.

Angus los recibió en el puente, ansioso por conocer las circunstancias de su retraso, y los advirtió que el rey escocés los esperaba. Amandine se preguntó si aquella mujer los seguiría en todo momento, parecía que se hubiera contagiado de la impaciencia de Leonor. Había tenido todo el camino hacia la corte para hablar y, en lugar de ello, había caído en brazos de Brodie y luego la habían herido. Tal vez no hubiera otra oportunidad cuando traspasaron el arco que formaban las dos torres gemelas de Stirling. El patio estaba empedrado, inclinado hacia la puerta debido a la roca negra sobre la que se asentaba el castillo entero. Oscura piedra gris y madera formaban las construcciones alrededor del rectángulo. Era una fortaleza tan diferente a Windsor y Mandeville que parecía tallada en la misma roca sobre la que descansaba. Amandine se preguntó si el castillo de los Campbell sería tan inhóspito y salvaje; conociendo a Brodie, sabía que sí. Entraron bajo la torre principal al gran salón que debía de servir para albergar el trono y los grandes banquetes. Se asombró por los altos techos a dos aguas llenos de vigas de madera. Los estandartes de los clanes colgaban adornando las paredes con su lema en latín grabado en ellos. Con curiosidad, buscó el de los Campbell y Broderick se giró con una sonrisa hacia ella, sabía qué estaría haciendo en ese instante, le señaló con la cabeza el más cercano al trono. Allí estaban los colores de su clan, su orgullo, su familia y tradiciones, lo más importante para Brodie.

Entonces lo detuvo, consiguió que se soltara de la mano que se apoyaba en su antebrazo ante la indignación de *lady* Beatrice.

—Broderick, llevo la libertad de Escocia conmigo. Ricardo venderá vuestra independencia por diez mil escudos…

Nervioso porque su caprichoso rey se indignara por su desdén al detenerse al principio de la sala del trono, miró a su alrededor, *lady* Beatrice ya estaba cerca de su primo.

—Robert me lo ha contado.

—Pasa demasiado tiempo contigo, se supone que era una misión secreta. El caso es que… —dudó. ¿Quién era ella para decidir sobre el destino de Broderick e incluirlo en su trato?—. Lo siento tanto…, yo… La reina y yo pensamos que el oro podrías entregarlo tú, como si te perteneciera.

Broderick no dejó que continuara y la llevó con él tras los pasos de Angus, Brannagan, Saw y su hijastro. Hubiera jurado que sonreía cuando había pasado las últimas horas serio y pensativo.

Amandine se detuvo cuando él lo hizo ante el rey escocés. William, al que llamaban «el rugido del león», paseó su mirada por ellos y se detuvo con extrañeza en ella. Se levantó de su trono con enorme deferencia, lo que sorprendió a todos sus consejeros que lo rodeaban e incluso a *lady* Beatrice.

—Sois la mujer que me salvó en Inglaterra de las maquinaciones del príncipe Juan.

Broderick fue a hablar y Amandine se adelantó ante el rey con una reverencia; nadie hablaría por ella, ni siquiera Brodie.

—Lo soy, majestad. Por ello, el rey Ricardo de Inglaterra me envía a hablar con vos.

—Cree que no os despacharé sin audiencia, como al resto de sus recaudadores de impuestos y amenazantes caballeros.

Amandine sonrió, entendía la reticencia del monarca escocés. Su país estaba capturado por los ingleses y no había esperanza de liberación si no entraban en guerra.

—Mi… rey Ricardo parte a las cruzadas, está dispuesto a que colaboréis con su causa…

—¿Se atreve a pediros oro para sus conquistas? —replicó uno de los consejeros más ancianos del rey.

—No, majestad —intervino Amandine con voz irritada, la herida le provocaba un dolor insoportable—. Os venderá su derecho sobre Escocia a cambio de que colaboréis con oro en su cruzada.

El silencio se hizo en la sala para después estallar en decenas de murmullos y exclamaciones de sorpresa.

—¿Y cuánto ha pensado Ricardo que cuesta la libertad de Escocia?

Amandine tomó aliento, sentía a Broderick a su lado. Como si él presintiera que necesitaba su apoyo, se acercó hasta tocar su brazo con el de ella.

—Diez mil escudos.

Robert estuvo a punto de atragantarse cuando oyó la cifra de labios de Amandine. Debía de haberse confundido, ¿llevaban con ellos aquella fortuna, más el oro que habían sacado de Mandeville? ¿Y si su hermano los hubiera capturado?

—¡Está loco! —rio el rey escocés para volver a su trono—. ¡Nadie en Escocia tiene ese oro!

Amandine dio un pequeño paso atrás ante la indignación del rey. El monarca miró intrigado a Brodie ante su defensa de la muchacha.

—¿Qué piensas, Broderick? ¿Es otro ardid de Ricardo y la reina Leonor?

—No lo creo, majestad —contestó con voz firme. Amandine entendió por qué el rey estaba tan interesado en que Brodie se casara con su prima, así lo tendría cerca, su consejero más fiel y honrado—. De todas formas, no estoy en posición de asesoraros en este asunto.

El rey frunció el ceño.

—¿Por qué, Campbell? Me has servido fielmente durante años.

—Dejaré de hacerlo, majestad, en cuanto liberéis a Escocia. No me casaré con *lady* Beatrice, renunciaré a mi posición de *laird* de los Campbell a favor de Angus, mi primo, y si no queréis mi presencia en tierras escocesas, partiré junto a Amandine y su hijastro a Inglaterra.

Amandine sintió como la mano de Brodie buscaba la suya, sus dedos se rozaron y las curvas de las palmas se unieron a las del otro como si el tiempo no hubiera pasado nunca.

—¡Me niego! Broderick, te casarás, serás mi consejero y *laird* de los Campbell, si no, morirás mañana al amanecer, ahorcado, como un perro traidor —gritó el rey.

—¡Vas a cambiarme por una maldita chusma vestida de hombre! —gritó *lady* Beatrice, lo que hizo que Amandine se riera.

—No soy chusma, no más que vuestros sirvientes, cocineras o caballerizos que cuidan de vos —afirmó Amandine en voz alta.

—Es la condesa de Essex. —Saw levantó la voz, indignado.

—La hija ilegítima de Ricardo de Inglaterra —interrumpió Robert.

—La nieta de Leonor de Aquitania —suspiró con ironía Angus al decirlo.

—¡Una bastarda!

—Beatrice, querida —interrumpió el rey a su prima, que parecía querer saltar sobre Amandine—. Deja que la condesa hable.

—Diez mil escudos, majestad.

—Si es cierto que eres la hija bastarda de Ricardo, te casarás con mi hijo Alexander y sellaremos la alianza.

—No, majestad, el trato son diez mil escudos y mi matrimonio con Broderick Campbell.

—¿Ricardo ha pedido eso?

—Oro y una alianza con Escocia, una promesa de que no habrá guerra mientras él está en Tierra Santa. Habrá paz entre ambas naciones y me casaré con Broderick Campbell.

Un nuevo silencio golpeó la sala. Todo excepto aquella mano que envolvía la suya con fuerza. ¿Qué pensaría Broderick de su propuesta al rey escocés? Una vez alguien dio oro por ella y no pudo olvidarlo.

—¿Te compras un hombre, zorra? —*Lady* Beatrice era incisiva y directa.

—Sí, si es el hombre que amo.

El rey sonrió sin poder evitarlo, resultaba curioso ver a su guerrero más temido y glorioso con el rostro impasible y la respiración entrecortada. Vio las manos de ambos unidas, y comprendió por qué aquella muchachilla que era entonces Amandine los había ayudado a él y a sus hombres a escapar de los ingleses. Estaban vivos a causa de ella y del amor que sentía por Broderick Campbell.

—Dejadme pensarlo y os daré una respuesta.

Broderick sabía que el rey no tenía aquel oro, ningún noble escocés podía ayudarlo.

—Yo os daré el oro a cambio de la libertad de Escocia y que liberéis a Broderick Campbell de su matrimonio.

Robert se había saltado todas y cada una de las advertencias de Amandine, que pretendía hablar en privado con el rey escocés y que Broderick le entregara el oro a su rey.

—¿Tú, muchacho? ¿Y quién eres tú?

—El hijo menor del conde de Essex, designado por la reina Leonor para tratar con vos.

—¡Salid todos de aquí! —gritó el rey—. Tú también, Beatrice.

Esperaron a que todos partieran y el rey volvió a levantarse cuando las puertas se cerraron. La ira había vuelto rojo su rostro, se sentía víctima de uno de los muchos ardides de Inglaterra.

—Decidme si lo que digo no es cierto, el oro es de Leonor. Broderick jamás reuniría ese oro. ¿He de creer que Leonor le ha dado a su nieta bastarda y al hijo menor de un conde el dinero para comprarse un esposo en Escocia y que Ricardo liberara de su vasallaje un país entero a cambio del oro que su propia madre os ha entregado? —Amandine sabía que estaba segura junto a Broderick, pero vio como el rey escocés daba un paso tras otro delante de su trono cada vez más enfadado—. A ojos del mundo, yo pagaré a Ricardo y Escocia volverá a ser mía. ¿Es eso?

—Sí, majestad —respondieron a la vez Broderick y Amandine.

El rey William de Escocia cayó desmadejado en su trono con una sonrisa lobuna en el rostro.

—No sé cómo lo has conseguido, Amandine, engañar a esa bruja… ¡Trato hecho! No rechazaré un regalo, aunque esté envenenado, dadme mi oro y partid enseguida, antes de que *lady* Beatrice os mate a los dos.

Amandine sintió el corazón henchirse de felicidad hasta que vio como el rey escupía en la mano y se acercaba a ellos. Así se sellaban los tratos en Escocia y no habría manera de obviarlo.

Capítulo XXXVI

Amandine apreció al subir a la colina como la nieve desaparecía poco a poco de tierras Campbell. El invierno se acababa tarde en aquellas tierras del norte; en su hogar en el Loira ya habrían florecido las praderas del río y el sol comenzaría a calentar. El castillo Campbell estaba en un lago de aguas azules y fondo negro a causa de la turba, Innis Chonnel era un lugar mágico que se conectaba con los territorios Campbell a través de una estrecha lengua de tierra. La primera vez que lo vio ante sus ojos, se enamoró de sus viejas torres y piedra negra, de los colores de las plantas que lo rodeaban y el rumor del agua contra su puente. El patio estaba lleno de vida y caos, los Campbell vivían con ardor en sus venas, reían, discutían, bailaban y se enamoraban con la fuerza de sus corazones. No había ambages ni medias verdades como Amandine había vivido en la corte inglesa. Suspiró feliz, como solo se puede ser cuando al fin perteneces a un lugar y una familia. Eran pocos los instantes en que se daba cuenta de que tenía cuanto podía desear y debía disfrutarlo, porque el momento pasaba como un rayo de tormenta para olvidarlo hasta la siguiente vez que pudiera sentir tal sensación. La felicidad debe ser así, un instante, un momento, que luego se deshace en nuestros pensamientos para pasear por nuestras vidas sin que nos demos cuenta hasta que nos falta.

Vio a Broderick subir la colina con su postura habitual, la mano en la empuñadura de su *claymore,* como si no le costase ascender las últimas rocas más empinadas. El viento golpeaba su cabello y hacía que su camisa bajo el tartán Campbell se pegara a sus brazos. El *laird* de los Campbell, el señor de las tierras del oeste y norte de Escocia. Sonrió cuando él frunció el ceño sin entender por qué a Amandine le gustaba aquel sitio alejado de todo. Sus ojos brillaron al llegar a ella. Amandine seguía maravillándose, a pesar de que ahora

estaban siempre juntos, del verde de su mirada y cómo los rayos de sol tocaban sus cabellos castaños. Había amado aquel hogar de él, desde que regresaron de la corte del rey escocés, como suyo. Las gentes del clan eran rudas y de carácter fuerte, pero de un gran corazón, tanto que en el momento que Broderick les dijo que sería su señora, la aceptaron como si hubiera crecido entre ellos. A veces, una sonrisilla se dibujaba en sus labios cuando ella intentaba hablar gaélico con su todavía acento francés y trataban de que pronunciara bien las palabras. Eran gente trabajadora, honrada y leal que adoraban a su *laird*.

—No te encontraba, Amandine —susurró Broderick al sentarse a su lado y caer sobre ella. La piel del cuello reaccionó a sus labios y Amandine se abrazó a él.

—A veces tengo que escapar de ellos, ¿no te ocurre igual, Broderick?

—Continuamente —rio—. Te adoran, Amandine, lo sabes, ¿verdad?

Asintió mientras Broderick hacía que cayera sobre la densa hierba húmeda con él encima. El vestido de Amandine se cubrió de briznas, sus ropajes de boda, en un verde del color de la pradera que se extendía alrededor del castillo Campbell. Se había casado de verde, ni el azul de Leonor para las grandes ocasiones, ni el tono mostaza que tan de moda había impuesto en las cortes europeas, ni el blanco de la mujer en la que se convirtió en la corte inglesa. El verde de la libertad, con el pelo suelto y sus botas que tanta gracia hacían a Broderick desde que la conoció; solo había pedido que fueran nuevas y no esas remendadas que ella insistía en conservar como recordatorio de quién fue una vez.

—Nos esperan para nuestro banquete de bodas.

—No pueden tener tanta prisa, han esperado meses.

Innis Chonnel estaba todavía de luto por la muerte del padre de Broderick y Amandine le pidió esperar, ¿qué importaba ya si vivían juntos? Durante un tiempo, casi se dejó llevar por las estrictas normas del decoro y ahora no podían ser más insustanciales. Bastó un juramento en la pequeña capilla del castillo para que Brodie y ella se convirtieran de forma provisional en marido y mujer. Su segundo

matrimonio, su primera vida. Aquel día solo habían hecho oficial lo que el clan ya celebraba desde que se presentaron a las puertas de la isla.

Sintió cada músculo de su esposo bajo sus ropas y se deleitó al besar la cicatriz de su cuello. Brodie se revolvió, nunca se acostumbraba a la sensación brusca que le producían en el pecho las caricias de sus labios. Atrapó su cintura e hizo que Amandine girara hasta quedar de nuevo su espalda contra la hierba.

—Creo que pueden esperar al menos media hora —dijo Brodie con una sonrisa llena de significado.

Su mano se posó en la mejilla de Amandine para sentir su piel suave mientras ella cogía sus brazos con una caricia lenta y provocativa.

—No tardarán en encontrarnos, ya verás…

Broderick besó sus labios para alejar cualquier pensamiento de su cabeza y disfrutar una vez más de su esposa.

—¡Amandine!

—¡Demonios! —gimió Broderick ante el estallido de risas de Amandine.

—Te lo dije.

—¿Es Robert?

El aludido apareció con la respiración entrecortada debido a la subida de la colina a la carrera. Los pilló separándose con premura y el rostro de Broderick encendido de furia. Obvió el gesto de su *laird* y cayó de rodillas junto a Amandine.

—¿Qué te pasa, Robert? —preguntó ante el rostro inexpresivo de su hijastro.

—Es un mensaje de Ricardo, del rey, Amandine.

Broderick se lo arrebató impaciente de las manos y los miró a ambos preocupado.

—¿Queréis decirme qué ocurre de una vez?

Fue Robert quien se echó hacia atrás hasta quedar sentado frente a los dos.

—Es de Ricardo, lamenta la pérdida de mis dos hermanos en Tierra Santa. Amandine, soy el nuevo conde de Essex, Robert de

Mandeville. ¿Crees que ellos lo sabían?, ¿que padre sabrá, donde está, lo que ha ocurrido?

Amandine no supo qué decir, arrebató el pergamino a Broderick y lo leyó con atención. Broderick no dejaba de sorprenderse con ella, estaba en latín.

—Lo siento, Robert, no sé si nos alegramos o lloramos por ellos. Fueron crueles contigo y con tu padre, pero nadie merece la muerte.

Robert encogió los hombros.

—Tú me enseñaste que el perdón sería la liberación de mi alma, hace tiempo que no los odiaba. Me apena que mi padre invirtiera tanto cariño y enseñanzas en ellos cuando nunca lo merecieron. No los echaré de menos, pero ahora entiendo cuando dices que siempre te has sentido huérfana.

Amandine se maravilló de la sabiduría de Robert, apenas un muchacho.

—Ricardo te pide que vayas a la corte para reclamar tu condado. Mandeville ahora te necesita, el castillo y sus habitantes —le dijo Brodie con cariño—. Serás un digno hombre, Robert, como lo fue tu padre, y aquí tendrás a tu familia esperándote cuando quieras.

Robert giró su mirada del mar en que parecía perdido y se abrazó a Broderick, ambos se separaron con rapidez, como si esos abrazos quemaran en lugar de ser la esencia de la vida. Amandine vio en la mirada de Robert que tenía miedo. Sabía que era un viaje que tendría que hacer solo. Amandine y Broderick no podían pisar tierras inglesas con Juan gobernando las tierras de Ricardo en su ausencia, aunque Leonor los protegiera. Se preguntó qué pensaría Broderick de acompañarla en un viaje rápido a la frontera con Inglaterra, sentía que ya solo le quedaba una cosa en el mundo para seguir con su vida en las Highlands. Anne. Tenía que comprobar que estaba bien y conocer a su pequeño conde de Norfolk.

Capítulo XXXVII

Amandine tuvo a su tercer hijo el día en que la noticia de la muerte de Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra, llegó al castillo del clan Campbell. Habían pasado diez años de la coronación de su padre y jamás lo había vuelto a ver, creyó que estaba perdido cuando tras las cruzadas lo capturaron para después liberarlo con un rescate que dejó arruinada a Inglaterra.

Broderick le contó cuanto sabía acerca de su muerte. Ricardo había muerto durante un asedio en Limoges, en Normandía, tratando de recuperar el territorio perdido ante Francia. Paseaba confiado por las almenas cuando una flecha de ballesta lo hirió. Cuando le trajeron al culpable, no pudo castigarlo, decían que era apenas un niño que afirmaba que Ricardo había ahorcado a sus padres, Etienne Frasone. Al principio nadie pensaba que era una herida mortal y se mantuvo firme durante diez días; sin embargo, al final llamó a su madre Leonor. Murió en sus brazos.

Amandine levantó la mirada cuajada de lágrimas, hacía tiempo que no le guardaba rencor, tampoco cariño, solo la admiración que el poderoso rey emanaba.

—¿Frasone?

Broderick asintió sin saber por qué Amandine repetía aquel apellido francés.

—Eso dice Robert en su mensaje.

Amandine se incorporó en el lecho, con su tercer hijo entre los brazos. Robert lo había puesto en aquel mensaje a propósito, él también había reconocido el apellido.

—¿Qué ocurre, Amandine? —preguntó, preocupado porque fuera una noticia que debería haberle ocultado hasta que se recuperara.

—Todos provocamos la muerte de Ricardo.

—¿Qué dices, Amandine? Estás débil, deberías descansar.

—No, Broderick, es cierto. Ese niño es el hijo de Jean Luc e Yvette, los conocía, eran de Tours. Jean Luc y su mujer fueron acusados de robar el oro de Mandeville, el que Robert se llevó, sabía por Anne que los ahorcaron… Pensé que su hijo habría corrido la misma suerte. Al parecer, se salvó y, al cabo de los años, volvió para matar a Ricardo. ¿Sabes si ha muerto el pequeño?

—Robert dice que Ricardo lo perdonó al instante y se rio, pensaba que la herida no era nada.

—Me alegro de que no lo matara —susurró para sí misma.

El destino había obrado un giro que ninguno de ellos habría augurado, el pequeño hijo de Yvette había crecido y se había convertido en el ejecutor del guerrero más diestro que se hubiera conocido. Un niño y su venganza habían acabado con las esperanzas de Leonor y el reinado de los de Aquitania. Ricardo no había tenido hijos con su esposa española y Amandine se estremeció, jamás podría volver a Inglaterra sin que Juan, el nuevo rey, lo tomara como una traición. Juan tenía su propia descendencia y, aun así, no dejaría nunca de ver a Amandine como una amenaza.

El alboroto del exterior, los pasos apresurados en el corredor… Anne llamó a la puerta y entró sin esperar a que la invitasen. Se arrojó sin cuidado sobre la cama y Amandine aferró al bebé. Anne lo miró con ternura tras apartar a Broderick.

—Nos alegra verte, Anne.

—No es cierto, pero me da igual, bruto escocés. ¡He hecho un largo viaje para ver a mi nuevo sobrino!

Amandine sonrió entre sus brazos. Había crecido en su edad adulta con Anne, cuidaron la una de la otra y fueron víctimas de las intrigas de la corte; en todo ese tiempo separadas, siempre buscaron la forma de verse, aunque fuera en mitad de un bosque. Anne, tal y como había prometido, dominaba el condado de Norfolk a través de sus hijos, su esposo al final se había rendido a su incansable energía e incluso eran opositores férreos al príncipe Juan, ahora rey de Inglaterra.

—Me alegro de verte, Anne.

—¿Ya lo sabes? Ricardo ha muerto.

—Lo sé. Pensé que estarías con Leonor en la abadía de Fontevrault.

—Hace tiempo que no hablo con ella, nunca permitiré que Juan sin Tierra gobierne de forma impune, entre tu hijastro y yo estamos defendiendo lo que queda de Inglaterra. Nunca pensé que amaría tanto el país de mis hijos y apreciaría tanto a Robert, es un encanto de muchacho. —Anne suspiró hondo, como si se confesara la realidad que llevaba atenazando su conciencia un tiempo—. Tal vez la visite este verano… Leonor quizá no quiera verme —susurró con tristeza. Enseguida se giró hacia Broderick—. Ahora dame a ese pequeño, rudo escocés. ¡Vaya, Broderick, solo sabes hacer niños! Claro que es mejor, ¡piensa cómo sería una hija tuya, indomable!

Broderick negó con la cabeza, siempre acababan igual. En cuanto Anne se olvidó de su pequeño, lo cogió en brazos para dejar a solas a Amandine con su amiga. Ella sonrió, sabía que llevaría a su tercer vástago al mismo lugar que a sus dos hijos cuando nacieron, a la tumba de su padre para presentarlos ante él.

—Broderick, te amo —pronunció Amandine con el corazón, dispuesta a infundirle ánimos en aquel momento.

Hizo una reverencia ante ella y el rubor cubrió el rostro de Anne. Entre ambos, una palabra bastaba para declararse todo su amor. Verlos consiguió que, por primera vez, Anne se quedara sin palabras.

Amandine se durmió horas más tarde recordando a su padre y a Leonor. Cuando Broderick pudo tumbarse a su lado en el silencio de la madrugada, sintió el olor de su cuello y su piel; amaba a ese hombre con todo su corazón y su alma, el destino se esforzó en separarlos una y otra vez, pero no tenía nada que hacer cuando un corazón reconoce a otro como su otra mitad. Se besaron con la mirada entrevelada por el sueño, Amandine lo llamó con la mano.

—Te quiero, Broderick.

—Te amo, Amandine, la que es amada. Eres cada paso que doy en el mundo y cada aliento que exhala mi respiración. Eres cada latido de mi corazón.

Epílogo

Amandine atravesó la entrada a la abadía por el acceso lateral. Se detuvo a admirar el claustro, con sus arcos que daban al patio. De niña, tocaba cada adorno de las columnas, las enrevesadas hojas de acanto y la piedra blanquecina. Ahora, la abadía, la piedra, el jardín, todo parecía más viejo. Se cruzó con varias monjas jóvenes que la saludaron sin detenerse, intrigadas por una mujer que vestía pantalones y portaba dagas en su cinturón. Ya nadie parecía conocerla entre aquellos muros. Llegó hasta la escultura del centro del patio. Las heladas, las lluvias y el sol se habían comido parte del blanquecino color, pero aquel rostro de la escultura tenía el mismo hermoso perfil. En el pasado, Amandine acariciaba en sus visitas los pliegues del vestido e imaginaba que eran los rasgos de su madre los que veía en la piedra. Permaneció a sus pies un momento más; como entonces, imaginó que era la tumba de su madre que jamás conoció y comprendió la trenza que llevaba la escultura de la virgen, su gesto con la mano que tan bien conocía, Gracia. El artista había esculpido en aquella piedra el rostro de juventud de Leonor que tanto se parecía al suyo.

La abadía de Fontevrault seguía igual, algo más ajada y vacía que cuando ella acudía allí a visitar a Leonor en otros tiempos. Gastón ya no estaba, la taberna era de Marie, que, para su sorpresa, se había casado con su padrastro y le dio una buena vida hasta su muerte por las fiebres de verano.

Vio la ventana de la reina, donde tantos días se habían encontrado, estaba abierta, así que en lugar de asomarse por el antepecho, fue al corredor y entró por la puerta. Era la primera vez que lo hacía sin permiso de Leonor. Se encontró con la tenue luz en el interior, en forma de cuadrado sobre el lecho. Allí estaba Anne junto a Leonor, la siempre fiel dama de la reina y su eterna amiga; la

abadesa, tan anciana como Leonor, y varias monjas que rezaban a los pies de la cama. Hacía tiempo que la hermana Amelie había dejado los hábitos y vuelto a su hogar en la Gascuña, Anne no había vuelto a saber nada de ella, pero Amandine sabía que aquello le rompió el corazón a su amiga.

Leonor estaba tumbada, con los brazos sobre el pecho, cruzados, en espera de la muerte. Se había retirado a la abadía, el lugar que siempre adoró, lejos de Inglaterra y de Juan, que ahora reinaba sobre la isla. ¡Cuánto lloró la reina con la muerte de Ricardo! Se sobrepuso, como a todo lo demás, e intentó gobernar con Juan, pero él no era Ricardo ni se plegaba a sus órdenes, y la mandó retirarse, debido a su avanzada edad, a Francia.

Amandine se acercó al lecho, observó su pecho, arropado con una delicada sábana de las monjas, se movió de forma tan lenta que comprendió que Leonor no aguantaría más. Abrazó su cuerpo, ante el estupor de las monjas, que no se atrevieron a inmiscuirse.

—Hueles a este sitio, Amandine. Aunque vivas entre salvajes escoceses, sigues siendo del Loira y de Aquitania.

Amandine sonrió.

—Nunca dejé de ser la chiquilla que servía las comidas en la taberna.

Leonor sonrió sin fuerzas.

—Descendiente de William el Conquistador, nieta de Enrique de Inglaterra, hija del hombre más noble, Ricardo Corazón de León, y descendiente de la noble casa de Aquitania. Mi nieta. Debí decirlo en alto, reconocerte, Amandine, perdóname. Debiste ser tú, heredar un reino, eres lo único que pervive de Ricardo.

—No hay nada que perdonar, Leonor, Juan tiene lo que se le debía, y yo jamás quise ser reina, os lo dije, ¿recordáis? «No quiero un reino, busco el valor para encontrar el amor».

—¿Eres feliz, Amandine?

—Mucho más de lo que puedo expresar, majestad. Tengo tres hijos y a Broderick a mi lado, los Campbell son mi familia, siempre quise una gran familia y ser dueña de mi destino.

—Vigila a Juan, mi hijo es un desastre como rey. Le hice jurar que nunca te buscaría.

—Un día, Leonor, alguien lo castigará por su crueldad, y no podré evitarlo.

Amandine no podía cargarse con un nuevo juramento, había dejado su vida de lado para cumplir los deseos de demasiada gente. Era su momento de vivir y no renunciaría a ello para preocuparse por Juan Lackland, Juan sin Tierra, como ella misma bautizó al príncipe en la corte. Nunca pensó que se convertiría en rey ni en sus peores pesadillas.

Leonor asintió, apretó los dedos entre los suyos y dejó de respirar. Amandine no dijo nada a las monjas que seguían rezando. Solo Anne se percató y no avisó a nadie. Abrazó un rato más a aquella mujer y reina que le había permitido salir al mundo, conocer el amor y la venganza, la crueldad y la compasión. El amor. Amandine salió de la abadía en busca de Brodie, su consuelo y corazón. Inglaterra había perdido a la más grande reina que había conocido hasta ahora y ella a su abuela.

Al día siguiente, las campanas tañeron por la muerte de la anciana, una tras otra, desde Angers a Inglaterra, por toda Francia. La duquesa de Aquitania, una vez reina de Francia y reina de Inglaterra, había muerto.

Dicen que en los días que se sucedieron el cielo tembló ante el tañido de las campanas que no dejaban de oírse por toda Europa. La reina había muerto. Y Amandine al fin era libre.

Nota de la autora

La historia de Inglaterra vivió una época dorada con Leonor como reina madre, una mujer culta y decidida capaz de gobernar un país. Obligada a casarse con el rey francés, consiguió el divorcio de un rey para casarse por amor con otro. Reina de Francia e Inglaterra, duquesa de Aquitania y otros territorios desde Francia a Antioquía, su familia dirigió lo que hoy conocemos como toda Europa.

Me he permitido licencias históricas, no olvidéis que es un libro de ficción y no de historia. A Ricardo I de Inglaterra solo se le conoció un hijo fuera del matrimonio que nunca tuvo opción al trono. Su muerte fue una sorpresa para todos cuantos le sirvieron fielmente, se le conoce por ser mejor guerrero que rey, ya que Leonor gobernó en su lugar. La muerte de Ricardo fue como aparece en este libro, un niño disparó la ballesta que le dio muerte, tras unos días, en venganza por el asesinato de sus padres por orden de Ricardo.

Su hermano pequeño, Juan Lackland, conocido por ese sobrenombre de Juan sin Tierra, luchó toda su vida para hacer valer los derechos al trono que su padre le había legado a él y no a Ricardo. Juan no siempre lo hizo con honor y lealtad a su familia. Su fama de cruel y violento no es en vano, ya que, cuando consiguió al fin el trono, recuperó leyes sangrientas y se inventó algunas que enfadaron mucho a los barones ingleses, tanto como para rebelarse y ver peligrar su trono.

Leonor no estuvo presa en la abadía, sino que sus últimos días los pasó retirada en esa institución donde falleció a una edad muy longeva para una mujer de su época. Lord Mandeville aparece en los libros de historia como representante de la justicia del padre de los príncipes y después de Ricardo, aunque nunca se casó con una muchacha francesa, pero sí uno de sus hijos fue un firmante de la Carta Magna que hicieron aceptar los barones ingleses a Juan. Fue

el primer documento que se conoce en favor de los derechos humanos y que recoge unas breves pinceladas de los derechos de la mujer a heredar y administrar sus tierras (siglo XII).

Muchas gracias por acompañarme hasta aquí, nos leemos en la próxima historia.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.




HQÑ
La
CANDIDATA
perfecta
Andrea Muñoz Majarrez

La candidata perfecta

Muñoz Majarrez, Andrea
9791370171506
176

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Está buscando a la mujer de sus sueños, pero no le resultará nada fácil encontrarla.

Henry Crawford, el codiciado soltero inglés, ha decidido que es momento de encontrar a su alma gemela y comenzar una familia. Para ello, recurre a la talentosa lady Audrey Morgan, conocida por su habilidad inigualable como casamentera.

Audrey encuentra rápidamente a la aparente candidata perfecta para Henry: la encantadora y refinada lady Victoria Baltimore. Sin embargo, a pesar de sus credenciales impecables, algo en su interior le dice a Henry que quizás esta no es la conexión que buscaba.

Mientras tanto, una intrigante amistad con Audrey empieza a florecer, llenando su corazón de dudas y emociones inesperadas.

¿Será Audrey, y no Victoria, la mujer destinada para él?

Títulos de la serie Horton Hall:

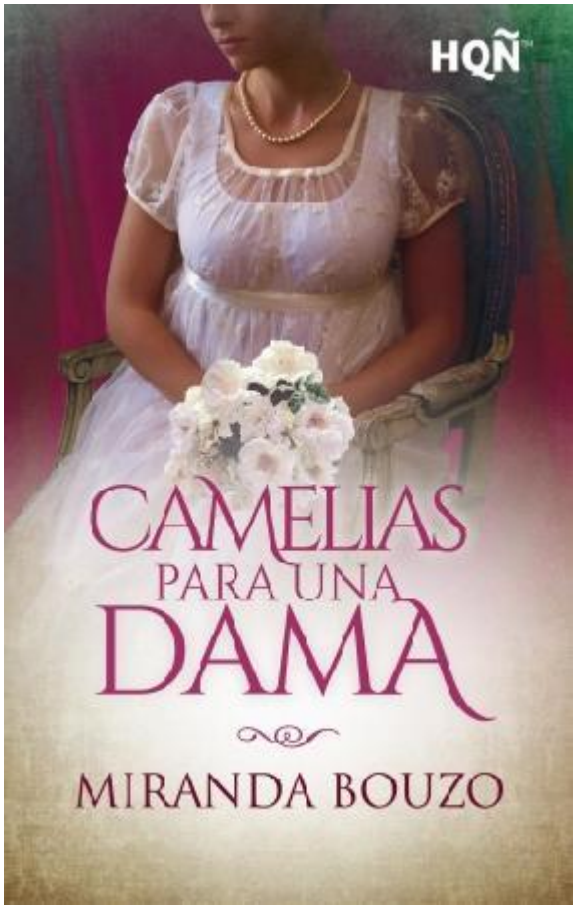
Charlotte Beverly

La candidata perfecta

Tan lejos, tan cerca

- En HQÑ puedes disfrutar de autoras consagradas y descubrir nuevos talentos.
- Contemporáneo, histórico, policiaco, fantasía… ¡Elige tu romance favorito!
- ¿Dispuesta a vivir y sentir con cada una de estas historias? ¡HQÑ es tu colección!

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



Camelias para una dama

Bouzo, Miranda
9788411414685
256

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

HQÑ 347

¿Un corazón roto podrá sobrevivir en la corte del rey?

Alba Dubois huye de París para no ser obligada a casarse de nuevo. Durante años ha estado escondida bajo la apariencia de la triste viuda de un héroe francés y no desea aceptar otro desgraciado matrimonio de conveniencia.

Diego es capitán de la Guardia Real española, un militar disciplinado que no duda en usar a las mujeres a su antojo, pero su mundo cambia por completo cuando, tras una noche de placer, Alba lo rechaza. Desde entonces solo puede pensar en conseguir el favor de su dama de las camelias, porque solo él es capaz de ver más allá de la aparente tristeza de Alba.

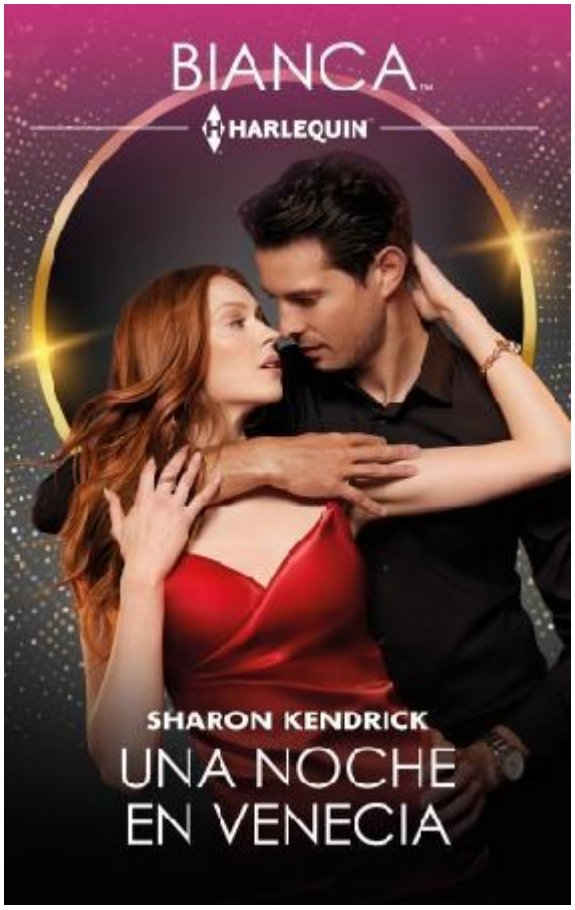
Inmersos en una época complicada, en una corte llena de conspiraciones donde el amor no tiene cabida, Alba resurgirá para enfrentarse a sus enemigos y tomar sus propias decisiones.

Hay un momento en que el corazón de una dama debe elegir entre el destino impuesto y su propia libertad.

- Las mejores novelas románticas de autores de habla hispana.
- En HQÑ puedes disfrutar de autoras consagradas y descubrir nuevos talentos.

- Contemporánea, histórica, policiaca, fantasía, suspense… romance ¡elige tu historia favorita!
- ¿Dispuesta a vivir y sentir con cada una de estas historias? ¡HQÑ es tu colección!

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



Una noche en Venecia

Kendrick, Sharon
9791370172343
160

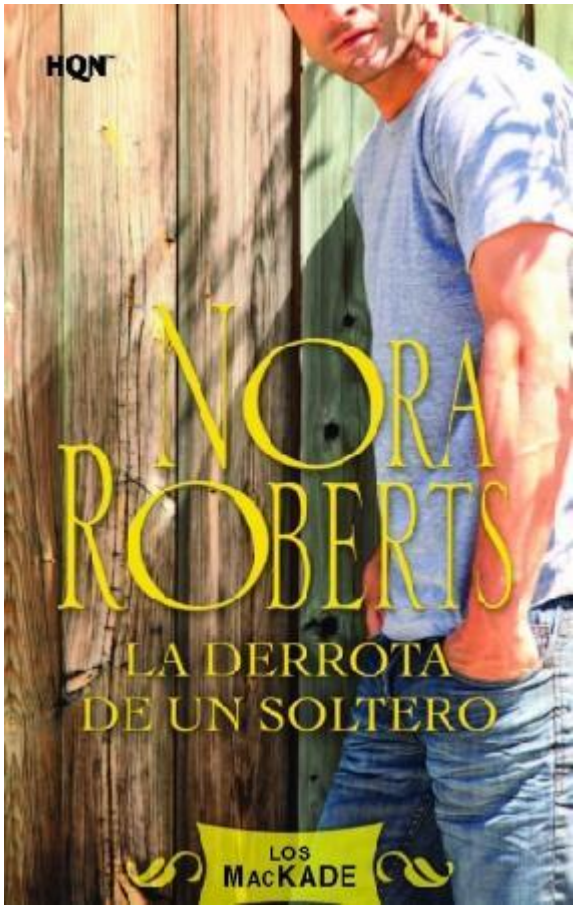
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un lío de una noche... ¡que termina en matrimonio!

Odiseo Diamides no esperaba una cálida bienvenida al regresar a la imponente casa familiar. Pero lo que jamás habría imaginado era que la mujer que lo recibiría sería Grace Foster, ¡la misma que había compartido su cama la noche anterior! Decidido a no permitir que su autoritario abuelo controle su destino, el griego toma una decisión sorprendente: sacrificar su libertad convirtiendo a Grace en su esposa de conveniencia…

La proposición de Odiseo se convierte en el salvavidas que Grace tanto necesita. Gracias al acuerdo matrimonial, podrá escapar del control de su despiadado jefe y asegurar el bienestar de su abuela. Sin embargo, tras la boda, Grace comienza a descubrir lo que se esconde tras la fría fachada de Odiseo. Bajo su cinismo late algo que despierta en ella un anhelo demasiado peligroso. ¿Habrá huido de un infierno solo para caer en otro, aún más ardiente y lleno de deseo?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


HQN
NORA ROBERTS
LA DERROTA DE UN SOLTERO
LOS MACKADE

La derrota de un soltero

Roberts, Nora
9788490105146
256

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Las historias de cuatro hermanos irresistibles... y las mujeres que fueron capaces de domar sus corazones salvajes.

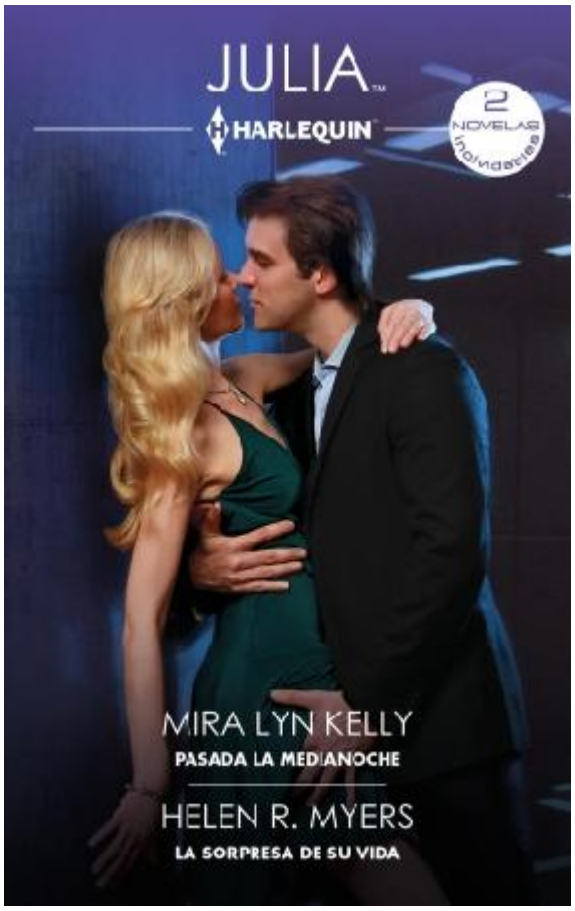
A Shane MacKade le encantaban las mujeres, pero no había conocido a ninguna que hiciera que se pusiera a silbar la marcha nupcial, hasta que apareció la doctora Rebecca Knight. El problema era que ella conocía demasiado bien las leyendas de los MacKade como para sucumbir a su encanto. Tal vez había llegado el momento de hacer una proposición, porque Shane no podía vivir sin ella.

Para la doctora Rebecca Knight, todo tenía una explicación. Hasta que empezó a tener pensamientos irracionales respecto al atractivo Shane MacKade. No sabía demasiado sobre los hombres, pero estaba segura de una cosa: amar a Shane era peligroso, y a Rebecca no le gustaban los riesgos.

Saga los MacKade

En la pequeña ciudad de Antietam, en Maryland, un misterio de la Guerra Civil ronda la vida de los cuatro apasionados hermanos MacKade,y cada uno de ellos irá encontrando los caminos del amor. Los otros títulos de la saga: Recordando el ayer, Atreverse a amar y Una larga espera.

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



Pasada la medianoche - La sorpresa de su vida

Kelly, Mira Lyn
9791370170486
384

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Pasada la medianoche

"Eres tan poco adecuado para mí". Levi estaba totalmente de acuerdo. Lo era. Iba a marcharse de Chicago dentro de pocas semanas. Además, nunca se comprometía. Sin embargo, aquella noche y aquella chica eran tan especiales… hacían que se sintiera tan bien… ¡Hasta las once y cincuenta y nueve minutos, cuando ella se fue! ¿Qué había hecho? Las cosas acababan de empezar, ¡y ella ya se había marchado! ¿Cómo iba a encontrarla y a volver a meterla en su cama, y en aquella ocasión, durante la noche entera? Parecía que él, que siempre se alejaba de todas las mujeres, se había topado con una que le había dejado deseando más y más…

La sorpresa de su vida

El vecino de al lado Eve Easton tenía una especial precaución con los vecinos porque su exmarido se había marchado con la vecina de al lado. Se había mudado a otra ciudad, en otro estado… solo para descubrir que su vecino era la segunda víctima del fiasco: el agente del FBI Derek Roland, el alto, moreno y apuesto exmarido de la mujer por la que su ex la había dejado. En lo que se refería a los vecinos, su intención era alejarse todo lo posible, pero en aquel caso

no le resultaba fácil respetar esas normas y, aparentemente, a Derek le pasaba lo mismo. Paradójicamente, los dos habían viajado kilómetros y kilómetros para encontrar lo que estaban buscando justo en la casa de al lado.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)